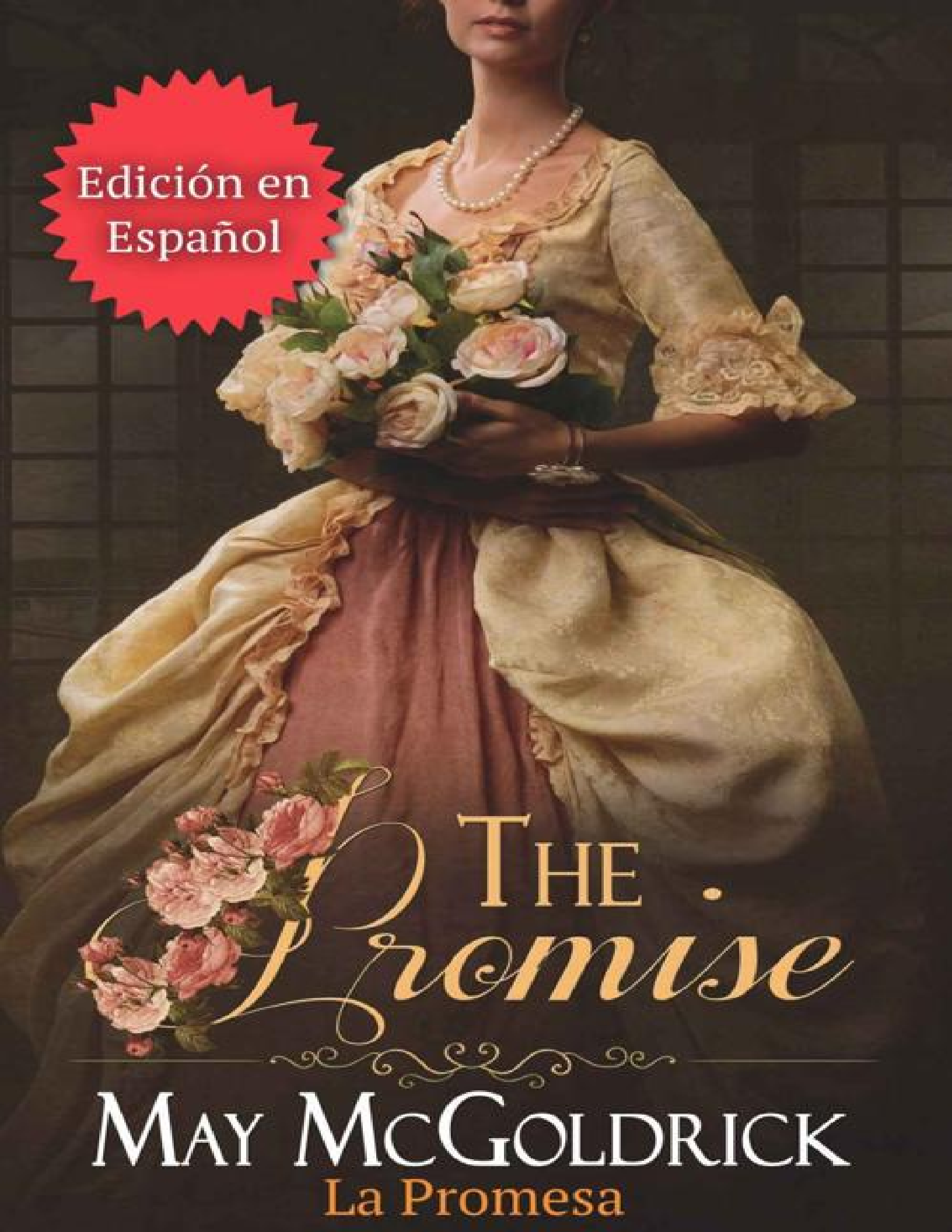


The background of the cover is a painting of a woman in a historical setting. She is wearing a long, flowing yellow dress with a red skirt underneath. She has a pearl necklace and is holding a large bouquet of light-colored roses. The background is a dark, tiled wall.

Edición en
Español

THE
Promise

MAY MCGOLDRICK
La Promesa

The Promise

La Promesa

May McGoldrick

Book Duo Creative

Gracias por elegir *La Promesa*. Si le ha gustado este libro, por favor, comparta su opinión dejando un comentario, o póngase [en contacto con los autores](#).

LA PROMESA (THE PROMISE) COPYRIGHT © 2010 POR NIKOO K. Y JAMES A. MCGOLDRICK

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL © 2024 POR NIKOO Y JAMES A. MCGOLDRICK

Reservados todos los derechos. Excepto para su uso en cualquier reseña, queda prohibida la reproducción o utilización de esta obra, en su totalidad o en parte, en cualquier forma y por cualquier medio electrónico, mecánico o de otro tipo, conocido o por inventar, incluidos la xerografía, la fotocopia y la grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin el permiso escrito del editor: Book Duo Creative.

Publicado por primera vez por NAL, un sello de Dutton Signet, una división de Penguin Books, USA, Inc. septiembre de 2001

Portada de Dar Albert, WickedSmartDesigns.com

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Epílogo](#)

[Nota de edición](#)

[Nota del autor](#)

[Otras Obras de May McGoldrick](#)

[Sobre el autor](#)

A nuestras madres

Capítulo Uno

*Londres, Inglaterra
Julio de 1760*

LA MANO NERVIOSA, revoloteando por la mesa de trabajo, volcó el tintero, esparciendo el líquido por la superficie y manchando la falda de la joven, que se inclinó rápidamente para enderezar el pozo.

"Ten piedad, Señor", susurró Rebecca en voz baja mientras borraba rápidamente la tinta de la mesa con trozos de papel usados. La repentina aparición de la sirvienta en la puerta no hizo sino aumentar su creciente angustia. "Ah, Lizzy. Has vuelto".

"Sir Charles quiere verla ahora, señorita, y no es de los que esperan". Los rápidos ojos de la sirvienta inspeccionaron la habitación, tomando nota de los daños. "Será mejor que te vayas antes de que el señor se enfade de verdad, si no te importa que te lo diga. No querrás que vaya él mismo a por ti. Deja que me ocupe de este desastre".

Rebecca se vio apartada mientras Lizzy se encargaba de limpiar la tinta derramada. Se quedó mirando un momento el trapo que la sirvienta le había metido en la mano.

"¿Ha vuelto Lady Hartington?"

Una sonrisa de complicidad se dibujó en el joven rostro de Lizzy mientras fregaba la superficie de la mesa. "La señora acaba de irse a la ópera hace una hora. No creo que vuelva en horas".

Rebecca no conseguía limpiarse la mancha de la palma de la mano. "Creo que debería ir a ver cómo están los niños. Creo que la pequeña Sara no se sentía muy bien durante nuestra lección de lectura".

"Maggie está con ellos, señorita. Y ése es su trabajo". Lizzy dejó de limpiar la mesa y se encontró con la mirada de Rebecca. "Mira, no se puede posponer. Será mejor que te vayas y lo hagas. Tarde o temprano se saldrá con la suya".

¡Hazlo! Sintió las palabras resonar en su mente. ¡Ya *basta*!

Pero sólo le habían ordenado que fuera a ver a Sir Charles a su biblioteca. A solas. Mientras su esposa se había ido por la noche. Mientras sus hijos dormían sólo un piso más arriba en sus dormitorios.

El escalofrío que sacudió el cuerpo de Rebecca fue violento. Metió las manos temblorosas en los pliegues de la falda y se dirigió a la puerta.

"Tengo que ver este vestido primero."

"No le importará. Le importará un bledo lo que lleves puesto". Las palabras de Lizzy sonaban agudas por la experiencia.

Con lágrimas quemándole los ojos, Rebecca huyó de la habitación.

Pero no podía escapar, ya que se encontró cara a cara con el mayordomo en el pasillo que conducía a la parte principal de la casa. Desesperada, Rebecca trató de contener sus emociones mientras miraba los botones del chaleco oscuro del hombre.

"Sir Charles está esperando, señorita."

No podía levantar la mirada para encontrarse con los ojos del anciano. Sabía que lo que Lizzy había dicho era cierto. Ella misma lo había sentido. Durante los quince días transcurridos desde que Sir Charles Hartington regresara del continente, había sentido sus ojos sobre ella constantemente. Varias veces se había acercado a la habitación donde ella daba clases a sus hijos, inclinándose sobre ella, presionándola. Sus atenciones eran inconfundibles.

¿Qué le hacía pensar que se detendrían?

Sin embargo, con la continua presencia de su esposa y de los demás sirvientes en la casa, Rebecca se había engañado a sí misma, esperando que estaría a salvo. A salvo, al menos, hasta que su súplica a la señora Stockdale fuera atendida. En su carta había rogado a su antigua maestra que empezara a buscarle un nuevo puesto. Pero incluso con el nuevo carruaje postal que iba directamente a Oxford, la señora Stockdale podría no haber recibido la carta todavía.

"Deberías ir con él ahora".

La joven se obligó a mirar al mayordomo. "No puedo. Creo que me quedaré en mi habitación hasta que vuelva Lady Hartington".

El ceño perpetuo del hombre se frunció aún más. "Sir Charles no estará contento. Él es el amo de esta casa. Si sabes lo que es mejor, harás lo que él te pida".

"Fui contratada por Lady Hartington como tutora de sus hijos. Los niños están todos en la cama. Mi trabajo ha terminado por hoy".

"Si no bajas a la biblioteca, Sir Charles seguramente subirá por ti. No es de los que se desobedecen, y en los años que llevo sirviendo a esta familia, debo decirte que he sido testigo varias veces de su mal genio." No tuvo que terminar las palabras. La advertencia era clara.

El sabor de la bilis le quemaba en la garganta. Rebecca apoyó una mano en la pared para estabilizarse. Tardó un momento en encontrar su voz y reunir fuerzas. Cuando habló, su voz sonó mucho más clara y segura de sí misma de lo que esperaba. Mucho más de lo que sentía.

"No bajaré con él, Robert. Creo que iré a mi habitación y recogeré mis cosas. Dejaré el servicio de Sir Charles esta noche. Ahora, de hecho".

En el rostro del mayordomo se dibujó un instante de incredulidad. Luego, durante un breve instante, los ojos del anciano brillaron con algo parecido al respeto antes de inclinarse y dejarla pasar. Pero la gratificante sensación que le produjo la aprobación de Robert sólo duró lo que duró su siguiente pensamiento.

Me voy. Esta noche. ¿Pero a dónde?

El estado mental de Rebecca, mientras se apresuraba, era un caos total. ¿Adónde iba a ir? Sólo tardaría un momento en hacer la maleta. Como tutora tenía poca necesidad de un guardarropa extenso, y había traído muy poco de Oxford. Pero la incertidumbre de adónde iba a ir, en medio de la noche, sin carruaje ni compañía ni ningún medio de protección. La confusión era casi paralizante.

Pero una cosa estaba clara. Quedarse en esta casa ni un momento más de lo necesario no era una elección.

Desde que Rebecca Neville tenía uso de razón, había vivido en la Academia para Señoritas de la señora Stockdale, junto a la vicaría de San Jorge, en Oxford. Hasta hace un mes, cuando dejó la escuela a los dieciocho años, nunca había pasado una noche en otro lugar. Hasta que llegó

a la mansión londinense de sir Charles Hartington, no había conocido otro hogar que la habitación que había ocupado en el segundo piso de la escuela.

Que ella supiera, no tenía familia. Rebeca sólo tenía un benefactor anónimo del que no sabía absolutamente nada. Lo único que decía la señora Stockdale -lo único que se le permitía decir- era que los fondos para la educación y manutención de Rebeca procedían dos veces al año de un bufete de abogados de Londres. Al crecer, siempre había imaginado que Londres estaba lleno de benefactores amables y generosos.

Rebecca cogió su capa del perchero de la pared. A pesar del calor de la noche de verano, la envolvió con fuerza. Abrió su pequeño monedero y contó rápidamente el dinero. Tres libras, cinco chelines y algo de cobre. Apenas unos ahorros, había dicho la señora Stockdale cuando Rebecca se marchó para ocupar su nuevo puesto. No obstante, su empleadora, lady Hartington, le había pagado cuatro libras y ocho chelines de viaje a Londres y, con un sueldo de diez libras al año más alojamiento y comida, Rebecca estaba segura de que no necesitaría nada más. Sin embargo, la señora Stockdale no había advertido a Rebecca del peligro que representaban hombres como Sir Charles Hartington.

La pequeña ventana estaba abierta a la oscuridad del exterior. Una brisa, todavía muy cálida, soplaba en su habitación. Pero ella no la sentía. Rebeca estaba helada, por dentro y por fuera.

Metiendo el bolso en la bolsa de viaje, echó un vistazo a la pequeña pero ordenada habitación que tantas esperanzas y promesas le había ofrecido no hacía ni un mes.

La mayoría de las chicas de la edad de Rebecca que habían asistido a la escuela de la señora Stockdale en Oxford habían regresado con sus familias acomodadas en algún momento del verano del año anterior. Mientras veía alejarse sus carruajes, se dio cuenta una vez más de que era la única estudiante que no tenía adónde ir. No le esperaba ningún futuro más allá de la puerta principal de la academia. En honor a la señora Stockdale, la antigua maestra nunca le había insinuado que buscara un puesto, pero la joven llevaba mucho tiempo dándose cuenta de que debía tomar las riendas de su futuro. No podía vivir eternamente de la generosidad de su viejo benefactor.

El sonido de unos pasos que se acercaban por el pasillo puso a Rebecca en acción. Recogió su bolsa de viaje sin más demora y se dirigió directamente a la puerta. Fuera, el pasillo estaba vacío excepto por dos de las criadas del piso de arriba que la miraron sorprendidas mientras pasaban corriendo. Pudo oír sus cuchicheos mientras avanzaban por el pasillo.

Aunque el corazón le latía deprisa, los pies de Rebecca estaban de plomo cuando bajó la escalera de cuarterones. Una taberna en Butchers Row. Una tienda de ropa en Monmouth Street. La casa de Sir Roger de Coverley en St. James Square, donde había oído que siempre necesitaban criados. Todas estas posibilidades de empleo se presentaron en este momento de desesperación, afirmando su decisión.

Encontraría un puesto. Tal vez no como tutora, sino como sirvienta. Haría cualquier cosa. Todo lo que tenía que hacer era encontrar un lugar para pasar la noche. Por la mañana podría buscar empleo en cualquiera de los lugares que recordaba. Tenía que haber muchos más. Sin duda estaría bien, si pudiera aguantar hasta la mañana.

"No creí a Robert cuando me habló de tus insolentes intenciones".

Estaba a pocos pasos de las escaleras que conducían a la planta baja. Podía ver la puerta principal.

"Detente donde estás".

Sus pasos vacilaron al oír la orden. El frío pánico le recorrió la espalda cuando Sir Charles se acercó por detrás. Agarró con fuerza su bolso y trató de ocultar su terror mientras se giraba hacia

él.

"No quise ser insolente, señor. Sólo le informé que me voy de su casa".

"¿Con la noche ya sobre nosotros? ¿Con bandas de jóvenes bandidos vagando por las calles? Sólo te encontrarías rodando en un barril colina abajo. O tal vez harían algo mucho, mucho peor". Rebecca reprimió un estremecimiento cuando él se acercó, pero su voz era grave y su insinuación inconfundible. El olor a brandy y a puro flotaba en el aire. "¿Por qué clase de caballero me toma, señorita Neville? ¿Cree que podría permitir que una criatura tan deliciosa como usted saliera de aquí sin protección?"

"No pido protección, señor". Intentó alejarse, pero el repentino agarre del hombre en su brazo detuvo su huida. "Sir Charles, por favor, déjeme ir".

"No antes de que lleguemos al fondo de esta precipitada decisión suya, Srta. Neville".

Se vio arrastrada hacia la biblioteca del baronet. Con un grito, Rebecca plantó los pies y soltó el brazo de un tirón mientras se volvía bruscamente hacia él. "¡No, señor! Quiero que me suelte ahora mismo".

Los pálidos ojos azules del hombre se agudizaron en un instante. El color apareció en los planos angulosos de su rostro, delatando su creciente mal genio. Rebecca dio un paso atrás y agarró con fuerza su bolsa de viaje.

"¿Qué tienes en esa bolsa?"

Su pregunta la dejó atónita y miró la bolsa sin comprender. "Mis pertenencias".

"Yo diría que no es muy probable". Agarró a Rebecca por el codo antes de que pudiera pronunciar palabra y la arrastró a la fuerza hacia el estudio. Una criada apareció por el largo pasillo, y él la llamó. "Tú. Llévate a Robert y a los demás. Quiero que registren esta casa en busca de lo que falta. La plata y los platos. Las joyas de mi esposa. Sí, asegúrate de revisar las joyas de mi esposa".

Rebecca se vio arrojada bruscamente a la biblioteca de Sir Charles y oyó que la puerta se cerraba de golpe cuando se dio la vuelta. Ambos sujetaban su bolso, y ella lo soltó, retrocediendo para alejarse de él. Con una mirada de satisfacción, hizo girar la llave en la cerradura. Rebecca retrocedió hacia la pared más alejada hasta apoyar los hombros en las estanterías de libros encuadernados en cuero. Pudo ver la expresión de su cara y se horrorizó. Sus ojos buscaron alguna vía de escape. No había ninguna.

"Sir Charles, no hay nada suyo o de su esposa en esa bolsa."

"Mi querida Srta. Neville. No sólo eres joven y tierna, sino también una tonta".

"Si piensa tan mal de mí, señor, entonces por qué no me deja ir".

Se rió mientras se deshacía de su bolsa de viaje y se quitaba el abrigo. "Dejarte marchar, querida, no es ni siquiera una remota posibilidad. Verás, las jovencitas como tú necesitan aprender una lección de vida. Tienes mucha suerte de que sea yo quien te eduque".

Casi paralizada por el pánico, se obligó a moverse y se colocó detrás del exquisito escritorio de caoba. Sus ojos se llenaron de lágrimas al ver cómo él se abrochaba los botones del chaleco. "¿Por qué yo? Puedes tener a quien quieras. Tienes una esposa. Por favor, por favor. A mí no".

Le dirigió una sonrisa brillante y cruzó la habitación lentamente, como un gato a la caza. "Tú, querida, eres la que debo tener. Verás, vienes de... ¿cómo decirlo?... de una línea muy fina".

Empujó una silla a su paso y retrocedió mientras él rodeaba el escritorio. "Se equivoca. No soy nadie. Nada especial. Por favor, Sir Charles. No puede haber satisfacción en arruinar a una don nadie como yo".

"¿Un don nadie?" repitió, desabrochando los botones de sus ajustados calzones. "Un don nadie puedes ser en cuanto a título y fortuna, es cierto. Pero en cuanto a tu linaje..." Sacudió la

cabeza. "No, querida. Estás lejos de ser un don nadie".

Rebecca se estremeció violentamente cuando la parte delantera de sus calzones se abrió. Su rostro era una máscara mientras continuaba hacia ella.

"No proceda, Sir Charles. Se lo ruego. Se equivoca sobre quién cree que soy".

Se quedó quieto un momento, mirándola a través del escritorio.

"¿Se equivoca?" Sacudió la cabeza. "Su secreto ha salido a la luz, señorita Neville. Pero, a decir verdad, no me ha costado nada averiguar quién es usted en realidad. Imagínese a la hija de la famosa actriz Jenny Greene bajo mi propio techo. Una buena madre fue, lo reconozco, para proteger a su descendencia de los efectos de su reputación durante tanto tiempo. Y tan cerca de Londres, además".

Rebecca apenas podía comprender sus palabras. La confusión había hecho que su cerebro diera vueltas y sólo podía pensar en escapar. Retrocedió unos pasos hasta encontrarse de espaldas a la repisa de mármol de la chimenea.

"Pero en el primer momento en que puse mis ojos en ti, lo sentí. Los mismos ojos azul tormenta. El mismo pelo rojo dorado. El color del atardecer". Sus ojos recorrieron su cuerpo. "Lo sabía.

Sus manos buscaron el espacio detrás de ella. Era mucho más grande que ella. Mucho más fuerte. Ahora estaba en el centro de la habitación. No había escapatoria.

"De muchacho solía sentarme en la galería superior del teatro de Haymarket, deseando a tu madre. Observaba a los petimetres que pagaban un suplemento para visitar a la célebre Jenny después de las representaciones. Suspiraba por ella, deseando ser yo quien disfrutara de sus encantos".

Él se acercó, su protuberante virilidad desmentía la actitud casi despreocupada que mostraba ahora. Ella contuvo la respiración y miró hacia un lado mientras él estiraba la mano y tiraba de la cinta de su gorro de paja. Dejándola caer al suelo, le cogió un mechón de pelo con los dedos y se lo frotó de un lado a otro mientras ella sentía que sus ojos se fijaban en su rostro.

"Labios carnosos que pedían a gritos que los besara". Su mirada se desvió hacia abajo, su voz un susurro ronco. "Pechos hechos para ser saboreados".

Rebecca gritó cuando las manos de él se introdujeron bajo su capa, rodearon su cintura y tiraron de ella bruscamente contra su pecho.

"Por fin he disfrutado de tu madre. La llevé la semana pasada después de su obra en el teatro Covent Garden. Un poco de ginebra y estaba parloteando como una urraca. Conseguir que hablara de ti fue fácil. Tenía que tenerla por los viejos tiempos. Pero también para poder comparar a la madre con la hija".

Ella apartó la cara cuando él intentó aplastar su boca contra la de ella. Empujó bruscamente su pecho e intentó girar entre sus brazos. Él se rió.

"Estaba dispuesta. Fácil. Apenas tan excitante como tú ahora. Claro que ya no es la mujer que era". Le estaba haciendo daño, y lo único que podía hacer era contener los sollozos y rezar. "Sabía que estarías mejor. Mucho mejor".

Sintió que la corbata de su capa se soltaba de su cuello. Lo miró furiosa. Tenía la mirada de un animal mientras agarraba el modesto escote de su vestido.

"¿Cuánto?" Su voz era apenas un graznido. Forzó las palabras. "Pagaste a mi madre. ¿Cuánto me pagarás a mí?"

Sus ojos se tornaron sobrios por un instante cuando subieron y se encontraron con los de ella. Sus labios se curvaron maliciosamente. "Una ramera como la madre".

"¿Cuánto?", espetó con una firmeza que era puro fraude. "Permaneceré en su casa.

Mantendré mi puesto, y podrás utilizarme como desees".

Le brillaron los dientes, pero le soltó el escote del vestido. "¿Cuál es tu precio?"

Ella retrocedió, dando medio paso hacia un lado. Él la dejó, con una mano agarrándole el brazo. "Tu mujer me contrató por diez libras al año. Que sean veinte".

Sus pálidos ojos azules la estudiaron con suspicacia durante un momento. "¿Y harás todo lo que te ordene?"

Tragó saliva una vez. "Lo que sea."

"¿Eres virgen?"

Ella se quedó mirando su camisa y asintió. "Así es".

El silencio reinó en la sala mientras ella esperaba, y luego se sintió aliviada cuando él dio un paso atrás y le soltó el brazo. "Esto podría ser muy divertido".

Él dio un paso atrás, mirándola con las manos en las caderas. Ella lo miró a la cara.

"Muy bien. Te pagaré la diferencia. Y mi esposa no sabrá nada de nuestro acuerdo".

Ella asintió.

"Entonces te ordeno que te quites la ropa. Y cuando termines, deseo que te recuestes sobre el escritorio".

Rebecca se quedó mirando el escritorio de caoba oscura y se volvió rápidamente hacia la chimenea.

"Como quieras", dijo, inclinándose para recoger su sombrero de paja.

Estaba allí, tal y como ella esperaba. Era su única oportunidad.

Ahora no vacilaba. Su mano se dirigió hacia el atizador y sus dedos helados se cerraron sobre el mango de latón. Luego, con un movimiento rápido, dio media vuelta y golpeo la barra de hierro con un crujido repugnante contra la cabeza de Sir Charles Hartington, que estaba apoyado, totalmente expuesto, contra su escritorio.

Capítulo Dos

ELLA HABÍA MATADO AL HOMBRE.

Dejando caer el atizador, Rebecca se tapó la boca para ahogar su propio grito de horror. El líquido carmesí brotó del cuero cabelludo de Sir Charles y empapó la alfombra en un arco que se ensanchaba rápidamente. Quedó tendido boca abajo en el suelo, con la cabeza lejos de ella. En su prisa por alcanzar la puerta, tropezó con un pie extendido y cayó pesadamente sobre las manos y las rodillas junto a él. Inmediatamente se puso en pie y jadeó al ver la sangre caliente de su atacante cubriéndole las manos. Miró fijamente su cuerpo inerte.

Sin duda había matado al hombre.

"¡No!", sollozó ella, pasándose las palmas de las manos una y otra vez por las faldas. "¡No!"

Sus dedos temblaban violentamente al intentar abrir la puerta. Mirando temerosa por encima de su hombro, todo lo que podía ver de él era la cabeza de cabello dorado y empolvado, ahora salpicado de las sombras oscuras de su propia mortalidad.

La llave giró y Rebecca salió al pasillo dando tumbos. Sin embargo, sólo consiguió dar unos pasos tambaleantes hacia la escalera, antes de agacharse y dar una arcada violenta sobre la alfombra brillantemente floreada.

"Señorita Neville. Rebecca."

Levantó los ojos desorbitados y vio al mayordomo bajando las escaleras. La criada Lizzy venía justo detrás de él.

"¡Oh, Dios mío! ¿Qué has hecho?"

No tuvo oportunidad de contestar a Robert, ya que otra sirvienta empezó a chillar en la puerta de la biblioteca.

"¡Sangre!"

Y aún más fuerte.

"¡Asesinato!"

Rebecca se tapó los oídos y sacudió la cabeza mientras se ponía en pie tambaleándose. Los gritos y el caos la rodeaban, pero no podía responder. En su garganta sólo se oían jadeos entrecortados.

Y luego corrió.

Sintió manos que la alcanzaban. Gritos detrás de ella. No se detuvo, bajó los escalones hasta la puerta principal y la abrió antes de que pudieran alcanzarla.

En la calle vio destellos de rostros en los arcos amarillos de las lámparas. Voces y gritos. Siguió corriendo tan rápido como le permitían sus pies. No había recorrido ni una manzana cuando se oyeron gritos de asesinato. El sonido de pasos corriendo. Más gritos.

En el cruce de la calle, Rebecca dobló la esquina y tropezó con el bordillo alto para

adentrarse en la vía pública. Al recuperar el equilibrio, intentó cruzar a toda prisa, mientras la oscuridad del parque del otro lado le llamaba la atención. Pero la acometida de un carruaje que venía directo hacia ella la congeló en seco. No podía moverse, no podía respirar. Aturdida, observó los cascos de los caballos que se dirigían hacia ella.

Así que este iba a ser su final. No habría ahorcamiento. Sería pisoteada escapando del asesinato.

"Quítate de en medio. ¡Fuera del camino, *tonto!*"

Rebeca vio al cochero forcejear con los caballos, pero no pudo moverse. El carruaje giró a la izquierda. Los caballos se encabitaron al pasar, y sintió que una mano tiraba de ella mientras las ruedas del carruaje pasaban atronando.

Al momento siguiente, se encontró sentada en la calle. Los rostros la miraban con evidente preocupación y sorpresa, pero ninguno la acusaba.

Con los sentidos repentinamente agudizados, levantó la vista cuando el carruaje se detuvo a poca distancia. El cochero gritaba a su yunta de caballos e intentaba arrancar de nuevo el carruaje. Por la ventanilla se asomó el rostro ceniciento de una joven.

Cuando sus miradas se conectaron, Rebecca lo supo. En aquel rostro vio la misma desesperación que ella. Se puso en pie y corrió hacia el carruaje, tendiéndole una mano.

"Ayúdame", pidió. "¡Por favor, llévame!"

Por el rabillo del ojo, vio a una masa de gente doblando la esquina.

"¡Asesino! ¡Sostén a esa mujer!"

El carruaje ya estaba en marcha cuando vio abrirse la puerta. Apenas pudo oír las débiles órdenes del interior, pero vio que el conductor le devolvía la mirada.

Con fuerzas renovadas, Rebecca corrió hacia la puerta abierta y se metió dentro mientras el cochero hacía sonar su látigo. El carruaje avanzó bruscamente y en un instante atravesó a toda velocidad las calles de la ciudad, dejando atrás a la multitud que gritaba.

La pálida mujer del carruaje corrió las cortinas y la oscuridad envolvió a los dos jinetes. Rebecca tardó un buen rato en recuperar el aliento. Cuando sus ojos se adaptaron a la oscuridad, oyó que el cochero gritaba a la yunta de caballos mientras reducía la velocidad para doblar una esquina.

La mujer que se sentaba frente a ella miraba fijamente a Rebeca. En su regazo, bajo una capa bien hecha, llevaba un pequeño fardo.

"Soy inocente". Rebecca se oyó a sí misma soltar. "Mi nombre es Rebecca Neville. Viví en la Academia de la señora Stockdale en Oxford hasta hace un mes".

Su salvadora siguió estudiándola en silencio. La mujer era joven... no mucho mayor que Rebecca. Sus ropas denotaban una evidente riqueza. Pero había miedo en su rostro pálido y demacrado... una mirada de desesperación que Rebecca podía ver ahora con mayor claridad.

"Fui contratada como tutora por Lady Hartington para sus tres hijos y luego llegó su marido". Se le escaparon las palabras cuando se le hizo un nudo en la garganta. Se secó las lágrimas con el dorso de la manga manchada. "Intentó... me atacó. La mujer no estaba. Le di con el atizador. Le maté. Y ahora me persiguen. Pero él intentó... yo..."

No podía continuar. Enterrando la cara entre las manos, Rebecca se inclinó hacia delante y se perdió en su propia miseria mientras el carruaje se sacudía bruscamente de un lado a otro. Un momento después, un delicado pañuelo llegó a sus manos. Lo cogió agradecida y se secó los ojos.

"Lo siento. No debería haberte involucrado con..."

"¿Tienes familia?" La voz de la mujer era amable pero débil, como si sufriera mucho.

"No la tengo. Esta noche me han dicho que podría tener una relación". Sacudió la cabeza sin esperanza. "No tengo a nadie a quien acudir. Durante toda mi vida me han dicho que era huérfana".

"No importa lo que haya hecho, te colgarán".

Rebecca se miró las manos en el regazo. Las manchas de sangre de Sir Charles, mezcladas con la tinta que había derramado antes, creaban grotescas marcas en su vestido. El pañuelo blanco hacía un contraste chocante, incluso en la oscuridad del carruaje.

"No habría actuado de otro modo, aun sabiendo las consecuencias".

Volvió a apuñalar sus lágrimas. Se oyó un ruido en el regazo de la mujer. Un pequeño maullido. Los ojos de Rebecca se entornaron al ver cómo su salvadora apartaba la capa y dejaba ver a un bebé envuelto en mantas.

"Está despierto". Había ternura en el rostro de la joven mientras miraba al bebé en sus brazos.

"Tan pequeño", se encontró susurrando Rebecca mientras se inclinaba para mirar al niño.

"Nació esta misma mañana".

Sus ojos se alzaron hacia el rostro pálido. "¿Es usted la madre?"

La mujer sonrió débilmente. "Soy Elizabeth Wakefield. Y sí, soy la madre".

El carruaje dio un bandazo y Rebecca apoyó una mano en la rodilla de Elizabeth, que se estremeció de dolor.

"No estás bien. Es demasiado pronto para que abandones la cama después de dar a luz".

"Estoy bien para cuidar de mi hijo". Pasó un dedo por el ceño fruncido del niño. "Le llamaré James".

Había otras preguntas que rondaban la mente de Rebeca, preguntas más importantes que el nombre del niño. ¿Dónde estaba su marido, por ejemplo, y por qué Elizabeth viajaba sola a esas horas de la noche con su hijo? Pero la tristeza que envolvía a la mujer, el amor que brillaba en sus ojos cuando miraba al bebé, impidieron a Rebeca preguntar nada más.

En lugar de eso, se sentó, con pensamientos sobre su propia situación agolpándose en su cerebro. Pensamientos sobre lo insignificante que había sido toda su vida. Pensamientos sobre lo rápido que iba a terminar cuando la juzgaran y la ahorcaran por el asesinato de Sir Charles Hartington. Su mano se llevó inconscientemente a la garganta mientras se preguntaba por un momento lo doloroso que era ser ahorcada.

Sus ojos se centraron de nuevo en la madre y el niño que tenía enfrente, y se preguntó si alguna vez había habido un momento así en su vida. Se preguntó si su propia madre la había abrazado alguna vez con tanta ternura.

Sacudió la cabeza y miró hacia otro lado mientras las emociones se le agolpaban como un puño en la garganta. Demasiado tarde para esos pensamientos, se reprendió a sí misma. Aunque Jenny Greene fuera realmente su madre, era demasiado tarde para pensar así.

Desde que era una niña, Rebecca había sido educada con los constantes recordatorios de la señora Stockdale sobre el valor de la virtud que debe acompañar a la mejora de la mente de una niña. De hecho, se había convertido en una mujer educada en la diferencia entre el bien y el mal y, lo que es más importante, en la frágil naturaleza de la castidad de una mujer. Mucho más que con las demás alumnas, al parecer, la maestra se había empeñado en recordar constantemente a la joven Rebecca la necesidad de ocultar su "inusual" aspecto, de atar y domar sus voluntariosos y llameantes cabellos. No, nada debía apartarla, ni siquiera momentáneamente, del estrecho camino de la decencia y la respetabilidad.

Ahora todo tenía sentido. La insistencia de la señora Stockdale había sido simplemente el resultado de sus sospechas sobre la "mala" estirpe de la que probablemente procedía Rebecca. De

hecho, se preguntó con una punzada de amargura qué pensaría su antigua maestra de sus acciones de esta noche.

El carruaje se detuvo bruscamente. A Rebeca se le subió el corazón a la garganta. Se agarró las faldas con las manos y se quedó mirando la puerta cerrada del carruaje. Podía oler el rancio olor del pescado y la madera podrida, y supuso que estaban cerca del Támesis. "Supongo que éste es el final".

"Hay un barco esperándome aquí."

Las palabras de Elizabeth atrajeron la mirada de Rebecca.

"Tomaré un barco de aquí a Dartmouth donde James y yo embarcaremos rumbo a América".

Todo lo que Rebecca podía hacer era contener la respiración.

"No estoy bien. Y viajamos solos".

Una lágrima rodó por la mejilla de Rebecca mientras contemplaba el rostro de su ángel de la guarda.

"Quiero que vengas con nosotros".

Capítulo Tres

*Filadelfia, en la provincia de Pensilvania
Abril de 1770*

"NO PODEMOS ENSEÑAR a un niño sordo en nuestra escuela, Sra. Ford. Simplemente no podemos hacerlo".

Rebecca se obligó a permanecer sentada en el banco de madera y miró irritada al director de la Escuela de Amigos. "Jamey no es sordo, señor Morgan. Duro de oído, es cierto, si está junto a su oído malo. Pero no sordo".

El hombre de mediana edad se ajustó las gafas en la nariz y miró los papeles de su escritorio. "Mis dos profesores han pasado tiempo con tu hijo, juntos y por separado. Dicen que tu hijo no oye ni una palabra. Por lo que dicen, ni siquiera puede hablar".

"Sólo tiene nueve años. Estaba... bastante nervioso el día que lo traje aquí".

El director negó con la cabeza. "El señor Hopkinson me dice que vio al muchacho corriendo por el muelle con otros chicos la semana pasada, y que no respondió a su saludo de ninguna manera".

"¿Cuántos niños de nueve años conoces que hablarían con un adulto mientras están haciendo travesuras?"

"Entonces, ¿tu hijo también es un travieso?"

Rebecca dejó escapar un suspiro frustrado y desenrolló los papeles que tenía sobre el regazo. "Habla de chicos jugando. Jamey no es un travieso, señor Morgan. Es un muchacho muy brillante y vigoroso que promete mucho en el aprendizaje. Mire estos papeles, señor". Puso las hojas sobre el escritorio del hombre. "Son muestras de su caligrafía. También sabe leer. Ya le he dado clases de matemáticas, y lo hace tan bien como muchos de sus alumnos".

El director cogió los papeles y los hojeó rápidamente.

"Dígame, señor. ¿Cómo podría enseñarle estas cosas si fuera sordo?"

"Sra. Ford..." Hizo una pausa, enrollando cuidadosamente los papeles y tendiéndoselos. "Es usted una profesora con talento. Muchos de nuestros alumnos se han beneficiado enormemente de su tutoría en los últimos años. Muchos padres no tienen palabras para elogiarte por tu forma de tratar a sus hijos. Pero sobre su hijo..."

Rebecca cogió el fardo enrollado de la mano del hombre.

"...con respecto a Jamey, es mejor que continúes como has empezado. Tal vez sea el vínculo que existe entre una madre y un hijo lo que te permite superar el impedimento del muchacho. Es a ti... y sólo a ti... a quien parece responder".

"Pero no puedo enseñarle mucho más. No puede llegar muy lejos en la vida si toda su

educación viene de mí".

"Basándome en lo que me has mostrado aquí, tu hijo ya ha superado lo que la mayoría de... trabajadores... o comerciantes podrían necesitar en cuanto a educación en la vida. Ya lo ha hecho bastante bien por ti".

"No, Sr. Morgan. No permitiré que mi hijo piense que convertirse en obrero o comerciante es lo mejor que puede hacer con su vida". Rebecca luchó por contener su creciente furia. "A pesar de un oído sordo, a pesar de una mano deforme, criaré a mi hijo para que sea lo que desee ser. Si decide ser médico, lo será. Si desea ser abogado o clérigo, me encargaré de que nada se lo impida. Me aseguraré de que Jamey tenga todas las oportunidades que existen para un chico que crece en Pensilvania".

"Sus intenciones son bastante admirables, Sra. Ford."

Miró ferozmente al director y se inclinó hacia delante en el banco. "La admiración no es lo que he venido a buscar, señor Morgan. Vine por comprensión, apertura, igualdad... cosas que usted y la Sociedad de Amigos dicen defender. Vine aquí buscando la oportunidad de una educación para mi hijo".

El rostro del director enrojeció y se miró las manos. "Lo siento, señora Ford. Pero hemos dedicado bastante tiempo y atención a su petición. Pero con sólo dos profesores y yo, ya estamos atendiendo a más de cien alumnos. Simplemente no hay forma de que podamos manejar a alguien con las dificultades de su hijo en esta escuela".

Rebecca se quedó mirando durante un largo rato la calva cabeza del director, las finas gafas que se habían deslizado más abajo en la nariz del hombre. Se levantó bruscamente.

"Que tenga un buen día, señor."

El sol de la tarde caía como oro líquido sobre la aguja de la Iglesia de Cristo cuando Rebecca salió a la calle Mayor, aunque apenas tenía ánimos para darse cuenta. Con una mano sujetaba con fuerza los papeles de Jamey y la otra sujetaba las cintas de su bolso, se abrió paso entre el bullicio de actividad que no mostraba signos de remitir a pesar de las sombras cada vez más largas de la tarde.

"Que tenga un buen día, Sra. Ford."

Giró la cabeza y asintió a ciegas mientras avanzaba por la acera de ladrillo. Había otras escuelas. Quizá la escuela de Germantown. Pero, ¿cómo llevar a Jamey allí, día tras día?

"Buenas tardes, Sra. Ford."

"Así es, Sra. Bradford". Rebecca forzó una sonrisa cortés a la mujer corpulenta. Ocultando su frustración con el director, alargó el paso.

Se mudarían. Si esa era la única manera de conseguir que Jamey fuera a una escuela, que así fuera. Estaba dispuesta a hacer lo que fuera necesario. Nueva York. Boston. Donde fuera. Y en cuanto a los trabajos que tenía aquí... tenía que haber otros puestos en otras ciudades.

Rebecca ignoró los gritos de los vendedores que pregonaban de todo, desde pasteles de carne hasta manzanas, pasando por la Gaceta del Dr. Franklin. Al doblar la esquina hacia el Callejón de la Fresa, las maldiciones de un carretero que conducía su lenta yunta de bueyes hacia la actividad de High Street apenas se hicieron notar mientras ella avanzaba por la atestada calle de tierra.

Había empezado una vida para ella y Jamey en Filadelfia en los últimos diez años. La gente la conocía, la respetaba. Nunca le faltaba trabajo, ya fuera dando clases particulares, cosiendo o ayudando en la panadería cuando la señora Parker necesitaba atender a su marido enfermo.

Pasó bajo carteles pintados que se extendían desde hileras de pulcras viviendas de ladrillo, carteles que indicaban la presencia de pañeros, vidrieros, zapateros y carniceros trabajando duro en sus oficios en el interior. Sí, aquí había trabajo, pero si tenía que irse... bueno, encontraría trabajo en otra ciudad... en otra colonia. En cualquier sitio, siempre que encontrara una escuela dispuesta a pasar por alto las diferencias de Jamey y a tratarlo como a cualquier otro chico.

Rebecca cruzó el callejón con cuidado -evitando los charcos, la suciedad y el tráfico- hasta el edificio de ladrillo rojo que albergaba la panadería de la señora Parker. Allí, por encima de la cada vez más numerosa familia Butler, ella y Jamey alquilaban dos cómodas habitaciones bajo el tejado inclinado.

Señaló con la cabeza a Annie Howe cuando la delgada y bizca trabajadora de la Posada de la Muerte del Zorro salió de la panadería con un brazo cargado de pan.

"Oh, Sra. Ford. Había un caballero preguntando por usted en la posada esta tarde".

Se detuvo en el rellano. "Gracias, Annie. Este caballero. ¿Buscaba un tutor para un joven?"

"No dijo nada de eso, señora. Pero no debería pensarlo. Llegó a la ciudad hace dos días, con la intención de quedarse al menos unos días en la posada. Exigió una habitación para él solo, si puede imaginárselo".

"Bueno, gracias, Annie". Rebecca abrió la puerta principal.

"Es abogado, ya sabes... de Inglaterra."

Un nudo apretado se apoderó del centro de Rebecca y se quedó inmóvil con el pie en el umbral. Lentamente, se volvió hacia la mujer. "¿Quién era exactamente por el que preguntó?"

Annie movió los fardos de pan entre sus brazos. "Para ti. Preguntó por ti. La madre del chico de la mano lisiada. Para serte sincera, lo primero que pensé fue que tu Jamey no debía de estar haciendo nada bueno en el muelle. Si yo fuera usted, le pegaría en las orejas una vez al día, lo necesitara o no. Quería hablarte de eso. Yo mismo lo he visto ahí abajo, Sra. Ford. No crea que pretendo dar mala fama a un perro y colgarlo. No es más que un muchacho, sin duda, pero usted no sabe cómo anda suelto por ahí abajo, asustando con su garra a las elegantes muchachas que bajan de los barcos, y luego escapándose con esos infiernos que viven debajo de ustedes". La mujer entornó los ojos hacia las ventanas de los mayordomos.

La tensión en el vientre de Rebecca se alivió un poco, pero no mucho. "Gracias por contarme todo esto, Annie. Tendré una larga charla con él".

"Una buena y fuerte caña de sauce en su trasero es lo que necesita, si me lo pregunta, Sra. Ford. Si su marido estuviera vivo..."

"Muy bien, me ocuparé de ello. Gracias". Rebecca no esperó a oír más, y con un rápido gesto de la mano cerró la puerta y comenzó a subir los estrechos escalones que conducían a los pisos superiores.

No había mucho de lo que Annie había dicho que ella no supiera ya. Jamey se había vuelto un poco salvaje esta primavera, pero con tantas cosas que hacer, con Rebecca trabajando en tantos empleos, no había muchas horas en el día que ella pudiera estar dándole clases, o vigilándolo, o regañándolo. No es que tuviera ganas de reñirle mucho. Después de todo, él necesitaba estirar un poco las alas.

Pero ésta era otra razón por la que tenía que encontrarle una escuela. Necesitaba un lugar donde pudiera orientar su energía. Necesitaba una forma de moldear la creciente rebeldía de su carácter y convertirla en una cualidad positiva.

Como era de esperar, la puerta de Molly Butler estaba abierta al paso de Rebecca, y la vecina, con la barriga hinchada por el peso de un niño, le hizo señas para que entrara en el salón. Un pequeño fuego crepitaba en la chimenea de la pared del fondo y Molly le dio la espalda para

remover una olla de estofado que colgaba de una barra de hierro sobre el hogar. Satisfecha, la mujer de mejillas sonrosadas miró a Rebeca mientras ésta se sentaba pesadamente en el gran banco junto al fuego. Las gemelas, que apenas eran unas niñas, dormían la siesta una al lado de la otra en una camita en un rincón.

"No tienes que decírmelo. Se te nota en la cara".

Rebecca dejó caer el rollo de papel y su bolso sobre la mesa antes de dirigirse a una de las dos ventanas delanteras. "Esa no es la última escuela. Hay otras".

"Sabes que lo quiero como si fuera mío, pero no por tu Jamey, no creo".

No tenía ganas de discutir y dejó pasar el comentario.

"Me doy cuenta de que ya estás pensando".

Rebecca se volvió y sonrió. "Ya me conoces, Molly. Siempre estoy pensando".

Cuando se sentó junto a su amiga, la embarazada cortó una rebanada de la barra de pan que había sobre una mesita al lado de la mesa. Sin preguntar, puso la mesa delante de Rebeca y empujó el pequeño tarro de mantequilla de manzana junto al pan. "No has almorzado, cariño, y viendo lo pálida que estás, apostarí a que tampoco has comido nada esta mañana".

"¿Jamey no ha vuelto todavía?"

"No te preocupes por él. Envié a mi Tommy con George y Jamey. Con el hermano mayor, no hay muchos problemas en los que esos dos se atrevan a meterse".

Thomas, el mayor de los cuatro hijos de los Butler, tenía doce años y era bastante mayor para su edad. Ya viajaba ocasionalmente cuando el señor Butler transportaba pasajeros los lunes y jueves desde Strawberry Alley hasta el transbordador de Trenton para la primera etapa del viaje a Nueva York. George, en cambio, tenía exactamente la edad de Jamey y era igual de revoltoso.

"Rebecca, sigo pensando que deberías tener en cuenta el consejo del señor Butler y dejar que Jamey empiece a ganarse el sustento trabajando en una herrería o..."

"No puedo". Rebecca negó con la cabeza, mirando fijamente la rebanada de pan que tenía delante. "Voy a escribir al director de Germantown. Es muy probable que lo acepten en la escuela de allí".

"El señor Butler me dice que ya tienen más de doscientos alumnos allí, y aunque fueran más comprensivos con la situación de tu Jamey..."

"Tengo que seguir intentándolo, Molly".

Molly negó con la cabeza. "Tú, más que nadie, una mujer que se pone nerviosa cuando tu hijo pasa medio día fuera de tu vista. ¿Cómo vas a hacer frente a su internado con extraños en Germantown? Peor que eso, Rebecca, ¿cómo vas a permitirte?"

Le dio un mordisco al pan. No se atrevía a revelar a Molly sus planes de mudarse. Las dos mujeres habían sido amigas desde que Rebecca y Jamey llegaron a Filadelfia. En esta misma casa, las dos familias habían vivido durante casi diez años. En esta misma habitación, Rebecca había aprendido mucho de su amiga sobre la crianza de los hijos.

Pero su amistad era mucho más que eso. Mucho más. Muchas noches, Rebecca y Jamey habían cenado con la familia Butler. ¿Cuántas Navidades habían compartido juntos? Desde el principio, siempre había habido un regalo para los dos... como si fueran parientes. Y cuando Jamey ardía de fiebre de niña, Molly se había sentado con ella junto a su cama. Y del mismo modo, cuando Molly estaba lista para dar a luz a los gemelos, Rebecca y Jamey habían acogido a Tommy y George durante quince días.

Con John Butler tan ausente como estaba, llevando al "coachee" a Nueva York, las dos mujeres habían entablado una amistad que no había hecho más que profundizarse con el paso de los años. Era innegable que, aparte de Jamey, los Butler eran la única familia que Rebecca había

conocido en toda su vida.

Pero ahora mismo, tan cansada como estaba, tan desanimada como se sentía, hablar de una mudanza que lo cambiaría todo no era la idea que tenía Rebeca de una discusión atractiva.

"Olvídate de comer. Viendo lo pálido que estás, deberías subir y tumbarte antes de tus clases de la tarde. Enviaré un poco de este estofado arriba cuando esté listo".

Rebecca negó con la cabeza. "Estoy bien... de verdad que sí".

Se levantó rápidamente al oír los gritos de Tommy y George desde la calle. Se acercó a la ventana y vio a los dos chicos mirándola.

"¿Ha vuelto ya Jamey?", llamó el chico mayor mientras levantaba la faja.

Rebecca se asomó a la ventana. "Pensé que estaba con ustedes dos."

"Lo era", dijo George. "Pero un caballero elegante nos paró en la esquina de Front y High Street. Dijo que quería hablar en privado con Jamey".

La voz de Molly chilló por encima del hombro de Rebecca, despertando a las dos chicas. "No nos estarás diciendo que lo dejaste solo con un extraño, ¿verdad?"

"No, mamá", se apresuró a responder Tommy. "Pero tampoco podíamos oír lo que decían los macarrones, que estaban a unos pasos de nosotros. Entonces, un par de barrenderos se acercaron empujando y arrastrando los ladrillos. Bueno, para cuando los malditos chupadores de hollín se fueron, todo lo que vemos es a Jamey empujando al hombre y corriendo. Nunca lo había visto correr tanto... excepto tal vez la vez que nos colamos en el campanario de Christ Church y casi nos atrapan bajando..."

"¿Hiciste qué?"

Rebecca se apartó bruscamente de la ventana, dando espacio a Molly para interrogar a los chicos sobre esta última fechoría. Había algo muy raro. ¿Qué era lo que Annie había dicho del abogado que había preguntado por ella? Pero realmente había estado haciendo preguntas sobre Jamey.

Tenía que encontrar a su hijo.

Sin mediar palabra, Rebecca corrió hacia la puerta y bajó las escaleras. Sin embargo, no había bajado ni dos escalones cuando vio su forma doblada en el último peldaño.

"Jamey", gritó, agachándose a su lado. Le cogió la cara con las manos y se la acercó hasta que pudo mirarle a la cara en la penumbra de la escalera. "¿Qué pasa, Jamey?"

Tenía lágrimas en los ojos. Se las secó con el revés de una manga. Pero antes de que Rebecca pudiera volver a preguntar, él la rodeó con los brazos y enterró la cara en su regazo.

"No dejes que me lleven, mamá. Por favor, no dejes que me lleven".

"Yo nunca haría eso". Le levantó la cabeza hasta que la miró a la cara. "¿Me oyes? Te prometo que nunca dejaré que nadie te lleve".

Lo estrechó contra su pecho, meciéndolo entre sus brazos mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

Molly apareció al final de las escaleras. "Alabado sea Dios, ha vuelto. Voy a despellejar a esos dos pícaros míos... ¿Qué pasa?"

Rebecca negó con la cabeza a su amiga. "Está bien, Molly. Sólo dile a los chicos que está aquí".

Cogiéndole de la mano, le llevó escaleras arriba hasta sus habitaciones. Molly los siguió, llevando el tarro de mantequilla de manzana y el pan.

Jamey se limitó a sacudir la cabeza ante el ofrecimiento de comida de Molly y escapó a la pequeña alcoba de Rebecca.

"Algo va mal", murmuró Rebecca a Molly antes de ir tras su hijo.

En la otra habitación, encontró a Jamey acurrucada en su cama y agarrada con fuerza a su viejo chal.

"¿Quieres decirme qué te pasa?"

Él no respondió. Se agachó junto a la cama y le cogió la barbilla, girándole la cara hasta que sus grandes ojos azules se encontraron con su mirada.

"¿Qué pasó, Jamey? ¿Quién era el hombre que te paró en la calle?"

En los ojos del chico brillaban nuevas lágrimas.

"¿Qué quería?" Ella suavizó su tono. "¿Qué dijo?"

Le acarició el pelo rubio como la arena, apartándoselo de la frente. Usó un pañuelo de la manga y le secó las lágrimas.

"Él ya sabía mi nombre, mamá. Pero... me llamó... James".

"¿Qué más, amor?"

"Me agarró del brazo y me miró la mano".

"Calla", le arrulló mientras más lágrimas rodaban por sus mejillas. No era la primera vez que el niño se enfrentaba a gente que lo miraba como a un bicho raro. Es cierto que había hecho de cada uno de esos incidentes una batalla, una batalla contra la ignorancia, pero no recordaba que Jamey hubiera reaccionado nunca con tanta intensidad como ahora.

"Te quiero, mamá. Prometo hacerlo lo mejor que pueda". Había hipo mezclado con las palabras. "Prometo que nunca fingiré no oír. Si me llevas de nuevo a la escuela de los amigos, te doy mi palabra de que esta vez me portaré bien. Responderé a sus preguntas y a todo. Sólo no me envíes lejos".

"Yo también te quiero. Y no vas a ir a ninguna parte sin mí. Pero necesito saber", dijo con más firmeza, "qué te dijo ese hombre, Jamey".

Pero antes de que pudiera contestar, Molly apareció en la puerta. Rebecca levantó la vista sorprendida.

"Hay alguien aquí que quiere verte."

"Toma su nombre, Molly. Envíalos lejos".

Su amiga negó con la cabeza e indicó a Rebecca que entrara en la otra habitación.

Un miedo tan potente y paralizante como el que había sentido en aquella biblioteca de Londres hacía tantos años le atravesó el cuerpo. Pasó una mano por la frente de Jamey antes de ponerse en pie. Sus movimientos fueron lentos, casi dolorosos, mientras cerraba la puerta tras de sí.

Molly hizo un gesto hacia la puerta que conducía a las escaleras.

Rebecca respiró hondo y la abrió, con los dedos apretados alrededor del pestillo.

"¿Sra. Ford?"

Señaló con la cabeza al caballero elegantemente vestido del rellano.

"Soy Sir Oliver Birch, señora, del Middle Temple de Londres. Vengo en nombre del conde de Stanmore".

"¿Qué puedo hacer por usted, Sr. Birch?"

"Vengo a recoger y acompañar a James Samuel Wakefield, futuro conde de Stanmore, de vuelta a Inglaterra".

Rebecca le miró fijamente sólo un instante antes de cerrar la puerta tan fuerte como pudo.

Capítulo Cuatro

Londres

LA SEDA blanca se deslizaba hacia arriba por la musculosa espalda de su amante. Sin embargo, cuando él se colocó la camisa sobre los anchos hombros, los labios de Louisa se curvaron en un mohín practicado. Se estiró como un gato entre las sábanas arrugadas de la cama gigante y lo observó vestirse.

Estaba satisfecha carnalmente, pero la imagen familiar de Stanmore abandonando su cama y su casa inmediatamente después de hacer el amor nunca dejaba de disminuir su placer. Incluso ahora tenía en la boca el sabor acre y metálico de la decepción, pero se obligó a parecer despreocupada, suave y seductora.

No le importaba pedirle que se quedara. Ni siquiera dejó de suplicarle. Pero se negó a ceder a tan fatal inclinación. Era demasiado lista para eso. Louisa Nisdale no deseaba unirse a la larga lista de amantes de Stanmore. Había invertido los tres años de su ridículo matrimonio y los dos primeros de su viudez en estudiar a fondo -aunque desde una distancia segura- al hombre y su inquietud. Samuel Wakefield, conde de Stanmore, desdeñaba abiertamente a las mujeres que se desmayaban a sus pies. Era imposiblemente arrogante con los hombres de su posición, especialmente con aquellos que intentaban involucrarle en actividades que él consideraba frívolas. Al parecer, la bebida, el juego y la prostitución estaban por debajo de él. Desde luego, parecía no importarle que el resto de los de su clase encontraran entretenidas esas diversiones.

No, el conde de Stanmore se tomaba en serio su política. Héroe de las guerras francesas en América, ahora era un miembro franco de la Cámara de los Lores. Tenía un porte regio y estaba ferozmente orgulloso de su linaje, con antepasados que habían servido a sus reyes desde la época de Guillermo el Conquistador.

Pero lo más importante era que lord Stanmore era increíblemente generoso con sus amigos. Y ésa era una virtud que Louisa apreciaba mucho en él, sobre todo teniendo en cuenta su gran afición por el juego y los gastos.

Fue como una obra de teatro encantadora, pensó. Y atribuyó el mérito a su propia astucia como actriz, ya que se encontraba al final de casi un mes de placer y pasión... sin ningún indicio de final a la vista.

Animada por sus propios pensamientos, Louisa apartó las mantas y rodó hasta el borde de la cama. Desde allí tenía una vista completa del apuesto rostro de Stanmore en el espejo mientras se anudaba el corbatín a la luz de las velas. Saboreó el calor que la invadió al ver cómo sus ojos se oscurecían al recorrer su espalda desnuda y sus nalgas. Se giró sobre un codo y le ofreció una vista completa de sus pechos.

"Sobre la invitación de Lady Mornington para el viernes por la noche". Recogió su larga melena rubia con una mano y se echó hacia atrás sobre las almohadas. Sus ojos siguieron sus movimientos en el espejo. Ella levantó la cabeza y se quitó de las piernas lo que quedaba de las sábanas. "¿Podrías quedar para venir a buscarme aquí a las seis y media? Prefiero llegar allí contigo y..."

"Ya he declinado la invitación de Lady Mornington."

"Pero es muy buena amiga mía. Se sentirá muy decepcionada si no vamos".

Se apartó del espejo y cogió su chaleco. "Sólo hablé de mis propios planes con respecto a este compromiso. Eres, por supuesto, libre de hacer lo que desees".

"No puedo entender qué tienes contra ella. Es la quinta invitación de esa buena señora que rechazas en el último mes".

"Si fuera el quincuagésimo, seguiría declinando. No me interesan los establecimientos de juego ni las apuestas".

"Pero eso no es todo lo que ofrece a sus huéspedes. Es una respetada..."

"No tengo ningún interés en asistir".

Louisa oyó el cambio en su tono. Era un cambio sutil, casi imperceptible, pero ella lo había oído antes y lo reconoció. Stanmore no levantó la voz, pero la nota de peligro era inconfundible.

"Ah, bueno..." dijo ella, deslizándose grácilmente de la cama y caminando lentamente hacia él mientras se ponía la chaqueta.

Sabía que hacía falta un poco de tiempo. Tiempo para que se le pasara el enfado. Tiempo para que sus ojos se centraran de nuevo en su cuerpo y apreciaran el despliegue de sus encantos. Pero el conde parecía distraído, si no desinteresado, y eso la alarmó más de lo que quería admitir.

Louisa Nisdale, sin embargo, tenía alma de jugadora, así que cogió su bata de la seda más pura y se la puso sin apretar.

"De hecho, Stanmore, tengo una idea mucho mejor". Le pasó un dedo por la tensa piel del cuello y atrajo su mirada hacia su rostro. Se abrazó a él y frotó su cuerpo seductoramente contra él. Él se alzaba sobre ella. La bata se abrió y ella sintió un estremecimiento al sentir su piel suave contra la tela superfina, al ver su carne cremosa apretada contra la tela negra, al sentir el calor de sus muslos de ante apretados contra los suyos. "Tu y yo...sabado por la tarde...paseando por los jardines de Ranelagh. Mientras pasamos junto a los arcos con todos los invitados tomando el té, puedes susurrarme al oído todas las cosas perversas que te gustaría hacerme. Y yo, a mi vez, puedo susurrar todas las..."

"No, creo que no". Con suavidad pero con firmeza, la apartó y se volvió hacia la puerta.

Extendió la mano rápidamente y le agarró de la manga. "No tenemos que ir a ninguna parte", dijo, esforzándose por mantener la nota de pánico fuera de su voz. "Quizás aquí... podemos..."

"Me voy de la ciudad a Hertfordshire por unos días. Quizás te vea la semana que viene, Louisa".

Ella le miró fijamente un momento. *Llévame contigo*", estuvo a punto de gritar cuando él se inclinó para besarla en la frente. Pero sabía que no debía hacerlo y reprimió las palabras, en lugar de eso lo rodeó con los brazos y levantó los labios para que la besara.

De nuevo, se separó de ella y se dirigió a la puerta. Ella sintió que el color le inundaba las mejillas.

"Lo comprendo. Estás inquieto porque te impacienta la espera. Ya han pasado varios meses, ¿no?"

Se detuvo bruscamente junto a la puerta y volvió a mirarla. Sus ojos eran negros, pero ella pudo ver esa luz distintiva brillando en lo más profundo de ellos. Sintió que el peligro calentaba

el aire a su alrededor. Había sobrepasado su posición, pero ahora sabía que tenía que mantenerse firme.

"¿Qué han pasado exactamente varios meses, Louisa?"

Su voz era aún más baja ahora que antes, y ella tiró de la bata transparente a su alrededor.

"He oído cosas". No pudo mantener el contacto visual, así que cogió el cinturón de seda del vestido e hizo un elaborado ademán de anudárselo a la cintura. "Sólo quería que supieras que lo entiendo. Estoy aquí si me necesitas".

Le dedicó una sonrisa que esperaba fuera convincente.

"¿Qué es *exactamente* lo que has oído?"

Se pasó las manos por los brazos para protegerse del frío que sentía. No había escapatoria. Esperaba una respuesta.

"Oigo rumores de cosas todo el tiempo. Simplemente oí que habías enviado a alguien a las colonias... bueno, a recuperar a tu hijo. Todo el mundo habla de ello. Ya sabes cómo habla la gente. Todo el mundo sabe lo duro que debe ser para ti después de diez años y, por supuesto, si Elizabeth decide volver, también... bueno..."

Las palabras se marchitaron en la lengua de Louisa mientras una dureza que nunca había visto se deslizaba en los ojos oscuros del Stanmore. Su rostro había adquirido un aspecto de granito tallado. Frío y formidable. Louisa retrocedió un paso inconscientemente.

"Sólo estaba preocupado por ti".

"¿Preocupado?" El movimiento de su cabeza fue apenas perceptible. Su tono era frío, uniforme y estrictamente controlado. "Hemos disfrutado de nuestra mutua compañía, Louisa, pero no supongas que hay algo más entre nosotros. No te equivoques sobre nuestra relación". Se volvió bruscamente y abrió la puerta. "En el futuro, señora, *no se ocupará* de mis asuntos. Ni ahora. Ni nunca".

Louisa Nisdale lo miró irse y luego se hundió contra el borde de la cama. Se quedó mirando la puerta durante un largo rato y luego se levantó. Se había equivocado en aquella escaramuza, pero no estaba derrotada.

No, pensó. Había estado formulando su estrategia durante demasiados años como para tirarlo todo por la borda ahora. Conquistar a Lord Stanmore podría requerir batallar, pero era una campaña que no tenía intención de abandonar.

Ahora no. Ni nunca.

Filadelfia

La rabia y el miedo, como dos criaturas con garras de hierro, desgarraron las entrañas de Rebecca mientras daba la espalda a la puerta y miraba salvajemente a la cara de una sorprendida Molly. Volvieron a llamar a la puerta.

"Envíalo lejos, Molly. Haz que nos deje en paz. Dile..." Unas lágrimas ardientes le abrasaron de repente las mejillas y sintió que se le hacía un nudo en la garganta al ver la cara asustada de Jamey asomándose tras la puerta del dormitorio. "Dile que se ha equivocado de chico".

Los golpes eran ahora más fuertes, más persistentes.

"Dime de qué va todo esto, cariño..."

Rebecca negó con la cabeza ante la pregunta de su amiga y se dirigió hacia el joven de la puerta.

"Por favor, Molly", suplicó. "Sólo mándalo lejos".

"Sí, muy bien, muchacha. Haré lo que pueda".

Los brazos de Jamey rodearon su cintura como pequeñas bandas de acero. Rebecca lo metió rápidamente en el dormitorio y cerró la puerta.

"Era el mismo hombre, mamá", hipó Jamey, abrazándola aún más fuerte. "Era el mismo que me detuvo. El que hacía las preguntas. Va a llevarme lejos. Él mismo me lo dijo. Pero no se lo permitirás, mamá, ¿verdad?".

"No lo haré, cariño. Nadie te va a llevar".

"Por favor, dime que no dejarás que me lleve".

Ella tiró de él hasta el centro de la habitación y le soltó mientras se arrodillaba y le miraba a la cara. "No lo haré, Jamey. Nadie te apartará de mí. Tú y yo somos una familia".

Unas lágrimas frescas brotaron de sus ojos azules, pero justo cuando se disponía a estrecharlo entre sus brazos, los dedos de él se apretaron contra sus hombros y la miró a los ojos con aquella misma intensidad penetrante que siempre le llegaba directa al alma. "Prométemelo. Prométeme que me mantendrás a salvo... que me mantendrás contigo".

Podía sentir cómo le arañaban el corazón, pero se tragó su angustia y asintió. "Te lo prometo, mi amor."

Se derritió contra ella, guiado por la confianza que tan injustamente le había infundido. No, pensó ferozmente, *no* injustamente. No está mal que un niño confíe en su madre, y Jamey era su hijo tan seguro como que había un Dios en el cielo. Era su hijo porque la propia Elizabeth lo había puesto en sus brazos y le había hecho prometer que lo amaría como si fuera suyo. Era su hijo porque lo había criado, cuidado y amado desde que su vida aún se medía en horas.

Y él había sido suyo desde el día en que, junto a la barandilla de aquel barco, contempló cómo las aguas gris verdosas del Atlántico recibían el cadáver de su madre.

Le temblaba la mano mientras le acariciaba el pelo, le acariciaba la espalda y lo calmaba como había hecho durante casi diez años enteros. Era su hijo, y nunca había amado a nadie ni a nada más de lo que lo amaba ahora.

Pero sintió que se estrangulaba al pensar que podría perderle.

Rebecca se quedó con él, consolándolo con palabras de afecto en voz baja hasta que a Jamey se le acabaron las lágrimas. Sentada en la cama, con la cabeza de Jamey apoyada en su hombro, sintió que él se relajaba poco a poco. Sus ojos se cerraron y volvió a aferrarse al viejo chal. Rebecca lo abrazó, con la pena alojada en la garganta, ardiente y en carne viva.

Molly las miró varias veces, una de ellas susurrando que iba a despedir a las alumnas de la tarde. En otra ocasión, les ofreció cenar en voz baja, pero Rebecca se limitó a negar con la cabeza.

Rebecca se sintió aliviada cuando se hizo de noche. También agradeció que el chico no hubiera buscado respuestas más allá de las que ella estaba dispuesta a dar.

Algún tiempo después, mientras Jamey aún dormía, Rebecca lo arropó cuidadosamente bajo las sábanas y luego se quedó observándolo. La noche había caído sobre la ciudad frente a su ventana, y con ella sentimientos de oscuridad descendieron sobre su espíritu. Sentimientos de desesperación por su situación. Sensación de miedo.

Sabía que Molly estaba esperando. La había oído subir pesadamente las escaleras de madera otra vez.

"Pareces muerta, querida. Dos veces enterrada y desenterrada de nuevo", dijo su amiga cuando Rebeca salió de la alcoba.

Le dolía demasiado como para sonreír. Rebecca se llevó los dedos a las rendijas hinchadas

que antes habían sido sus ojos. La luz de las velas proyectaba sombras por la habitación, y Rebecca se estremeció y se acercó a la ventana, cerrándola contra los fríos demonios que sin duda rondaban fuera.

Apoyó la cabeza contra el cristal y trató de luchar contra el sentimiento de miseria que se agolpaba en su pecho.

"He traído algo de cena para ti y Jamey. También envié a Tommy a lo de la Sra. Parker por algo. Nada como un panecillo dulce fresco para..."

"Oh, Molly", graznó Rebecca, apartándose de la ventana para encontrar a su amiga ya de pie a su lado. "¿Qué voy a hacer?"

A pesar del bulto de su gran barriga, Molly la estrechó entre sus brazos y la consoló mientras lloraba. Pasó algún tiempo antes de que Rebecca se apartara y se dejara llevar hasta el banco, donde ambas se sentaron.

Había tanto que decir. Diez años mintiéndole a esta mujer que los había aceptado como uno de los suyos. Pero Rebecca no sabía por dónde empezar, aunque sabía que la posible desaprobación de su amiga era en realidad el menor de sus problemas.

"Sé que Jamey no es tuyo, cariño."

La tranquila declaración de Molly atrajo la mirada de Rebecca hacia el rostro de la mujer.

"Adiviné la verdad en el momento en que llegaste en el cochecito del señor Butler desde Nueva York aquel verano de hace tanto tiempo. Al ver que sostenías a ese pequeño en tus brazos como si fuera una pieza de porcelana fina en lugar de tu propia carne y hueso... estabas más preocupada por la forma correcta de cuidar al bebé que por ti misma. Y con todas las cosas desconocidas a las que te enfrentabas en esta extraña ciudad. Supe entonces que no habías dado a luz a Jamey tú misma".

"Pero no dijiste nada. Me dejaste seguir y mentirles a todos..."

"¿Quién soy yo para interferir con una mujer que cuida de un pobre niño?". Molly sonrió y apartó un mechón de pelo de la cara de Rebecca. "Viendo lo pequeñito que era Jamey entonces, y oyendo sus gritos -por los santos, eran tan fuertes como para despertar a los muertos-, viendo lo ciega que estabas ante su mano deforme, y cómo lo has querido tanto...". Sacudió la cabeza. "Has sido tan buena como su madre, sin duda. Si no mejor".

Rebecca agarró con fuerza la mano de Molly con las dos suyas.

Molly le palmeó el dorso de las manos. "Eras... eres la mujer más trabajadora que he conocido, Rebecca Ford... o cualquiera que sea tu verdadero nombre. Eras y eres la amiga más cariñosa que una mujer puede tener". Levantó la mano y secó las lágrimas de Rebecca. "Fue una bendición para mí y mi familia que vinieras aquí, y casi tuve que reventarte la cabeza con mi rodillo una o dos veces para evitar que te hicieras daño. Aunque no tenía intención de decírtelo nunca".

"¿Tu rodillo?"

"Sí, mi Sr. Butler -la dulce cosa- casi se lo lleva de lleno en su grueso cráneo, déjeme decirle. Pero fue cosa suya. Tiene alma de casamentero, ya sabes".

"¿Sr. Butler?" Rebecca logró sonreír.

"Sí, cariño, y a lo largo de los años, siempre pensó que era una vergüenza ver a una joven como tú trabajando tan duro para cuidar de sí misma. A su modo de ver, eras viuda, así que no debería haber problemas para encontrarte un buen marido. Pero lo puse en su lugar. Pensaba que... podías contar todas las historias que quisieras sobre tu marido muerto, pero cuando se trataba de hombres, tenía la certeza de que eras... bueno, una inocente. ¿Y cómo ibas a explicar eso en tu lecho matrimonial... con un muchacho al que haces pasar por tu propio hijo?"

Rebecca se puso colorada al pensar que el marido y la mujer hablaban de ella de esa manera. "Molly, sabes que nunca he gastado un minuto buscando marido... y nunca lo haré".

"Se lo dije al Sr. Butler casi con las mismas palabras. Pero además, aunque estuviera buscando, no he visto por aquí a un hombre digno de usted. No conozco a nadie que pueda igualar tu educación o tu ingenio... o tu calidad, y sabes que eso no les gusta a la mayoría".

Rebecca soltó la mano de Molly y se puso en pie. "Mis problemas ahora son mucho más serios que encontrar marido". Miró ansiosa hacia la puerta cerrada del dormitorio. "Ese hombre. El abogado. ¿Qué dijo?"

"En realidad, estaba dispuesto a echarlo al callejón, con sombrero de palo y todo. Pero fue todo un caballero desde el momento en que le abrí la puerta. Nunca he oído a un inglés disculparse por nada, y este tipo no podría haber sido más cortés ni aunque yo hubiera sido la mismísima reina. De todos modos, creo que está sinceramente arrepentido de la forma en que se dirigió a usted". Molly frunció el ceño. "Pero dejando todo eso de lado, querida, él quiere decir lo que dijo."

Rebecca volvió los ojos suplicantes hacia su amiga. "Dime qué pretende hacer".

La otra mujer hizo una pausa, su rostro amable tenso. "Quiere recuperar a Jamey. Dice que quiere hacerlo con toda tranquilidad y de una manera, dice, que sea 'mutuamente aceptable para todos los implicados'. Es abogado. Se aloja en la Muerte del Zorro, y quiere que mandes a buscarlo cuando te sientas mejor y dispuesta a hablar."

Rebecca sintió que más lágrimas le quemaban los ojos y apartó la mirada.

"¿Es esto realmente la verdad? ¿Lo de que Jamey es hijo de un conde y todo eso?"

"No lo sé. Sólo conocí a la madre", murmuró Rebecca, acercándose a la ventana cerrada. "Elizabeth Wakefield era su nombre. Murió en el barco que venía de Inglaterra. Era joven y hermosa".

"¿Qué hacía ella en ese barco? ¿Dónde estaba el marido?"

Rebecca negó con la cabeza y siguió mirando hacia fuera. "Nunca me dijo nada de eso. Pero tuve la sensación de que huía de él. Jamey sólo tenía un día cuando los dos embarcamos. Elizabeth estaba claramente muy débil, pero me prohibió ir detrás de nadie hasta que estuviéramos muy mar adentro. Y entonces, de repente, se desvaneció. Había un médico a bordo, de camino a Nueva York, y lo traje. Pero no pudo hacer nada. Elizabeth me dio a Jamey, y luego murió".

En el cristal que tenía delante, Rebecca podía ver aquel amanecer gris. Las olas blancas en un mar oscuro. El niño llorando en sus brazos. El sudario de lona que cubría el cadáver de la madre sobre una tabla.

Rebecca recordaba tan claramente su propia miseria aquella mañana. Sintió un amargo sabor a sal en la boca cuando vio a los dos marineros arrojar solemnemente el cuerpo por la borda. Con los terrores de su pasado y la incertidumbre de su futuro, pensó por un momento en rendirse a sus penas y arrojarle a aquel oscuro desierto acuático.

Pero entonces, el niño dejó de llorar por un momento y sus ojos azul oscuro la miraron fijamente. Indefenso, triste y tan increíblemente solo en este mundo. Antes de aquella mañana, nadie había necesitado nunca a Rebecca Neville. Nadie había dependido de ella para existir. Hasta ahora.

"Cuando criamos a nuestros hijos, les damos a cada uno un pedazo de nuestro corazón". La suave voz de Molly llegó directamente desde detrás de ella. "Pero a medida que crecen y se alejan de nosotros, se quedan con el pedazo que les dimos. Duele, cariño, y no importa lo mayores que sean o lo fuertes que se hagan, sigue doliendo dejarlos marchar."

Rebecca se quedó mirando su propio reflejo en el cristal. Las lágrimas brillaban y seguían resbalando por su pálido rostro. Le temblaban los labios y levantó una mano para acallar un sollozo.

"Has querido lo mejor para tu Jamey desde que te conozco. Esta lucha que has estado emprendiendo últimamente, de encontrarle una escuela, de querer que le vaya mejor que ser aprendiz de un comerciante o convertirse en un obrero común que se gana la vida con el sudor de su frente. ¿No lo ves, querida? El buen Dios te está dando una respuesta. Está tratando de ayudarte ahora".

Rebecca negó con la cabeza, pero no pudo darse la vuelta y mirar a su amiga.

"Ese abogado dice que tu Jamey es hijo de un conde. No un mercader, ni un comerciante, ni siquiera un clérigo... sino un par del reino. Con todo el amor que tienes en tu corazón por el chico, ¿cómo podrías sentarte y negarle esa clase de futuro?"

Rebecca se llevó los dedos a los ojos. De repente, la cabeza le latía dolorosamente.

Molly le puso una mano en el hombro e insistió. "Habiendo vivido con todas las penurias que ha tenido que soportar-con su mano en garra y su oído sordo-¿estás dispuesta a negarle esta bendición, muchacha?"

Era egoísta. Lo quería sólo para ella. Lo quería a su lado, donde pudiera cuidarlo para siempre. Pero las palabras de Molly estaban golpeando sus defensas, cortando su corazón en pedazos.

"No puedo", gritó finalmente, arrancando las palabras. Se apartó de la ventana. "No puedo negarle lo que es suyo por derecho. Pero tampoco puedo simplemente confiarle a este hombre a Jamey. Su esposa, la madre de Jamey, huía de algo o de alguien. ¿Y si este conde es malvado? ¿Y si sus intenciones respecto al futuro de su hijo no son tan nobles como nos han hecho creer?"

"Si eso es cierto, entonces este Lord Stanmore se ha gastado un buen dineral sólo para herir a un chiquillo". Molly ladeó la cabeza. "Eso no tiene sentido, querida."

"Pero tú no conoces a esta gente, a los de su clase". Rebecca sacudió la cabeza con fiereza. "Nunca podría confiar la vida de Jamey a un hombre que no conozco. El rango no tiene nada que ver con el honor, Molly. Sé que los más privilegiados también pueden ser los más viciosos". Empezó a pasearse por la habitación. "Este padre, el conde de Stanmore. Ni siquiera sabe que a su hijo le pasa algo. ¿Qué pasa si Jamey llega allí y al conde no le gusta lo que ve? Piensa en el dolor de Jamey al ser enviado lejos por mí y luego rechazado por un padre que ni siquiera conoce. No puedo permitir que lo traten así..."

"Entonces ve con él". Molly interrumpió. "Ve con Jamey a Inglaterra, querida. Asegúrate de que se ha instalado bien".

"I..." De repente, Rebecca se quedó sin aliento. Podía sentir la soga alrededor de su cuello.

"El abogado", continuó Molly, "parece un hombre razonable. Estoy segura de que si le explicas tus preocupaciones, se las arreglará para pagarte el pasaje. Y tengo el presentimiento de que el señor Butler podría tener algunos chelines escondidos".

Rebecca se hundió en el banco. El miedo martilleaba su cerebro. En su mente, podía verse a sí misma saliendo corriendo de la casa londinense de Sir Charles Hartington. En la imagen, podía ver la sangre, sentirla espesa y caliente en sus manos. Inconscientemente, se limpió las palmas de las manos en el vestido.

"Está más claro que el agua, cariño. Sólo así estarás contenta". Molly se sentó pesadamente a su lado en el banco. "Aquí no hay nada que no puedas dejar durante medio año... o incluso un año. Tus habitaciones y tus pertenencias... el señor Butler y yo las cuidaremos mientras estés fuera, si quieres".

Rebecca plantó los codos sobre las rodillas y se cubrió la cara con las manos de hielo. La cara de Jamey era ahora todo lo que podía ver.

Quédate conmigo, mamá. Prométeme que me cuidarás.

"Esta es la respuesta a una oración, Rebecca. Tendrás que llevar a Jamey de vuelta con su padre, tú misma."

Capítulo Cinco

Londres

LOS HOMBRES que holgazaneaban en la sala de entrenamiento del club de Marylebone Street se hicieron rápidamente un hueco cuando las relucientes espadas de los dos contrincantes amenazaron con rebanar a amigos y enemigos por igual. Cuando se corrió la voz de la contienda, los espectadores se agolparon inmediatamente en la barandilla de la galería superior, aunque la impaciencia que se reflejaba en sus rostros se debía más a la perspectiva de una apuesta que al deseo de autoconservación. En cuestión de minutos, se formaron los bandos, se hicieron las apuestas y empezaron a estallar los vítores cuando el campeón de uno u otro grupo tomaba ventaja. No eran infrecuentes las apuestas de mil libras o más, pues los dos contendientes contaban con impresionantes años de entrenamiento militar a sus espaldas.

"Cinco naves, Nathaniel", dijo el más alto de los hombres apretando los dientes mientras sus sables se cerraban.

El ruido de la multitud tapaba las palabras que intercambiaban los combatientes.

"Una fue todo lo que prometí", respondió Nathaniel, girando sobre sí mismo y esquivando el tajo de su oponente.

"¿Qué diferencia hay para ti? El trabajo será el mismo".

Saltaron chispas al chocar las espadas.

"Uno podría interpretarse como un accidente". Nathaniel intensificó su ataque, logrando hacer retroceder al otro por la habitación. "Cinco sería visto como una guerra abierta".

La ventaja fue sólo temporal, ya que el hombre más alto esquivó hábilmente un golpe feroz, hizo tambalearse a Nathaniel con un puñetazo en la cara, y luego siguió adelante en medio de los vítores de la galería.

"Sólo sería una guerra abierta si pusiéramos toda su flota... condenable como es... a la antorcha. Pero ahora que lo mencionas..."

Sir Nathaniel Yorke, el Agrimensor de la Armada, seguía retrocediendo bajo la embestida continua del sable de su oponente. "Me sorprende, canalla, que aún no lo hayas intentado".

"Es un asunto sangriento, Nathaniel". El alto noble retrocedió y blandió su espada, forzando la estocada de su oponente a deslizarse lejos de su cuerpo. "Es una barbaridad arruinar vidas humanas por unas piezas de oro".

"Todo el mundo sabe cómo te sientes".

"Bueno, hay más de unos cuantos en el Parlamento que ya están apoyando la causa. No pasará mucho tiempo hasta que la ley se ponga del lado de la justicia".

Nathaniel se lanzó hacia delante, pero el otro luchador desvió sus golpes y, de repente, los

dos estaban de nuevo frente a frente, con las espadas cruzadas trabadas entre ellos.

"¿Y qué le parecería al Parlamento la confiscación de cinco nuevos barcos?", preguntó sin aliento.

"Sea cual sea la opinión del Parlamento, seguiré recortando los activos de estos perros negreros hasta que ningún astillero de Inglaterra acepte semejante encargo, sin importar el precio que estén dispuestos a pagar".

Con un rápido movimiento, Nathaniel empujó la espada de su oponente hacia abajo y la mantuvo allí, diciendo en voz baja: "¿No tienes miedo de las consecuencias? ¿Y si se descubre la verdad? Sabes que estoy de acuerdo en que la esclavitud es un comercio deshonesto. Pero, ¿y si tu nombre se relacionara con la campaña de terror que tanto ha costado ya a los esclavistas? Tienes mucho que perder".

"*No tengo nada que perder*".

Con un destello metálico, la espada de Nathaniel se soltó de repente de su mano y salió despedida por el suelo, mientras la punta del sable de su amigo se estampaba de repente contra su pecho. La galería estalló en vítores.

"Cinco barcos nuevos, Nathaniel. Confiscados por mis propios hombres y anclados en el Canal frente a Gravesend. Estarán allí, listos para ti, al amanecer del próximo viernes".

"Va en contra de todo mi entrenamiento destruir tantos buenos barcos británicos". Apartó el arma con una mano enguantada y se secó el sudor de la cara con el dorso de la muñeca. "Pero, por Gad, es por una buena causa. Además, nuestra flota necesita practicar tiro al blanco".

La palmada en su hombro fue amistosa. "Eres un buen hombre, Nathaniel, a pesar de tu debilidad por el low parry".

"Y tú, Stanmore, sí que tienes corazón". Con una sonrisa irónica, aceptó la espada del criado. "¿Pero eso no sería un shock para la legión de mujeres que juran que no tienes uno?".

Filadelfia

De pie en la oscuridad del Callejón de la Fresa, Rebecca tiritó y se ciñó el chal con fuerza. Hacía frío, pero le parecía que era la única que lo notaba.

La puerta de la posada de la Muerte del Zorro estaba abierta, y el sonido de un violín y de voces cantando se extendía por la calle embarrada que la rodeaba. Pudo ver las mesas llenas de comerciantes y viajeros, con jarras y vasos de cerveza y sidra en cada mano, balanceándose al ritmo de la vieja melodía. Mientras observaba, Annie entró desde la cocina de verano de la parte trasera y se abrió paso entre los juerguistas, con platos de estofado de cordero balanceándose hábilmente sobre su brazo.

El cartel de arriba se balanceó ligeramente con una ligera brisa, y Rebeca miró la representación pintada del zorro, de espaldas a un árbol, acorralado por un par de sabuesos. Respiró hondo y se obligó a subir los tres escalones de piedra que conducían a la puerta.

"¡Sra. Ford!" La esposa del posadero no tardó en darse cuenta y acercarse a ella al entrar. "¿Va todo bien? ¿Se ha puesto Molly de parto?"

Nellie Fox, que había ejercido de comadrona en sus años mozos, seguía siendo requerida de vez en cuando por los vecinos del callejón.

"No, ella está bien, y aún no es hora". Rebecca dijo en voz baja. "Estoy aquí para ver a un caballero de Inglaterra. Me dijeron que se hospeda aquí. Sir Oliver. Sir Oliver Birch."

Los ojos de la mujer se iluminaron al oír el nombre. "Sí, está aquí. Un buen cliente, además. De hecho, el caballero acaba de retirarse a su habitación no hace mucho. No sabía que era pariente suyo, Sra. Ford".

"Él no es pariente. Tenemos negocios juntos". Se hizo a un lado para dejar salir a dos clientes. Ambos la saludaron respetuosamente. "¿Sería mucha molestia, Sra. Fox, que enviara a alguien a la habitación del caballero y le dijera que deseo hablar con él?".

"No, en absoluto, señora Ford". La mujer se volvió inmediatamente hacia uno de los mozos de servicio y le dijo en breve que hiciera exactamente lo que Rebecca le había pedido.

Con una palabra de agradecimiento, Rebecca se dirigió a la mesa más cercana junto a la puerta y se sentó incómoda en el borde de un banco apoyado contra la pared. No quería pensar por miedo a perder el valor y marcharse del lugar.

En el otro extremo de la sala de la taberna, Ephraim Fox estaba de pie junto al almacén cuadrado que se había construido en la esquina. A través de los barrotes de madera que se alzaban hasta el techo, podía ver los barriles apilados contra la pared y las carnes ahumadas colgadas de ganchos. El posadero escanciaba sidra de una gran jarra en un par de tazas de cuero y observaba al violinista, que tocaba alegremente junto a una ventana lateral.

Aparte de pasar de vez en cuando por alguna de las reuniones locales que se celebraban en la posada, Rebecca no era una visitante frecuente del lugar. Pero como llevaba tanto tiempo viviendo en el barrio, conocía lo bastante bien al posadero y a su mujer (y a más de un juerguista) como para sentirse segura sentada sola en la taberna. Mientras esperaba, el violinista terminó su melodía, se secó la cara con la manga y se sentó a la mesa donde Annie había puesto la cena.

Rebecca había ensayado de antemano todo lo que quería decirle al abogado, pero cuando vio entrar al hombre alto y mayor pisándole los talones al mozo de servicio, sintió que unos dedos de pánico le atenazaban la garganta.

"Sra. Ford, estoy en deuda con usted. Gracias por venir a verme con tan poca antelación".

Rebecca se levantó y asintió vacilante. La tenue luz de las escaleras que conducían a sus habitaciones no le había permitido ver muy bien al hombre. Aquí, en la posada, tenía una visión mucho mejor de las facciones del abogado. Sir Oliver era más joven de lo que ella había pensado en un principio. Sus ojos grises eran amables y no hostiles. Le tendió la mano, invitándola a sentarse de nuevo. Cuando ella se hubo sentado, él ocupó la silla de enfrente.

"Para empezar, señora, espero sinceramente que acepte una disculpa por la imprudencia con la que me acerqué a usted esta tarde. Sin duda, debería haber enviado antes una carta de presentación". El abogado hizo una pausa, continuando cuando ella asintió. "Verá, señora Ford, estoy plenamente facultado para actuar en nombre de lord Stanmore, y mi objetivo primordial es cumplir cabalmente la empresa que su señoría me ha encomendado. Y debo decir inmediatamente que eso incluye expresar la gratitud de su señoría por la forma en que ha cuidado de su hijo. Permítame también explicarle sus deseos con respecto a su hijo, y hablarle brevemente de la recompensa que puede esperar por su..."

"Déjeme aclararle algo ahora mismo, Sir Oliver. Lo que he hecho por Jamey estos últimos años, lo que él ha significado para mí, no es algo por lo que espere ser recompensada... más allá de lo que ya he recibido". Rebecca trató desesperadamente de contener su oleada de emociones. "He amado a Jamey como a mi propio hijo, y soy la única madre que ha conocido. No hay nada que puedas pagar que reemplace la alegría que él ha traído a mi vida".

El abogado la miró fijamente, con una expresión pensativa que se iba dibujando poco a poco en su rostro a medida que ella continuaba.

"Ahora, con respecto a los deseos de su cliente... debo decirle de entrada que hasta ahora no he visto ninguna prueba que apoye su afirmación de que Jamey es hijo del conde de Stanmore".

"Estaré encantado de facilitarle la documentación, si desea verla", respondió en voz baja.

"Más tarde, por favor, Sir Oliver". Rebecca asintió. "Le diré que no veo ninguna razón por la que alguien haría tal afirmación si no tuviera alguna base de verdad".

Hizo una pausa cuando Annie se acercó a la mesa y les ofreció bebida a las dos. Rebecca rechazó el ofrecimiento con un movimiento de cabeza.

"Continúe, por favor", le animó alegremente Sir Oliver, evidentemente complacido con el giro que había tomado la conversación. "Debo decir que cuando dejé Inglaterra, albergaba serias dudas sobre el tipo de gente que encontraría en las colonias. No tiene ni idea, señora, de lo reconfortante que es para mí encontrar a alguien de su... bueno, de su nivel de comprensión".

"Sea como fuere, Sir Oliver, el asunto que me desconcierta..." Rebecca hizo una pausa mientras Annie regresaba rápidamente con una taza de cerveza de peltre y la colocaba ante el abogado. "¿Tal vez pueda aclararme por qué el buen conde de Stanmore tardó casi diez años en solicitar el regreso de su hijo?"

"Su señoría no sabía de la muerte de su esposa, señora Ford, o habría mandado llamar a su hijo antes, se lo aseguro".

La respuesta del hombre, tan directa, sacudió momentáneamente a Rebecca.

"Si me permite plantearle una pregunta, señora... si sabía que la viajera fallecida era la esposa de Lord Stanmore, ¿podría aclararme por qué en diez años no ha devuelto a su hijo?"

Sintió que el calor le subía a la cara. "No sabía nada de Lord Stanmore. Me temo que no tuve oportunidad de conocer a la dama".

Sus ojos estudiaron detenidamente su rostro. "Entonces, ¿cómo fue, señora, que llegó a apoderarse de su hijo?"

"I..." Metió las manos en los pliegues de la falda para ocultar su temblor. La dulzura de los ojos grises del hombre había desaparecido, sustituida por una mirada de estrecha indagación. "Una pariente mía viajaba en ese barco. Que yo sepa, no viajaba nadie con la madre, ni siquiera un criado. Usted comprenderá, señor, que nadie hubiera imaginado que una mujer que viajaba sola pudiera ser la esposa de un conde. Cuando enfermó y murió en ese barco, no hubo nadie que se llevara al niño".

"Ya veo". Los largos dedos del abogado alcanzaron la taza. "¿Puedo preguntarle si ya estaba casada antes de que le trajeran a James?"

"Ya me lo habían prometido. Así que sabía que pronto lo sería".

"¿Y esto no te asustó?"

"Por supuesto que no. Yo pedí el niño. Y el Sr. Ford y yo estábamos encantados de tenerlo... fue tan triste que mi querido marido falleciera tan pronto después de nuestro matrimonio".

"Criar a un niño solo. ¿No se te pasó por la cabeza intentar encontrar a los parientes del niño? Tal vez enviar una correspondencia a través del capitán del barco. ¿No habría sido...?"

"Como he dicho, la señora viajaba sola". Dejó que su temperamento saliera a la superficie. "Todo lo que el capitán del barco sabía era que la buena señora había llegado a su barco cuando el bebé era aún sólo un bebé. Ahora, Sir Oliver, deseo que se ponga en mi lugar por un momento y responda a esto. ¿De qué clase de marido huiría una esposa con un bebé tan pequeño a su cargo?"

"Asumes, por supuesto, que *estaba* huyendo."

"Muy bien. Pero si no estuviera huyendo, ¿por qué esperaría su marido diez años antes de preguntar por su mujer y su hijo?"

El abogado se sintió claramente desconcertado por la franqueza de su pregunta. "Debo decirle, señora", dijo finalmente, "que no estoy en libertad de responder a todas sus preguntas".

"Entonces estamos en desacuerdo, Sir Oliver, si me permite un término tan llano. Aunque admito abiertamente que no engendré a Jamey, le digo ahora que no permitiré que mi hijo sea llevado por un extraño a un padre desconocido, sin importar las ventajas potenciales que esta nueva vida pueda tener para él."

Se puso en pie.

"Por favor, siéntese, Sra. Ford". Él también se levantó y señaló el asiento. Su voz era tranquila y conciliadora. "Lo último que quiero es alarmarla más de lo que lo hice esta tarde. Le explicaré todo lo que pueda. Y, por favor, acepte mis disculpas por ponerle a la defensiva con respecto a lo que hizo o dejó de hacer hace tantos años". Los ojos de Sir Oliver se suavizaron de nuevo. "He visto a James. Soy consciente de su... bueno, si me permite la franqueza... su deformidad física. A riesgo de ser presuntuoso, señora, ¿puedo decir que sus habilidades como guardiana son, en mi opinión, bastante notables?"

Rebecca volvió a sentarse en el borde del banco. Sentía que aún le ardía la cara. Sentía todo el cuerpo tan tenso como el instrumento que el violinista volvía a tocar al otro lado de la sala. Esperó a que el abogado continuara.

"Buscar por el mundo a una esposa y a un hijo no es tarea fácil, Sra. Ford. Hasta hace poco, el conde de Stanmore no sabía adónde había huido su esposa. Verá, él estaba fuera en el momento del nacimiento de James".

Esto no sirvió para calmar las preocupaciones de Rebecca sobre el hombre.

"Le confiaré algo, Sra. Ford, que normalmente no haría. Pero dadas las circunstancias..." Sir Oliver bajó la voz. "Los propagadores de escándalos en Londres en el momento de su desaparición se divirtieron mucho difundiendo la historia de que Elizabeth Wakefield había huido con... bueno, con un amante. Creo que ningún marido podría recuperarse fácilmente de semejante escándalo".

En ese momento, el violinista tocó una melodía, salvando a Rebecca de delatarse. Había estado dispuesta a hablar en nombre de la difunta, a pesar de saber que su seguridad residía en guardar silencio.

"Ha dicho que está al corriente del estado físico de mi hijo. ¿Su señoría también lo sabe?"

"Su señoría sabe, en efecto, lo de la mano de James. Fue informado cuando llegó a casa por los asistentes al momento del nacimiento".

"¿Él también lo sabe?" Rebecca añadió rápidamente. "¿Sabe su señoría que Jamey también es duro de oído?"

Los ojos grises del abogado mostraron sorpresa por primera vez. "Pero hoy parecía muy capaz".

"Jamey oye las palabras si mira a la cara del orador. Creo que está completamente sordo del oído derecho y sólo oye un poco del izquierdo". El silencio de Oliver Birch reforzó la ansiedad de Rebecca. "Sabiendo lo que sabe ahora, ¿puede jurarme que su cliente es lo bastante compasivo como para mirar más allá de los defectos del chico y aceptarlo como hijo?"

La expresión que apareció inmediatamente en el rostro del abogado decía mucho de la alta estima que tenía por su cliente. "Puedo asegurarle, señora Ford, que el actual conde de Stanmore es un hombre muy honorable. Es un miembro estimado y activo de la Cámara de los Lores. Su carácter es conocido en toda Inglaterra por su sentido de la equidad y la justicia. Lo conozco personalmente desde hace más de veinte años. Sean cuales sean las dificultades de James, apostaré mi vida a que hará muy bien por el muchacho al enviarlo de vuelta a Inglaterra y con su

padre."

Cuando terminó, Rebecca sintió que la vida se le escapaba lentamente del cuerpo. Las palabras de la razón se repetían una y otra vez en su conciencia. *Estará mejor en Inglaterra. Allí será más feliz. Tendrá un título, riqueza y posición.* Pero ella no quería razones. O lógico. Ella quería a Jamey. El pánico comenzó a surgir de nuevo dentro de ella. Pensamientos de huir de la posada y esconderse, de llevar a Jamey al oeste con algún grupo de colonos aparecieron en su cabeza.

"Quizá esas palabras suenen huecas e insustanciales". El abogado apartó la taza y juntó sus largos dedos sobre la mesa. "Conociendo ahora el alcance de las dificultades de James, comprendo perfectamente su preocupación por cómo le irá en este viaje. Percibo claramente que también le preocupa cómo se adaptará el muchacho, una vez situado en la casa de su padre."

Asintió con la cabeza, obligándose a no pensar ni por un instante en lo desolada que se sentiría una vez que Jamey se hubiera ido. La mirada pensativa de Sir Oliver se detuvo en su rostro.

"Señora Ford, permítame hacerle una sugerencia que podría aliviar la situación para todas las partes. Si todo hubiera ido como yo había planeado -y usted se hubiera separado de James como yo esperaba-, habría contratado a alguien para que nos acompañara en este viaje. Siendo yo un soltero empedernido, no tengo mucha experiencia con las necesidades de un muchacho de su edad. Lo que sugiero es lo siguiente, Sra. Ford. ¿Por qué no nos acompaña al chico y a mí de vuelta a Inglaterra?". Rebecca sabía que debía de parecer sobresaltada, porque él continuó rápidamente. "Como invitada de honor, naturalmente, del conde de Stanmore y mía".

El mismo miedo que se había apoderado de ella cuando Molly le había sugerido algo así volvió a apoderarse de su cuerpo. Rebecca podía sentir el nudo apretándose.

"Esta es la única solución que tiene sentido. Y no hay nada de lo que debas preocuparte mientras estés fuera. Haré los arreglos que sean necesarios".

Rebecca se presionó brevemente las sienes con los dedos, tratando de calmar el fuerte dolor que no desaparecía.

"Entiendo sus preocupaciones, Sra. Ford. Sus dudas y temores son muy reales, y la admiro por tenerlos". La voz de Oliver Birch se tornó suave. "Aunque no me conoce, le pido que confíe en mí, querida. Confía en que este viaje resultará totalmente ventajoso tanto para ti como para tu hijo. Ven a Inglaterra y comprueba por ti misma que el muchacho está satisfactoriamente asentado".

Rebecca tragó con fuerza, forzando el nudo que tenía en la garganta. Se puso lentamente en pie.

"Por favor, dígame que al menos considerará la oferta". Sir Oliver también se puso en pie.

"No tengo que considerar la oferta, señor", logró susurrar. "No tengo más remedio que acompañarle".

Capítulo Seis

SIR NICHOLAS SPENCER arrojó su abrigo al lacayo y escrutó su aspecto en el espejo. Ignorando el corte reciente sobre su ceja derecha y el moratón que se oscurecía en su prominente pómulo, se concentró en su corbata. Satisfecho, se echó hacia atrás, ladeó la cabeza críticamente y alisó las solapas de su nuevo abrigo de satén. A un paso de él, un anciano mayordomo le esperaba pacientemente.

"Buenos días, Philip", dijo Nicholas, volviéndose. "¿Lo pasasteis bien tú y tu amo en Solgrave?"

"En efecto, señor. Lord Stanmore está en la biblioteca, señor".

Nicholas siguió el paso del mayordomo.

"¿Su señoría cayó enfermo mientras usted estaba en Hertfordshire?"

"No, señor", respondió el alto y anguloso mayordomo girando la cabeza. Juntos ascendieron por una de las grandes escaleras que se enroscaban, como grandes brazos de mármol, alrededor del inmenso vestíbulo.

"¿Entonces sufrió una caída de su caballo? ¿Se torció un tobillo?"

"No, señor", respondió Philip en su inmutable monotonía.

"Hmm. ¿Un nuevo potro entonces se ha añadido a los establos?"

"No, señor."

"Debe haber sido una mujer hermosa. Fuera con eso, hombre."

"No, señor."

"Entonces, tuvo que ser una orgía de desenfreno. Ese pícaro amo tuyo ha reunido en secreto un harén entero de mujeres ahí abajo. ¿Es eso, Philip?"

"No, señor."

"¿Tu hermano, Daniel, ya quemó Solgrave?"

"No, señor."

Nicholas se detuvo en lo alto de la escalera y miró con severidad la expresión anodina del mayordomo. "Entonces dime esto, Philip. ¿Alguna vez algo te hace sonreír?"

"No, señor."

Nicholas se dio la vuelta y atravesó las enormes puertas de la biblioteca, decoradas con elaborados detalles. Cuando la puerta se cerró tras él, vio a su amigo escribiendo en un enorme escritorio junto a la ventana.

"Su mayordomo", empezó sin saludar, "es con mucho el viejo más miserable que he tenido ocasión de conocer en toda mi vida".

Samuel Wakefield levantó la vista de su correspondencia y sonrió a su amigo. "¡Por supuesto! Philip es Philip. Sólo serás más miserable por ello, si crees que puedes cambiarlo".

"Eso suena a desafío", gruñó Nicholas moviendo la cabeza hacia la puerta. "Tu mayordomo, amigo mío, sólo me conoce desde hace unos veinte años. ¿No crees que podría saludarme con un buenos días? O, ¿qué buen día hace fuera, señor? O, ¿cuál fue la causa de ese feo corte en su hermosa frente, Sir Nicholas? El problema del mundo de hoy es que nadie hace las preguntas *correctas*".

"Vaya, esa es una buena marca en tu frente, Nicholas. ¿Quién ha sido esta vez?" Stanmore apartó el trabajo de su escritorio y se reclinó en su silla. "No, eso no importa. De todos modos, no conozco a tus compinches. Dime, sin embargo, dónde adquiriste un escudo tan finamente labrado".

En lugar de responder a la pregunta de su amigo, Nicholas cogió el ejemplar del *Morning Chronicle* del escritorio del conde y señaló un artículo de la primera página.

"Aquí está la prueba perfecta para mi argumento. Imaginen, este periodicucho dándole a ese tal John Wesley todo el crédito por esos cinco nuevos barcos hundidos el pasado... bueno, cuando haya sido".

"Viernes".

"Exactamente. ¿Preguntan cómo algún fanático religioso se las arregló para llevar esos barcos de esclavos allí donde podían ser volados en pedazos por la Armada de Su Majestad?".

"¿Lo hacen?"

"Difícilmente".

"Bueno, Wesley es una voz fuerte contra el comercio de esclavos".

"Aun así, Stanmore, no puedes decirme que las oraciones y las buenas intenciones bastaron para robar esos barcos *después de haberlos pagado* y antes de que pudieran ir al sur en sus infernales negocios". Nicholas miró a su amigo con ironía. "Un truco así requeriría mucha planificación y delicadeza... y también dinero, me parece".

"Muy bien, te concedo tu punto de vista... sobre las preguntas, claro. Pero cuéntame, Nicholas, sobre la herida que llevas tan bien. ¿Dónde te la hiciste?"

"Si quieres saberlo, fue en Wimbledon". Nicholas dejó caer el papel sobre el escritorio y se tocó el corte de la frente. "Estas malditas ferias campestres ya no son lo que eran. Y antes de que empiece a sermonearme, milord, debería saber que yo era un espectador inocente... hasta que me empujaron al ring. A partir de ahí, fue en defensa propia".

"¿Empujado? Ja!" Stanmore señaló una silla. "Todavía tengo que conocer a un hombre -o a una mujer, para el caso- que pueda empujar a Nicholas Spencer a cualquier cosa".

"Sí, bueno, ya que hablamos de ser empujado..." Nicholas se sentó frente a Stanmore. "Ciertamente espero que no estuvieras gastando montones de dinero en St. Albans."

"¿Adónde quieres llegar?"

"Muy bien. Directo al grano, entonces, y con la pregunta correcta. Durante su ausencia de Londres, la última amante suya estuvo bastante afligida. Lo que se dice en la ciudad -no es que yo lo escuche, por supuesto- pero lo que se dice es que esta misma dama se ha consolado perdiendo *inmensas* sumas de dinero en una variedad de establecimientos de juego esta pasada noche... mucho más de lo habitual."

"Louisa y yo tenemos un acuerdo. Me niego a apoyar sus hábitos de juego. "

"Di lo que quieras. Pero ten cuidado, amigo mío, la sirena está, creo, un poco desesperada".

"¿Esto es todo lo que tienes que hacer, Nicholas, difundir chismes?"

"¡Pues no! De hecho, tengo una agenda bastante apretada. Hoy mismo, por ejemplo, estaré muy ocupado ejercitando mi nuevo par de guapos grises antes de asistir a una pequeña velada en casa de Lady Mornington. Luego haré todo lo posible por mantener las apariencias de hombre de

ciudad perdiendo dinero en White's o en Brooks's, aún no he decidido cuál. Más tarde, por supuesto, debo pasar la hora necesaria en los jardines de recreo... ¿qué te parece, Stanmore, Vauxhall o Ranelagh esta noche? Y luego está el deporte... pero espera". Nicholas estiró sus largas piernas y estudió la expresión seria de su amigo. "Hay algo más que te preocupa, ¿verdad? Y si no me equivoco, el juego de Lady Nisdale no es la fuente de ello".

Stanmore se puso en pie y se dirigió al gran ventanal que daba a Berkeley Square. "Tu aguda capacidad de observación no se ve mermada por tu pícaro estilo de vida, Nicholas".

"Al diablo con mi estilo de vida, Stanmore. Te conozco desde hace demasiado tiempo. Dime qué te pasa".

"Recibí noticias de Elizabeth mientras estaba fuera."

Nicholas se enderezó en la silla y contempló el sombrío perfil de su amigo.

"En efecto, Oliver Birch fue capaz de rastrearla". La mirada del conde en su dirección fue breve y dura. "Me envió una carta desde Nueva York con la noticia".

"Así que Elizabeth *ha estado* viviendo en las colonias durante todos estos años".

Stanmore se volvió bruscamente y se encaró con él. "Murió en el viaje, hace diez años".

Nicholas sabía que no debía ofrecer ninguna simpatía.

"Oliver se las arregló para encontrar el barco que la llevó".

"¿Y el muchacho?"

"Me escribió que el bebé, al parecer, sobrevivió al viaje".

No había ninguna expresión de felicidad en el rostro del conde. Nicholas no podía discernir ni siquiera un atisbo de alivio, como habría esperado en el semblante de su amigo. Después de todo, Stanmore acababa de decirle que era posible que su propio hijo perdido siguiera vivo.

"La carta de Oliver concluye con su intención de viajar a la provincia de Pensilvania. La última vez que se vio al muchacho, estaba al cuidado de una mujer que había acompañado a Elizabeth durante la travesía. El destino de la mujer era, al parecer, Filadelfia".

"¿Sabe Birch quién es la mujer?". Nicholas observó a su amigo alejarse de la ventana y dirigirse hacia la gran chimenea que dominaba un lado de la habitación. "Por lo que recuerdo, ninguno de los criados fue con Elizabeth, y nadie de su familia o de su círculo de amistades había sido contactado cuando desapareció aquella noche".

Stanmore se mantuvo erguido, mirando el retrato de su padre, el último conde de Stanmore, que colgaba sobre la chimenea.

"Recuerdas bien los detalles", dijo tras un largo momento de silencio. "No sé quién es la mujer".

Nicholas siguió la mirada de su amigo. "Entonces, ¿cuál es tu plan?"

"Espero volver a tener noticias de Oliver. Mientras tanto, hay anuncios y arreglos que deben hacerse con respecto a Elizabeth".

"Por supuesto".

Al cabo de unos instantes, Nicholas se reunió con su amigo ante el retrato.

"Sabes que ahora eres presa fácil... una 'presa'".

"Una captura que no tiene intención de volver a ser capturada".

"Sin embargo, un reto a los ojos de cualquier mujer elegible".

"Se pueden ir todos al diablo".

"Una actitud chocante para un par del reino". Nicholas sacudió la cabeza con desaprobación. "Tienes que recordar lo que el viejo tenía en mente para ti. Un título y riqueza que tienes. Respeto, que te has ganado. Una bella esposa, que tuviste en su día y que sin duda volverás a tener. Pero lo más importante, un hijo. Un heredero. Todo se redujo a eso, ¿no?"

"Más de lo que crees", dijo Stanmore sombríamente. "Pero ya hay un hijo y heredero, y Oliver Birch lo traerá de vuelta a Inglaterra muy pronto".

Capítulo Siete

EL SOL le calentaba la cara y el penetrante olor a alquitrán, mar y madera le llenaba los pulmones. Al escuchar los sonidos de los marineros y los estibadores, Stanmore pensó que eran los olores de un pasado glorioso, de la Inglaterra de Drake, Raleigh, Hudson y Smith, y que también eran los olores de un presente menos glorioso.

Stanmore miró por la ventana de las habitaciones que Birch había alquilado en la posada de Broad Quay. Debajo de él, en el muelle, trineos repletos de tabaco, azúcar y algodón formaban una corriente constante de tráfico a lo largo de la calle adoquinada y desgastada por el tiempo. Los innumerables barcos amarrados a lo largo de los kilómetros de muelle de Bristol se amontonaban hasta tal punto que parecían un bosque enmarañado de mástiles, vergas y cabos hasta donde alcanzaba la vista.

Junto a un barco mercante, justo enfrente de la posada, había una fila de africanos encadenados mientras los esclavistas se preparaban para cargarlos para el viaje a las plantaciones de azúcar del Caribe. La visión le dio náuseas y, mirando hacia el enorme campanario cuadrado de Santa María Redcliffe, juró interiormente que nunca abandonaría su lucha contra el bárbaro comercio.

El sonido de la puerta abriéndose a sus espaldas hizo que Stanmore se diera la vuelta, y vio cómo Sir Oliver sacudía la cabeza mientras volvía a entrar en la habitación.

"Siento hacerles esperar. Pero no hay señales de ellos en sus habitaciones. Como hace un día tan hermoso, la Sra. Ford debe haber sacado a pasear al joven James. Le he dejado dicho que venga inmediatamente en cuanto llegue".

Stanmore volvió a centrar su atención en el muelle.

A lo lejos, más allá de un muelle lleno de barriles de Madeira, un chiquillo corría en círculos alrededor de su madre. Los desgastados pantalones azules, el raído chaleco rojo, el pelo alborotado por la brisa, todo era signo de la despreocupada y natural libertad de un niño de clase baja. Stanmore frunció el ceño. Era una manera que a él nunca se le había permitido disfrutar, y tampoco a James. Observó a la madre de capa gris, que abría los brazos y atrapaba al niño cuando éste se arrojaba bruscamente contra ella. Los dos se desplomaron, y él vio con consternación cómo caían riendo contra un trineo vacío.

"Ella no es lo que esperas".

Stanmore apoyó una mano en la ventanilla abierta mientras unos transeúntes le impedían ver a los dos. No se volvió para mirar al abogado. "¿Y qué es exactamente lo que espero?".

"Está claro, milord, que espera a alguien a quien se pueda comprar. No quiero faltarle al respeto, pero se equivoca al suponer que la señora Ford está aquí porque no le ofrecí una recompensa suficientemente grande en Filadelfia por los servicios prestados."

"Veremos hasta qué punto estoy 'fuera de juego', Oliver".

Siguió asomándose hasta que la gente que le bloqueaba la vista se alejó y pudo volver a ver a los dos. La mujer estaba agachada ante el muchacho. La capucha de su capa se había caído en el caos del momento, y los mechones sueltos de cabello rojo dorado captaban ahora la brillante luz del sol. Estaba de espaldas a él, pero Stanmore pudo ver cómo sus manos acunaban la cara del muchacho. Supuso que estaba regañando al muchacho, pero todo el amor de sus gestos hablaba de otra cosa. Un momento después, el niño le echó los brazos al cuello y permaneció abrazado a la madre durante unos instantes. A pesar de la franqueza de su demostración pública de afecto, una sensación de intromisión en algo privado se agitó en la boca de su estómago y apartó la mirada.

El ceño fruncido de Birch le saludó mientras miraba a través de la habitación.

"¡Di lo que piensas, Oliver, por el amor de Dios! Parece como si te llevaran a la horca".

"Tuve el placer de pasar algún tiempo en compañía de la señora Ford durante el viaje, milord. Debo decirle que a pesar de las presiones de ser una viuda sin recursos que se esfuerza por criar a un hijo, se las arregla para mantener una notable actitud de aplomo y gracia. A pesar de su atuendo sencillo, posee unos modales exquisitos. En numerosas ocasiones durante nuestro viaje, fui testigo de casos en los que la amabilidad y la falta de pretensiones de la mujer se ganaban la aprobación de hombres y mujeres por igual. No es una rústica, milord, y posee esa cualidad que - sin ningún esfuerzo consciente por su parte- suscita el respeto de la gente."

La mirada oscura de Stanmore se fijó en el abogado. "Vaya al grano".

"Ya he llegado al punto, milord. Simplemente no es una mujer que se deje comprar". La voz del hombre expresaba su convicción. "La señora Ford ha actuado en calidad de madre de James durante casi diez años. Y debo decir que su afecto por él -su relación con él- bueno, es del tipo que no se encuentra generalmente entre la *haut ton*".

Para ocultar su creciente irritación, Stanmore se alejó del abogado y observó el escaso mobiliario de la habitación. Junto a una pequeña chimenea entre dos ventanas, cogió un atizador ligeramente doblado.

"Te animo a que escuches sus recomendaciones y sus preocupaciones sobre el muchacho antes de despedirla. En el viaje, ella me iluminó con..."

"Parece que habéis pasado *mucho tiempo* en mutua compañía durante esta travesía".

El color subió por el cuello del abogado. "No es lo que usted piensa, milord. Sin embargo, teníamos motivos para conversar de vez en cuando. Muy razonablemente, diría yo, la señora Ford tenía preguntas sobre el futuro de James... preocupaciones sobre dónde iba a vivir el muchacho y cuánto tiempo pasaría en compañía de su señoría. Tiene opiniones definidas sobre la importancia de vivir en el campo frente a la ciudad y..." Apartó la vista bajo la presión de la mirada del conde.

"Debo decir que pareces un hombre enamorado, Oliver". Hizo un gesto al abogado cuando el hombre empezó a objetar. "No me malinterprete. Sabes que soy el último hombre en entrometerme en los asuntos de otro".

"Está malinterpretando mis motivos al hablar en su nombre, Lord Stanmore. El bienestar de su hijo fue el punto de nuestra discusión en el viaje y..."

Un suave golpe interrumpió cualquier otra explicación. Stanmore señaló la puerta con la cabeza y Sir Oliver se dispuso a abrirla.

De pie, con la mano en el pestillo, miró al conde a los ojos. "Me paga para que le aconseje, milord. Le aconsejo que le dé a la mujer una audiencia justa".

De pie en el pasillo, fuera de las habitaciones ocupadas por el conde, Rebecca intentó tranquilizarse pensando que Jamey estaba bien. La alegre sirvienta irlandesa que le ayudaba a asearse y a ponerse sus mejores galas le recordaba a una Molly Butler más mayor, y era evidente que Jamey se sentía a gusto con ella. Estaría listo para la cita con su padre.

Ella misma ni siquiera se había molestado en despojarse de su capa antes de dirigir sus pasos hacia las habitaciones de lord Stanmore, pues el mensaje de sir Oliver decía que su señoría deseaba hablar primero con ella.

Un frío pavor la invadió cuando levantó la mano para llamar a la puerta. Lo había intentado. Dios sabe que había intentado contarle a Jamey la verdad sobre su familia. Cuando caminaban por el muelle, había vuelto a fracasar en su intento de decírselo, igual que había fracasado cada vez que lo había intentado en el barco. La verdad era que no podía cortar el vínculo que los unía antes de que él tuviera la oportunidad de crear uno nuevo. No podía dejarlo solo y vulnerable, no hasta que hubiera otro que ocupara su lugar.

Rezó para que la compañera comprendiera y tuviera compasión de ella por no haber hecho lo correcto. Esperaba desesperadamente que el padre de Jamey le sugiriera una solución. Volvió a levantar una mano temblorosa hacia la puerta.

Un sonrojado Oliver Birch abrió la puerta.

"Me alegro mucho de que esté aquí, Sir Oliver", empezó diciendo en voz baja. "Quería asegurarme de haber recibido correctamente el mensaje. ¿Su señoría desea reunirse conmigo antes de reunirse con James?"

"Así es, Sra. Ford."

Mientras Rebecca escuchaba las tranquilas palabras del abogado, su mirada se fijó en la ancha espalda del hombre vestido de jinete que se movía para mirar por la ventana del otro lado de la habitación. Era ligeramente más alto que el abogado, pero algo en su constitución, en su postura amplia y segura, en la forma en que la chaqueta negra le ceñía la espalda, le hacía parecer más corpulento que cualquier otro hombre que ella hubiera conocido.

"¿Y James? ¿Hago que lo traigan dentro de un rato?"

"No se preocupe por eso ahora, señora."

Rebecca lanzó una rápida mirada al rostro del abogado. Sus ojos parpadearon y ella sintió que se abría un abismo en la boca de su estómago. Volvió a fijarse en la espalda inmóvil del conde. Lo único que percibió fue el pelo oscuro, sin empolvar, del color de la noche, atado cuidadosamente en la espalda.

"Pero antes de que pueda..." Ella vaciló. "Es importante que su señoría conozca a su hijo antes de..."

"Por favor, entre, Sra. Ford. Su señoría ha estado esperando. Iré a ver a James en breve".

Lord Stanmore se volvió y se encaró con ellos.

Durante un largo momento, Rebecca permaneció inmóvil, atónita y con la mirada fija, con pensamientos inidentificables revoloteando por su cabeza. Este no era el hombre que había imaginado... no era el hombre que había echado a su mujer.

Extrañamente, la cara no tenía defectos. Pómulos altos y firmes. Una mandíbula fuerte y decidida. Una nariz recta y perfecta. Sus ojos, cubiertos por pestañas largas y oscuras, estaban fijos en el suelo entre ellos. El conde de Stanmore era un hombre peligrosamente apuesto.

Y su hijo, pensó Rebecca, no se parecía en nada a él.

"Pase, por favor". Birch repitió la invitación y se apartó para que ella entrara. "Su señoría, ¿puedo presentarle a la Sra. Ford?"

Stanmore la miró fijamente. Había oído la introducción de Birch, pero de repente se encontró luchando por recuperar la compostura. Era la misma maldita mujer que había estado observando desde la ventana. Al menos, la capa y el pelo rojo al viento parecían iguales. Ciertamente, era la misma mujer.

Pero su cara. Aunque no pudo verlo cuando ella caminaba por el muelle, ahora podía ver fácilmente la razón del evidente encanto de su abogada. Era realmente hermosa... de una forma inesperada.

Su mirada estaba desviada, y él sólo había vislumbrado aquellos ojos claros, inusualmente azules, durante un instante. Pero fue suficiente. Y la atracción que sentía sólo sirvió para enfurecerlo más.

"Si me disculpa, milord, después de ver a James... estaré abajo en la sala de café... er, haciendo los arreglos".

Birch se escabulló por la puerta, y Stanmore notó la mirada ansiosa que la mujer dirigía al abogado mientras éste escapaba. El conde esperó un momento, dejando que se hiciera el silencio. Finalmente, lo rompió.

"¿Tuvo un viaje agradable, Sra. Ford?"

"Lo hicimos, milord."

Su voz temblaba ligeramente. Vio cómo sus ojos recorrían la habitación con alarma. Tenía las manos apretadas a los lados. Su postura transmitía la imagen de una cierva acorralada.

"Y tu semana en Bristol no ha sido una dificultad, espero."

"No, milord".

Se llevó las manos a la espalda e intentó no fijarse en los zarcillos de fuego que enmarcaban el pálido rostro. "Me esperan varios compromisos en Londres, así que lo mejor será que nos centremos en el motivo de mi viaje a Bristol". Empezó a pasearse. "Antes de entregarle lo que creo que le parecerá una amplia compensación por los servicios prestados a mi familia, quiero que sepa, señora Ford, que puede permanecer en Inglaterra como mi invitada todo el tiempo que desee".

"¿Compensación, señor?", interrumpió ella, su mirada aguda le paró en seco. "Tenía la impresión de que me habían invitado para hablarle de su hijo".

"Se equivoca, señora. Le he pedido que venga para poder terminar lo que mi abogado no hizo, a pesar de las claras instrucciones que le di."

"Sir Oliver hizo una muy generosa, aunque mal dirigida, oferta de dinero en Filadelfia, milord. Tenga la seguridad de que la suma que ofreció no tuvo nada que ver con mi negativa. Pero debo decirle que tal discusión es inútil".

"Sra. Ford". Cruzó los brazos sobre el pecho. "Señora, se le pagará."

"Milord, debo insistir en que considere *cerrado* el asunto de esta indemnización". El cambio en su comportamiento fue inmediato y notable. Puede que los sabuesos la tuvieran a raya, pero no estaba dispuesta a echarse.

"Mi familia ha contraído una deuda contigo. Hasta que aceptes lo que se te debe por derecho..."

"No me debe nada, milord. No se me debe nada, porque no hubo ninguna deuda, ningún trueque, ningún acuerdo contractual de ningún tipo. No tomé a James bajo mi cuidado con

ninguna expectativa de ganancia monetaria. Y, para ser totalmente franco, me niego a rebajar mi afecto por su hijo permitiendo que usted o cualquier otra persona cuantifique su valor".

"Sra. Ford..."

"Le ruego, Lord Stanmore, que cese esta línea de discusión."

Stanmore se quedó mirándola un largo rato. Su tono era más exigente que suplicante. *Era una luchadora.*

"Gracias, milord. Entonces, ya que hemos concluido nuestra discusión sobre lo que deseabais tratar, tengo algunos asuntos que me gustaría discutir con vuestra señoría."

"¿Tiene asuntos que discutir, señora?"

"Tiene que ver con el bienestar de su hijo".

"Ah, sí. Bueno, el muchacho está de vuelta donde pertenece. Su bienestar ya no te concierne".

"Siento discrepar, milord". La cólera que hizo que sus mejillas se colorearan al instante también era evidente en su tono. "Soy el único padre que ha conocido. Él sigue siendo de mi incumbencia".

"Fue un error que hemos rectificado".

"¿Error?" Unos ojos azules brillaron ardientes en su dirección. "Puede haber sido un error que perdieras una esposa y un hijo. Puede haber sido un error que tardaras casi toda una vida en buscarlos. Pero, para mí, encontrar y criar a James ha sido una bendición del cielo. Y no importa lo difícil que esta situación pueda parecerle a su señoría en este momento, mi preocupación... no, mi amor por él no será calificado de error".

Stanmore sintió que la espalda se le ponía rígida y recordó la advertencia de Birch. El abogado tenía razón. La señora Ford no era en absoluto lo que él había esperado.

Los dos se midieron en silencio durante un largo momento, y entonces ella giró la cabeza.

Mientras la observaba, sintió que su percepción cambiaba ligeramente... y se maldijo en silencio. Pero era cierto, la mujer tenía el derecho natural de ser protectora con el muchacho. Sin embargo, no podía permitir que sus emociones afectaran su juicio, no mientras el futuro de James fuera el tema de discusión.

"No entiendes mis intenciones", dijo finalmente.

"Entonces tal vez las haya expresado mal, milord".

Juntando las manos a la espalda, le dirigió una mirada penetrante y volvió a caminar ante la chimenea. No necesitaba explicarle nada. Tenía el poder y el derecho legal de despedirla y de hacer exactamente lo que había planeado. Pero el recuerdo del joven que la abrazaba y la persistente idea del vínculo que obviamente existía entre los dos le hicieron reflexionar.

"Debe entender que no está arrojando al muchacho a los lobos, Sra. Ford. Ambos tenemos en mente lo mejor para James". Intentó suavizar su tono mientras se detenía ante la pequeña chimenea para mirarla. "Supongo que su preocupación tiene que ver con el bienestar inmediato del muchacho, y mis planes se han formado para asegurarme de que se le proporcione y cuide... para que esté preparado para asumir la posición que le corresponde. Nuestros objetivos no son tan diferentes".

Esperó un argumento, pero ella no se lo dio, así que reanudó su paseo mientras pronunciaba su sermón.

"Para un chico de la edad y el linaje de James, el paso más crítico será que adquiera una base sólida para su educación. Y esto es lo que he planeado para él ahora que ha llegado".

Le dirigió una rápida mirada. A pesar de su atuendo desgastado por el viaje y de su pelo bastante rebelde, parecía bastante regia, allí de pie, escuchándole atentamente. Incluso el color

encendido de sus mejillas había empezado a remitir.

"James será enviado a Eton. Durante generaciones, todos los Stanmore han sido hombres de Eton. Es una buena escuela. Sir Oliver ya me ha advertido de las dificultades del muchacho. Para ser franco, me ha informado de la sordera del muchacho".

"No encajará".

"Lo hará con el tiempo. Me encargaré de que James reciba toda la asistencia adecuada".

"No sabes nada de la ayuda que necesitará".

"¿Perdón?"

"¿Cuándo enviarán a James allí?"

"Inmediatamente, por supuesto".

Hombros levantados. Cabeza alta. Ojos brillantes de desafío. Vio cómo los puños volvían a formarse a sus costados. "¿Por qué, milord?"

"¿Estás cuestionando la importancia de la educación?"

"Difícilmente. Yo mismo soy profesor. *Nunca* cuestionaría una acción tan digna. Pero sí cuestiono el momento de su partida. Pronto llegará el mes de junio".

"Tendrá que asistir durante el verano para ponerse al día con el resto de los chicos que volverán en otoño. Los arreglos son..."

"¿Y cuánto sufriría si retrasaras tus planes y le enviaras allí *con el resto* de los estudiantes en otoño?". Dio un paso hacia él. "Pero lo que es más importante, me pregunto si has pensado cuánto sufriría él si siguieras adelante con ese plan. Póngase en su lugar, milord. Si le enviaran a una escuela extraña, entre gente desconocida, recién separado de la única familia que ha conocido, ¿cómo se sentiría? Y si a eso le añadimos la brutalidad de saber que tu nuevo padre ni siquiera ha mostrado interés en conocerte". Ante su silencio, prosiguió. "Me pregunto cómo se sentiría usted, o cualquiera, milord".

"Se adaptará".

La vio cerrar los ojos y respirar tranquilamente, sin duda para enfriar un temperamento que le erizaba la piel.

"Pero, ¿hay alguna razón para que se vea obligado a adaptarse tan bruscamente?". Ella no esperó una respuesta, cambiando su mirada al suelo a sus pies. "Cúlpeme si quiere, milord, pero su hijo es diferente a otros chicos ingleses... en muchos aspectos". Parecía estar midiendo la distancia que los separaba. "En riqueza y comodidad, no ha sido mucho lo que he podido darle mientras lo he tenido, pero nunca le ha faltado afecto o amor. Siempre he estado dispuesta a librar sus batallas con él cuando otros niños se reían de su mano deforme o cuando los adultos le gritaban cruelmente, creyéndole ignorante y no simplemente duro de oído. He luchado por él y le he enseñado a luchar por sí mismo. Le enseñé a sacar fuerzas de la bondad que lleva dentro y a no rendirse nunca ante una dificultad que le agobia. Le enseñé que las cargas nos hacen fuertes. Pero a pesar de todo eso, milord, sólo tiene nueve años y es demasiado joven para enfrentarse a todo un nuevo mundo de obstáculos él solo".

Stanmore nunca había tenido la intención de permitir que la compasión afectara su trato con el muchacho, pero la mujer estaba demostrando ser muy hábil para despertar su simpatía. *Maldita sea*, maldijo en silencio, volviéndose bruscamente hacia la ventana y mirando hacia afuera.

"Le pido, milord, que reconsidere su decisión. Os imploro que le deis una oportunidad, que lleguéis a conocerle, aunque sólo sea por ahora. Cuando llegue el otoño, tendréis tiempo de sobra para decidir lo que debe hacerse. Sólo te pido que le permitas adaptarse a su nueva vida paso a paso. Deja que se sienta aceptado por ti... antes de que le deje".

Las últimas palabras se le atascaron en la garganta, y no tuvo que mirarla para saber que tenía lágrimas en los ojos.

¡Maldición! Cerró los ojos y se obligó a dominar su ira. La mujer no tenía derecho a cuestionar su decisión. No sabía nada de su pasado. No sabía nada del tormento que había soportado ni de la fuerza de voluntad que había ejercido para acercarse tanto a la niña.

Tampoco sabía nada de la promesa que le había hecho.

Stanmore abrió los ojos y se quedó mirando el empedrado donde los había visto por primera vez. El muelle parecía extrañamente vacío y ocioso.

Se giró bruscamente y se encaró con la mujer esperando en silencio una respuesta.

"Dos meses en Solgrave, mi casa cerca de St. Albans", pronunció con gravedad. "Se enviará un tutor privado para que trabaje con el muchacho en cuanto se instale". Hizo una pausa y frunció el ceño. "Y usted me haría el honor de acompañarlo allí... si así lo desea".

El cambio instantáneo que se produjo en ella fue de lo más divertido de observar. Cerró los ojos un instante y él vio cómo movía los labios en una oración silenciosa. El rostro de la señora Ford era una ventana abierta a su alma, más que en casi nadie que hubiera conocido.

Finalmente, asintió y dio un paso atrás hacia la puerta. "Gracias, milord".

"Sra. Ford", se encontró llamándola.

Se detuvo con una mano en el pestillo.

"Quise decir lo que dije al pedirle que se quedara en Solgrave como mi huésped". Stanmore miró por la ventana. "Sin embargo... bueno, como no hay forma delicada de decirlo, sólo diré que descubrirá que el atuendo que aparentemente es adecuado en las colonias difícilmente lo es aquí. La señora Trent, mi ama de llaves en St. Albans, se encargará de que tengas todo lo que necesites".

Escapando de la habitación tan rápido como pudo, Rebecca se detuvo en el pasillo vacío y se apretó las manos heladas contra la piel febril de la cara. Se sentía agitada, agotada y sumida en el caos más absoluto por una batalla que parecía haber ganado. Pero, entonces, ¿por qué se sentía tan herida?

El ruido de pasos en las escaleras la sacó de su momentáneo lapsus. Apresuradamente, avanzó por el tenue pasillo y se deslizó hasta la primera de las dos habitaciones que ocupaban Jamey y ella. Una puerta entre las habitaciones estaba entreabierta y, antes de unirse al muchacho, Rebecca desató el nudo de la capa que llevaba al cuello y dejó la prenda sobre una silla. En la pared frente a ella, un pequeño espejo captó su reflejo.

Un grito de asombro acompañó al repentino rubor que se apoderó de sus mejillas. Contempló con asombro y consternación las ondulantes ondas de cabello que bailaban en todas direcciones. Al ver el vestido desgastado, cubierto de manchas de barro donde Jamey debía de haberla sujetado cuando los dos se habían caído, se dio cuenta de que parecía más una prostituta que una tutora de primaria apta para predicar la tolerancia y la compasión.

No era de extrañar que el arrogante conde de Stanmore no tuviera reparos en decirle que iba inadecuadamente vestida para una estancia en su finca. Suspiró profundamente y se dedicó a la tarea de crear un poco de orden entre los mechones salvajes de cabello llameante.

"Has vuelto, mamá".

El grito de júbilo de Jamey desde el umbral de la puerta y el excitado brinco de su paso cuando avanzó, deteniéndose frente a ella, hicieron que Rebecca dejara inmediatamente a un lado

sus problemas.

Le hizo una reverencia formal. "¿Me he aseado correctamente, señora?"

Le hizo una reverencia completa. "Sí, amo James. Yo diría que estás absolutamente impresionante".

Rebecca parpadeó y abrió los brazos cuando Jamey la abrazó. Le besó el pelo recién cepillado y levantó la vista para ver que la camarera les sonreía cálidamente.

"¿Necesita algo más ahora, Sra. Ford?"

Rebecca negó con la cabeza. Sin embargo, en cuanto la mujer salió de las habitaciones, Jamey empezó a bombardearla a preguntas.

"Ahora, ¿con quién tengo que reunirme esta tarde?"

Rebecca bajó la mirada hacia el rostro respingón del joven. "El conde de Stanmore".

"¿Y qué es él para ti?"

Respiró hondo y trató de calmar su nervioso estómago. "Él no es nadie para mí, pero..."

"Muy bien. Se encogió de hombros y se zafó de su abrazo, caminando hacia la ventana abierta. "Si no es nadie para nosotros, tal vez tú y yo podamos dar otro paseo por el muelle".

"Jamey..."

"Esta vez, voy a contar el número de barcos que vemos. Sé que George no me creerá cuando le diga que aquí había más barcos que en nuestros muelles de Filadelfia".

"Jamey". Rebecca se acercó a él junto a la ventana abierta, sabiendo en su corazón que no sería capaz de encontrar el valor para repetir lo que estaba a punto de decir. Una vez sería suficiente. Quería estar segura de que el joven la había oído con claridad.

"¿Cuándo volvemos a casa?"

Rebecca oyó una nota de tristeza en su voz y le acarició el pelo. "Acabamos de llegar, mi amor".

"No me gusta estar aquí. Quiero irme a casa".

Le levantó la barbilla y vio lágrimas brillando en el borde de sus ojos azules. "Dime qué te pasa, Jamey".

"No me gusta cómo esta gente trata a los demás".

Dudó, tratando de recordar lo que habían visto, lo que Jamey podría haber notado que había escapado a su propia atención.

"¿Qué quieres decir, mi amor?"

Rebecca siguió la dirección de su mirada. Vio una fila de africanos encadenados que subían a un barco en el muelle frente a la posada. Frunció el ceño y respiró hondo.

"¿No está mal tratar así a la gente?", dijo mirándola.

"Por supuesto, está mal. Esa gente fue robada de sus propias familias y hogares y traída aquí contra su voluntad". En Filadelfia, debido a los constantes esfuerzos de muchos de sus residentes y liderados por los cuáqueros, muchos esclavos ya habían recuperado su libertad. De hecho, había oído que un hombre llamado Benezet estaba a punto de abrir una escuela para negros este mismo año.

Sin embargo, Rebecca podía entender la inquietud del muchacho. El número de esclavos que Jamey había visto esta semana, la forma en que la mayoría de ellos estaban encadenados y manejados, no se parecía a nada que hubiera visto en Filadelfia.

"¿Los tratan así porque son diferentes?"

"Creo que las tratan así porque algunos hombres son codiciosos y crueles y carecen de la creencia de que todos somos criaturas de Dios... por igual".

"¿Me tratarán así porque soy diferente?"

Rebecca se dio cuenta de que Jamey no había oído sus últimas palabras. Ahora miraba fijamente los dos dedos de su mano deforme que asomaban por la manga. Le cogió la mano y se la llevó a los labios. Unos ojos llorosos siguieron su movimiento.

"Eres perfecta como eres, mi amor. A los ojos de Dios, todos somos perfectos".

"¿Entonces por qué?"

Ella negó con la cabeza. "No puedo responder a eso. Pero sí sé que nunca debemos avergonzarnos de lo que somos. Por el contrario, debemos trabajar duro para enseñar y cambiar a estas personas que valoran el dinero por encima de la compasión. Los ignorantes simplemente no conocen nada mejor".

Su confianza en las palabras de ella era evidente mientras parpadeaba para apartar las lágrimas. Ella le besó los dedos, le secó una lágrima de la mejilla y le acarició la cara con la sonrisa más cálida que pudo invocar.

"Ahora, sobre esta reunión que tendrás con el conde de Stanmore. Tengo algo muy importante que decirte". Él la observó. Esperó las palabras. Rebecca tomó aliento y se esforzó por decir las palabras. "Es algo que debes saber antes de que envíe a buscarte. Pero lo que voy a decirte, mi amor, no cambia nada entre nosotros. No cambia lo mucho que te quiero. Es... es..."

El sonido de los gritos y el repiqueteo de los cascos de un caballo sobre los adoquines de abajo robaron la atención de Jamey y sus hombros se hundieron un poco cuando el chico se asomó a la ventana.

"Jamey, yo..." Rebecca se detuvo al ver lo que estaba pasando.

"Mira eso, mamá. ¿No es un escalador?"

En medio de la actividad de la concurrida calle del puerto, un hermoso semental de color castaño brincaba y tiraba de las riendas sujetadas con cierto tiento por un mozo de cuadra. Sin embargo, antes de que Rebecca pudiera decir nada, el conde de Stanmore salió por la puerta principal de la posada.

Mientras los dos observaban, el noble tomó las riendas y habló secamente al corcel, que se calmó de inmediato al oír la voz de su amo. Stanmore subió a la silla con facilidad y se volvió para decir unas palabras de despedida a sir Oliver Birch, que también salía de la posada.

De pie, con la mano en el hombro de Jamey, Rebecca sintió que se le hundía el corazón. Todo el coraje que había acumulado se agotó en un instante. No habría reunión, después de todo, entre padre e hijo este día.

"¿Quién es el hombre de esa belleza? Mamá, mira cómo se sienta".

Involuntariamente, los dedos de Rebecca se apretaron contra el hombro de Jamey mientras rogaba al conde que mirara hacia la ventana abierta.

Con una última inclinación de cabeza hacia Sir Oliver, Lord Stanmore finalmente levantó la vista. Pero Jamey no fue el destinatario de su mirada de despedida.

Su mirada penetrante se fijó sólo en el rostro de ella durante un instante, y luego desapareció.

Capítulo Ocho

EN CASA del duque de Gloucester siempre se podía contar con una cena de lujo, con puros de la mejor calidad y con un oporto que haría resoplar de orgullo a un monje de Madeira. Hacía tiempo que las damas se habían retirado al salón y el duque estaba pidiendo su cuarta copa cuando Stanmore se volvió hacia Nicholas para expresarle su descontento con su amigo.

"Sólo asegúrame, mi gudgeon de aleta fina, que traer a Louisa como tu invitada esta noche fue hecho puramente para tu propio entretenimiento".

Nicolás se sacó el puro de la boca y le miró como si le hubiera salido una cabeza de más. "Mi buen hombre, ciertamente me conoces mejor que para insultarme de esta manera. Usted sabe que me gustan las mujeres bellas pero sin pretensiones. Me gustan inocentes, o al menos con la capacidad de dar un buen espectáculo de ello. Pero la verdad, Stanmore, es que, como todavía no he encontrado a mi mujer ideal, también prefiero pasar el tiempo con las ricas. Y con eso me refiero a damas mucho más ricas que lady Nisdale y los míseros diez mil al año que le dejó su querido difunto marido. Vaya, ella puede pasar por eso, sin ayuda de nadie, en seis meses".

Stanmore despidió con un gesto al mayordomo que pasaba, pero Nicholas aceptó otro vaso.

"La señora a la que se ha referido ha venido esta noche como invitada mía porque me ha dado la clara impresión de que usted quería que estuviera aquí".

La mirada de Stanmore era fulminante.

"No dije que la creyera. Pero viendo el mal humor que se ha apoderado de tu ánimo -un ánimo que no ha dejado de empeorar desde tu regreso de Bristol-, pensé que podría divertirme." Nicholas se acomodó el puro entre los labios y estudió la expresión melancólica de su amigo mientras fumaba. "No te he preguntado qué fue mal en Bristol, porque sé que sólo me lo dirás si te complace. Pero conozco el valor de una mujer dispuesta cuando se trata de mejorar el humor de un hombre... incluso si la mujer se ha estado quejando abiertamente últimamente de que la descuidan e insinuando en privado sus temores de haber ofendido de alguna manera."

"Nunca deja de sorprenderme lo indiscreta que puede ser Louisa."

"Eres tú, amigo mío, quien la eligió como amante... y si no recuerdo mal, hace un mes no eras tan sensible con las indiscreciones de la dama".

Le vino a la mente la imagen de la brillante sonrisa y el cálido saludo de Louisa cuando llegó esta noche a casa del duque de Gloucester. Estaba bastante seguro de que había sido cortés en su saludo, aunque tal vez un poco distante. ¿Qué otra cosa podía esperarse? Le había sorprendido y disgustado ver a la maldita mujer.

¿Y qué importaba que últimamente estuviera un poco malhumorado? Stanmore deseaba saber por qué se sentía tan mal últimamente. No, eso no era del todo cierto, pensó, observando el humo azul del puro que flotaba sobre la mesa.

Era esa mujer... la maldita Sra. Ford. Era su mirada... la forma herida en que le había mirado por la ventana cuando se disponía a abandonar Bristol. Era una imagen de la que no había podido deshacerse. Frunció el ceño con fiereza, se bebió el oporto de un trago y dirigió su mirada hacia Nicholas.

"Has traído a Louisa aquí esta noche", gruñó, "y espero que la acompañes a casa".

Antes de que su amigo pudiera responder, un lacayo le susurró que lord North deseaba hablar con Stanmore. El conde se volvió y saludó al nuevo primer ministro, que le hacía gestos desde un pequeño grupo reunido junto a una de las altas ventanas. Había sido gracias a la insistencia de Lord North que Stanmore había accedido a asistir esta noche. La promesa del ministro de prestar oídos al asunto del comercio de esclavos hacía que la asistencia a la cena mereciera la pena... por muy desinteresado que estuviera Stanmore en tales entretenimientos estos días.

Sin embargo, tuvo unas palabras de despedida para Nicholas antes de cruzar la habitación. "Valoro tu preocupación, pero no ignores nuestras posiciones relativas. Tú siempre has sido el pícaro y yo el responsable. Tú siempre has causado conflictos, y yo siempre me he esforzado por resolverlos. ¿Qué sería del mundo si cambiáramos de lugar? ¿Deseas, canalla, convertirte en responsable?".

"Dash it, Stanmore, veo tu punto. No haga caso de todo lo que he dicho".

Había hablado en voz baja y con firmeza hasta que no pudo decir más.

Jamey se quedó mirando. Le temblaba el labio inferior. Su joven rostro enrojeció por las emociones que, sin duda, se agitaban en su pecho. Sus ojos azules mostraban angustia y confusión mientras se esforzaba por asimilar sus palabras. En ellos, ella podía ver sus dudas y su deseo de negar lo que ella decía. Finalmente, se dio la vuelta y se quedó mirando por la ventanilla del carruaje, observando el paisaje a través de un velo de lágrimas.

Los sollozos que se agolpaban en su pecho amenazaban con subirle a la garganta y ahogarla, pero continuó. No tenía más remedio que contarle toda la verdad que pudiera, al menos toda la que se había atrevido a revelar a Sir Oliver cuando estaban en Filadelfia. Rebecca habló tanto como le permitieron las palabras, pero las lágrimas continuas de Jamey y la desesperación absoluta que lo afligía pronto la detuvieron.

Ella sabía que estos momentos en la chaise post y four que Sir Oliver había dispuesto para llevarlos a los dos al este podrían ser el último tiempo privado que tendrían juntos. Y en un lugar tan grande como Solgrave, simplemente no podía permitirse retrasar más lo que Jamey inevitablemente descubriría una vez que llegaran allí.

Tenía que aprender la verdad de ella y de nadie más.

El carruaje dio un brusco bandazo y Rebecca puso una mano protectora sobre las rodillas de Jamey para evitar que se deslizara del asiento. Él no se inmutó ante su contacto y ella, en silencio, elevó una plegaria de agradecimiento al cielo. Armándose de valor, se sentó frente a él.

"Jamey", le dijo suavemente, cogiéndole la barbilla. Él apartó sus ojos llorosos de la ventana y la miró a la cara. "Jamey, por favor, háblame".

Se limpió la cara con la manga. "¿Cuánto tiempo?"

"Deberíamos estar allí en breve."

Sacudió la cabeza y entrelazó los dedos de su mano izquierda con los de la suya. "¿Cuánto tiempo te quedarás en este lugar conmigo?".

Esperaba que sus preguntas fueran sobre el padre. Sí, más que nada esperaba que quisiera

saber sobre el hombre que supuestamente llevaba años buscando a su hijo perdido. Esa había sido la versión de la historia que le había contado. Pero su pregunta -la angustia que podía ver tan claramente en su rostro- tenía que ver con ella.

Se obligó a parecer sincera mientras buscaba otra mentira.

"Me quedaré todo el tiempo que quieras que me quede. Puedo encontrar trabajo en un pueblo cerca de Solgrave. Más tarde, cuando te envíen a Eton, puedo ir a vivir al pueblo. O en Windsor, que está justo al otro lado del Támesis y muy cerca de la escuela. No estás perdiendo nada de lo que tienes ahora, Jamey. Debes ver este cambio por todo lo que estás ganando. Por todo lo que Lord Stanmore... que tu padre te está ofreciendo".

Su rostro mostraba lo poco convencido que estaba, y Rebeca se sintió vagamente enferma, sabiendo que ella misma carecía de convicción en ese sentido. Si tan sólo el conde de Stanmore hubiera mostrado algo de calidez hacia Jamey. Si hubiera mostrado algún signo de darle la bienvenida.

El conductor del carruaje anunció que se acercaban a St. Albans. Por la ventanilla, Rebecca podía ver una fábrica de ladrillos muy concurrida, así como las agujas y tejados de la ciudad más allá. En otras circunstancias, Rebecca habría disfrutado compartiendo con Jamey lo que había leído en su juventud sobre la antigua ciudad. Pero ahora lo único que podía hacer era reprimir el nudo que se le hacía en la garganta y rezar en silencio. Siguieron conduciendo por las estrechas y sinuosas calles, pasando finalmente por los puntiagudos arcos de la catedral de St. Albans.

Unos instantes después, el carruaje se dirigía hacia el norte desde St. Albans por una carretera menos fiable que la de Bristol. Luego, dos millas más adelante, el conductor se desvió por un camino bien cuidado bordeado de árboles altos y hermosos.

Rebecca agarró la mano de Jamey. "No tardará mucho".

El carruaje atravesó un gran parque de ciervos. A veces los árboles se abrían a prados salpicados de ovejas que ofrecían a los viajeros hermosas vistas de las granjas y el campo circundantes, y Rebecca se dio cuenta de que estaban subiendo en pendientes casi imperceptibles hacia terrenos más elevados. En un mirador, pudieron ver a lo lejos un pequeño pueblo acurrucado a lo largo de las orillas de un río serpenteante.

Finalmente, cuando la chaise coronaba una colina boscosa, el camino giró y discurrió por la cresta de una loma cubierta de hierba.

"Jamey, mira". Su intento de animar al chico fue respondido con un indiferente encogimiento de hombros.

A la izquierda del carruaje, los árboles se abrían a un amplio valle. En el otro extremo, enclavada entre las colinas boscosas que se alzaban a sus espaldas, una casa de ladrillo rojo, finamente construida, se asentaba cómodamente entre huertos, jardines y campos. Por el estilo de su arquitectura, la casa debía de haber sido construida en tiempos de la reina Isabel. Antigua, pero sólida, de buen gusto y sin pretensiones. Ante ella, flores silvestres de color púrpura y blanco coloreaban un prado ondulado que descendía hasta un amplio lago. La casa y el entorno tenían un aire "natural" que daba la bienvenida al viajero. Rebecca nunca había visto un lugar tan hermoso.

"Te encantará tu nuevo hogar". Su susurro fue respondido por el encogimiento de hombros de Jamey. Cuando la tumbona se detuvo en la grava del impresionante patio, el joven se hundió más en el banco acolchado y cerró los ojos ante los pocos sirvientes que aguardaban fuera.

"Jamey". Le sujetó la barbilla y le animó a abrir los ojos antes de que el novio abriera la puerta del carruaje. Los asustados ojos azules se abrieron y se llenaron inmediatamente de lágrimas. "Estoy aquí contigo. Te quiero hoy igual que te quise ayer, y te seguiré queriendo

siempre".

"Pero yo no soy tu hijo".

Ella aplastó la mano de él contra su pecho. "Aquí eres mi hijo, y eso nunca cambiará".

Sacudió la cabeza. "Pero..."

"No llores una pérdida donde no la hay, Jamey", suplicó. "No te atormentes ni me atormentes actuando como si ya me hubiera ido".

Hubo más lágrimas, y Rebecca se obligó a contener sus propias emociones cuando el joven la rodeó con sus brazos.

"Tengo miedo. Esta gente... no la conozco".

Se apartó lo suficiente para limpiarle la cara con un pañuelo de su propia manga. Luego le sonrió y le apretó la mano con fuerza. "Te daré mi fuerza y tú me darás un poco de la tuya. Vayamos juntos a conocer a esa buena gente".

El cielo pasaba del negro al gris y Jamey sabía que las nubes de tormenta no retrasarían mucho más la llegada de la mañana. Arrodillado en el amplio alféizar de la ventana, con la frente apoyada en los fríos cristales, observó las formas que empezaban a formarse en el exterior. Indistintas al principio, y luego cada vez más claras, un par de monstruosos gigantes se transformaron en un bosquecillo de plátanos. Una extraña cabeza cornuda de alguna enorme bestia decapitada resultó ser sólo los establos.

Bajo su ventana, un pequeño jardín formal se iba distinguiendo poco a poco, y él miraba más allá de sus cuidados caminos y parterres, hacia los prados y el lago gris. El camino que conducía fuera de la finca y de vuelta a la carretera de St. Albans serpenteaba sobre el pequeño puente de piedra en el extremo superior del lago y subía por el otro lado del valle. Se estiró y frunció el ceño. Llevaba varias horas arrodillado junto a la ventana, oculto tras las gruesas cortinas, observando.

Habían llegado ayer y ya sabía que no quería estar aquí. La habitación que le habían dado era más grande que las dos que él y su madre habían ocupado en Filadelfia. Y la cama era tan grande que podrían haber dormido en ella los cuatro hijos de Butler y aún habría sitio para más.

Odiaba esta habitación. Odiaba su cama. Odiaba a la gente que llevaba esa ropa tan apropiada y hablaba con corrección e intentaba no mirarle la mano y no dejaba de llamarle señorito James. Odiaba estar separado de su madre y que ella ya no lo quisiera como hijo.

Las cosas que le había contado ayer. Que su verdadera madre había muerto hacía años y que ya era hora de que empezara a pasar tiempo con su verdadero padre. No podía ser verdad. En algún lugar profundo de su pecho, Jamey sabía que él tenía que ser su verdadero hijo. La quería tanto. La sola idea de que ella se fuera le hacía doler hasta el punto de estallar.

Incluso ahora podía sentir el dolor en las tripas. Ahogó el nudo en la garganta y miró más allá de las cortinas, hacia la puerta cerrada. Ella dormía en la habitación contigua a la suya. ¿Y si había decidido que ya no le quería y le había dejado durante la noche? Había muchas puertas en este lugar. ¿Y si la calzada que había estado vigilando no era la única salida de la finca?

Una vez, no mucho después de acercarse a la ventana, Jamey había visto a alguien cruzando la propiedad y llevando un farol y un garrote. Un perro enorme había deambulado a su lado. Un vigilante, había decidido.

No había sido el mejor de los chicos anoche. No había tocado su cena. Fingió que no oía nada de lo que decían. Incluso había sido grosero con la Sra. Trent, la corpulenta ama de llaves,

estremeciéndose cuando le puso una mano amistosa en la cabeza mientras le enseñaba su habitación. Eso había molestado mucho a su madre. Ella no había dicho nada, pero él lo notó en sus ojos. Sus ojos lo decían todo.

Le esperaba una reprimenda, sin duda. Pero, sentado en la ventana, se dio cuenta de que incluso eso era bueno. Le daba una razón tan buena como cualquier otra para ir a despertarla. Y asegurarse de que todavía estaba aquí.

Jamey corrió las cortinas y se vistió rápidamente.

Había algo extraño en el pasillo, pensó Jamey, mientras salía de su dormitorio. Anoche había sido demasiado testarudo para mostrar interés. Pero ahora se quedó mirando.

Los personajes de los cuadros de la pared -hombres y mujeres con ropas elegantes y algunos incluso con armadura- le devolvían la mirada. Vagamente, se le ocurrió que alguno de los criados debía de estar despierto, pues había dos velas recién encendidas en un par de mesas de la pared. Miró en dirección a la puerta cerrada de su madre, pero su atención volvió a centrarse en los cuadros. Junto a un cuadro de un hombre de aspecto enfadado que sostenía un libro y llevaba una espada, había otro de otro hombre de pie ante una hermosa cazadora gris moteada. A su alrededor, unos sirvientes sostenían una lanza de caza y atendían a un enorme ciervo que, obviamente, acababa de matar. Jamey nunca había ido de caza, pero Tommy Butler les había contado a George y a él muchas historias al respecto.

Esta gente, sin embargo, parecía mucho más elegante en su vestimenta que cualquiera que fuera a cazar a los bosques del Schuylkill, pensó Jamey. Caminando por el pasillo, siguió mirando a hombres uniformados y mujeres elegantemente vestidas sentados en los retratos, o representados en altos caballos con escenas de cacerías al fondo. Más de uno tenía la casa retratada. En uno había un castillo.

"Todo este alboroto por un chiquillo."

"Cuidado con lo que dices, Bessie... el hijo del amo... lo que podemos hacer... que valga la pena el alboroto, como tú lo llamas... fuera tanto tiempo como el que tenemos... es una pena que no podamos hacer más".

"Bueno, no sé... Si la cocinera quema las gachas esta mañana, no sé más que..."

"Silencio, zorra... estás despertando a la familia. ¿Te gustaría que te pusieran en tu...?"

Deteniéndose junto a una puerta abierta, Jamey escuchó con dificultad para comprender los retazos de conversación entre las dos mujeres. Los dos criados estaban ocupados trabajando en una enorme cámara. Si ponía su oído bueno, siempre oía mucho más de lo que la gente creía. Pero siempre había guardado este secreto para sí. Era algo especial que su madre pensara que era la única que podía decirle algo y él podía oír. No era mentira, se recordó a sí mismo mientras se deslizaba por la puerta abierta y se detenía a mirar un cuadro que había justo al lado. Era una forma de llamar la atención de los que le gustaban e ignorar a los que no.

"¿Esta mujer... Ford... la niñera del muchacho?"

Al oír el nombre de su madre, Jamey dejó de mirar el cuadro y se fijó en la puerta abierta. Se acercó a la puerta.

"...oí decir a la Sra. Trent en la cocina anoche, que eso es más o menos lo que ha sido para el muchacho todos estos años."

"Si es de los nuestros, ¿por qué la han colocado en esta ala?". La voz de la mujer más joven se volvió malhumorada.

"Ella no es una de nosotros. Es de calidad... se nota en sus modales".

"Tal vez, pero no se podría decir por su ropa".

Al echar un vistazo, vio a la criada, que supuso que era Bessie, sacudiendo una manta y

doblándola de nuevo.

"Eso no significa nada, tonto. Acaban de llegar de las colonias".

"Bueno, ahora está en Inglaterra. Tendrías que haber oído a Helen esta mañana en el lavabo hablando de la Sra. Ford en el pasillo de las habitaciones del señor. Y tenía razón, si me preguntas".

"Sabría mejor que preguntarle a un ganso como tú... o Helen."

"Menos mal que aún no ha llegado, o la gente empezaría a hablar".

"¿Empezar? ¡Ja! Me parece que tú y los demás holgazanes ya estáis hablando", reprendió la mujer mayor, dando la vuelta y cerrando las ventanas. "Por lo que sabemos, la mujer tiene un marido esperando en las colonias. La señora Trent dice que se quedará poco tiempo. Así que, tal y como yo lo veo, es muy posible que se haya ido mucho antes de que su señoría baje de Londres".

¿"Ir"? Y, por favor, ¿quién va a cuidar del señorito? No seré yo, te lo aseguro..."

Un ligero ruido junto a la puerta atrajo las miradas de ambas mujeres, silenciándolas de inmediato. Bessie se movió rápidamente para comprobar el vestíbulo, pero no vio a nadie. Sin embargo, escuchando atentamente, creyó oír a alguien corriendo a lo lejos, por las escaleras de servicio hacia el ala de la cocina.

"Y para concluir, m'lords, les digo que una marea de autoridad moral está subiendo en esta tierra nuestra. Los que nos sentamos hoy en este Palacio de Westminster tenemos un deber solemne. Ha llegado el momento. Aunque hayamos hecho un daño quizás irreparable en el pasado... aunque la sangre de tantos manche nuestras manos, es nuestro deber arreglar las cosas. La iniquidad bárbara de la esclavitud será lavada, y es nuestro deber ver que todos los vestigios de este mal sean limpiados de nuestras grandes casas, de nuestras ciudades, de nuestros puertos. Debemos lavar este mal de las mismas costas de Inglaterra".

Cuando el conde de Stanmore se sentó, muchos de sus compañeros de la Cámara de los Lores respondieron con gritos de "Aquí, aquí". Sin embargo, otros sólo respondieron con miradas pétreas y silencio.

Cuando se levantó el siguiente orador, apareció un paje en el codo de Stanmore.

"Milord", susurró. "Se requiere urgentemente su presencia en el vestíbulo".

Quitándose la peluca de la cabeza, el conde salió rápidamente de la habitación, donde un lacayo vestido con la librea de Stanmore esperaba ansioso.

"Acabo de llegar de Solgrave, milord." El lacayo se inclinó y le entregó una carta. "Me han dicho que es urgente."

Stanmore echó un rápido vistazo a la caligrafía de su mayordomo de Hertfordshire y maldijo ferozmente antes de salir furioso del palacio, con el lacayo a cuestas.

Los últimos vestigios dorados del sol de la tarde acababan de desvanecerse cuando los dos sirvientes llevaron ramas de velas al conjunto de salones de la primera planta de la casa palaciega de lady Mornington. En una percha de latón de uno de los salones, un guacamayo de brillantes colores arrastraba los pies por la barra y canturreaba ruidosamente al sirviente más cercano.

Los salones seguían bastante concurridos, y las voces y las risas llenaban el ambiente. Quedaban unas dos docenas de señoras, muchas de las cuales jugaban en las mesas de juego que su anfitriona había tenido la amabilidad de poner a su disposición. Mientras algunas estaban sentadas alrededor de las mesas, atentas a las cartas que les ofrecía el croupier de faro, otras se sentaban en parejas a jugar al piquet. Otros, que ya habían terminado de jugar, se reunían en pequeños círculos o iban de un grupo a otro, ávidos de los últimos cotilleos.

Louisa Nisdale estaba de pie junto a una de las altas ventanas que daban a Grosvenor Square, apenas fingiendo escuchar al grupo que se había reunido a su alrededor. Había perdido otras quinientas guineas en el piquet esta tarde y, aunque sabía que estaba frunciendo el ceño, en realidad no le importaba mucho en ese momento. Tal y como estaban las cosas, no podía solicitar una ampliación de su crédito en el establecimiento de lady Mornington sin recibir algún tipo de noticia alentadora de Stanmore. Si la rechazaban, se correría la voz rápidamente y su presencia no sería bien recibida en todas las casas de juego de Londres.

Frunció el ceño más profundamente cuando el tema de la conversación captó su atención. Por si el repentino desinterés de Stanmore por pasar tiempo con ella no fuera suficientemente angustioso, era evidente que todo el mundo en Londres parecía estar íntimamente familiarizado con los asuntos privados del conde. Todos menos ella.

"...y podrías estar en lo cierto, querida", decía la señora Beverley en su molesto susurro conspirativo. "Mi sombrerera me ha dicho que todo Kensington está alborotado con la noticia. Me ha dicho que sabe de buena tinta que sólo la semana pasada se entregaron a su señoría quince invitaciones para cenar."

"Con el nombre de Elizabeth finalmente puesto a descansar", Lizzy Archer intervino, "sólo se deduce que debe haber una loca carrera por las atenciones de Lord Stanmore".

La señora Beverley soltó una carcajada cómplice. "Pensar en todos esos padres que han sufrido tanto para mantener a sus hijas alejadas del camino de Stanmore durante todos estos años. Ahora que tienen una oportunidad en el matrimonio, están encantados de echar sus corderos al lobo".

"Si me permiten decirlo, señoras... que el diablo se lleve al matrimonio, porque yo mismo me pondré con gusto la piel de cordero. Ese lobo puede tenerme cuando y como quiera".

Louisa desencajó las mandíbulas con cuidado mientras las risas se extendían por el grupo. Adoptó un aire de indiferencia y se volvió, enviando una mirada cortante a Lizzy Archer. Los grandes pechos blancos de la joven, que tan ingeniosamente se desparramaban por encima de su vestido, ya se agitaban ante la mera posibilidad de acostarse con Stanmore... por muy improbable que fuera.

"Vaya, Louisa", jadeó la diminuta Lizzy con fingida sorpresa. "No tenía ni idea de que habías abandonado tu juego de piquet. ¿Se te acabó la suerte?"

"Vaya, Lizzy," dijo Louisa sin aliento de la misma manera falsa. "No tenía ni idea de que habías renunciado a Lord Archer tras menos de un año de dicha conyugal. Pero ya sabes, querida, a veces no tenemos la suerte de reconocer lo que tenemos. Mira, por ejemplo, tu Archie... no sólo enérgico sino también talentoso. La otra noche le decía que su técnica es encomiable".

Con una floritura, Louisa dio una palmada en la mano a la mujer de mejillas rojas, dando la espalda a los asombrados espectadores antes de dirigirse hacia su anfitriona, Lady Mornington. La sonrisa irónica de la anciana le dijo a Louisa que había oído la pequeña discusión.

"Te doy mucho crédito, Louisa, querida. Puede que hoy no hayas tenido suerte en las cartas, pero cuando se trata de proteger lo que es tuyo, tienes una habilidad desconcertante para hacer

saltar la banca cada vez. Ven y siéntate conmigo".

Louisa se sentó junto a Lady Mornington y echó una mirada impaciente a la mesa de faro que había al otro lado de la habitación. "Lo que es mío parece ser un tema que se cuestiona más a menudo de lo que deseo estos días".

"Entonces quizás deberías ser más persuasiva". Lady Mornington inclinó la cabeza hacia su joven amiga. "Quizás sea el momento de presionar tu ventaja, querida".

"¿Con Stanmore?" Louisa se acomodó un mechón de su empolvada cabellera antes de girar su rostro enfurruñado. "Hay que ser muy juiciosa cuando se trata de presionar a su señoría. Pero créeme, he ideado mi estrategia... y las cartas parecen bastante prometedoras".

"¿Acaso esta estrategia implica a cierto amigo íntimo del conde... a cierto hombre de la ciudad?"

Una de las finas cejas de Louisa se alzó con admiración. "Te mantienes informada".

"Así es. Y debo decir que no apruebo su plan". El ceño fruncido de Lady Mornington era genuino, profundizando la sorpresa de Louisa. "Sir Nicholas Spencer podría seguirle la corriente a su farsa, pero recibiría una bala en la cabeza antes de ser parte de algo que afecte negativamente al bienestar de su amigo".

"Le aseguro que también tengo en mente el bienestar de Stanmore".

"Tal vez, Louisa, pero no esperes que Sir Nicholas haga algo que comprometa su amistad con Stanmore".

"Lo que estoy considerando es completamente inofensivo para todos", se apresuró a explicar Louisa. "Sir Nicholas es tan aficionado al juego como yo, así que es bastante natural que me cruce con él cuando está en la ciudad. Por favor, señora, ¿es tan inapropiado que me esfuerce por mantenerme al tanto del paradero y las actividades de Stanmore? Nicholas es una buena compañía, y me proporciona libremente esa información".

La mirada de la anciana recorrió la habitación antes de volverse hacia ella. "¿Y has aprendido algo de valor, querida, de tu asociación con Sir Nicholas?"

"En efecto". Louisa sonrió tan alegremente como pudo. "Me he enterado de que la ausencia de Stanmore de mi lado ha sido puramente el resultado de sus esfuerzos por asentar a su hijo."

"¿Fueron estas las palabras de Nicholas?"

Luchó contra el bochorno que se apoderó de su rostro. "Aunque no ha utilizado esas palabras exactas, es la única respuesta lógica. Stanmore no ha sido visto en compañía de nadie más".

Lady Mornington sonrió con complicidad. "Entonces asumo que ya ha estado practicando formas de encantar a un muchacho de su edad".

"Puede estar segura de que tengo toda la intención de entablar la más cálida de las relaciones con James Samuel Wakefield". Louisa sonrió a su anfitriona. "Solo un tonto renunciaría a aprovechar semejante oportunidad, y usted sabe que yo no soy tonta. Puede apostar con seguridad... tendré a lord Stanmore como mío".

Capítulo Nueve

LAS COLINAS DE CHILTERN, envueltas en niebla, se cernían oscuras y ominosas sobre Solgrave, pero el jinete cubierto de barro no se tomó el tiempo de dedicar a la antigua cresta ni siquiera una mirada.

En las últimas horas, las amenazadoras nubes habían cumplido más de una vez su amenaza, inundando las carreteras de Londres con una lluvia fría y punzante. Las traicioneras carreteras habían exigido la máxima habilidad del jinete. Pero ahora, mientras Stanmore empujaba a su exhausto caballo, el final estaba a la vista. Corriendo por la pradera empapada por la lluvia, el conde rodeó el lago al galope, cruzó el puente de piedra y se detuvo ante la puerta principal de la mansión.

A primera vista pudo ver que toda la finca estaba revuelta. Stanmore se apeó de su corcel y atravesó las enormes puertas del vestíbulo. Daniel, el mayordomo de la casa de campo de la familia, le pisaba los talones, y sus disculpas y explicaciones salían a borbotones.

"...y la Sra. Ford descubrieron que el señor James había desaparecido a primera hora de la mañana, milord. Buscamos por todas partes... pusimos la casa patas arriba... y buscamos en los alrededores... y en los establos... ya sabe que a los chicos les encantan los caballos... y en las habitaciones de los criados. Lo siento muchísimo, milord. Cuando no pudimos encontrar rastro del muchacho, envié por usted".

Stanmore se deshizo de su empapado abrigo y se lo entregó a un lacayo antes de dirigirse a su biblioteca en el ala nueva. "¿Ha enviado a alguien a Knebworth?"

"Sí, milord. Porson tomó seis hombres de los establos. Se dispersaron y pararon en todas las casas de aquí al pueblo. Nadie ha visto al muchacho".

Stanmore entró en la biblioteca e inmediatamente se encontró mirando el lago a través de los grandes ventanales de la sala. Se detuvo bruscamente, con una misteriosa opresión atenazándole el pecho. Hacía dos años, el hijo de uno de los criados se había ahogado en el lago. Habían encontrado su cuerpo una semana después junto a la presa del viejo molino. Su mayordomo habló rápidamente, leyendo obviamente el ceño fruncido de su rostro.

"Nosotros... no hemos empezado a buscar en el lago, milord".

Inmediatamente le vino a la mente la imagen de una mujer pelirroja abrazando a un niño en un muelle de Bristol. Pudo ver los ojos azules que le habían mirado suplicantes, el muchacho que estaba junto a ella en la ventana abierta de la posada.

"Tráeme a la Sra. Ford".

Le dio la espalda al mayordomo. Mientras Daniel se retiraba rápidamente, la atención de Stanmore volvió a centrarse en las aguas del lago. Con tres kilómetros de longitud, la estrecha franja de agua formaba una media luna que atravesaba la finca y terminaba en el viejo molino,

sobre el pueblo de Knebworth. A lo largo de los años, las aguas profundas y cristalinas habían causado dolor a algunas familias que vivían cerca de él. Observó cómo dos de sus jardineros bajaban apresuradamente de la casa y se volvían para seguir un sendero a lo largo de la orilla del agua.

James ahogándose a su regreso... no, en su primera venida a Solgrave. Simplemente no era posible. El destino no sería tan cruel.

Vio a media docena de hombres salir de entre los árboles del otro extremo del valle, conversar unos instantes y desaparecer de nuevo en el bosque mientras la lluvia empezaba a caer a cántaros, oscureciendo incluso el otro extremo del lago.

Se maldijo en silencio. Que el diablo se lo llevara si no hubiera intentado cumplir la promesa que le había hecho en el lecho de muerte del anciano. Había traído de vuelta al muchacho. Y eso era todo lo que se esperaba de él. Cumpliría con su deber, y la línea familiar y el buen nombre serían preservados.

Pero ahora esto. Parecía que la vida sólo le deparaba mala suerte... y al chico también.

El ruido de pasos detrás de él hizo que Stanmore se diera la vuelta. Daniel estaba en el umbral de la puerta, con cara de pájaro de horca, y la señora Trent estaba a su lado, retorciéndose las manos.

"La Sra. Ford sigue ahí fuera buscando, milord". El ama de llaves lanzó una mirada nerviosa a la ventana y luego bajó la vista a sus manos.

"¿Qué quieres decir con que está ahí fuera buscando?"

"Le dije que no se moviera, milord", murmuró Daniel desesperado, dirigiendo una mirada acusadora a la corpulenta mujer.

La Sra. Trent fulminó al mayordomo con la mirada antes de hablar. "Estaba fuera de sí, milord. Cualquiera que diera un paso fuera o volviera... y ella corría tras él. Estaba casi loca de preocupación. No había forma de contenerla, por mucho que lo intentáramos".

"¿Cuándo fue que salió?"

La vergüenza tiñó el rostro del ama de llaves. "Salió a pie... un poco antes del mediodía, milord".

"Eso fue hace horas", espetó Stanmore mientras se dirigía a la puerta. "¿En qué dirección se fue? ¿Qué sabe ella de dónde puede perderse un chico por aquí?"

"Milord, era aún más salvaje que Maire cuando perdió a su Johnny hace dos años". El ama de llaves señaló con la cabeza la lluvia que caía sobre las ventanas. "No había forma de detenerla. Era como si echara de menos a su propio hijo".

"Por el amor de Dios, ¿cómo iba a sentirse si no?"

Stanmore se acercó a las ventanas, con la mente acelerada. Sólo había visto a Rebecca Ford una vez, pero el afecto de la mujer por el muchacho era algo que no creía poder olvidar jamás. De hecho, había algunas cosas de la mujer que seguían perdurando en su memoria. Pero no era el momento de pensar en esas cosas, pensó, frunciendo el ceño. Ella misma podría estar en el maldito lago.

Volviéndose de nuevo hacia ellos, empezó a ladrar órdenes mientras salía de la habitación.

"Daniel, envía a alguien al pueblo en busca de la Sra. Ford. Sra. Trent, interroga a quien la haya atendido esta mañana. Fíjate si mencionaron algún lugar al que ella pudiera haber ido a buscar. Algo que pudieran haber dicho para inducir a salir a pie".

Recorriendo a grandes zancadas los largos pasillos de la servidumbre y entrando en las cocinas, Stanmore se encontró rodeado de rostros ansiosos. Criados, mozos de cuadra, jardineros -todos los que no estaban ya en la finca- se organizaron de inmediato en grupos de búsqueda y se

dispersaron rápidamente.

Cuando llegó a la puerta principal, le esperaba un abrigo de montar seco. Un cazador fresco se pavoneaba en el patio de grava.

Obviamente desafiado por el mero atisbo de un abrigo seco, el mismísimo Zeus tomó cartas en el asunto. La tormenta parecía empeorar, el viento arreciaba mientras los relámpagos iluminaban el paisaje de Hertfordshire.

Stanmore espoleó a su montura por el césped y la pradera hasta el sendero que rodeaba el lago. Al parecer, una de las criadas de arriba había sido tan estúpida como para mencionarle a la señora Ford el niño perdido de Maire. Incluso le había hablado del molino y de cómo lo habían encontrado allí.

El viento y la lluvia le agujoneaban la cara mientras avanzaba por la orilla, pero la mente de Stanmore estaba concentrada en encontrar al muchacho... y a la señora Ford.

Rebecca.

Incluso cuando se le ocurrió el nombre de la mujer, la ira inundó repentinamente sus venas. No entendía por qué se preocupaba por ella. Ella era la causa de todo esto. Si no se hubiera dejado embaucar por sus súplicas, si se hubiera ceñido a su plan original, el chico estaría ahora mismo en Eton.

La mujer tonta, testaruda y entrometida. Maldijo al viento mientras continuaba a lo largo del lago. Mientras cabalgaba, barría continuamente los árboles con la mirada en busca de señales de alguien que se refugiara allí.

La tormenta era casi un vendaval cuando Stanmore divisó el viejo molino a lo lejos. Sin embargo, al salir de una arboleda, la vio a través de la lluvia torrencial. La figura de capa gris, de espaldas a él, acababa de caer sobre la orilla fangosa y luchaba por ponerse en pie. Espoleó a su caballo hacia ella.

"Sra. Ford", gritó.

La mujer se enderezó y se volvió hacia él. El viento le sacudió el largo pelo mojado sobre los ojos y se lo apartó de la cara. La capa oscura y el vestido que llevaba debajo estaban manchados por el barro y la lluvia, y desgarrados por las zarzas que había atravesado. Una mirada de esperanza brilló en su rostro embarrado.

"Lo has encontrado".

A pesar de que el barro le arrastraba los zapatos empapados cuando se dirigió hacia él, pudo oír la nota de alivio en su grito. Cuando se detuvo junto a ella, le sorprendió la palidez de su rostro bajo las manchas de suciedad.

"No. No lo han encontrado."

Los ojos azules cayeron, y su rostro adquirió inmediatamente un aspecto atormentado. Vio que su delgada figura se tambaleaba por la fuerza del viento y se tiró al suelo, pensando que ella estaba a punto de caer. Pero ella se apartó de él sin decir una palabra más y comenzó a avanzar a través de la tormenta hacia la presa.

"Espera", ordenó bruscamente, tirando de su caballo detrás de él. "¿Dónde crees que vas?"

Su mirada se dirigía hacia delante, hacia la presa y la vieja esclusa que conducía a la rueda del molino. Parecía una loca.

"No hay nada que ustedes puedan hacer que nosotros no podamos hacer mejor; ningún lugar que ustedes puedan buscar que mi gente no pueda cubrir más a fondo que ustedes".

Ella hizo oídos sordos a sus palabras y ni siquiera levantó la vista cuando un rayo iluminó el cielo. El caballo de Stanmore, sin embargo, se encabritó nerviosamente y él se volvió momentáneamente para calmar al animal.

"Esto es una locura, mujer", gritó justo cuando sus pies resbalaban por debajo de ella. Maldijo en voz baja mientras ella se deslizaba por el terraplén hasta el borde del agua, y acudió tan rápido como pudo en su ayuda.

No aceptó la mano que le tendió y volvió a levantarse. Cubierta de barro de la cabeza a los pies y temblando como una hoja en diciembre, era quizá la criatura más patética que jamás había encontrado. Sin embargo, su situación no parecía mermar en lo más mínimo sus ganas de seguir buscando.

"Si esto no es lo más absurdo..." Se encontró siguiéndola mientras ella continuaba sin dirigirle siquiera una mirada. "Sra. Ford... Rebecca. ¿No ve que estoy perdiendo el tiempo persiguiéndola cuando hay un asunto más grave entre manos?"

De nuevo le ignoró, y Stanmore se sintió realmente enfadado por el carácter obstinado de aquella mujer. Al alcanzarla, la agarró por el codo y le dio la vuelta.

"Debes regresar a la casa en este instante."

Se apartó el pelo mojado de la cara y sus ojos brillaron con furia.

"Déjame en paz".

Las palabras fueron pronunciadas con los dientes apretados, pero él no prestó atención a su temperamento. "No puedo. Te guste o no, eres mi invitada en Solgrave. Soy responsable de tu seguridad".

"Guarda tu preocupación para alguien que realmente importe". Su mirada cambió y las lágrimas se mezclaron con la lluvia en su rostro. "Tu hijo ha desaparecido. ¿Lo entiendes?"

"¿Y me culpas a mí?"

"Lo sé", gritó. "James ha desaparecido..."

"Se ha escapado, querrás decir".

"...porque ni siquiera te presentaste a él o le reconociste cuando tuviste la oportunidad. Huyó porque tenía miedo. Si hubieras escuchado algo de lo que te dije en Bristol. Si hubieras tenido en cuenta su edad... su condición..."

"¿Ha considerado, señora, que tal vez sus propias deficiencias en criarlo con cierto sentido de la disciplina..."

"No *te atrevas* a criticarme. Ha crecido y prosperado a mi cuidado".

"Una mala hierba prospera al borde del camino con muy pocos cuidados".

"Insúltame como quieras". Soltó el brazo de un tirón. "Pero déjame ir. Por Dios, lo encontraré. Y cuando lo haga, me lo llevaré conmigo a Pensilvania. Es obvio para mí -y para James- que no tienes ningún deseo real de que él esté aquí. Sólo... maldita sea, pero si lo hubiera sabido antes, nunca te habría permitido desarraigar a ese niño".

Ella se marchó de nuevo en dirección al viejo molino, dejándole maldiciéndose amargamente por haber desatado su temperamento contra ella. Al hacerlo, había dejado que ella tomara las riendas.

"Señora Ford", llamó, yendo tras ella.

Siguió caminando sin dar señales de haberle oído.

"Rebecca", gritó, llegando a su lado con unas largas zancadas. Esta vez la agarró por el codo, la hizo girar y le agarró también el otro brazo. No la estaba obligando a quedarse quieta, se recordó a sí mismo, pero la intimidaría si eso era necesario para retenerla lo suficiente como para hacerla entrar en razón. Ella volvió la cara, negándose a mirarle.

"Fui... fui imprudente en mis palabras. No tengo derecho a criticarte por lo que has hecho por James".

"Tampoco tengo tiempo para tus disculpas". Intentó zafarse de su agarre, pero Stanmore no

hizo más que apretarla. Sus dedos se clavaron en la tela empapada de sus mangas.

"Y no tengo tiempo para discutir. Ambos buscamos lo mismo". Señaló hacia el cielo que se oscurecía. "Pronto será de noche, y estoy perdiendo el tiempo sin ayudar en la búsqueda".

"Entonces vete", gritó, girando hacia el molino.

"No puedo. No cuando estás corriendo en esta tormenta, poniéndote en peligro sin propósito".

"No soy yo quien debe preocuparte. Es James quien..."

"Es James quien te necesitará cuando lo traigan de vuelta", interrumpió, sacudiéndola una vez. No quería pensar en el agua gris junto a ellos. En la posibilidad de que el chico se hubiera ido para siempre. La necesitaba de vuelta en la casa, donde su situación no hiciera presa en su mente. "¿Has considerado el predicamento que puedes estar creando? ¿Qué pasará cuando James regrese y no estés allí para recibirlo? Eres la única a la que realmente conoce. La única que podrá consolarlo".

Su cuerpo se hundió ligeramente en sus brazos. "Pero no puedo quedarme ahí... esperando. Me siento tan impotente. I..." Ella le miró con ojos atormentados en un rostro que de repente mostraba su cansancio y vulnerabilidad. El viento movía mechones húmedos de pelo por su pálida mejilla.

"Piensa en él. Piensa en cómo puedes ayudarle más", dijo razonablemente. Por fin tenía su atención. "Déjame llevarte de vuelta a la casa. Me crié en este lugar. Conozco todos los escondites a los que puede ir un chico de su edad. Sé hasta dónde puede correr y en qué dirección. Yo mismo iré tras él... pero te necesito en la casa para que cuides de él cuando lo traigamos".

Ella no le respondió, pero Stanmore interpretó su silencio como una señal de asentimiento. Le rodeó la muñeca con los dedos y tiró de ella hacia su caballo. Sus pasos eran pesados, la resignación se reflejaba en cada uno de sus movimientos. Se quitó el abrigo y se lo puso sobre los hombros. Aunque estaba mojado, esperaba que el calor de su cuerpo la reconfortara.

No confiaba en que ella se sujetara, sentada detrás de él. Así que la subió fácilmente al lomo del gigantesco animal y se balanceó detrás de ella.

No pronunció palabra mientras Stanmore daba la vuelta al cazador. Se mantuvo rígida, alejada de su pecho, con los ojos buscando en la distancia. Sin embargo, las manos que aferraban las crines del caballo estaban casi azules bajo el barro, y él pudo ver el escalofrío que temblaba incontrolablemente en sus labios. Le rodeó la cintura con una mano y la atrajo contra el calor de su cuerpo.

"Llegaremos pronto". Su barbilla rozó los mechones de pelo empapados y frunció el ceño ante la inquietante sensación de protección que le recorrió. "Deja que la señora Trent se ocupe de tus necesidades cuando vuelvas. Ropa seca. Una copa de vino. No puedes permitirte enfermar... no cuando él... bueno, no cuando el muchacho más te necesita".

El silencio fue su única respuesta. Al cabo de unos minutos, Solgrave apareció a la vista, sólidamente erguido contra la tormenta. Las lámparas se habían encendido y Stanmore le apretó una mano contra el hombro, atrayéndola con más fuerza contra su pecho para protegerla de los azotes de la lluvia.

Ciertas cosas empezaban a tener sentido ahora. La inmediata simpatía de Birch por esta mujer, para empezar. La confianza que el abogado le otorgaba. Era una respuesta totalmente atípica en el viejo solterón. Stanmore pudo ver que había algo en ella que hablaba de fortaleza, una independencia que no se basaba en la posición o la riqueza. Además, la mujer era compasiva e inteligente... y obstinada como una roca. Y, sin embargo, justo debajo de su piel pálida y sus

ojos azul tormenta, había una vulnerabilidad que dudaba que todo el mundo viera.

Ni siquiera se había apeado del caballo cuando Daniel y varios mozos de cuadra y lacayos salieron corriendo bajo la lluvia. Bajó a la empapada mujer de la montura.

"¿Alguna novedad?", preguntó a su mayordomo.

"Algunos de los hombres han entrado y vuelto a salir. Han hablado con la mayoría de los aldeanos, milord. Parece bastante seguro que el muchacho no fue a Knebworth". El mayordomo inclinó la cabeza hacia el lago. "¿Preparo un grupo con anzuelos y sedales para...?"

"No", interrumpió Stanmore al mayordomo con una mirada de advertencia. "Tenemos más sitios donde buscar todavía. Encárgate de que atiendan a la Sra. Ford".

Rebecca le tendió el abrigo. Él lo cogió y sus miradas se encontraron bajo la lluvia torrencial.

"Lo traerás de vuelta".

"He dicho que lo haría, y lo haré".

Capítulo Diez

LA OSCURIDAD que descendía era total y sólo se veía interrumpida por ocasionales relámpagos. El viento y la lluvia seguían azotándole mientras cabalgaba, pero Stanmore sintió que el vendaval empezaba a amainar. Apartándose la lluvia de los ojos, detuvo su montura al borde de un pequeño prado, buscando en la oscuridad la cabaña en ruinas que sabía que estaba cerca. Era uno de los últimos lugares que se le ocurrían para buscar. Frunció el ceño ante la idea de volver con las manos vacías.

La cabaña había estado en ruinas incluso cuando Stanmore había vagado por el bosque de niño. Sin embargo, cuando empujó su caballo hacia el claro, se dio cuenta de que hacía al menos quince años que no pisaba esa zona. La cabaña había estado habitada por los guardabosques de la finca, pero hacía décadas que nadie vivía allí.

Otro relámpago le demostró que, después de todo, su memoria no era tan mala. Enmarcada por altos plátanos y algunos robles centenarios, la cabaña se hallaba en el extremo más alejado del prado. Incluso a simple vista, Stanmore se dio cuenta de que la cabaña estaba mucho más decrepita de lo que recordaba.

Pero el estado del lugar no significaría nada para un muchacho que buscara refugio de la tormenta. Los bosques que cubrían las ondulantes colinas y valles durante la siguiente milla o así pronto darían paso a granjas y luego al parque perteneciente a Melbury Hall del terrateniente Wentworth... pero James no lo sabría.

Stanmore desmontó ante la cabaña y sujetó su caballo a un bajo muro de piedra. Dio un paso hacia la puerta baja, se detuvo y observó el refugio con cautela. Aunque la mitad del tejado de paja se había derrumbado hacía años, el lugar no daba la sensación de estar totalmente desierto. Había ramas, rotas hasta alcanzar una longitud uniforme, apiladas contra el muro de piedra. Las bisagras de cuero que mantenían la puerta en su sitio habían cedido hacía tiempo, pero hacía poco que alguien había tirado del robusto entarimado de madera contra la estrecha abertura. La única ventana parecía tener una piel clavada en el interior para protegerla de la intemperie.

Y mientras Stanmore permanecía allí, el viento cambiante le trajo el olor de un fuego de leña. Hombre o niño, pensó, había alguien en aquella cabaña.

Para asegurarse, el conde rodeó la casa. Los gitanos pasaban regularmente por la zona, aunque normalmente en otoño, y rara vez acampaban en esta parte de la finca. Tampoco era probable que un convicto fugado o un mendigo errante se hubieran alejado tanto de los caminos o de las granjas. Lo más probable era que se tratara simplemente de uno o varios de los niños de su finca o de Melbury que habían estado haciendo las pequeñas reparaciones. Siempre se habían sentido atraídos por la cabaña. Cuando él mismo era joven, había jugado a "asaltar el torreón" en este mismo lugar. Cuántas veces condujo a su "ejército" -compuesto por los hijos del leñador y

los chicos de Trent- a la victoria contra algunos de los chicos de la granja de Melbury.

Los relámpagos le indicaron que no se habían hecho reparaciones serias en la cabaña. Un chorro de agua salía de una pequeña abertura en el muro derruido de la parte trasera de la cabaña. Sin embargo, Stanmore decidió que era mejor actuar con discreción, se agachó y miró por la pequeña abertura. La paja caída le impedía el acceso, pero podía ver la luz del pequeño fuego que parpadeaba en la pared al otro lado del pequeño espacio.

Mientras observaba, vio que una mano joven se acercaba y colocaba cuidadosamente una rama rota en el fuego. Evidentemente, el ocupante no le había oído acercarse, pues no había nerviosismo en los movimientos del muchacho mientras añadía otra rama al fuego. Esta vez Stanmore vio la otra mano del muchacho.

Era James.

Los labios de Stanmore se crisparon y una sensación de alivio lo invadió, cuya intensidad lo sorprendió y le hizo fruncir el ceño de inmediato. Permaneció donde estaba durante largo rato y se limitó a observar lo que podía ver del muchacho. Estaba de espaldas, y el conde sólo podía ver los brazos extendidos y los calzones con las rodillas embarradas, así como las piernas y los pies desnudos. Aunque estábamos a finales de mayo, el frío aire de la noche carecía de la sensación del verano, pero aun así en aquella noche de tormenta James había elegido la incomodidad de aquella destartalada cabaña por encima de todo el lujo que le había rodeado en Solgrave.

Stanmore se levantó cansado y rodeó la cabaña hasta la puerta y el trozo de madera apoyado en ella. Se quedó pensativo un momento y luego dio un paso atrás hacia su caballo.

"¡Hola! ¿Hay alguien ahí?", gritó por encima del ruido de la tormenta.

Avanzó, apartó la puerta y se asomó. El fuego seguía encendido, pero el muchacho había desaparecido. Agachó la cabeza y entró en la cabaña. En el otro extremo de la cabaña, dos pies embarrados sobresalían de debajo de la paja caída.

Mientras Stanmore miraba al chico, la lluvia empezó a caer de nuevo con fuerza a través del tejado roto. Estudió las vigas bajas e inestables y luego se agachó ante el escondite del chico.

"No tiene sentido huir o esconderse. Debes estar empapado hasta los huesos. A este paso, probablemente tendrás fiebre y morirás en quince días".

James no se movió de su escondite, así que Stanmore echó un vistazo al interior del local. Efectivamente, alguien había pasado tiempo allí recientemente, pues había señales reveladoras por todo el espacio. Las cenizas del fuego indicaban que allí se habían cocinado más de unas cuantas comidas, y los huesos de conejos y ardillas en un pequeño pozo junto a la pared le decían que su parque de ciervos al menos alimentaba a alguien del vecindario. Con una sonrisa irónica, volvió a centrar su atención en el chico que seguía ignorándole obstinadamente.

"Ven, James. Puedo verte, muchacho."

Seguía sin haber movimiento, y recordó lo que Birch y la señora Ford le habían dicho sobre la dificultad del chico para oír. Se levantó y apartó un montón de paja, dejando al descubierto al niño.

Tenía los ojos de Elizabeth. Y su coloración. Y el mismo pelo rubio. Y temblaba ligeramente por la lluvia... o por miedo a él. El conde le tendió una mano.

"Es hora de que regreses a Solgrave".

El muchacho no hizo ademán de aceptar la mano que le tendía. Se limitó a seguir mirándole fijamente con una mirada penetrante que Stanmore también reconoció.

"Hoy has puesto la casa en completo desorden. Sé que no te importan nada las preocupaciones de mi gente, pero hay una persona que sé que sí te importa". Cruzó los brazos sobre el pecho. "La Sra. Ford estaba tan alterada que salió en esta tormenta a buscarte... sola y a

pie. Pudimos traerla de vuelta a la casa por poco tiempo. Pero si no te llevo de vuelta ahora mismo, entonces ella saldrá de nuevo".

Stanmore señaló con el pulgar hacia la esquina seca de la cabaña.

"Dudo que tenga tanta suerte como tú para encontrar un lugar donde secarse o un fuego donde calentarse. Tendrá fiebre y será culpa tuya. Así que si no te preocupas por ella..."

James se puso en pie, pero no dijo nada.

Con un gruñido, Stanmore utilizó su bota para apagar el fuego mientras el muchacho iba y se quedaba junto a la puerta esperando. Cuando el conde le hizo señas a James para que saliera delante de él, se divirtió al ver que el muchacho volvía a colocar la plancha de madera en la parte delantera de la puerta.

Los dos caminaron en silencio bajo la lluvia hasta el caballo que los esperaba. Stanmore, al subir al niño al lomo del animal, se sorprendió al darse cuenta de que -incluso empapado- James no pesaba casi nada.

Stanmore sabía que tenía mucho que decirle al muchacho. Quizá alguna explicación sobre el pasado. Algún saludo o presentación, supuso, ya que era la primera vez que se veían. Mejor aún, el muchacho merecía una buena reprimenda por los problemas que había causado a los sirvientes de Solgrave.

Pero no dijo nada. En cambio, el viaje de vuelta a la casa se hizo en absoluto silencio, sólo roto por el retumbar de los truenos que se alejaban en la distancia.

La cama permaneció intacta. La casa por fin se había asentado tras la terrible experiencia del día y la noche. Rebecca se sentó tranquilamente en una silla de su dormitorio y reflexionó sobre el paseo en trineo emocional que había experimentado en las últimas veinticuatro horas.

Nunca había estado más triste o enloquecida que en el momento en que había descubierto que Jamey había desaparecido esta mañana. Y no podía recordar un momento de mayor alegría que el que había experimentado esta noche al verle descender sano y salvo del reluciente caballo de su padre. Se precipitó hacia la lluvia y lloró cuando su hijo corrió a sus brazos y enterró la cara en su cuello, con palabras de disculpa casi ahogadas por el sonido del conde dando instrucciones a sus sirvientes. Sin embargo, al cabo de un momento tuvo que retroceder y soltar a Jamey, permitiendo que el ama de llaves y el mayordomo se hicieran cargo de él.

Supervisando sus esfuerzos desde la distancia, les había visto hacer todo lo que ella habría hecho y más. Secarle. Vestirlo con ropa de abrigo. Darle de comer. Acostarlo. Asintió animada cuando él le dirigió su mirada conmovedora.

Era James Samuel Wakefield, el heredero de una gran fortuna, el próximo conde de Stanmore. Y Rebecca sabía que, por difícil que fuera para ambos, tenía que contenerse y permitir que Jamey aprendiera a tratar con estas personas que formaban parte de su futuro.

Antes, cuando había regresado a la casa y esperaba noticias suyas, Rebecca había tenido mucho tiempo para pensar en lo que le había dicho el conde de Stanmore. Era la verdad. Era culpa suya que el joven hubiera actuado tan precipitadamente esta mañana. Su falta de experiencia en la educación de un niño -sus años de excesiva protección- habían hecho que Jamey dependiera tanto de ella, estuviera tan apegado a ella. Ahora, tenía que hacer todo lo posible para ayudarlo a ser más independiente... a adquirir lo que necesitaba para ocupar su verdadero lugar en el mundo.

Se quitó las lágrimas de la cara y se llevó una mano al dolor del pecho. No sirvió de nada.

Era un desastre, pero ya le echaba mucho de menos.

Levantándose, se ajustó el cinturón de la bata que la señora Trent le había dado antes y se dirigió hacia la puerta. Le había dado las buenas noches, negándose amablemente a sentarse con él cuando finalmente lo acostaron. Pero ahora, un par de horas más tarde, sabía que estaría dormido. Y tenía que verle. Al menos tenía que mirarle y tratar de calmar su dolorido corazón.

El pasillo estaba en silencio cuando salió. Al acercarse a su puerta, tuvo un momento de pánico. ¿Qué pasaría si volviera a faltar? Pero su mente se tranquilizó rápidamente cuando, al abrirla, lo vio durmiendo plácidamente, como si nada hubiera ido mal en el mundo.

Rebecca entró y cerró la puerta en silencio.

Las cortinas estaban abiertas y una suave luz azul impregnaba la habitación de una sensación de serenidad. Había dejado de llover y una luna brillante se había abierto paso entre las nubes. Fuera, el campo brillaba bajo sus blancos rayos.

Rebecca permaneció mucho tiempo de pie, con la espalda apoyada en la puerta, observando cómo dormía el niño.

Jamey. Hacía poco tiempo, ella había pensado que su vida era tan completa. Había sido madre de alguien que la necesitaba. Había cumplido una promesa que había hecho hacía mucho tiempo y, al hacerlo, había llenado su propia vida de alegría. Se apartó una lágrima y se acercó a la cama. Se inclinó sobre él y le subió la manta hasta la barbilla. Le tocó el pelo rebelde y le besó suavemente la frente.

Al enderezarse, el corazón le dio un salto en el pecho.

El conde de Stanmore, sentado en una silla en un rincón sombrío, la miraba atentamente. Obviamente, había estado observando a su hijo mientras dormía, pero ahora su mirada estaba fija en ella. Era una mirada extraña e inquietante. Era como mirar a los ojos de un gran felino.

Vergüenza, culpa, emociones a las que no podía poner nombre surgieron en su interior. Dio un paso atrás, pero se encontró con la penetrante mirada del conde siguiéndola. Con una rápida mirada hacia el dormido *Jamey*, Rebecca se dio la vuelta y, con toda la calma que pudo, salió de la habitación.

Ya estaba en el pasillo, casi en su propia puerta, cuando el ruido de las pisadas del conde la hizo detenerse.

"Sra. Ford."

Rebecca deseó poder detener el extraño aleteo de su pulso, frenar el calor que le subía a la cara. Se volvió hacia él. Estaban solos en la penumbra del pasillo del vestíbulo, con los retratos oscuros de sus antepasados mirándolos. Su mirada se fijó fugazmente en las botas altas, los ajustados calzones de piel de ante y la camisa blanca descuidadamente dejada a medio abrochar. Se quedó mirando la piel oscura y los músculos del cuello.

"Veo que tú tampoco has podido dormir".

Se obligó a mirar el rostro cincelado y los ojos oscuros. La forma en que su mirada recorrió desde la punta de sus pies desnudos hasta los rizos rebeldes que colgaban de sus hombros hizo que Rebecca tragase saliva. Se apretó los pliegues de la bata alrededor del cuello.

"Esperaba hablar con usted esta noche, ya que necesito regresar a Londres por un corto tiempo. El Parlamento se levantará, pero también debo atender algunos asuntos privados".

Como una tonta, lo único que pudo hacer fue asentir. Algo en él se había apoderado del aliento de su pecho.

"Quería decirte que tenías razón al recomendar que James viniera aquí un tiempo antes de que lo enviaran a Eton".

"¿Me está tomando el pelo, milord?", consiguió decir.

"En absoluto. Lo que ha hecho hoy -huir- podría haber tenido consecuencias mucho más graves en un lugar público como Londres, o en el colegio."

Por primera vez desde que llegó a Inglaterra, Rebecca sintió un rayo de esperanza sobre el futuro de Jamey. El conde de Stanmore parecía preocuparse por su hijo.

"Tener actividades que ocupen su mente -hacer que se involucre en la vida aquí en Solgrave- estas cosas quizás mejoren su disposición hacia su nueva vida en Inglaterra".

"Estoy de acuerdo".

"He ordenado a mi mayordomo Daniel que contrate un tutor para James. Sin embargo, me gustaría que usted supervisara su selección. Recuerdo que Birch me dijo que usted mismo fue profesor en las colonias, así que su aprobación será, naturalmente, muy valorada."

"Me siento honrada", murmuro, y de nuevo se sintió incapaz de mantener el contacto visual con el conde. Pelear con él por James había sido fácil, pero enfrentarse a él a solas y... bueno, vestido como estaba, la hacía temblar de forma extraña. Y lo peor era que él se mostraba tan agradable.

"Sé que es tarde, pero voy a la biblioteca a tomar una copa de vino. Si quiere acompañarme, ¿quizá pueda decirme algo más importante que mi gente deba saber al tratar con James?"

Rebecca sintió que la cara se le calentaba de nuevo cuando una oleada de sensaciones la invadió de repente. La sensación de los fuertes brazos del conde sujetándola en su caballo, el roce ocasional de su barbilla contra su pelo mojado, el calor de su abrigo, el olor de la noche y los deseos prohibidos... todo aquello hizo que su corazón tamborileara en su pecho. Y entonces se apoderó de ella un miedo que tenía diez años. Sacudió la cabeza, con el pánico y el deseo enfrentados.

"Lo siento mucho, milord. Pero es tarde, y ha sido un día agotador". Dio un paso atrás hacia su puerta.

Asintió con una mirada de perfecta comprensión. "He sido negligente al no preguntar por tu salud. Después de las horas que pasaste bajo la lluvia, tú..."

"Estoy bien", dijo convencida, dando otro paso atrás hasta que su mano se apoyó en la puerta. Necesitaba salir de este pasillo. Lejos de él. En su presencia, algo que no podía comprender se apoderó de sus sentidos. Era como si perdiera el control de su cuerpo. Su reacción ante él fue absolutamente atroz. ¿Qué le estaba pasando? "Yo... estoy bastante bien. Buenas noches, milord".

"Sra. Ford."

Su llamada le impidió escapar a su habitación.

"Creo que deberías quedarte. Te invito a quedarte el tiempo que sea necesario para que James esté perfectamente instalado en Solgrave".

"Gracias, milord".

Atravesó la puerta y la cerró tras de sí. Colocándose los dedos en las mejillas enfebrecidas, miró sin ver en la oscuridad de la habitación. Allí de pie, Rebecca se preguntó si la invitación del conde había sido por el bien de Jamey... o por algún interés propio.

Capítulo Once

LAS PREGUNTAS de Stanmore sorprendieron e inquietaron a Sir Oliver Birch.

Convocado a la casa del conde en Berkeley Square un domingo por la noche, el avezado abogado había llegado presintiendo problemas. Ahora, sentado en el cómodo sillón de la espaciosa biblioteca y observando a lord Stanmore hablar y caminar, lo sabía.

"Si me permite repetir lo que acaba de decirme de esta mujer", dijo pensativo el conde, con las manos entrelazadas a la espalda, "está absolutamente seguro de que acompañó a Isabel en el viaje a América".

"No estoy absolutamente seguro. Pero según el médico que iba en el barco, y que ahora reside en Nueva York, viajaba con ella una mujer llamada Rebecca. Nuestra señora Ford ciertamente se ajusta a la descripción que él me dio. De hecho, fue él quien la recordó viajando a Filadelfia. Me dijo que sólo la oyó hacer los preparativos".

"En efecto". El conde se detuvo junto a la chimenea de mármol, con el ceño fruncido. "¿Por qué 'casualmente' recordó todo esto, Birch, diez años después del hecho? ¿No confiaba en ella?"

"No puedo asegurarlo. El abogado agitó el clarete en su copa. "Pero es... er, era una joven extremadamente atractiva". Sintiendo la feroz mirada de Stanmore sobre él, el abogado continuó rápidamente. "Por no mencionar que viajaba a Filadelfia sólo con el niño".

"¿Cómo pudo conseguir que un cochero la llevara, sin escolta?"

"Las cosas son muy diferentes en las colonias, milord. Al parecer, las mujeres viajan sin escolta como algo normal". Dudó. "Pero no debe temer por su reputación. Tanto si hablamos de hace diez años como de hace diez días, estoy bastante seguro -y lo digo por mi propio viaje con ella y por todo lo que oí en Filadelfia- de que la señora Ford tiene un estricto código de conducta. Bastante refinada, de hecho... aunque completamente sin pretensiones. Su vida en las colonias la ha hecho sentirse perfectamente cómoda en su trato con los hombres, pero también exige corrección en todo momento a todo el mundo. Incluso los marineros la tratan con el mayor respeto. La verdad es que me parece una mujer extraordinaria".

Birch se fijó en la fugaz mirada de los ojos oscuros del conde, pero no quiso aventurar el significado de la misma. Observó a Stanmore acercarse a una de las grandes ventanas abiertas y mirar hacia el parque que adornaba la plaza. El abogado no tenía ninguna duda de que aquella citación tenía que ver con la breve pero repentina estancia de su señoría en Solgrave el día de ayer.

"¿Existe la posibilidad de que haya conocido a Elizabeth en Londres?"

"Lo dudo seriamente. Usted conoce el conjunto social al que pertenecía su esposa". Birch meneó la cabeza pensativamente. "Aunque la señora Ford es obviamente culta y tiene un talante que habla de la gentileza de su educación, no es miembro de la sociedad londinense. Creo que

debieron de conocerse durante la travesía inicial. Yo, por mi parte, puedo entender por qué Elizabeth vio motivos para confiarle el cuidado de James".

"¿Puedes, Oliver? Entonces, ¿se te ocurre alguna razón por la que esta mujer haya decidido ocultar su relación con Elizabeth? Por lo que dijiste de vuestro primer encuentro en Filadelfia, te mintió sobre ello allí, y aún no ha admitido conocerla."

El abogado miró pensativo al conde. "Podría ser simplemente que su secretismo se deba a una falta de confianza. Es evidente que la Sra. Ford siente devoción por su hijo. Puede que también lo fuera con su esposa. ¿Por qué si no habría aceptado la responsabilidad de criar al niño? Obviamente no tenía intenciones de beneficio personal".

El conde asintió.

"Su lealtad está con Elizabeth y con James, milord. Tú y yo aún tenemos que ganarnos su confianza". Birch se encogió de hombros. "Pero por otro lado, todas mis suposiciones podrían ser incorrectas. Tal vez todo lo que dice sea cierto. Podríamos estar confundiéndola con otra persona que estaba en ese barco con su esposa".

Stanmore permaneció de pie durante un largo momento, aparentemente considerando esta posibilidad.

"Dígame lo que sabe de este marido... este Sr. Ford."

"Sé muy poco", dijo la abogada, aliviada de que estuvieran dejando atrás su posible invención. "Debieron casarse poco después de que ella dejara Nueva York. Aunque él lleva muerto algunos años, según los que interrogué en Filadelfia."

"¿Qué más? ¿De qué vivía?"

"Había muy poco que nadie pudiera añadir, con certeza. Algunos pensaban que era carretero, otros creían que había sido soldado. Cualquiera que fuera su posición en la vida, obviamente no dejó mucho a su esposa. Por lo que he podido establecer, durante prácticamente todos los años que la señora Ford ha estado en Filadelfia, ha vivido del fruto de su propio trabajo y ha mantenido a James y a sí misma con bastante éxito."

"Así que no había otros niños".

"Ninguno que haya sobrevivido, en todo caso".

Cuando Stanmore se volvió hacia el abogado, su mirada oscura era penetrante. "¿Algo más sobre ella? ¿Algo sobre su filiación? ¿Dónde nació y creció?"

"La única información que he podido establecer con certeza se refiere a los años que la señora Ford ha residido en Pensilvania. Si tuviera que aventurar una conjetura, sugeriría que puede haber sido hija de un clérigo... y criada en un pueblo no tan remoto ni rústico. Como he mencionado antes, o tuvo excelentes tutores o fue enviada a una buena escuela cuando era niña, porque ciertamente es culta en una variedad de temas. En Filadelfia eran muchos los que hablaban de su destreza como maestra".

Birch cruzó sus largas piernas cuando el conde se volvió de nuevo hacia la ventana. Sabía que nunca se interrogaba a Stanmore. Aun así, el abogado sentía gran curiosidad por la naturaleza del problema de ayer.

"Si se me permite decirlo, la Sra. Ford me pareció un cambio refrescante con respecto a muchas mujeres inglesas de su lugar en la vida. Y aparte de una pequeña tergiversación sobre su pasado, creo que es quizás la mujer más honesta y directa que he conocido."

Observando atentamente a su interlocutor, Birch no vio ningún desacuerdo en la actitud de Stanmore. El abogado dejó escapar un silencioso suspiro de alivio, ya que tenía toda la intención de mantener a la señora Ford en el buen concepto de Stanmore, si podía. De hecho, aunque nunca lo admitiría abiertamente, Oliver planeaba encontrar alguna excusa para visitar Solgrave

en un futuro próximo. Y no era por el aire del campo por lo que deseaba visitar Hertfordshire.

La señora Ford podía ser indigente, pero su falta de riqueza no era un obstáculo en lo que a Birch se refería. Por primera vez en su vida, la mujer había despertado en él pensamientos de matrimonio e hijos. Aunque era totalmente inexperto en asuntos del corazón, tal como él lo veía, todo lo que se requería de él ahora era pasar algún tiempo en su compañía, darle a conocer sus intenciones y recibir alguna respuesta alentadora de la dama. Después de eso, se trataba simplemente de una cuestión contractual, volviendo a situar todo el asunto en el terreno en el que él se desenvolvía con mayor comodidad.

"Haz una investigación esta semana sobre las finanzas de Lady Nisdale. En particular, quiero saber el total de sus deudas pendientes".

Sacudido por su propia línea de pensamiento, Birch enarcó una ceja oscura ante el comentario del conde.

"Ya puedo decirte que será una gran suma. La Dama Fortuna no le ha sonreído a Louisa desde hace algún tiempo".

"Pagarás todas sus deudas... incluida su deuda de juego". La actitud de Su Señoría era relajada, casi indiferente, mientras cruzaba el suelo hacia la chimenea. "Avisa a la casa cuando los billetes hayan sido cobrados. Habrá una carta esperando aquí para ser entregada a Lady Nisdale cuando la tarea haya sido completada".

"Debería estar agradecida por tanta generosidad, Stanmore".

"Estará indignada de que ponga fin a nuestra relación".

Ésta era sólo la última de una serie de separaciones de caminos que el abogado había gestionado para su acaudalado cliente. En situaciones anteriores de este tipo, la franqueza de lord Stanmore siempre había ayudado a secar las lágrimas derramadas después. En este caso, sin embargo, conociendo el temperamento de Louisa, Oliver estaba seguro de que tendría que manejar el delicado asunto con toda la diplomacia y delicadeza de que disponía.

"Sin embargo, puede que sea usted muy oportuno", respondió Birch con cuidado, observando la espalda recta de Stanmore mientras se detenía ante el retrato de su padre. "En lo que creo que podría ser simplemente un intento de llamar su atención, lamento decirle que anoche -después de asistir a la ópera en Haymarket- se observó a lady Nisdale del brazo de cierto caballero en Vauxhall Gardens".

"Louisa podría hacer bien en seguir ese curso de acción. Ya no tengo ningún interés en las indiscreciones de esa mujer". Se apartó del cuadro y se dirigió al gran escritorio. "Mañana tengo algunas citas, pero el martes pienso regresar a Solgrave durante quince días... por lo menos".

Birch se enderezó en su silla.

"La Sra. Ford me hizo algunas recomendaciones muy sensatas en Bristol..."

El conde siguió hablando, pero la mente de Birch corría en varias direcciones a la vez. Y entonces, de repente, todo cobró sentido. El final de la aventura con Lady Nisdale. Las interminables preguntas sobre Rebecca. Oliver sabía que a Stanmore no le importaba nada pasar tiempo con su hijo. Él mismo lo había dicho muchas veces, antes e incluso después de encontrar a James. Era la propia Rebecca la que había llamado la atención de su señoría, pensó con amargura.

"¿Se va de Londres, milord? ¿A quince días del cumpleaños del Rey? Habrá una gran decepción entre la *tonelada*, diría yo".

"Con el Parlamento levantándose ayer, mi tiempo es mío". El desdén estaba claramente grabado en el rostro del noble mientras se sentaba tras el escritorio. "Ser considerado un partido - como tan indelicadamente se refiere a ello nuestro amigo Sir Nicholas- no era un papel cómodo

antes de mi matrimonio con Elizabeth, y no lo es ahora. Mis amigos lo entenderán, y el resto que se fastidie". Recogió algo de correspondencia y la dejó frente a él. "También tengo otra tarea para ti, Oliver".

Birch se sentó en el borde de su propia silla, ocultando su angustia. Por primera vez en su vida. Y ahora, Stanmore por rival. ¡Maldita sea!

"Quiero que asumas que Rebecca Ford, o como se llame, subió a ese barco con Elizabeth hace diez años. Quiero que averigües su verdadero nombre si es necesario, su filiación, su razón para ir a las colonias. Quiero saber por qué decidió quedarse en vez de volver a Inglaterra con el niño".

"Eso podría llevar meses, ya sabes".

"Tengo fe en ti, Oliver".

Bueno, no tenía sentido discutir las dificultades que entrañaba averiguar esas cosas. Ambos sabían que, si había alguien en Inglaterra capaz de averiguar semejante información, ése era Oliver Birch, del Middle Temple... y sus malditas conexiones. Después de todo, él había sido capaz de encontrar a Elizabeth y más tarde a James, una tarea que había sido considerada imposible por varios de sus asociados.

"Tráeme la verdad, Birch. Necesito saber todo sobre ella".

Cuando el abogado se puso en pie, no pudo evitar sentir los dedos helados de la derrota alrededor de su corazón. Lord Stanmore era un hombre terriblemente apuesto. Y generoso. Por qué, si las mujeres más mundanas y hermosas de Londres no podían resistirse al encanto de aquel hombre, ¿qué posibilidades podía tener la señora Ford contra él? No se podían negar los deseos del conde; era un hombre que simplemente tomaba lo que quería.

Y ahora Stanmore regresaba a Solgrave. Y no para pasar tiempo con su hijo recién descubierto, como quería hacer creer a la sociedad londinense. Regresaba a su hogar ancestral para deslumbrar a una mujer indefensa.

Maldita sea, maldijo Birch al salir de la biblioteca del conde. ¿Por qué no podía dejar en paz a esta mujer? Rebecca Ford no tenía la experiencia de las otras relaciones de Stanmore. El abogado estaba seguro de ello. Y no podía tener ni idea de lo sombría que sería su vida cuando él acabara por dejarla de lado. Sólo rezaba para que fuera lo bastante sensata como para saber que no podía haber un lugar permanente para ella en la vida de lord Stanmore.

De hecho, era su única esperanza.

La luz del sol resaltaba las mechas doradas del cabello de Jamey, que escuchaba en silencio las instrucciones del nuevo tutor. Desde los grandes ventanales de la galería que daban al jardín amurallado, Rebecca sintió un inmenso alivio al ver que Daniel había elegido al señor Clarke, antiguo alumno de Eton.

Ya jubilado, el profesor le había contado a Rebecca que su larga carrera había concluido hacía apenas un año. La apicultura y el cuidado de su anciana madre eran ahora las únicas cosas con las que "p-p-p-llenaba mi t-t-t-tiempo". Sin embargo, no era suficiente para un hombre de sus energías, ya que la Sra. Clarke, su madre, tenía ochenta y cuatro años y gozaba de "p-p-p-perfecta salud". Así que el acuerdo que le permitía ir a Solgrave varias mañanas a la semana desde su casa de campo, cerca de la iglesia del pueblo, le venía muy bien.

Daniel lo había sugerido y Rebecca había aprobado su elección. De pie ahora en la galería, sonrió al ver el pelo alborotado del profesor sobresaliendo en todas direcciones por debajo de la

anticuada peluca. No había nada que intimidara en este hombre, pensó, y su observación de la reacción de Jamey ante el erudito reforzaba ahora esa percepción. Pequeño de estatura, con las cejas erizadas sobre unos amables ojos grises, el señor Clarke era la persona perfecta para presentar a Jamey su nuevo hogar y su futura vida en Eton. El tartamudeo, al parecer, sólo le salía cuando se dirigía a las mujeres. Incluso su sorprendente decisión de dar las primeras clases fuera de casa era un punto a su favor.

"El Sr. Clarke no dejará al niño solo, Sra. Ford. Y Daniel tiene un lacayo vigilándolos".

Rebecca se volvió y sonrió al ama de llaves que estaba a su lado. Ni siquiera había oído acercarse a la mujer. "No estoy demasiado preocupada, señora Trent. Simplemente quería asegurarme de que todo iba bien. Creo que a James le gusta, pero ¿qué opina usted?".

"Claro que sí", dijo la mujer alegremente. "El señor Clarke es un poco raro, quizá, pero todos esos tipos librescos lo son, por lo que he visto. Pero juraría que es un buen tipo. Le conozco desde que éramos niños. He venido a decirle que la modista de St. Albans está esperando para verla, Sra. Ford. La he instalado en la sala de costura del ala este. Y la mujer ya se ha ocupado de las camisas nuevas que usted quería para el señorito James".

"Todo eso suena muy bien, Sra. Trent. ¿Le dará las gracias de mi parte?" preguntó Rebecca mientras su mirada volvía de nuevo a Jamey. Para su deleite, estaba hablando con el señor Clarke, que asentía enérgicamente con la cabeza a las respuestas del chico.

"Me temo que eso no servirá, Sra. Ford. No servirá en absoluto".

La enfática respuesta del ama de llaves atrajo de nuevo la atención de Rebecca. En el poco tiempo que llevaba aquí, Rebecca ya se había dado cuenta de que, por muy bondadosa que fuera, la señora Trent solía ser bastante enfática en la forma en que debían hacerse las cosas. Una cualidad positiva, sabía, para alguien con responsabilidades tan importantes. Gestionar una casa de campo como aquella no era tarea para indecisos.

"Cuando su señoría nos dejó para ir a la ciudad -continuó el ama de llaves-, me recordó que debía encargarme de comprarle un nuevo guardarropa. Ahora bien, no soy de las que recuerdan sus obligaciones, señora Ford. Cuando ayer por la mañana avisamos a St. Albans de las camisas, también envié a una chica con instrucciones específicas. Una chica de su talla".

"Estoy bastante contento con lo que tengo, Sra. Trent. No creo que necesite cargar a Lord Stanmore con gastos tan innecesarios".

El ama de llaves negó con la cabeza, frunciendo el ceño mientras observaba el vestido gris de Rebecca.

"Hay mucho desgaste en este vestido, Sra. Trent."

"Sí, señora, pero no servirá, ni siquiera para un vestido de campo". La cara de la mujer mostró que no habría más discusión. "Sra. Ford, usted está en Inglaterra, ahora, y es una invitada de su señoría. No debemos permitir que su buen corazón interfiera con lo que debe hacerse. Con su ayuda o sin ella, simplemente tendré que encargar al menos una docena de vestidos para diferentes momentos del día y para las ocasiones que se presenten durante su estancia. No bailarás con ningún vestido adecuado para el invierno en las colonias, te lo aseguro".

"¿Bailar? Sra. Trent, no tengo planes de socializar mientras esté aquí".

"Es mi deber ver que está preparada, Sra. Ford, y eso es todo lo que hay que decir al respecto".

"Pero, sinceramente, yo..."

"Su señoría no tolerará ningún 'pero', señora. No querrá que echen a una vieja sirvienta como yo por eludir sus obligaciones, ¿verdad?".

"No, claro que no. Pero yo..."

"Muy bien, entonces". El ama de llaves palmeó la mano de Rebecca. "No exageraremos. Ya verás".

Rebecca suspiró resignada y la señora Trent sonrió.

"En los viejos tiempos, cuando la gente venía a cenar dos veces por noche, por lo menos, con una fiesta en el jardín el fin de semana y un baile aquí y allá, nunca habría recomendado un vestido de una tienda de St. El ama de llaves miró con nostalgia los retratos que adornaban las paredes. "En aquellos tiempos, Daniel -o su padre antes que él- habría llamado a un carruaje y a los novios para que te llevaran a Oxford Street, en Londres, a hacer tus compras. Habríamos visitado todas las tiendas de modistas y almacenes de ropa de la ciudad. Pero si fueras *ahora*, te pediría que pararas en la casa de Wedgewood en Great Newport Street. Su Etruria Ware está de moda, ya sabes".

"No, no lo sabía", respondió Rebecca, reprimiendo una sonrisa.

"Por lo que he oído, tiene una gran sala en la que decoran los armarios y los jarrones, y ponen los sitios a la mesa... como en una cena elegante. Cada pocos días lo cambian todo... así que a las señoras les apetece volver a menudo". Dejó escapar un suspiro anhelante. "Ha pasado mucho tiempo desde que tuve la bendición de hacer los arreglos para una fiesta".

"La esposa del conde debe haber sido aficionada a ellos".

El ama de llaves frunció el ceño. "Supongo que sí... no es que yo lo supiera, claro. Después de todo, aquí en el campo no éramos tan buenos como para organizarle una fiesta. La agasajaba en Londres... o en las otras casas de su señoría en Bristol, o en Bath. Sí, estaba segura de elegir cualquier lugar antes que Solgrave, aunque no sé por qué, estoy segura".

Rebecca tenía muchas preguntas sobre Elizabeth, preguntas que tal vez la señora Trent pudiera responder. Pero al ver la evidente desaprobación de la ama de llaves hacia la difunta lady Stanmore -un rencor que evidentemente no había disminuido ni siquiera después de tantos años-, decidió no presionar para obtener información por el momento.

"Ahora, la madre de su señoría. Hay una dama que era famosa por su entretenimiento. Las grandes fiestas que presidía aquí en Solgrave. Querida, podría contarte historias..."

La voz de la señora Trent se apagó, perdida por el momento en sus felices pensamientos, y Rebecca volvió su atención a su vista favorita, el exterior. Jamey estaba inclinada sobre el hombro del señor Clarke y miraba un libro que el profesor tenía abierto.

"Sra. Ford, sin duda es usted una mujer de buen corazón. No hemos tenido una invitada como usted en Solgrave en mucho tiempo". Claramente, todos los pensamientos sobre vajilla de moda y fiestas estaban ahora olvidados.

"No me voy a hacer una docena de vestidos, Sra. Trent."

"De verdad, sé que no querría que su señoría golpeará a una anciana como yo por algo tan fácil de resolver ahora, ¿verdad?".

Se volvió y se encontró con la mirada desolada del ama de llaves. Rebecca no pudo evitar que una sonrisa se dibujara en sus labios ante esta nueva táctica.

"Sabía que lo verías a mi manera. No tenemos que discutir sobre números, señora. Sé buena y ven conmigo".

De mala gana, Rebecca se vio conducida hacia el ala este, donde la costurera y su ayudante estaban sin duda tendidas en una emboscada.

"Ahora, no te alarmes cuando veas lo que han traído. Con las celebraciones del cumpleaños del Rey no muy lejos, la mujer ha estado muy ocupada, pero dejó todo para juntar algunas cosas que pueden quedarte bien... con un retoque aquí o allá".

Rebecca se detuvo. "¿Vestidos ya hechos?"

"Si te quedan bien -y creo que así será- y si te apetecen, le harás un gran favor a esta trabajadora costurera y a sus tres pequeños".

"Sra. Trent..."

"No discutas, querida". La corpulenta mujer dio un codazo a Rebecca. "Si no lo haces por ti, hazlo por el señorito James. Knebworth Village pertenece a su señoría, ya sabes, y durante las festividades del cumpleaños del rey, toda la casa irá allí. Eso sí, habrá muchos ojos puestos en el muchacho y en la misteriosa dama que tan bien ha estado cuidando de él durante todos estos años."

Rebecca se miró las puntas de sus zapatos gastados y reprimió el impulso de decir que prefería quedarse atrás.

"Imagínese, señora. Usted caminando hacia el pueblo al lado del muchacho, orgullosa como una madre -como debe ser- y vestida como debe vestir una dama de su posición. Al verla, todos sabrán que el señorito James fue educado correctamente, y que todo está bien. Pero si no haces lo que te ordeno, el pobrecito sufrirá durante años las púas de esas lenguas meneantes del pueblo".

Rebecca *deseaba* poder llevarle la contraria al ama de llaves. Ella misma se había criado junto a chicas de algunas de las mejores familias. Comprendía muy bien la necesidad de ese despliegue en determinadas situaciones.

Regañándose a sí misma por no haberse ocupado de esto antes de salir de Pensilvania, siguió a la señora Trent hasta la puerta del cuarto de costura. Habría sido mucho más razonable mandar hacer uno o dos vestidos en Filadelfia que lo que costaría aquí. Odiaba la idea de deberle algo a lord Stanmore. No deseaba que le pagaran por sus esfuerzos en favor de Jamey.

La modista, la señora Pringle, resultó ser una mujer muy delgada y enérgica, con el rostro de una persona perpetuamente atareada, como si el cielo estuviera a punto de caerse en cualquier momento. Cuando Rebecca y la señora Trent entraron, la mujer y su silenciosa ayudante ya habían preparado al menos media docena de vestidos para el día a día y para la noche, varios estilos de chemises y enaguas con aros, tres pichis diferentes (lisos o con encajes y lazos), dos sombreros de paja de ala ancha (que se había tomado la libertad de recoger de su amiga la señora Grant, sombrerera vecina de Trent). Grant, una sombrerera vecina de St. Albans), y una deslumbrante variedad de cintas, lazos, guantes, pañuelos de lino y otros accesorios.

Después de que la señora Pringle echara un vistazo profesional a Rebeca, sus finos labios se torcieron en una sonrisa momentánea.

"Simplemente lo sabía, Sra. Trent. Lo sabía. Sra. Ford, estos vestidos le quedarán preciosos. Le eché un vistazo a la chica que envió y le dije a mi marido, que es el mejor sastre de St. Albans. Sr. Pringle', le dije, 'le haremos unos vestidos que le quedarán preciosos a esta Sra. Ford'. Y tenía razón. Mírelos".

Rebecca observó incómoda cómo, uno tras otro, le tendían vestidos de muselina y lino bordado en los tonos más bonitos de melocotón y crema, verde y azul. Cada uno estaba adornado con finos encajes, y todos eran más bonitos que cualquiera de los que había llevado desde que dejó la escuela de la señora Stockdale en Oxford.

Un vago malestar se instaló en la boca de su estómago.

Modestia, castidad, virtud. Las palabras volvieron a ella. *No llames la atención, Rebecca Neville. Modestia, castidad, virtud.* Su maestra había sido tenaz en predicar el valor de la virtud a la joven Srta. Neville. Entonces, sin previo aviso, el pensamiento de Sir Charles Hartington en una biblioteca de Londres surgió de repente de los oscuros recovecos de su mente. Incluso mientras luchaba contra la bilis que le subía por la garganta, las palabras de la señora Stockdale

siguieron resonando en sus oídos.

Los pensamientos sobre aquellos últimos días en Londres distrajeron tanto a Rebeca que de pronto se encontró de pie en un taburete, mientras la señora Pringle y la señora Trent discutían afanosamente qué vestido debía probarse primero.

Rebecca se sonrojó ferozmente cuando la modista le desabrochó el vestido de lana gris, la ayudó a quitárselo y luego, sin ceremonias, lo tiró a un lado. En un momento, estaba de pie con un vestido del color de los melocotones maduros y mirándose en un espejo sostenido por la ayudante de la señora Pringle.

"Creo que tiene razón, Sra. Trent", decía la modista. "Esta muselina de flores le sienta muy bien. Lo suficientemente oscura para resaltar el color de su pelo y acentuar su tez. ¿No está de acuerdo, Sra. Ford?"

Mientras las dos mujeres charlaban, sujetando pichis, pañuelos y cintas al vestido, Rebeca se quedó mirando el escote. Los metros de encaje que cubrían las mangas y la falda. Pero antes de que pudiera protestar, la señora Pringle le quitó las horquillas del pelo. Unas ricas ondas rojas y doradas caían en cascada sobre sus hombros.

"¡Oh, Dios!"

La exclamación de la señora Trent fue silenciosamente secundada por el deleite en los ojos de la muchacha que sostenía el espejo.

"Le aseguro, Sra. Ford", dijo el ama de llaves alegremente, "que si añadimos un lazo aquí y allá, será la dama más hermosa que jamás haya cruzado las puertas de Solgrave... y esto es sólo un vestido de día".

"Es verdad, señora", dijo la Sra. Pringle enfáticamente. "St. Albans cerraría la tienda y montaría una asamblea para usted, si viniera a la ciudad".

"Creo que ha dado con algo, Sra. Pringle". Los ojos grises del ama de llaves brillaban de emoción. "En efecto, hablaré con el conde para dar un baile en honor del señorito James... y para presentar a la señora Ford al vecindario".

Rodeó el taburete y se plantó ante Rebecca, con una sonrisa de felicidad que acentuaba todos los pliegues y arrugas de su rostro.

"Tenemos que empezar a mostrarte, querida. Eres absolutamente demasiado encantadora para mantenerte oculta como hasta ahora".

Durante toda su vida, Rebecca se había entrenado para parecer sencilla. Siempre se había esforzado por parecer severa y mucho mayor de lo que era. Desde la forma de su boca hasta la expresión de sus ojos, pasando por el rizo de su melena llameante y rebelde, había intentado pasar desapercibida. Desde que salió de Londres, siempre había tenido bastante éxito.

Rebecca se quedó mirando el reflejo del desconocido en el espejo y sintió que se le revolvía el estómago.

Capítulo Doce

LLEVANDO una cesta de comida entre los dos, se dirigieron al viejo molino para hacer un picnic.

Jamey había sido el niño perfecto durante toda la mañana, prestando atención a las instrucciones del señor Clarke y, más tarde, pasando un rato con Daniel, aprendiendo a moverse por la gran casa. Sin embargo, a pesar de las palabras elogiosas y el evidente alivio por parte del mayordomo y el ama de llaves, Rebecca había echado una mirada a los inquietos ojos azules y había sabido que era hora de darle al muchacho la oportunidad de soltarse un rato.

Viniendo del estilo de vida menos formal que habían llevado en Filadelfia, la vida en Solgrave seguramente debía parecer bastante restrictiva para Jamey, se dio cuenta Rebecca. Cada momento del día parecía tener algún significado. Rebecca sabía que tendría que combinar los "negocios" de la nueva vida del niño con alguna oportunidad para jugar y correr.

Los dos encontraron una extensión de hierba blanda cerca del molino en ruinas. Ella dejó la cesta cerca de un grupo de sauces, encantada de ver la mirada de picardía de él.

"¿Puedo arruinar esta ropa nueva?"

"Desde luego, no puedes estropearlos". Sonrió a la cara respingona y desabrochó la cinta del sombrero de paja que la señora Pringle le había obligado a llevar con el vestido nuevo. "Aunque no creo que un poco de polvo haga daño, pero dame esa chaqueta".

Despojándose de la prenda, el chico se lanzó con un sonoro grito sobre la hierba y rodó por la larga pendiente hacia el lago. Era demasiado tarde para mencionar que las manchas de la hierba eran algo diferentes de un poco de polvo, así que se limitó a suspirar y luego se rió de sus payasadas.

Rebecca sacó una pequeña manta de la cesta que la señora Trent había enviado con ellos y la extendió sobre la hierba. Arrodillada, empezó a sacar la comida y a observar a Jamey mientras se subía a una roca al borde del agua.

Se sentó sobre los talones, frunciendo el ceño. Rebecca no había interrogado a Jamey sobre lo que había hecho y adónde había ido tres días antes. Al oír sus murmullos de disculpa e intuir su miedo a quedarse solo, había hecho un pacto consigo misma para limitarse a mirar hacia delante y seguir animándole durante los ajustes que tuviera que hacer. Era sólo un niño, y huir era lo más natural en un momento de estrés. Después de todo, ¿no había hecho ella misma lo mismo hacía tantos años?

Y sin embargo, aquí estaba, de vuelta en Inglaterra, el único lugar al que había jurado no volver jamás.

"¿Puedo ir a nadar?" Se había quitado los zapatos y las medias y estaba de pie en el agua...

"No puedes. El agua del lago está demasiado fría".

Jamey lanzó una mirada irónica a Rebecca y corrió ladera arriba, arrojándose en sus brazos.

Los dos se desparramaron sobre la manta, el sombrero de paja de ella volando hacia la hierba. Las mangas de él ya estaban mojadas.

"Estoy sudando, y el agua está bien. Por favor, mamá. Por favor, déjame entrar. Sabes que soy un buen nadador".

Era cierto. Gracias a los chicos Butler, Jamey había estado nadando en el río Delaware durante los últimos cuatro veranos. Aquellos chicos pasaban mucho tiempo en los muelles, saltando y jugando.

"Ven y siente el agua tú misma, mamá. Ven a ver. Está muy caliente".

Rebecca dejó que la pusiera en pie, pero no se acercó más al lago. Vestida como estaba, no tenía intención de volver a Solgrave con la ropa estropeada.

"Ven y comprueba el agua tú mismo", insistió. "Está mucho más caliente que en el muelle... incluso en julio".

Rebecca se colocó un mechón de pelo suelto detrás de una oreja. Se desabrochó el pañuelo de encaje que llevaba al cuello y lo colocó sobre la manta. Luego caminó con él hasta la orilla del lago. El agua, tan gris y turbia un día antes, ahora corría clara. En las orillas poco profundas podía ver peces diminutos revoloteando por el fondo arenoso.

"Por favor, mamá". Tiró de su brazo. "He sido el mejor muchacho. Tú misma lo has visto. No le di ningún problema al Sr. Clarke, aunque estuve muy tentado. Por favor".

Rebecca no pudo resistirse a su cara respingona. Los ojos se volvieron traviesos cuando vio que la había convencido. Sabía exactamente cómo derretirle el corazón.

"No tengo con qué secarte".

Rápidamente empezó a quitarse la ropa. "No te preocupes por eso. Siéntate en la manta. Puedo usarla... o me tumbaré al sol hasta que me seque".

"¿Qué pasa con toda la comida que hemos traído hasta aquí?"

"Lo comeremos más tarde. Date la vuelta, mamá."

Hizo una pausa hasta que ella se volvió para subir a la manta. En un momento le oyó chapotear en el agua más profunda.

"Ten cuidado... no te alejes demasiado."

Al espolear a su nuevo cazador a lo largo del lago, la irritación de Stanmore no hizo más que agudizarse. Había presionado a su caballo alazán favorito más de lo debido durante el trayecto desde Londres, pero aquella vaga sensación de impaciencia que lo acosaba había sido, cuando menos, inquietante. Había dejado atrás a Philip y al séquito de sirvientes mucho antes de llegar a Marylebone.

Al llegar a Solgrave, la primera pregunta del conde había sido sobre la señora Ford, y Daniel se había apresurado a informarle de que ella y James se habían marchado por su cuenta hacia el viejo molino.

Anoche había vuelto a soñar con ella. Rebecca había acudido a él como la había visto en la alcoba de James hacía tres noches. Se había presentado ante él, al principio modesta e incómoda, como lo había hecho en todas las ocasiones en que se habían visto. Pero, a medida que se iba tejiendo la trama de sus sueños, él había ido despojándola de sus reservas. Esta mañana se había despertado inquieto, ansioso por verla.

La atracción física hacia una mujer hermosa era un viejo juego para un hombre de la edad y la experiencia de Stanmore. Pero darse cuenta de que Rebecca Ford estaba, como mínimo,

ocultando cualquier interés que pudiera tener por él y tal vez incluso luchando contra él, despertó su curiosidad. El hecho de que, obviamente, ella no tuviera intención de perseguirle o animarle, como hacían otras mujeres tan a menudo, no hizo sino despertar aún más su curiosidad. Había inocencia en ella. La cualidad que ella poseía no era la timidez infantil y molesta que se encuentra en tantas mujeres jóvenes de la *tonelada*, sino un tipo de lucha encantadora y honesta.

A pesar de su modestia, se sentía atraída por él. Había visto el suave rubor, la mano temblorosa, la forma en que sus ojos tormentosos lo habían estudiado todo aquella noche fuera de su habitación. Definitivamente, había suficientes signos reveladores para burlarse de él e incluso perturbar sus sueños.

Mientras Stanmore cabalgaba hacia el molino abandonado, se le ocurrió que su interés por Rebecca Ford creaba un conflicto con respecto a sus planes para James. Es cierto que sus expectativas respecto al muchacho habían sido muy distintas de la realidad. Había tenido la intención de ignorar a James, de enviarlo a la escuela. El muchacho se sentiría lo bastante cómodo en las instalaciones destinadas a los hijos de la clase más acomodada de Inglaterra. Pero la rebeldía de James, su evidente deseo de independencia, le había sorprendido.

Éste había sido el motivo de su visita a la habitación del muchacho aquella noche. Stanmore había querido mirar aquel rostro y volver a recordar a Elizabeth. Había querido disipar la creciente confusión y centrarse en la cobardía de su esposa, en su falta de honor. Pero no había podido ver nada de eso en el rostro dormido. La madre y el hijo compartían tanto en sus rasgos, pero había un espíritu diferente trabajando bajo la superficie.

Las ruinas del viejo molino se hicieron visibles y vio el brillante ondear del vestido de la mujer bailando al viento. Caminaba hacia la orilla del lago, de espaldas a él. Algunos mechones de pelo rojo dorado ya se habían escapado de sus confines y se burlaban de su esbelto cuello. Al acercarse, dejó que sus ojos apreciaran el nuevo vestido. Se aseguraría de dar las gracias a la Sra. Trent por organizar este nuevo vestuario. De alguna manera, tenía la sensación de que no había sido una tarea fácil.

Debió de oír los cascos del caballo en el camino, porque Stanmore la vio llevarse una mano a los ojos para taparse el sol cuando se volvió en su dirección.

Rienda al cazador y lo ató a una rama de sauce colgante. "Espero que no te moleste la intrusión, pero es un día demasiado caluroso para pasarlo dentro".

Sacudió la cabeza y lanzó una rápida mirada al lago. "No sabía que bajaba hoy de Londres, milord, aunque nos alegramos de que esté aquí. Si tiene hambre, creo que hay suficiente comida en esa cesta para alimentar a un regimiento".

Su balbuceo entrecortado indicó al compañero que debía de haberse dado cuenta de su silenciosa pero admirativa valoración de su aspecto. Stanmore vio que su mirada se desviaba hacia un pañuelo de encaje que había tirado sobre la manta cerca de la cima de la pendiente. Ella cruzó modestamente los brazos sobre el pecho y la mirada de Stanmore se fijó en la perfecta turgencia de sus pechos de marfil por encima del escote.

Descubrió que, efectivamente, sentía hambre, pero no de nada de lo que había en aquella cesta. Sabía que tenía que poner freno a su creciente obsesión por ella. Rebecca Ford no era una puta de Covent Garden. Tampoco era una de las chicas fáciles del *ambiente* londinense. Era un premio que merecía la pena saborear, y él no tenía intención de ahuyentarla.

"Mucha comida, dices. Bueno, Harry -mi cocinero aquí en Solgrave- era uno de veintiún hermanos". Caminó despreocupadamente hacia ella. "Generalmente es conocido por valorar más la cantidad que la calidad".

Ella sacudió un poco la cabeza en señal de desacuerdo. "Está siendo injusto, milord. Su

cocinero es muy bueno. Me ha impresionado mucho la calidad de todo lo que me ha servido".

"Y tú simplemente estás siendo un invitado cortés. Pero teniendo en cuenta la delgadez de tu figura" -mantenía los ojos fijos en su rostro- "y la perfección de tus modales, podrías estar muriéndote de hambre aquí, y no dirías nada en protesta."

Un bonito rubor apareció en sus mejillas y ella apartó la mirada, privándole del placer de ver el azul de sus ojos.

"Se lo aseguro, milord. Mi estancia en Solgrave ha sido de lo más agradable".

"Me alegra mucho oír eso, señora". Pronunció las palabras con suavidad, deteniéndose a sólo un brazo de distancia de ella.

Mechones de su pelo bailaban con la brisa y Rebecca se los acomodó detrás de una oreja delicadamente curvada. Tan cerca, que podía sentir su nerviosismo. Stanmore se volvió para mirar el lago, el cielo, los árboles que se curvaban sobre la cresta de la colina al otro lado del valle. Instantes después, sin embargo, descubrió que su mirada ya había vuelto al rostro de ella.

"Daniel me dice que James comenzó sus lecciones con un tutor esta mañana".

"Lo ha hecho". Ella sonrió, pero un segundo después un jadeo temeroso escapó de sus labios mientras daba un paso brusco hacia el lago. "Jamey."

Stanmore siguió la dirección de su mirada y se quedó mirando las tranquilas aguas del lago.

Olvidada de los zapatos y el vestido, Rebecca dio un paso hacia las aguas tranquilas. "¡Jamey!"

"¿Dónde está?" En un instante, Stanmore se había despojado de la chaqueta y el chaleco y entró tras ella.

"En el lago. Estaba..." La cabeza del chico salió a la superficie por un instante a unos cincuenta metros de la orilla e inmediatamente volvió a desaparecer.

Stanmore corrió unos pasos hacia el lago y se zambulló en las aguas más profundas.

"No, milord".

Oyó el grito desde la orilla, pero no se volvió. Sabía dónde se había hundido el chico. Inmediatamente se sumergió de nuevo, deslizándose justo por debajo de la superficie del agua hacia el lugar. Había nadado a lo largo y ancho de este lago desde que era sólo un muchacho. Y sabía muy bien que los bajíos de la orilla habían engañado a muchos en el pasado. Los bordes arenosos caían tan rápido y tan profundo que el lago parecía no tener fondo en algunas partes.

Sus brazadas fueron fuertes y llegó hasta donde había visto al muchacho hacía unos instantes, pero la tranquila superficie del lago permanecía intacta. Respiró hondo y se sumergió.

El agua se volvió dolorosamente fría a pocos metros bajo la superficie, y Stanmore miró a su alrededor en busca de alguna señal del muchacho. No había nada. Volvió a salir a la superficie y respiró hondo otra vez, pero esta vez, cuando empezaba a sumergirse de nuevo, vislumbró una salpicadura de agua unos treinta metros más cerca de la presa.

Nadó furiosamente en esa dirección, pero de nuevo no encontró señales de James ni debajo ni en la superficie. Se sumergió de nuevo, dirigiendo sus brazadas más cerca de la presa. Nada.

Stanmore permaneció un momento en el agua, temiéndose de repente lo peor. El corazón le martilleaba en el pecho. Miró hacia la orilla. Allí vio que Rebecca se había alejado de la orilla y le hacía señas con la mano. Delante de ella, cerca de la orilla, vio el escuálido cuerpo de un muchacho desnudo que se alzaba en los bajíos. El agua salpicaba a su alrededor mientras el muchacho corría hacia la mujer.

No sabía si se debía al frío del agua del lago o al susto de la desaparición de James, pero un furioso latido empezó a tamborilear en sus sienes. Por la cabeza de Stanmore se agolpaban pensamientos como el de golpear el flaco y blanco trasero del chico. Estaba lo bastante enfadado

como para hacerlo, estaba seguro. Se dirigió a la orilla.

Sin embargo, Rebecca debió de percibir su estado de ánimo, porque mientras nadaba hacia ellos, Stanmore vio cómo ella le entregaba a James un fardo de ropa, lo envolvía en su propia bufanda y lo enviaba corriendo hacia Solgrave.

Cada una de sus botas pesaba al menos quince kilos. La camisa y los calzones se le pegaron al cuerpo cuando Stanmore salió por fin del agua. Miró al chico mientras desaparecía entre los árboles, gruñó una maldición en voz baja y centró su ira en Rebecca. Ella había recogido la manta de la hierba y se la tendía.

"Le dijiste que huyera, en vez de afrontar las consecuencias de sus actos".

La vio dar un paso atrás mientras él acechaba por la pendiente.

"Tenía frío... temblaba como una hoja".

"Me vio nadando tras él. Podía haber esperado y decirme que no corría peligro".

"Es un niño. Sólo pensó que era un juego". Ella intentó dedicarle una débil sonrisa, pero su ceño feroz hizo que se desvaneciera de inmediato. "Fue culpa mía. Intenté detenerte, pero..."

"Has criado a un *cobarde*".

"James *no* es un cobarde". Rebecca levantó la barbilla en señal de desafío mientras su temperamento se encendía. Le empujó la manta en el pecho. Él la dejó caer a la hierba y dio otro paso adelante... sólo para que ella retrocediera dos. Su mirada recorrió su pecho antes de fijarse de nuevo en su rostro. "Fue sólo un error. Fue a la casa a cambiarse. Estaba empapado como tú..."

Cuando su voz se apagó, Stanmore sintió que el calor de su ira se convertía en deseo. Siguió acechándola, y ella continuó retrocediendo hacia el molino.

"No puedo dejar pasar esto. Cuando se escapó, no hice nada, pero esta vez no. Tiene que aprender el significado de la responsabilidad. Tiene que saber que hay consecuencias".

"Él no sabía que estaba haciendo algo mal. Es un buen nadador. De hecho, uno excelente. Si alguien tiene la culpa... soy yo". Se detuvo bruscamente mientras retrocedía contra la pared del viejo molino. "Exageré".

"Deja de protegerlo, Rebecca. Necesita..."

"Fui yo", suplicó. "Esta vez, yo soy el culpable".

Observó su respiración acelerada. Se acercó un paso más y dejó que su mirada recorriera y acariciara la hermosa columna de su cuello. Sus ojos se detuvieron en el latido salvaje de su pulso contra la piel translúcida de su garganta y bajaron para admirar la subida y bajada de unos pechos perfectos al ritmo irregular de su respiración. Siguió acercándose, con la mirada fija en sus labios carnosos. Casi sonrió cuando se separaron -se le escapó un jadeo- y su cuerpo frío y húmedo entró en contacto con el cálido de ella. Se concentró en sus ojos azules, perdido de repente en las tormentas de pasión que se desataban en ellos.

Rebecca vio que sus ojos se oscurecían. Su aliento quedó suspendido en su pecho. Su cabeza, su espalda, las palmas de las manos, todas ellas apoyadas contra la dura pared de piedra que tenía detrás, no podían crear distancia. Aunque hubiera podido retroceder, la presión de su cuerpo duro y húmedo delante de ella le decía que él la seguiría. Aunque fuera capaz de mover montañas en ese momento, sabía que él iría tras ella.

Su boca descendió sobre la de ella, que cerró los ojos. Sus labios eran duros, casi magulladores en su insistencia. Entonces, justo cuando Rebecca sintió que el miedo empezaba a recorrerle la columna vertebral, la boca de Stanmore se suavizó y ella se sintió sacudida por un extraño calor fundido que se desenrollaba en su interior.

Aturdida al principio, se quedó inmóvil, intentando comprender las sensaciones que la

recorrían. Incluso se sorprendió al descubrir que le encantaba sentir los dedos de él sobre su piel mientras le sujetaba los costados de la cara. Vacilante, abrió los ojos que había cerrado con tanta fuerza y vio los ángulos agudos de su atractivo rostro mientras él se retiraba brevemente antes de volver a bajar la cabeza para morderle y chuparle el labio inferior.

No podía moverse, no podía respirar, pero el corazón le latía con tanta fuerza que temía que le estallara en el pecho en cualquier momento. Y aun así, la ondulante masa de sensaciones fundidas amenazaba con prenderle fuego por dentro.

"Tan hermoso", murmuró contra sus labios, y Rebecca se encontró mirando las motas de plata en el fondo de sus ojos oscuros. "Bésame, Rebecca."

Sus dedos se clavaron en su pelo. Sintió que la cinta se aflojaba y que las gruesas ondas se deslizaban por sus hombros. Sus labios volvieron a acercarse a los de ella.

Las sorprendidas manos de Rebecca se apartaron de la pared y se aferraron a su espalda mientras la presión de su boca aumentaba y su lengua empezaba a burlarse de la costura de sus labios fuertemente cerrados.

"Bésame, Rebecca."

Abrió la boca para decirle su ignorancia en esos temas, pero no le salieron palabras. No habría importado. Sus labios volvieron a bajar y él penetró en la abertura... probando, frotando, explorando su boca.

Un relámpago la atravesó con un calor abrasador que pensó que podría matarla. Su lengua rozó la suya y Rebecca sintió vagamente que sus manos bajaban por su espalda y la rodeaban por la cintura. La apretó aún más contra la sólida fuerza de su pecho. Ya no sentía la humedad de su ropa, sino el increíble calor que parecía poseerlos a ambos. Su eterno miedo a la intimidad se transformó de repente en una eternidad de deseo.

Rebecca se puso casi frenética para satisfacer esta repentina hambre de él. Sus manos recorrieron su espalda. Podía sentir los poderosos músculos bajo la ceñida tela de la camisa. Era casi milagrosa la forma en que su cuerpo se ablandaba y se amoldaba a los contornos del suyo.

A través de una bruma, oyó su gruñido de placer. Y mientras la apretaba contra la pared, sintió algo más. La fina piel de ante de sus calzones no podía ocultar la presencia de la excitada virilidad que la apretaba íntimamente contra su cuerpo.

La claridad y la cordura volvieron al instante cuando una serie de imágenes surgieron ante sus ojos. Imágenes nítidas y horribles. Una biblioteca en Londres. Un hombre excitado. Un hombre dispuesto a violar el cuerpo de otro. Un asesinato.

Las mismas manos que habían estado luchando por acercarlo, ahora se encajaban entre sus cuerpos. Rebecca giró la cara y le empujó el pecho. Para su sorpresa, él la soltó de inmediato. Se sintió mareada y torpe, mientras la vergüenza y el bochorno agotaban rápidamente sus fuerzas.

"Lo siento mucho". Le ardían las mejillas. Todo su cuerpo temblaba mientras se alejaba del hombre y de la pared. Tropezó hacia atrás, hacia la cesta de comida esparcida por la hierba. "No debí hacerlo. Me equivoqué. Todo esto es culpa mía".

"Rebecca."

El sonido de su nombre, claro y grave, le llegó al oído como terciopelo. Retrocedió otro paso antes de levantar la vista, vacilante.

"Lo siento mucho."

Las brasas de la pasión brillaban en lo más profundo de sus ojos. Un movimiento vacilante de su mandíbula le habló de la batalla que se libraba en su interior. Pero él no se había movido. No iba a por ella.

Y de repente lo supo. Ese hombre no la lastimaría para apaciguar su lujuria. Un sentimiento

de vergüenza aún mayor la invadió al pensar que había comparado al conde de Stanmore con Sir Charles Hartington.

Sin embargo, seguía siendo un hombre.

"Yo empecé esto". Sus palabras hablaban de su convicción. "No hay nada malo con..."

"No". Levantó una mano para silenciarle y negó con la cabeza antes de dar otro paso atrás. "Tú no tienes la culpa, pero esto está muy mal. No volverá a ocurrir".

Dando media vuelta, Rebecca corrió tan rápido como pudo hacia el sendero. Sin embargo, al llegar a la cima de la colina, echó un rápido vistazo por encima de sus hombros y se detuvo, con la respiración entrecortada. Lord Stanmore, sin camisa y descalzo, se adentraba en las frías aguas del lago para darse otro baño, con los poderosos músculos de su ancha espalda ondeando al sol del verano.

Capítulo Trece

CUANDO JAMEY LLEGÓ a la cabaña del bosque, la camisa holgada que llevaba a la espalda estaba casi seca. Dejó la bufanda de su madre, los zapatos y las medias que llevaba bajo el brazo, abrió un poco la improvisada puerta y echó un vistazo al interior.

"¿Israel? ¿Estás ahí?"

El interior era oscuro y fresco, y podía sentir la humedad que aún permanecía en la cabaña. Un pequeño movimiento junto al fuego llamó la atención del muchacho.

"¿Israel?" Su llamada fue más fuerte esta vez, y abrió más la puerta para dejar entrar más luz. "Israel... ¿estás aquí?"

"Sí, señor." La voz era familiar. "No hay otro lugar donde ir."

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Jamey al ver a su amigo acurrucado en la oscuridad. El otro chico se estaba incorporando para sentarse.

"¿Qué estabas haciendo? ¿Durmiendo?" Sin esperar respuesta, Jamey salió de la cabaña y recogió sus zapatos y la bufanda de su madre. Mientras estaba fuera, se llenó los brazos con algunas ramas para hacer fuego.

El día que había huido de Solgrave, había caminado bajo una lluvia torrencial durante horas por los bosques y prados del parque antes de dar con el tronco ahuecado de un enorme y antiguo roble. Pensando que podría ser un buen lugar para refugiarse, se había llevado una gran sorpresa al encontrarse cara a cara con un chico de su mismo tamaño y edad.

Cuando el niño le hizo sitio, Jamey supo que había encontrado un amigo. Acurrucado junto a Israel en el árbol, le había dicho al chico que huía de su nuevo hogar. Israel le había dicho que no consideraba su casa el lugar donde comía y dormía. Así que ahora se estaba construyendo uno nuevo en el bosque.

Jamey le dijo que había sido feliz toda su vida hasta ayer, cuando su madre le dijo que era hijo de un noble. No quería ser hijo de ningún extraño. Había sido perfectamente feliz sólo con ella.

Israel dijo que nunca recordaba haber tenido ni mamá ni papá. Había tenido que trabajar con el leñador para comer. Y siempre miraba hacia abajo y nunca contestaba cuando los blancos de Melbury Hall se dirigían a él, porque era un esclavo. Suponía que su piel lo hacía diferente.

Jamey se había limitado a encogerse de hombros ante la noticia. Le dijo a Israel que, de donde él venía, mucha gente no era partidaria de tener esclavos, y que un gran número de personas cuyos abuelos habían venido de África y de las Indias eran libres.

Esto no había parecido impresionarle mucho, pero cuando Jamey le había dicho a su nuevo amigo que él también era diferente a su manera, Israel había levantado una mirada curiosa. Entonces Jamey se había levantado la manga y le había mostrado su mano en forma de garra.

Israel había quedado bastante impresionado por el aspecto de la mano y, cuando amainó un poco la lluvia, le había preguntado a Jamey si quería venir a ver la casa en la que había estado trabajando.

Un par de horas más tarde, mientras los dos estaban sentados comiendo algo de la comida de Israel, habían decidido que juntos podrían arreglar el lugar mejor de lo que Israel podría solo. Y como Jamey no iba a volver a Solgrave, podría estar vigilando mientras Israel trabajaba con el leñador. El pacto se selló con un apretón de manos.

Jamey entró en la cabaña con los brazos llenos.

"Te habías ido cuando volví la otra mañana".

Dejó caer su carga al suelo y empezó a apilar algunos palos sobre el montón de cenizas. "Vino a por mí".

"¿Tu papá?"

"El conde, y sigo diciendo que no es pariente mío", corrigió Jamey, mirando los pies descalzos de su amigo. Las manos callosas de Israel colgaban alrededor de sus piernas desnudas, y eso era todo lo que realmente podía ver de él en la choza poco iluminada.

"¿Hizo alguna pregunta... sobre este lugar... y su arreglo? Estamos en la tierra de su señoría, ya sabe. Biddle el leñador me dijo que todo desde la cresta pertenece a Solgrave".

Jamey resopló, sacudiendo la cabeza. "No ha preguntado nada. No le importa nada... ni yo. Ni siquiera miró dos veces el lugar".

Guardando silencio, terminó de apilar la leña. "Pensé en hacer un fuego. Me he bañado en el lago y tengo la ropa mojada. Mis calzones están pegados a mi culo algo feroz".

"Sí, hay leña seca por allí, y aquí está mi pedernal".

El pedernal cayó al suelo junto a las cenizas. Jamey se levantó y fue a por la leña. "¿Piensas hacer algún trabajo en el lugar hoy? Puedo quedarme un rato y ayudar. No me buscarán durante horas".

"No, no tengo muchas ganas..." La voz de Israel era tan baja que Jamey no oyó sus últimas palabras. Recogió el pedernal y se volvió hacia su nuevo amigo.

"Necesitaré un poco de acero o un cuchillo si..." Se detuvo, consiguiendo por primera vez una buena mirada a la maltrecha cara del otro chico. "¿Israel?"

Se acercó y vio la camisa ensangrentada. El pánico le hizo un nudo en el estómago, pero Jamey se movió y se agachó junto a su amigo. Con la mano izquierda, tocó la sangre fresca en la manga gastada de la camisa. Había más en la espalda, pero cuando Jamey intentó tirar de él hacia delante para que mirara, el otro chico hizo una mueca de dolor.

"Tu cara... toda esta sangre..." Jamey sintió que el estómago se le revolvía al ver la cara de Israel. Tenía un ojo hinchado. Tenía un chichón en la frente. Un corte aún sangrante en los labios hinchados. "¡Señor mío! ¿Qué has hecho?"

"Soy un esclavo, ¿recuerdas?"

"No pueden golpearte por nada. ¿Quién te hizo esto, Israel?"

"A nadie le importa quién me hizo esto".

"Me importa", gritó. "Iré ahora mismo y les daré un poco de lo mismo".

Israel sacudió la cabeza y Jamey pudo ver que le dolía. "Son mucho más grandes".

"Entonces puedo... les tiraré piedras. Les haré pagar por esto".

El otro chico volvió a dejar caer la barbilla sobre su pecho.

"Alguien tiene que darles una lección".

Los hombros caídos hablaban de derrota, y Jamey tuvo la nauseabunda sensación de que no era la primera vez que Israel se enfrentaba a una paliza.

"El tamaño no lo es todo, ¿sabes?", empezó esperanzado.

"Lo sé. Color es".

Jamey se tragó un nudo en la garganta y luchó contra las lágrimas que le quemaban los ojos. Se sentó en la tierra junto a su amigo y se llevó las rodillas al pecho. En su mente vio a los africanos que había visto con grilletes en Bristol.

"Tú eres diferente sólo si yo soy diferente", dijo un rato después. "Pero he tenido a alguien que me ha protegido. Mi mamá me ha cuidado desde siempre. Necesitas un protector hasta que te hagas fuerte y puedas cuidar de ti mismo".

Israel no dijo nada, así que Jamey puso una mano suavemente en la rodilla del chico.

"No tengo la piel morena, pero la gente también intenta hacerme daño". Su amigo siguió mirando hacia abajo. "Un día, hace dos veranos, mi amigo George y yo volvíamos de pescar junto a los muelles de Filadelfia. Un marinero empezó a gritarme por haberle tirado algo y yo no había hecho tal cosa. Y entonces, antes de que me diera cuenta, me tenía agarrado por la oreja y me estaba maldiciendo muy ferozmente, gritando que me iba a romper la otra mano, así que tendría dos manos lisiadas. Yo no había hecho nada malo. Simplemente no le gustaba... tal vez porque pensaba que era débil. Quizá porque veía que yo era diferente a él".

Jamey recordó lo asustado que había estado. No importaba cuánto se retorciera o lo que dijera, había estado seguro de que le iban a romper la mano buena.

"Entonces, justo cuando pensé que estaba acabado, apareció mi mamá. Ella es sólo una cosita, ya sabes. Pero cómo se enfrentó a ese hijo de puta. Se acercó a él y lo regañó como a un colegial. Parecía medir unos tres metros".

Jamey sintió que se llenaba de orgullo con el recuerdo. Vio que Israel levantaba la cabeza y se limpiaba la comisura sangrante de la boca con una manga sucia.

"Espera". Jamey le puso una mano en el brazo antes de ponerse en pie y coger la bufanda de su madre. Con cuidado, la puso sobre las rodillas del otro chico. "Usa esto. No le importará. Sé que cada vez que me he hecho daño, me ha hecho sentir mejor sostener algo suyo".

Israel se quedó mirando el fino lino que tenía sobre el regazo.

"No puedo tocar esto. Me colgarán, seguro, por robarlo".

"No pueden. Yo te lo di".

Al cabo de un momento, Israel tocó una esquina. Luego acercó la cabeza y, cerrando los ojos, aspiró el olor. Jamey conocía el olor. A lavanda. Observó el rostro magullado, la expresión triste.

"Así que esto es tener una mamá".

Las lágrimas brotaron de los ojos de Jamey, pero trató de contenerlas. "Nadie se atrevería a pegarte otra vez si mi madre te aceptara como hijo".

"Las cosas no funcionan así". Israel intentó abrir los ojos. El ojo izquierdo estaba completamente hinchado. El bueno tenía lágrimas. "Y si eres mi amigo, olvida todo esto. Si se entera de que me quejé, entonces estaré mucho peor por ello".

"¿Quién?" Jamey preguntó de nuevo.

"No te preocupes. De hecho, sería mejor para ambos que ni siquiera me vieras hoy".

Se levantó de un salto y salió a trompicones de la cabaña. Jamey lo siguió por el prado y luego se detuvo cuando Israel echó a correr hacia el bosque, con la bufanda de lino fuertemente agarrada en la mano.

No había forma de evitarlo. Stanmore lo sabía. Todo el mundo lo sabía. El primer día en el

campo en Solgrave fue un infierno. Siempre lo había sido. Siempre lo sería. Era una suerte para ellos que los dos mayordomos fueran tan condenadamente capaces de dirigir sus hogares.

No obstante, esperar a que los dos hermanos llevaran a cabo su inevitable rutina siempre ponía a prueba la paciencia de Stanmore. Era como ver a dos mastines dando vueltas el uno alrededor del otro, gruñendo y chasqueando, con la cabeza gacha, los hombros encorvados, cada uno buscando el hueco que le diera ascendencia sobre el otro.

Daniel era mayordomo de la casa Solgrave. Philip era mayordomo de la casa de Londres y el mayor de los dos en diez años. Por lo tanto, basándose en cierta idea de primogenitura incluso en el servicio, el adusto Philip sintió que era su deber criticar y "guiar" a su hermano en asuntos de los que Daniel se había ocupado con bastante competencia en Solgrave durante más de veinte años. No importaba que las responsabilidades de Daniel y el número de personas que dependían de él superaran con creces las de Philip. Era simplemente una tradición que discutieran durante las primeras veinticuatro horas, y Stanmore hacía tiempo que había aprendido a mantenerse fuera de la línea de fuego y del ala de los criados.

Además, pensaba a menudo con una sonrisa, los dos se sentirían terriblemente heridos si alguna vez decidía dejar a Philip en Londres.

Cuando Stanmore regresó de su baño en el molino en ruinas, el carruaje que transportaba a su mayordomo y a sus sirvientes personales desde Londres ya había llegado y la casa bullía de actividad. Decidido a evitar a sus mayordomos, el conde se retiró a sus aposentos para asearse y vestirse. Como consecuencia, no preguntó a nadie por el paradero de la señora Ford, incluido su ayuda de cámara, que se retiró rápidamente del vestidor con la ropa mojada y las botas de Stanmore.

Lo que habían compartido a la sombra del viejo molino había sucedido de forma bastante inesperada. Y, sin embargo, su excitación había sido tan potente que ni siquiera el segundo chapuzón en el lago había enfriado por completo su ardor. Sin embargo, mientras miraba por la ventana hacia los establos, más allá de la arboleda, se dio cuenta de que le correspondía hablar con Rebecca y hacerle comprender que no debía disculparse por lo que había ocurrido. Ambos eran adultos. Ambos tenían experiencia matrimonial. De hecho, con una mujer como ella, la franqueza -o algo parecido- era la mejor forma de actuar. Sólo porque sus posiciones en la vida diferían sustancialmente, no había ninguna razón por la que no debieran actuar sobre su atracción mutua y bastante obvia. Mientras mantuvieran un mínimo de discreción, mientras ella aceptara el hecho de que su relación no podía ser permanente, ¿qué podía haber de malo en ello?

La llamada a la puerta le sacó de su ensueño. Daniel entró con Philip pisándole los talones.

"Veo que hoy no habrá escapatoria para vosotros dos".

"¿Cómo dice, milord?" respondió Daniel tras inclinarse.

"¿Qué pasa?" Stanmore observó a Philip dar vueltas por la habitación, inspeccionando los muebles en busca de polvo o cualquier otro signo de negligencia esperada.

"Milord", continuó Daniel, frunciendo el ceño pero decidido a ignorar a su hermano. "El señor John Clarke, M.A., está esperando en la biblioteca, como su señoría solicitó".

"Y bebiéndose su oportuno, más que probablemente", murmuró Philip mientras alisaba una arruga imaginaria de un lino perfectamente almidonado que cubría una mesa junto a la ventana.

"Philip, ten la amabilidad de decirle al Sr. Clarke que bajaré enseguida". Hizo una pausa mientras los dos empezaban a inclinarse para salir de la habitación. "Y Daniel, ocúpate de que al nuevo tutor se le ofrezca una copa de nuestro mejor Madeira".

John Clarke no había cambiado mucho en los casi veinte años transcurridos desde la última vez que Stanmore lo había visto. Cuando el joven Samuel Wakefield estudiaba en Eton, la vieja

peluca del señor Clarke con los mechones de pelo rebelde que sobresalían por debajo era legendaria. Y si el hombre se había aficionado al vino, no parecía estar peor por ello. Después de saludar al anciano erudito e intercambiar algunas cortesías generales, Stanmore centró inmediatamente sus preguntas en lo que quería saber.

"Por lo que ha visto de James esta mañana, Sr. Clarke, ¿cree que estará mal preparado para asistir a Eton en otoño?"

"Pues no, milord". Clarke hizo una leve reverencia, un hábito que Stanmore notaba que hacía después de casi cada frase que pronunciaba. "Yo diría que maese James es un muchacho tímido. Pero eso es de esperar, creo yo. Por supuesto, puede que eso le impida hacer amigos. Pero eso no es raro en un chico de primer año".

Stanmore se apartó de su escritorio y buscó la luz del sol que entraba por los grandes ventanales que daban al lago. "¿Cuánto le falta en los estudios, en comparación con otros chicos de su edad?"

"Por lo que puedo ver, el señorito James necesita trabajar en los clásicos. Pero fuera de eso, milord, parece bastante competente en lectura, escritura y aritmética. Incluso he notado que habla un poco de francés cuando se le pide". El erudito juntó las manos detrás de sí y se balanceó sobre los talones. Stanmore lo había visto hacer eso cientos de veces en el aula y sabía que el hombre se sentía más cómodo. "Por supuesto, sólo he pasado una mañana con él. Pero a medida que pasemos más tiempo juntos, puedo asegurarle que me encargaré de que esté bien preparado, para cuando empiece el trimestre de otoño, en todas las áreas de estudio."

El conde volvió la mirada hacia las aguas del lago. Se preguntó si Rebeca habría vuelto a la casa. Al ver que tenía que apartar la tentadora imagen de ella entre sus brazos, se volvió de nuevo hacia el profesor. No podía dejarse absorber demasiado por este asunto.

"¿Y su oído?", preguntó, frunciendo el ceño. "¿Qué dificultades surgirán cuando se junte con otros chicos en Eton?"

Los ojos del señor Clarke estaban fijos en el colorido dibujo de la alfombra persa. Al encontrar su respuesta en la vacilación del hombre, Stanmore se volvió hacia la ventana.

"M'lord, esa es una difícil q-pregunta. No sería el primer etoniano en tener un p-p-problema auditivo. A mi juicio, milord, el señorito James..."

Un suave golpe en la puerta atrajo las miradas de ambos hombres. Ante la llamada de Stanmore, Rebecca abrió la puerta con vacilación, dio un paso dentro y miró a su alrededor.

"Debo disculparme por la intrusión, milord", dijo en voz baja.

Se le ocurrió que había algo encantador en el hecho de que ella no se hubiera recogido el pelo en lo alto de la cabeza desde que él se lo había soltado junto al viejo molino. Las gruesas ondas de seda roja le caían atractivamente sobre los hombros, brillantes contra la piel de marfil y el vestido nuevo.

"Su presencia es siempre bienvenida, Sra. Ford."

Hizo una tímida reverencia a Stanmore, pero se negó a mirarle. Se volvió hacia el tutor. "Señor Clarke, ¿por casualidad tenía planeada alguna clase para Jamey... para James esta tarde?"

"Pensé que la lección de la mañana era suficiente, m-madam."

Stanmore se volvió sorprendido hacia la tartamuda erudita, que se sonrojaba ferozmente y se inclinaba con cada palabra. Una rival, pensó el conde, y su divertida mirada volvió a dirigirse a Rebecca. No pudo evitar admirar lo compasiva, atenta y educada que se comportaba ante el sufrimiento de aquel hombre.

"Entonces, ¿no tienes ninguna clase prevista para esta tarde?", preguntó amablemente.

"N-No, señora. Como d-d-discutimos antes, n-no p-para el p-primer día".

El toque de ansiedad que se reflejó en el rostro de Rebecca ante la respuesta de Clarke no pasó desapercibido para el compañero. Notó cómo se le ponían blancos los nudillos al agarrar la tela del vestido.

"Gracias, Sr. Clarke. Milord". Retrocedió hacia la puerta. "Me despido de usted..."

"Sra. Ford."

Se detuvo con una mano en el pestillo, su rostro palideció visiblemente.

"Sr. Clarke, déjenos."

El tutor se despidió entre dientes antes de salir de la habitación. Tras hacerse a un lado, permaneció inmóvil junto a la puerta, pero Stanmore pudo ver que en sus ojos azules se estaba gestando una tormenta.

"Tenga la amabilidad de cerrar la puerta, señora Ford", le pidió amablemente.

Ella negó con la cabeza. "Preferiría no quedarme, milord. Iba de camino..."

"Sra. Ford, no voy a violarla en esta habitación. Cierre esa puerta."

Ante su vacilación, Stanmore se acercó a la puerta y la cerró él mismo. Volviéndose, le cogió la mano y la alejó de la puerta. Tenía los dedos helados y una expresión claramente nerviosa. Ella no intentó retirar la mano, pero su ansiedad era palpable.

"¿Qué pasa, Rebecca?"

Levantó la cabeza y sus ojos inquietos se encontraron con los de él. Vio el pequeño temblor de su barbilla, y Stanmore tuvo que hacer acopio de todo su control para no arrojarla a sus brazos. Le acarició el dorso de la mano con el pulgar, pero ella se la quitó rápidamente de encima.

"James se ha escapado otra vez. ¿Es eso?"

Se tomó un largo momento antes de asentir finalmente. Esto confirmó que su nerviosismo no tenía nada que ver con la intimidad que habían compartido junto al viejo molino.

"Tranquílcese, señora Ford", dijo con naturalidad. "No está usted en Filadelfia. Ésta es una gran finca con muchos atractivos para un muchacho de su edad. Hay muchos que trabajan aquí, en la casa, en los establos y en las granjas, y todos ellos consideran que cuidar del muchacho es su principal responsabilidad. Aunque el lago tiene sus peligros, el muchacho ha dejado bien claro que no debemos preocuparnos por eso. En resumen, puedes dejar de preocuparte".

Un profundo rubor coloreó la piel de su cuello y sus mejillas. "Siento parecer tan tonta, milord. Los viejos hábitos son difíciles de romper".

"No hay necesidad de una disculpa, Sra. Ford."

Stanmore captó su mirada impaciente hacia la puerta.

"Si me perdona, milord". Intentó rodearlo, pero él la agarró por el codo.

"¿Cuándo fue la última vez que alguien vio al muchacho? ¿Y qué es *exactamente lo que le* tiene tan alarmado?"

Ella le dirigió una mirada de agradecimiento. "Nosotros... yo fui el último. Ya he hablado con varios criados, y parece que no volvió por aquí después de abandonar el viejo molino. Probablemente siga corriendo con la ropa mojada y..."

"El día es cálido y agradable. Le aseguro que no sufrirá por estar fuera". Sus palabras sonaron condescendientes incluso a sus propios oídos.

"Veo que mis defectos como padre le resultan evidentes, milord. Sin embargo, estoy haciendo todo lo posible por contenerme y permitir que aquellos que formarán parte del futuro de James participen activamente en su vida". Respiró entrecortadamente y se quedó mirando una marca invisible en su abrigo mientras se movía ligeramente para soltar el codo de su agarre. "Sin embargo, mis buenas intenciones y mi amor por su hijo son asuntos completamente distintos. Me

temo que nunca podré quedarme de brazos cruzados cuando piense que puede estar en peligro. Que tenga un buen día".

Bastaron unas pocas zancadas para alcanzarla en la puerta. Stanmore sabía que no era el momento de entablar con Rebeca una discusión sobre el amor y el apego. Personalmente, dudaba mucho de que el amor existiera realmente. Nunca lo había sentido en su vida, de eso estaba seguro. Había sentido pasión, pero eso era harina de otro costal. Y nunca había albergado ningún sentimiento que pudiera confundir con el amor. El apego, sin embargo, era un asunto mucho más sencillo de tratar. James había vivido con ella durante muchos años, así que naturalmente ella estaba apegada a él. Y tal y como iban estas cosas, una vez que Rebecca y el chico se separaran, ambos se adaptarían. Sin embargo, en ese momento él prefería que Rebecca se quedara en Solgrave, así que ganar el punto difícilmente redundaría en su propio beneficio.

"Permítame", dijo, abriendo la puerta y siguiéndola fuera. "Supongo que planeas ir en su busca".

"Yo... pensaba dar un paseo. El parque de los ciervos es extenso, pero existe la posibilidad de que me cruce con él".

"¿Monta, Sra. Ford?"

Sin dejar de evitar su mirada, negó con la cabeza. "No, milord. Creo que no es el momento..."

"Entonces haré arreglos para que aprendas mientras estés aquí en Solgrave. Creo que facilitará enormemente la persecución de James".

Ella asintió cortésmente.

"Tengo una proposición para usted, Sra. Ford." Se giró, encontrándose con los ojos sorprendidos de ella sobre él. "Iré a buscar a James. Sé dónde está".

"¿Lo sabes?", gritó incrédula, deteniéndose y encarándose a él.

"Bueno, debo decir que tengo la fuerte sospecha de que ha regresado a la misma cabaña en ruinas donde lo encontré hace dos noches".

"Entonces no crees que se haya escapado otra vez".

"Yo no". Stanmore se volvió y se alejó unos pasos, haciendo señas a un lacayo para que le trajera los guantes.

"Que traigan un caballo", le dijo al criado antes de volverse hacia Rebeca. "Creo que ha encontrado en ella una especie de refugio. Probablemente lo ve como un lugar para jugar... como supongo que lo harían la mayoría de los chicos jóvenes".

"¿Pero esta casa de campo no está lejos?"

"Iré yo mismo y me aseguraré de que está allí. Sin embargo, volviendo a mi propuesta". Hizo otra pausa. "Estoy planeando quedarme en Solgrave por un tiempo. No volveré a Londres hasta dentro de quince días, por lo menos".

Ella lo bendijo con una sonrisa que casi lo aturdió por su belleza. Rebecca Ford era una mujer que necesitaba sonreír más, pensó Stanmore, obligándose a avanzar hacia la puerta.

"Esto es exactamente lo que James necesita", continuó. "El tiempo que pase con su señoría seguramente lo tranquilizará".

Pasar tiempo con el chico no era el motivo de la prolongada estancia de Stanmore. Sin embargo, la cálida aprobación en su expresión le hizo ocultar la verdad. "Señora Ford, *pasaré tiempo* con él. Pero al hacerlo, me gustaría contar con su ayuda, con su orientación. No pretendo saber cómo criar a un niño como él. Me gustaría estar segura de que estoy procediendo como debo".

Su bonita cabeza se inclinó con modestia. "No soy una experta, milord".

"Por favor, no me exija que le devuelva uno de sus sermones". Él enarcó una ceja en señal de

desafío y luego ocultó una sonrisa cuando ella se mordió la respuesta. "Muy bien. Me alegro de que hayas decidido ver las cosas a mi manera".

La cabaña del capitán estaba enclavada en una loma cubierta de hierba con vistas a las centelleantes aguas verde-grisáceas de Bayard's Cove, en Dartmouth.

Sentado en la silla de madera frente al marino jubilado, Sir Oliver Birch escuchó con atención los recuerdos de un viaje que había emprendido diez años antes. El tallo de la pipa de arcilla que le habían ofrecido era suave y cálido entre sus dedos, y se dio cuenta de que el marinero -el humo azul colgaba como una nube alrededor de su cabeza- sujetaba la pipa por la cazoleta, sus dedos curtidos parecían insensibles al calor mientras daba caladas al tabaco.

"Lo recuerdo como si fuera ayer. Mi barco, el Rose... y os aseguro que ningún barco mejor ha surcado nunca los mares occidentales... acababan de rasparle el casco en Shadwell. Estábamos ansiosos por volver a mar abierto. Dicen que el tiempo y la marea no esperan a nadie".

"Así lo entiendo, señor", dijo Birch, tratando de mantener su impaciencia fuera de su voz.

"Sí, bueno, después de tomar carga y un buen montón de pasajeros, mi primer oficial lo navegó de Londres a Dartmouth. Fue en el mes de julio, recuerdo. Allí me uní a mi tripulación y zarpamos hacia América. Pero no fue antes de Dartmouth cuando vi a la muchacha, a la dama o a cualquiera de ellas".

A través de la ventana abierta, Sir Oliver vio pasar una barca de pesca por la bahía, bajo la casa de campo.

Asintió alentando al marino. "Por favor, dígame cualquier cosa que recuerde. Cualquier cosa".

"Sí, bueno... era de calidad, eso es seguro". El capitán ladeó la cabeza y apuntó al abogado con la pipa. "Las dos eran de calidad, pero una de ellas, la madre, era sin duda la que tenía medios".

"Su nombre figuraba en los libros del barco. ¿Por qué no el otro?"

El viejo se encogió de hombros y dio una calada a la pipa. "A lo largo de los años, más de uno ha pagado su pasaje sin poner su nombre en el manifiesto. Algunos han tenido buenas razones, supongo. Uno de los compañeros me dijo que cuando las dos mujeres subieron a bordo de un barco de Wapping Stairs, su señoría pagó extra, lo hizo, para no poner el nombre de la otra".

Así que sí se conocían de antes de aquel viaje, pensó Birch, recordando la sospecha de Stanmore de que Rebecca y Elizabeth podrían haber sido conocidas antes de embarcarse hacia las colonias.

"¿Conociste a la madre? ¿Hablaste con ella antes de su muerte?"

"Sí". El hombre asintió y empezó a rellenar su pipa. "Fui a verla cuando la Srta. Rebecca vio el problema que tenía la otra. Quería un médico".

"¿Señorita Rebecca?" Birch preguntó. "¿Eso es todo lo que recuerdas de su nombre?"

"Sí. Y eso lo supe sólo porque así la llamaba la enferma. Resulta que teníamos otro pasajero, que era médico, y entré con él a ver a la desdichada mujer". El viejo marinero sacudió la cabeza. "La muchacha no tenía ninguna posibilidad. Estaba enferma por el parto. La sangró, pero fue inútil. Para entonces, todo estaba en manos del Señor".

"¿Te dijo algo antes de morir? ¿Algo sobre el niño? ¿A quién debía ser enviado?"

El marinero volvió a sacudir la cabeza. "Ella sabía que no había esperanza, y todo el tiempo

que estuvimos allí, estuvo agarrada de la mano de la señorita Rebecca. Cualquier tonto podía ver que todo estaba arreglado entre las dos mujeres".

Birch observó el rostro curtido del marinero mientras volvía a encender su pipa. "¿Qué más? ¿Qué puedes contarme de esa tal Rebecca?"

"Me temo que el barril está vacío, señor. Tenía un barco que navegar, y ella tenía un bebé que cuidar. No vi ni un atisbo de la muchacha durante el resto del viaje. Cuando anclamos en Nueva York, la mujer desembarcó con el resto de los pasajeros y no volví a verla".

La frustración hurgó en el interior de Birch. "Pero tiene que haber habido algo más. Piensa. ¿Hizo algún amigo mientras estuvo a bordo? ¿Habló con alguien?"

El marinero negó con la cabeza. "No lo creo. Creo que estaba afligida por la muerte de su amiga. Creo que todos dejaron a la muchacha sola".

"Intenta recordar", insistió Birch, cambiando de dirección. "¿Hubo algo en ella que te impresionara? Tal vez algo que pudiera haber dejado atrás -un medallón o un pañuelo-, cualquier cosa que pudiera haberle dado una pista sobre su verdadero nombre."

"Eso fue hace mucho tiempo". Los ojos grises del hombre se entrecerraron hasta convertirse en rendijas mientras reflexionaba. "Era una muchacha bonita, según recuerdo, con el pelo del color del oro y el fuego. Tenía unos ojos que combinaban con el azul del mar de las Bermudas. Sí, es una mujer que no olvidaré... a menos que la confunda con la camarera del Pelican Inne en Port Royale. Pero no, no haría eso".

Birch se levantó derrotado y se dirigió hacia la puerta abierta. De todos los tripulantes del Rose, su mayor esperanza era el capitán.

Mirando más allá del desgastado sendero que salía de la cabaña, el abogado pudo ver calles empedradas que serpenteaban junto a viejas casas de piedra y tiendas. Mientras su mirada se perdía en los numerosos mástiles de los barcos anclados en la bahía, Birch volvió a contar cuidadosamente los marineros que habían estado en aquel barco y que ahora vivían en Bristol. Tres. No había mucho que esperar. No obstante, cabalgaría hasta la ciudad y buscaría a aquellos hombres. Uno de ellos podría haber averiguado algo sobre la tal Rebecca. Era imposible que no hubiera dejado algún indicio de su historia.

"Estáis pagando un buen dinero para oír hechos, lo estáis, señor. Supongo que no le interesarán los chismes que oí tiempo después".

Birch se volvió bruscamente. "También podría haber oro en los chismes, señor".

"Me pareció una buena mujer."

"Conozco bien sus virtudes", dijo Sir Oliver un poco bruscamente.

"¿La conoces?"

"Eso no importa, señor. Te pago por respuestas".

Los ojos del marinero se entrecerraron durante un largo rato mientras daba caladas a su pipa. Finalmente, asintió en señal de comprensión. "Como usted diga, Sir Oliver. No fue hasta el verano siguiente, y estábamos anclados en el Támesis, cerca de Limehouse, que oí los rumores por casualidad".

Era difícil mantener la calma, pero Birch esperó.

"Se decía que un mes después de que leváramos anclas rumbo a las colonias, un caballero recorría todas las compañías navales, muelles y tabernas desde la Torre hasta Dugby's Hole. Ofrecía oro e interrogaba a todos los marineros, oficiales y capitanes que encontraba. Este caballero buscaba a cierta mujer".

"¿Cómo sabes que había alguna conexión con tus pasajeros?"

"La descripción encajaba con ella. Cabello. Ojos. Edad. Complexión".

"¿Algún nombre?"

"Sí. El nombre de pila también era el mismo. Rebecca... Rebecca algo".

"¿Recuerdas algo del apellido?"

"N...algo. Nipper... o Netter... o..." Sacudió la cabeza. "Los nombres no se quedan como las caras".

"¿Por qué no fuiste a buscar al caballero y le ofreciste lo que sabías?"

El hombre se encogió de hombros. "Demasiados problemas, tal vez. No lo sé. Tal vez no vi la necesidad en ese momento. Me ganaba bien la vida junto al mar, y mis bolsillos tenían monedas suficientes". Su mirada se entrecerró. "Además, recuerdo que entonces me pareció que si la muchacha quería ir a las colonias y empezar de cero... ¿qué derecho tenía un viejo lobo de mar a estropear sus planes?"

"¿Y el nombre del caballero? ¿Qué has oído de él?"

El siguiente encogimiento de hombros sólo sirvió para frustrar a Oliver más que el anterior. "Yo tampoco te ayudaré en eso. Ya os he dicho que nunca hablé con él. Por lo que sé, puede que todo fueran habladurías. Creí que teníais curiosidad por oírlo todo".

Birch se dirigió a la mesa junto a la ventana. Metió la mano en el bolsillo y empezó a añadir dinero al que ya había puesto allí. Haciendo una pausa, sostuvo las monedas sobre las otras.

"Usted dijo que el caballero habló con varias personas en Londres. ¿Puede decirme los nombres de alguien que todavía pueda estar allí? ¿Hombres que no estén ya muertos o en el mar la mayor parte del año? ¿Un tabernero, quizás?"

La aguda mirada del capitán pasó de las monedas al rostro del abogado. "Creo que es algo en lo que puedo ayudarte".

Capítulo Catorce

JAMEY SE DETUVO en el camino y miró a las caras del caballo y el jinete que se acercaban. El semental castaño era un animal magnífico, aunque el conde sentado sobre su lomo era obviamente el amo. Lord Stanmore se había quitado la ropa mojada, se dio cuenta el joven, observando cómo la luz moteada del sol que se filtraba entre las hojas de los árboles jugaba sobre el corto pelaje negro que hacía juego con los calzones y las botas altas del jinete.

Miró fijamente a la cara del hombre para calibrar el temperamento de su señoría. Su madre no había tenido que advertirle cuando había salido antes del lago. Aunque, en cierto modo, Jamey había querido impresionar al conde con lo bien que sabía nadar, le bastó una mirada a la cara de su madre para saber que lord Stanmore no estaba muy contento de entrar tras él. Bueno, nadie le había pedido a su señoría que se zambullera tras él.

Aparte de esos pensamientos, Jamey se preguntó si le esperaba una paliza como la que alguien le había dado a Israel. Si así se hacían las cosas aquí, bastaría una paliza para que se fuera. Y tampoco se detendría en la casa. Volvería a Bristol, si era necesario, y se enrolaría como grumete en el próximo barco que zarpara.

Una mirada a la indiferente mirada del conde, sin embargo, y supo que el hombre no se preocupaba por él lo suficiente como para enojarse, y mucho menos para golpearlo.

"Te faltan la camisa y los zapatos".

Las palabras eran una declaración y nada más. Stanmore enroscó el caballo junto a Jamey. En lugar de observar al hombre, la atención del muchacho se centró en el ojo morado del caballo mientras rodaba hacia él. Con gran interés, Jamey observó el parpadeo de la oreja del animal. No pudo evitar extender una mano vacilante y tocar la parte superior de la nariz del caballo y luego su cuello.

"¿Te gustan los caballos?"

Jamey no dijo nada, ya que había hecho un pacto consigo mismo para no responder a nada de lo que le preguntara el conde.

"Tal vez te gustaría montar uno. Puedo hacer que uno de los mozos de cuadra encuentre un poni manso. Puedes empezar a aprender cuando quieras".

Realmente quería montar. De verdad... de verdad quería aprender a montar en poni. No, pensó, quería montar un caballo tan grande y hermoso como éste. Acarició el poderoso cuello del corcel. Era más suave que el terciopelo. Pero de nuevo, su propio voto le impidió mostrar entusiasmo. Puede que sólo tuviera nueve años, pero no era demasiado difícil darse cuenta de las cosas. Tan pronto como su madre pensara que Jamey se llevaba bien aquí, ella desaparecería de su vida, para siempre. De eso estaba seguro.

El caballo golpeó el suelo con impaciencia y Jamey retrocedió, sólo para encontrarse con la

mano del conde extendida hacia él.

"Ven, te llevaré de vuelta a Solgrave."

Podría haber regresado a la casa caminando descalzo y sin ayuda de su señoría, pero le había gustado mucho la sensación del caballo debajo de él la otra noche, cuando había cabalgado hasta la casa, montado detrás del conde. Jamey buscó la manera de subir al lomo del caballo sin aceptar la ayuda de lord Stanmore, pero no la había. Cogió la mano que le tendía y salió volando del suelo, aterrizando suavemente sobre el lomo del animal.

El conde dio media vuelta sobre su silla. "A partir de ahora, avisarás a alguien de la casa cuando decidas desaparecer durante unas horas. Puede que te creas un muchacho independiente, pero la señora Ford lleva demasiado tiempo preocupándose por ti como para cambiar de aires tan deprisa."

Jamey no respondió nada, pero sintió una punzada de culpabilidad por el hecho de que su madre hubiera estado preocupada. Siempre había estado de acuerdo cuando él y los Butler se iban juntos a Filadelfia. Tal vez sólo necesitaba hacerle ver que había muchos menos problemas en los que podía meterse aquí, en Solgrave. Tal vez si le hablara de Israel. Lo pensó un momento, pero al final decidió que no podía. Le había prometido a su nuevo amigo que no le diría nada a nadie sobre él.

El hombre y el muchacho cabalaron de vuelta a Solgrave en silencio. Mientras el semental alazán cabalgaba con facilidad por los senderos del bosque y por los prados ondulados, la mente de Jamey volvió a la pequeña cabaña del bosque y a lo derrotado que había estado su amigo Israel. Le dolía ver lo triste que había estado Israel... y lo asustado que estaba.

Algo andaba muy mal en la finca vecina, y Jamey se preguntó si habría alguien en Solgrave que pudiera ayudarlo a ayudar a su amigo. Tal vez no pudiera vengar la paliza que había recibido Israel, pero de algún modo las malvadas costumbres de Melbury Hall tenían que cambiar.

Y necesitaba encontrar a la persona que podía marcar la diferencia.

La taza y el plato golpearon la pared con un violento estruendo. Otro movimiento de brazo y la mesa quedó casi al descubierto, con bocanadas, polvos, parches y un libro de oraciones prácticamente nuevo volando por el vestidor. La carta arrugada rebotó contra el espejo y cayó inofensivamente sobre la mesa.

"¿Su mensajero sigue abajo?"

La sirvienta retrocedió un paso hacia la puerta y negó con la cabeza. "No, milady. Esto fue entregado esta mañana temprano".

Cuando la mano de lady Nisdale alcanzó el pesado joyero de concha de tortuga y marfil, la joven escapó apresuradamente del camerino de su señora. Un momento después, el sonido de la caja astillando la madera de la puerta resonó en todo el segundo piso de la casa.

"¡Bastardo!" gritó Louisa, abalanzándose sobre la carta y haciéndola pedazos.

Su rabia clamaba por ser liberada, y nada estaba a salvo en su camino de destrucción. Una bata de pura seda que yacía a los pies de la cama estaba partida en dos. Los pesados frascos de perfume que adornaban el arcón se unieron al joyero que había junto a la puerta. Demasiado enfadada para dudar, demasiado frustrada para pensar, recorrió la habitación, volcando mesas y sillas, arrasando todo lo que estaba a su alcance, hasta que finalmente se detuvo sin aliento junto a la ventana, aferrándose a las pesadas cortinas, sonrojada y agotada. Se hundió en el borde de un sofá volcado.

"Te *tenía*, bastardo", gritó. "Eras mío".

Louisa se quedó mirando los trozos del mensaje que había por el suelo. Tan impersonal. Tan comercial. La sola idea la ponía enferma. Odiaba perder. Pensar en el dinero que podía ganar ya era bastante malo. Había invertido su tiempo en el canalla, y el tiempo era un bien preciado para cualquier mujer de su edad. Había planeado. Había esperado. Había hecho todo lo posible para ganárselo para siempre. Y aquí estaba, a pesar de todos sus esfuerzos, desechada como un par de guantes sucios.

La derrota flotaba en la cámara como una nube asfixiante, pero Louisa se levantó, obligándose a pensar.

El reloj de la chimenea que había escapado a su ira no había dado ni una docena de vueltas antes de que el pensamiento le llegara con brillante claridad... había otra mujer. Tenía que haberla. Alguien le había robado lo que era suyo. ¿Qué otra cosa podía ser?

Sabía cómo afrontarlo.

La habitación era un caos, pero Louisa la recorrió con el aire de una diosa de la guerra conquistadora. Se detuvo ante el espejo y admiró su propio reflejo. A pesar de la decepción, sus ojos brillaban, su piel era suave y fresca, sus mejillas estaban llenas de color.

"Déjale que tenga su revolcón con la puta", susurró con altivez al reflejo en el espejo. "Pero será mío una vez que me deshaga de la puta".

Louisa se acercó a la puerta y la abrió de un tirón, esparciendo cristales y joyas por el suelo. En el pasillo, su llamada sonó con excitación. De hecho, sonrió un momento después, cuando el rostro temeroso de la sirvienta apareció en la escalera. Girando sobre sus talones, precedió a la joven hasta el vestidor y se detuvo junto a la ventana.

"Limpia este desastre, ratoncito. Pero antes de eso, llama a Dore para que empaque mis baúles. Y envía a un lacayo a alquilar un carruaje".

"¿Se va de viaje, milady?", preguntó temerosa la joven dejando caer una pequeña reverencia.

"Así es", contestó Louisa, apartando de una patada una almohada mientras se dirigía al armario. "He decidido aceptar una vieja invitación de un viejo amigo para visitar Melbury Hall".

Cuando la sirvienta empezó a salir por la puerta, Louisa la detuvo de nuevo. "Y una cosa más."

"¿Sí, milady?"

"Hoy no he recibido ninguna carta del conde de Stanmore".

La confusión de la mujer se reflejó en su rostro.

"¿Tengo que deletrearlo todo, idiota? Escucha, entonces". Miró a través de la habitación. "Me fui a la finca de Squire Wentworth. ¿Lo has entendido? Y en el caos de mi partida, estúpidamente olvidaste entregarme la carta".

El criado parpadeó y miró los trozos de papel destrozados sobre la alfombra.

"¿Entiendes?" Louisa dijo amenazadoramente.

"Sí, milady. Nunca recibió la carta".

El sol de la mañana bañaba los prados que se alzaban sobre el lago en un día más del mejor tiempo de la primavera. Rebecca miró por la ventana el cielo matutino, cristalino y azul como el huevo de un petirrojo. Suspiró profundamente y se quitó una lágrima perdida.

Al igual que el día anterior, Rebecca comunicó esta mañana que seguía un poco indispuesta. Era una excusa bastante débil, pero había conseguido que Jamey bajara a cenar a solas con su

padre las dos últimas noches. El conde de Stanmore estaba haciendo un esfuerzo por pasar tiempo con su hijo, y lo mejor que podía hacer ella -estaba completamente segura- era justo lo contrario de lo que su señoría le había pedido. Debía mantener las distancias, dejar de entrometerse y permitir que se formara un vínculo entre padre e hijo.

Aunque le doliera hacerlo.

"Aguanta", susurró, reprendiéndose a sí misma por su egoísmo. Era evidente que el conde sabía más de lo que ella creía sobre la crianza de un niño. Jamey había estado perfectamente bien cuando por fin había regresado a Solgrave con su padre hacía dos días, y Rebecca había sido la que había quedado como una tonta por preocuparse por nada.

Entregarlo a este nuevo mundo -un mundo en el que ella no desempeñaría ningún papel- estaba resultando extremadamente difícil, ya que Jamey había sido el único propósito de Rebecca en la vida durante muchos años. Pero sabía que debía hacerlo, y tenía la firme intención de soltar las riendas de la autoridad de sus manos. Ahora era responsabilidad de Lord Stanmore... como debía ser. Los brillantes colores del paisaje fuera de su ventana se desdibujaron momentáneamente como lo habían hecho tan a menudo durante los últimos días.

Sin embargo, no hay nada como pasar un día en soledad para obligar a una persona a buscar respuestas. Había tantas preguntas que tiraban de ella. Más incertidumbres que la relación de Jamey con su padre la distraían, la roían. Rebecca seguía sin saber la verdadera causa de la huida de Elizabeth con su bebé. ¿Qué había en su matrimonio, en este hombre, que la había alejado tantos años atrás?

Nadie mencionó su nombre. No había retratos suyos en la galería de retratos familiares. A pesar de ser la única esposa del conde de Stanmore y la madre del futuro conde, era más bien como un vapor que había llegado con la brisa, para desaparecer tan rápido como había llegado. Era como si nunca hubiera existido.

Y por si eso no fuera suficientemente angustioso, la propia atracción de Rebecca por Stanmore la estaba volviendo loca. El recuerdo de su beso persistía, haciéndole imposible conciliar el sueño y haciéndola soñar despierta como una tonta en sus horas de vigilia.

Pero no podía seguir así.

Rebeca sabía lo que debía hacer. En primer lugar, debía asumir una posición más adecuada en las actividades de la casa. Desde el primer momento de su llegada -a pesar de la ropa sencilla y desgastada, a pesar del hecho de que era una mujer trabajadora común de las colonias- todo el mundo en Solgrave la había tratado como si fuera de la alta burguesía, y ella lo había permitido. Sin embargo, se trataba de un error que pronto corregiría. Aunque no era empleada de su señoría, en rango y estatus social no estaba por encima de sus sirvientes. Invitada o no, le pediría a la senora Trent que la trasladara a una habitación menos llamativa, tal vez más cerca del ala de los criados. Entonces sería más fácil para todos aceptar las cosas como realmente eran. Y podría empezar a pensar en una forma de devolverle al conde toda esa ropa nueva.

Decidida a seguir su curso de acción, Rebecca salió de su habitación y se dirigió por el pasillo hacia las estrechas escaleras que llevaban a las cocinas y al ala de los criados.

Había visto a Jamey temprano, antes de que bajara a desayunar esta mañana. Pasaría el resto de la mañana y parte de la tarde con el Sr. Clarke. Todo iría mejor, pensó, si pudiera moverse de su habitación mientras el muchacho estaba ocupado con sus lecciones.

Sin embargo, estaba a mitad de camino cuando vio a una joven sirvienta que subía una bandeja de plata. La sorpresa de la sirvienta apareció en su rostro antes de que pudiera apartar la mirada.

"Señora Ford". La chica hizo una pequeña reverencia antes de mirarla. "Le dijeron a la Sra.

Trent que seguía usted indispuesta, señora, así que me ha hecho subir con té y tostadas para usted, si le parece bien. Si no le importa que le pregunte, ¿se encuentra mejor, señora?"

"Lo estoy, gracias. Ya puedo llevarme esto". Rebecca cogió la bandeja de la mano de la mujer. "Estaba un poco cansada ayer, pero me siento mucho mejor esta mañana".

"Entonces quizá le apetezca desayunar en el comedor. El conde es muy madrugador, pero el señorito James y el señor Clarke aún están..."

"Esta mañana no, Ellen. Es Ellen, ¿no?"

La chica hizo otra reverencia y sonrió ligeramente. "Sí, señora".

"¿Ha tomado ya la Sra. Trent su propio desayuno?"

"Lo ha hecho, señora, hace horas. Pero la vi hablando con Daniel en la sala de servicio no hace mucho. ¿Quiere que vaya a buscarla?"

Rebecca miró hacia las escaleras. "Tengo una idea mejor. Por qué no vas delante y quizá pueda desayunar allí mientras hablo con la señora Trent".

"¿Con nosotros, los sirvientes?" Un profundo rubor coloreó el pecoso rostro de Ellen. "Si eso es lo que desea, señora."

Había al menos una docena de personas hablando y tomando su comida matutina en la larga mesa de la sala de la servidumbre. Pero todas las conversaciones cesaron en el momento en que Rebeca entró en la sala. La mirada de todos se centró en la puerta, cucharas y cuchillos olvidados en sus manos cuando ella les hizo un tímido gesto con la cabeza. Al instante, todos se pusieron en pie.

Sintiendo la incomodidad del momento, Rebecca apretó la bandeja de plata en la mano y buscó en la sala caras conocidas. Conocía a muchos, pero todos permanecían en completo silencio.

"La Sra. Ford pensó en desayunar aquí en vez de en el comedor. Estaba... la señora Ford estaba buscando a la señora Trent". La explicación de Ellen sólo hizo que las caras se volvieran más incrédulas.

Un pensamiento repentino surgió en la mente de Rebecca: tal vez no pertenecía a ningún lugar en Solgrave. Estaba a punto de echarse atrás cuando Daniel, seguido de un hombre más alto y de aspecto más viejo, entró por otra puerta en el vestíbulo de la servidumbre.

"Vaya, Sra. Ford. Qué alegría verla". El mayordomo se acercó, su saludo tan entusiasta que Rebecca sintió que el peso se le quitaba parcialmente de los hombros. "Estamos tan contentos de que se sienta mejor. Por favor, señora, permítame".

Cogió la bandeja y se la entregó a la joven camarera.

"Ellen, toma esto... y dile a la cocinera que envíe una tetera fresca a la biblioteca".

En cuanto la chica salió corriendo, Daniel bajó la voz y habló en tono confidencial: "Espero que no haya ningún problema que requiriera su presencia en esta ala. Si hay algo que hayamos hecho que no haya sido de su agrado..."

"En absoluto, Daniel. Necesitaba hablar con la Sra. Trent sobre un asunto de poca importancia. Aparte de eso, sin embargo, me pareció prudente permitir que el Sr. Clarke y James empezaran sus clases esta mañana sin distracciones por mi parte."

"Entiendo, señora. Si lo desea, le diré que se reúna con usted en la biblioteca. Su señoría me dijo expresamente que me ocupara de que se sintiera cómoda allí. La vista del lago es absolutamente impresionante con la luz de la mañana, si me permite decirlo. Y entre los libros de la colección de su señoría y los periódicos que se envían desde Londres, tal vez..."

"No necesito nada, Daniel", le aseguró al mayordomo con una sonrisa.

"Estoy encantado de oír eso, señora. Será un honor acompañarla". Señaló con una reverencia

hacia la puerta por la que había entrado.

Rebecca supo que Daniel estaba tratando de decirle, en el mas suave de los tonos, que su estatus en Solgrave no seria inferior al de una invitada apropiada de lord Stanmore, y su ceno se arrugo. Esto representaba un obstáculo imprevisto para su plan.

"No quiero ser una carga. Quizás debería esperar en mi habitación, y..."

"Si me permite hablar sin rodeos, señora", dijo el mayordomo con ánimo, ignorando al hombre mayor que tenía detrás, que carraspeó con evidente desaprobación. "Si me permite el atrevimiento, señora, ayer echamos mucho de menos su compañía. Su presencia sería muy reconfortante para el señor James -y para su señoría en persona, debo añadir- si se encuentra lo bastante bien como para estar por aquí hoy. ¿Me permite?"

Rebecca no sabía qué decir al decidido mayordomo. Así que asintió. Estaba claro que su única posibilidad de cambiar las cosas era con la Sra. Trent. Sin embargo, cuando empezó a seguirla, vaciló al ver al hombre alto que estaba detrás de Daniel.

"¡Ah! Sra. Ford. Por favor, perdóneme. Permítame presentarle a Philip, el mayordomo de su señoría en Londres".

Ante su profunda reverencia, Rebecca asintió suavemente. Bajo su peluca empolvada, el rostro del hombre no mostraba expresión alguna. Al ver a los dos hombres de pie, hombro con hombro, recordó haber oído ayer una conversación entre un criado y un jardinero junto a su ventana. Algo sobre "el viejo tirano con cara de granito del hermano de Daniel".

"Vaya, he oído algo sobre Philip", dijo en tono agradable, encontrándose con la mirada inmutable del hombre mayor. "Tú debes ser el hermano gemelo de Daniel".

Capítulo Quince

LA SEÑORA TRENT le dio una palmada en la mano y negó con la cabeza.

"Me temo que eso está fuera de lugar, querida."

La frustración recorrió la espalda de Rebeca. Al principio, el ama de llaves había parecido realmente afligida cuando Rebecca expresó su deseo de cambiar de habitación. Sin embargo, la expresión de la mujer mayor se había suavizado rápidamente en una mirada de afecto, cuando Rebecca había intentado explicarse. La negativa podía ser suave, pero era definitiva.

"Pero Sra. Trent, le he explicado que la alcoba que ahora ocupo debe estar reservada para visitantes de... de calidad".

¿"Calidad"? Elegante. Un vestido fino no convierte a alguien en 'de calidad', querida. Y puedo decirte por años de experiencia que un título tampoco asegura la calidad. La calidad es un don de Dios. Y tú la tienes. Así que no hablemos más de esto".

"Pero Sra. Trent, yo no soy nadie importante. Creo sinceramente que si me mudara a un lugar más apropiado..."

"Calla. Calla esa forma de hablar, querida. He vivido al servicio de Solgrave toda mi vida. He visto toda clase de señores y damas de alta cuna entrar y salir por esas puertas. Hablo en nombre de todos cuando digo que tienes más calidad en un dedo meñique que muchos de...". Se detuvo y tomó la mano de Rebecca. "No, querida. Dejaremos las cosas como están, creo".

"Sra. Trent..."

"Mira cómo actuamos los que estamos en servicio. Querida, nunca pensé que viviría para ver el día en que Philip y Daniel estuvieran de acuerdo en algo sin pelearse". El rostro redondo de la mujer se descompuso en una amplia sonrisa. "Es verdad. Cuando venía hacia aquí, Philip me paró para recordarme que no debería hacerte esperar. Ahora, fíjate, esto viene de Philip. El hombre nunca ha mostrado tal... bueno, entusiasmo en todo el tiempo que lo conozco".

"Eso no cuenta", argumentó Rebeca, cruzando la biblioteca hacia uno de los ventanales. "Resulta que le encandilé diciéndole que creía que él y Daniel eran gemelos. Puede que Philip sienta debilidad por mí ahora, pero es probable que Daniel no vuelva a dirigirme la palabra".

"¡Posh! Daniel está despierto pensando en cómo podemos servirle mejor". La corpulenta mujer empezó a servir té en una taza. "Hace mucho tiempo que no tenemos una verdadera dama aquí en Solgrave a quien atender. Ahora ven y siéntate y olvídate de toda esta tontería de mudarte a cualquier parte".

"Sra. Trent, estoy estorbando", insistió Rebecca. "Tengo la mejor de las intenciones, pero mientras estoy cerca de ellos, me encuentro invadiendo zonas donde ya no debería... donde no tengo derecho a estar invadiendo".

"Creo que diez años criando al muchacho tú sola... y tan bien como lo has hecho... en esa

tierra de cuáqueros y otros bárbaros te da todo el derecho, querida. ¿Podríamos sentarnos aquí juntos un momento o dos?"

Rebecca se quedó mirando la taza de té que le tendía el ama de llaves. No tuvo más remedio que apartarse de su posición junto a la ventana y unirse a la señora Trent.

"Y tampoco empieces a hablar tan pronto de irte, que no hace ni una semana que has llegado, y ese chaval todavía te necesita... como es natural, a mi modo de ver".

Rebecca sintió que el estómago se le revolvía ante la mera mención de esas palabras. Estaba muy lejos de estar preparada para separarse de Jamey. Aunque las cosas estaban progresando como ella esperaba, seguía albergando preguntas sin respuesta sobre el pasado de lord Stanmore, y preocupaciones sin disminuir sobre el futuro de Jamey. Aparte de eso, ni siquiera soportaba pensar en sus propios sentimientos o en la vida vacía que le esperaba de vuelta en América.

"Pero no creas que necesitas estar mirando por encima del hombro del señorito James todo el tiempo. Entre el Sr. Clarke y el resto de nosotros, estará bien atendido. Aun así, debes estar lo bastante cerca para que el joven amo vea que todo va bien".

Rebecca dio un sorbo al té, pero no dijo nada.

"Sé que esto es el campo, y no parece haber mucho que hacer aquí. Podrías haber disfrutado más si el conde hubiera dispuesto que pasaras algún tiempo en Londres, a mi entender."

"No tengo ningún deseo de ir a Londres. Insistí en que viniéramos aquí".

La señora Trent le dedicó una sonrisa de aprobación. "Bueno, si sabes dónde buscar, hay mucho que hacer aquí en Solgrave. La galería tiene cuadros que la gente ha venido a ver desde casi todas las capitales del continente. Y como puedes ver, su señoría tiene una buena biblioteca. Y el campo por aquí tiene algunos paseos muy bonitos. Incluso hay un lugar donde la madre de su señoría hizo erigir un asiento en la base de un antiguo roble. La vista que ofrece el lugar es encantadora, querida, realmente encantadora. Y si montas a caballo, los senderos que atraviesan los bosques del parque son muy vigorizantes, me dicen, aunque yo nunca he montado a caballo. Y el pueblo de Knebworth, tal como es, no está lejos al este de nosotros. Pero, por supuesto, este domingo después de la iglesia, su señoría seguramente le presentará a algunos de los vecinos de la alta burguesía. Sí, querida, lo verás por ti misma, tenemos mucho que recomendar aquí en el campo".

"Oh, no lo dudo en lo más mínimo, Sra. Trent. Es sólo que yo... bueno, no estoy acostumbrada a una vida de tanta... bueno, actividad pausada". Rebecca sabía que esto era otra parte de su problema. Sabía que esa ociosidad forzada pronto daría paso a pensamientos y sueños fantasiosos, ocupaciones a las que no tenía derecho a dedicarse. "¿Hay algo que pueda *hacer* en el pueblo?"

"¿*Hacer*, querida? ¿Quieres decir trabajar?" Los ojos de la Sra. Trent se redondearon de asombro ante la mera sugerencia.

"Bueno, algo constructivo con lo que pueda ocupar mi tiempo". Rebecca respondió esperanzada. "Todo aquí en Solgrave está cuidado. Bajo la dirección de Daniel y la tuya, la mansión funciona con gran eficiencia. Como James va a pasar la mayor parte de sus días con el señor Clarke, he pensado que tal vez haya cerca una escuela para niñas que pueda necesitar un tutor. O un ministro que sepa de alguna obra de caridad que necesite hacerse".

La mirada curiosa del ama de llaves se suavizó y puso su cálida mano sobre la de Rebecca. "Eres preciosa. Espera a que le cuente esto a Daniel y..."

"Oh, por favor, no", interrumpió de inmediato. "Mis intenciones son ser de alguna utilidad para otra persona y distanciarme un poco de las actividades cotidianas de Jamey. Lo último que necesito ahora es que la gente me considere algo más de lo que soy".

El ama de llaves le dio un golpecito en la rodilla. "Di lo que quieras, querida, pero los demás por aquí ya saben el buen corazón que tienes".

"Gracias", murmuró Rebecca en voz baja, tomando un sorbo de té para ocultar su rostro sonrojado. No se le daban muy bien los elogios, sobre todo cuando carecían de fundamento como éste. "Entonces, ¿hay alguien a quien pueda ir a ver, señora Trent? ¿Alguien en Knebworth Village?"

Devolvió la taza al plato y esperó pacientemente a que el ama de llaves reflexionara sobre su pregunta.

"De hecho, hay dos personas en el pueblo que sé con certeza que aceptarán tu oferta de ayuda. Pero antes de hablar de eso, hay algo que deberías saber sobre nuestro pueblo". El ama de llaves hizo una pausa y sirvió más té en la taza de Rebeca. "El pueblo se levanta en las tierras que forman parte de Solgrave, y todos los que viven allí son arrendatarios de su señoría. Pero en los últimos ocho años, desde que el padre cayó enfermo y el hijo se hizo cargo, no se han cobrado las rentas."

El conde de Stanmore es un hombre muy generoso, pensó Rebecca. Frunció el ceño al darse cuenta de que cada día descubría más cosas que le gustaban de su colega.

"Su señoría nunca ha sostenido la idea de que haya que preservar una tradición, si la gente sufre por ello. El pueblo se autoabastece entre su agricultura y los comerciantes de allí, y la riqueza de los Stanmore puede prescindir fácilmente de lo que su señoría podría estar cobrando a sus arrendatarios." La señora Trent lanzó una rápida mirada en dirección al retrato que colgaba sobre la chimenea. Rebecca siguió su mirada, fijándose en la representación de un hombre mayor. "Debo serte sincero, querida, nuestro Samuel Wakefield pasaba muy poco tiempo en compañía de su padre, y además era algo bueno. Bendito sea, el padre de su señoría no podía llamarse fácilmente un alma generosa. Pero sólo te cuento esto para que comprendas la estima que la gente del pueblo tiene por el señor. Y en su mayor parte, si creen que te están ofreciendo algo que podría provocar el disgusto de su señoría, bueno...". Sacudió la cabeza dubitativa.

Samuel Wakefield, el conde de Stanmore. Rebecca recordó la primera mención del nombre cuando se enfrentó a sir Oliver en la puerta de sus habitaciones en Filadelfia. Recorrió con la mirada la espaciosa biblioteca. Su mirada se detuvo una vez más en el formidable porte del padre que los miraba.

"¿Dónde estaba?"

Rebeca volvió a centrar su atención en la mujer sentada ante ella. "Ibas a recomendarme a algunas personas del pueblo".

"Sí. El reverendo Sr. Trimble... y el Sr. Cunningham. El primero es el rector de la iglesia, y el segundo es el maestro de nuestra pequeña escuela." La Sra. Trent levantó una mano. Pero antes de que pregunte por qué no se pidió al señor Cunningham que viniera a dar clases al señorito James, debo decirle que el maestro de escuela está bastante ocupado con sus obligaciones por la zona. Él y el Reverendo Trimble han formado una especie de sociedad, para asomar sus cabezas donde haya necesidad. Y por eso tengo que advertirte... entre los dos, puede que no encuentres un momento de descanso para ti. Así que tienes que ser específico en tu petición. Buscas algo pequeño que hacer. No quieres pasar tus días a su entera disposición. Tú..."

"Creo que esta mañana daré un paseo hasta el pueblo". Rebeca dejó la taza y el plato. Ya se sentía mejor con todo. Esto era exactamente lo que necesitaba: una distracción y un poco de distancia de Solgrave... y de su amo.

"Haré que Daniel arregle que traigan un carruaje".

Rebecca se puso en pie. "Prefiero caminar, señora Trent. Me gustaría hacerme una idea de las

distancias. ¿Puedo usar su nombre a modo de presentación?"

"No necesitarás presentación, querida. El pueblo bulle desde tu llegada y la del joven maestro. Todo el mundo está ansioso por verte". La Sra. Trent la acompañó hasta la puerta. "Creo que le gustará el pueblo de Knebworth y su gente. Son gente amable y trabajadora, querida. Muy parecidos a ti, si me permites decirlo".

El camino a través del bosque y la pradera que conducía a la aldea era tranquilo y reconfortante, la tranquilidad sólo se veía interrumpida por el trinar de los pájaros y el susurro de las hojas cuando las pequeñas criaturas del bosque se dispersaban al acercarse Rebecca.

La quietud del bosque era una de las pocas cosas que había echado de menos mientras vivía en medio del ajetreo y el bullicio de una ciudad en crecimiento como Filadelfia. En realidad no la echaba de menos, pensó, porque había estado demasiado preocupada por Jamey y por las exigencias de su vida cotidiana como para perder el tiempo echando de menos nada. Pero aquí en Solgrave, a cada paso que daba, le venían a la cabeza recuerdos de sus paseos infantiles por los campos y parques de los alrededores de Oxford. Recuerdos agridulces de compañeros que habían recorrido esos caminos con ella. Amigos ahora separados de ella por los años y la sociedad... y la sangre derramada de un villano rastrillo.

Y con esos recuerdos, las dudas que arrastraba desde niña salieron a la superficie. Dudas y temores que había apartado de sus pensamientos, preguntas a las que nunca había buscado respuesta. Caminando hacia la aldea de Knebworth, Rebecca se vio incapaz de disiparlas.

Intentó pensar en la discusión que había tenido antes con la Sra. Trent. El ama de llaves le había dicho cosas tan dulces, aunque no fueran ciertas. No era la primera vez que la confundían con algo que no era. Incluso en Filadelfia, las personas con las que había conocido y trabajado siempre la habían tratado con gentileza. Es cierto que nunca la habían aceptado realmente como una de ellos, sino que la habían respetado y tratado como alguien superior.

Recordó las palabras de su amiga Molly, los comentarios sobre el saber y el ingenio de Rebecca. E incluso antes, cuando conoció a Lady Hartington, su patrona había quedado muy impresionada con el "algo" que poseía la nueva tutora. Eso, sumado a la respetada reputación de la Academia para Niñas de la señora Stockdale, hizo que Mary Hartington considerara a Rebecca una excelente elección para sus tres hijas.

Una brisa repentina sacudió el sombrero de paja de Rebeca, que cogió el extremo de las cintas y se lo quitó de la cabeza. La sensación del aire primaveral y del cálido sol era celestial en su rostro.

La persona que era y las suposiciones incorrectas que la gente hacía sobre su origen se debían, por supuesto, exclusivamente a la señora Stockdale y a los años que Rebecca había pasado en su colegio. Había tantas cosas que había aprendido en aquel lugar exclusivo. Es cierto que algunas de ellas eran tan frívolas para alguien de su posición en la vida que nunca las admitiría abiertamente. Montar a los sabuesos, la importancia de la gracia y la sumisión en los modales de una dama, la planificación de fiestas -desde el té de la tarde hasta un baile apropiado-, los pasos adecuados para las formas "aceptables" de bailar, cómo responder cuando se dirigen a ella en términos de cortejo jóvenes tanto de rango superior como inferior. ¿De qué le servirían a Rebecca Neville esos conocimientos? ¿De qué le serviría a Rebecca Ford semejante estupidez?

Cómo había podido pagarse la matrícula de la buena escuela era en sí mismo un misterio que ella había dado por sentado durante mucho tiempo. Muchas veces le habían hablado del abogado

que ella suponía era su benefactor. Pero a la escuela de la señora Stockdale asistían los vástagos de condes y barones, las hijas más codiciadas de la sociedad inglesa. Aún recordaba los elegantes carruajes que partían cada primavera hacia las elegantes casas de Londres, Bath y Bristol, casas que ella sólo podía imaginar. También tenía grabadas en la mente las imágenes de los carros llenos de baúles con ropa nueva y elegante que llegaban cada otoño.

Y era la hija de Jenny Greene. Al menos, esas fueron las palabras de Sir Charles Hartington. Estaban grabadas a fuego en su cerebro. Y con ellas, el recuerdo de la agresión y el asesinato y su propia huida salvaje hacia la oscuridad. Intentó no pensar en aquella noche maldita. En su lugar, se obligó a concentrarse en el único nombre que le habían dado sobre su parentesco... Jenny Greene.

Ella conocía el nombre Jenny Greene. Todo el mundo en Inglaterra conocía a Jenny Greene. Había sido la niña mimada del teatro londinense y había tenido en sus manos el corazón de príncipes y pobres. Jenny Greene había llevado una vida que era famosa por su libertad, una vida que estaba aparentemente por encima de la censura de la sociedad... al menos durante un tiempo. Rebecca se sonrojó al pensar que podría tratarse de su madre.

Pero ahora se preguntaba por qué la actriz se había tomado la tremenda molestia de enviar a su hija a un lugar así. ¿Por qué no volvió a ponerse en contacto con ella en todos los años que siguieron? Esta mañana, mientras esperaba a la señora Trent en la biblioteca de lord Stanmore, Rebecca había hojeado distraídamente un número reciente del periódico londinense *Daily Advertiser*. Cuando se encontró hojeando la lista de las obras que se presentaban en los diversos teatros de la ciudad, se dio cuenta con un sobresalto de que su verdadero objetivo había sido encontrar un nombre. El nombre de Jenny Greene. Ni siquiera sabía si la mujer... no, su madre... seguía viva.

Rebecca se detuvo en la cresta de una colina y levantó la cara para dejarse acariciar por la brisa. La vista del valle que tenía ante ella era impresionante. Enmarcados por el verde borde del bosque, los prados y pastizales descendían hasta un río que serpenteaba suavemente y Knebworth, un pequeño y ordenado pueblo enclavado en un mosaico de granjas. Se volvió y miró hacia atrás. Desde allí sólo se veía la cima de Solgrave. Cuando el invierno hubiera despojado a estos árboles de sus hojas, pensó, qué bienvenida sería la vista de aquellas chimeneas y robustos muros para un viajero frío y cansado.

"No es que vayas a verlo, Rebecca Neville", murmuró.

Respirando hondo, le dio la espalda y comenzó a bajar la pendiente hacia el pueblo. Se colocó el sombrero de paja detrás de una oreja cuando el ruido de un jinete que se acercaba la hizo apartarse del camino. Un instante después, desde un recodo de los árboles, vio aparecer al caballo y al jinete. Su corazón traicionero se aceleró al verlo.

"Señora Ford". La sorpresa de lord Stanmore era evidente en su voz, pero Rebecca trató de concentrarse en el ancho pecho del corcel que brincaba, en lugar de mirar fijamente al hombre que lo controlaba. "Por favor, no me diga que James ha vuelto a desaparecer".

"No, milord". No tuvo que levantar la vista para saber que se burlaba de ella. Cansada de luchar con el sombrero y el viento, volvió a quitárselo y sujetó las cintas con fuerza con una mano.

"Un sombrero muy bonito, señora."

"Gracias. Como James está muy ocupado con sus clases y la mañana está tan agradable, he decidido dar un paseo hasta el pueblo". Ella le miró mientras se apeaba del cazador gris, frunciendo el ceño al sentir las mariposas en el estómago.

"¿Puedo acompañarte?"

Estiró una mano en dirección a Solgrave y luego señaló en dirección contraria. "Seguramente... pero tú debes ser... de verdad, puedo encontrar el camino". Sonaba peor que el Sr. Clarke en sus momentos más vacilantes.

Le dio unas palmaditas en el hocico a su corcel y la miró expectante. "¿Te importaría mucho que me uniera a vosotros?"

Su tono amable atrajo su mirada. Mirando la profundidad plateada de sus ojos negros, se dio cuenta de que tal vez era incapaz de negarle nada. Dios mío, pensó, el pánico la invadió.

"No, no me importa", se oyó decir.

Emprendieron el camino hacia el pueblo en silencio. Donde el sendero serpenteaba a través de una arboleda, la quietud del bosque era más pronunciada que antes. Rebecca echó un vistazo al discreto espacio que el conde mantenía entre ellos mientras su caballo avanzaba tras ellos. No le tenía miedo, se dijo Rebecca. Era ella misma. Su pánico procedía de las sensaciones que él le había producido, de los recuerdos que había despertado en ella. ¡Tan vívidos eran esos recuerdos! Eran cosas que había intentado olvidar con todas sus fuerzas. Echó un rápido vistazo en su dirección y lo encontró mirando al frente. Parecía haber aceptado sus palabras de que todo el incidente había sido un error.

Si pudiera creérselo.

"Fue angustioso oír que te habías puesto enfermo. Espero que te encuentres mejor".

"Siento haber preocupado a su señoría". Rebecca retorció los extremos de las cintas del sombrero alrededor de sus dedos y miró hacia una cantera de piedra abandonada que se abría de repente a la izquierda del camino. Decidió decir la verdad. "No me pasaba nada. Pero después de pensar un poco en tus observaciones anteriores, me encontré de acuerdo contigo en cuanto a la excesiva e innecesaria protección que siento por Ja... por tu hijo."

"Ya veo. ¿Estás de acuerdo conmigo, y luego te propones castigarnos manteniéndote alejado?"

"¿Castigar?" Sorprendida, le lanzó una mirada de reojo y luego se centró en el camino. "No, milord. Estaba aplaudiendo su juicio. Intento dar a James cierta distancia para que se adapte mejor a las nuevas caras de su vida".

"Mi querida señora Ford, sé que no me considera una experta en crianza de niños -y con razón, por supuesto-, pero por lo que acaba de decir, creo que sabe incluso *menos* que yo".

Se volvió bruscamente hacia él. "¿Intenta ser hiriente, milord?"

"Difícilmente. Pero te sugiero que dejes de intentar forzar que se forme un vínculo entre James y yo". Su tono era suave. "Fuiste tú quien me aconsejó la necesidad de darle tiempo a James. Estoy de acuerdo. Él necesita tiempo. Y yo también lo necesito".

"Sí, tiempo para pasarlo juntos. Pero esto es lo que intento darte".

Sacudió la cabeza. "Privados de tu presencia, hemos tenido la más incómoda de las cenas durante dos noches seguidas". Se quedó mirando al frente un momento antes de volverse hacia ella. "James se niega a decir una palabra y a levantar la vista de la comida en toda la velada. Por cierto, sus modales son bastante intachables. Le felicito".

"Gracias.

"Pero su silencio intratable apenas mejora nada". Hizo una pausa. "No es que el Sr. Clarke se haya dado cuenta, por supuesto. Anoche cometí el grave error de pedirle que se quedara a cenar. El hombre hablaba sin parar. Me las arreglé para mantener una fachada cortés. Mis años en la Cámara de los Lores me han enseñado a parecer interesado, incluso cuando mis pensamientos se dirigen a... bueno, a gente más interesante".

Él la miró fijamente, y ella luchó por ignorar el calor que irradiaba su vientre.

"Si se refiere a mí, milord, debo protestar enérgicamente que no soy nada 'interesante' y no habría aportado nada a la conversación de la cena. De hecho, estoy bastante seguro de que no habría considerado mi presencia ninguna mejora".

"No estoy de acuerdo". Sus ojos oscuros le sonrieron, y Rebecca se sintió cada vez más cálida bajo sus atenciones. "Tu presencia podría haber hecho callar al tutor y sin duda habría lavado parte de la melancolía de la cara de James. Ahora, en cuanto a mi propia respuesta a tu compañía... creo que sabes que habría sido un honor tenerte con nosotros".

El sendero los sacó del bosque y los llevó al sol radiante de la pradera. Al pie de la colina, el pueblo bullía de actividad. Santuario, pensó.

"Ya casi hemos llegado". Se colocó el sombrero sobre la cabeza y volvió a intentar anudarse las cintas ante la creciente brisa.

"Permíteme".

El suave toque de su mano en el codo la dejó helada. Sujetando el sombrero con una mano, se sintió impotente cuando él la giró hasta que quedó frente a él. Se quedó mirando la amplia extensión de su pecho, el cuello blanco y la corbata que asomaban bajo el chaqué negro. Se atrevió a mirar los labios firmes y carnosos y los ojos oscuros que estudiaban cada defecto de su rostro.

Sin prisas, le ató las cintas a la garganta. Cuando terminó, sin embargo, no soltó los extremos de las cintas. Las riendas del caballo yacían en el suelo, y ella sintió el roce de sus dedos abrasándole la piel mientras le apartaba el pelo de la cara.

"Envidia el viento".

Sobresaltada, se tragó el nudo de miedo que tenía en la garganta cuando él bajó la cabeza. Dividida entre el deseo de huir y el deseo aún más fuerte de volver a sentir su boca contra la suya, se quedó clavada en el suelo y cerró los ojos.

El roce de sus labios fue suave, pero el calor se disparó a través de ella, encendiendo su sangre y reduciendo sus huesos a cera fundida. Sus manos se crisparon por un momento, pero luego se abrieron contra el pecho de él. El deseo chisporroteaba en el estrecho espacio que los separaba y los labios de Rebecca se entreabrieron cuando la presión de su boca se hizo más persistente. Sus lenguas bailaron y, de repente, hambrienta de más de aquel calor tortuoso, se puso de puntillas y le rodeó el cuello con los brazos.

Un gemido de placer sonó en algún lugar profundo de su garganta, y las manos de Stanmore se volvieron ávidas al apretarla contra él con tanta fuerza que no quedó ni un soplo de distancia entre sus cuerpos. Ella habría estado perfectamente dispuesta a permanecer amoldada contra su cuerpo, pero él terminó abruptamente de besarla.

Él se apartó de ella, y ella se obligó a abrir los ojos, aunque no podía forzarse a respirar. Le tocó los labios con los dedos.

"No volveré a meterte prisa", dijo, con voz ronca y oscura. "Tenemos todo el tiempo del mundo".

Capítulo Dieciséis

A MEDIDA que se acercaban al pueblo de Knebworth, Rebecca sintió como si una espesa niebla la envolviera. Como en un sueño, casi podía verse a sí misma caminando, con un pie delante del otro, el sol brillando en lo alto, la brisa enviando ondulantes olas a través del mar verde que la rodeaba. Sin embargo, apenas sentía su cuerpo.

Sólo cuando llegaron a la primera de las casitas enclavadas en la colina, sus sentidos empezaron a reaccionar. El olor de la tierra primaveral se grabó en su cerebro. El ladrido de un perro más allá de la pequeña plaza del mercado. El silencio constante del río fluyendo a través de la tríada de arcos de piedra que sostenían un antiguo puente. La niebla se disipó de repente, dando paso a una claridad nerviosa y afilada.

Los separaba la misma discreta distancia que antes, y ella le lanzó una rápida mirada. Su rostro no mostraba nada, y sus ojos estaban fijos en el pueblo que tenían delante. Cualquiera podría pensar que se trataba de dos conocidos casuales cuyos caminos se habían unido un momento antes.

Sin embargo, con sólo esa mirada momentánea, la tranquilidad en el cuerpo y la mente de Rebecca estalló de repente en un vendaval en toda regla. El miedo y el deseo se enfrentaron en una batalla tumultuosa y primordial. Quería tocar sus propios labios y sentir dónde él la había tocado por última vez. Y luego se preguntó cómo sería capaz de recordar el sabor de sus labios y su suave textura durante la eternidad de anhelo que iba a comenzar tan pronto.

¿Tan pronto? pensó, mirando las rosas que se desparramaban por el muro del jardín. La intensidad de sus sentimientos la desconcertaba por completo. ¿Cómo había sucedido? Mientras caminaban, podía sentir el poder de su presencia a su lado; podía sentirse atraída hacia él. Era como si entre ellos se hubiera formado una cuerda tensa y ardiente que tiraba de su centro. Y eso la emocionaba tanto como la aterrorizaba. Después de todo, ¿cómo era posible que ella -una mujer que siempre había rechazado tales sentimientos- hubiera caído tan fuerte y tan rápido?

Rebecca sabía lo que sentía. No era una niña. Le había costado un gran esfuerzo contener sus emociones después del beso. Le estaba costando aún más esfuerzo caminar a su lado y no volver a mirarle, porque también sabía que debía mantener una cierta indiferencia. Pero, ¿cómo podría hacerlo? se preguntaba desesperadamente. Cuando él dirigió su aguda mirada hacia su rostro, ella supo que estaba leyendo sus pensamientos, escudriñando en su alma.

Era un juego peligroso, en el que el conde de Stanmore era claramente un maestro. Su mirada, sus palabras, su tacto... estaba jugando con ella en cuerpo y alma. Era un juego mortal en el que ninguna superficie era sólida, ningún borde firme. Por mucho que intentara estabilizarse, su agarre sólo encontraba nubes y nieblas que se disipaban, escurriéndose entre sus dedos. Era un juego tan complicado que sabía que se ahogaría en él.

Pero lo irónico de todo era que sabía que su única salvación residía, junto con su condena, en el mismo toque prohibido. Su toque. Y no podía evitarlo. Ella no quería ayudarse a sí misma, al parecer.

Su voz profunda dispersó sus pensamientos. "No es Filadelfia, estoy seguro, pero bienvenido a nuestro pequeño pueblo". Señaló hacia delante. "Tenemos varias tiendas situadas a lo largo del camino. Knebworth es un pueblo bastante activo, dentro de lo que cabe. Sobre todo los días de mercado. Y tenemos una iglesia -puede verla justo ahí- que data de Alfredo el Grande".

"Esperaba conocer al rector... y quizá también al maestro de escuela". Ella miró más allá de su abrigo, mirando fijamente el seto verde que bordeaba el carril.

"La escuela es el penúltimo edificio del pueblo. La rectoría se encuentra colina arriba desde la iglesia. Puedes verla allí... es la que tiene el tejado de pizarra y el nuevo establo cerca de ella".

Ella miró en la dirección que él le indicaba. "Gracias, milord. No tenía intención de detenerle. La Sra. Trent me dio indicaciones detalladas. Puedo encontrar el camino".

Ignorando obviamente la oportunidad que ella le ofrecía y alejándose de ella, miró a un grupo de niños muy pequeños que jugaban a un ruidoso juego en el patio delantero de una casa de campo por la que pasaban. "Sé que el señor Cunningham, nuestro maestro de escuela, suele estar ocupado durante el día. Estaré encantado de presentárselo otro día. No obstante, será un placer acompañarles a la rectoría".

Rebecca susurró sus palabras de agradecimiento mientras él le guiaba por la calle del pueblo. Era un pueblo encantador y bullicioso. Podía verse al zapatero en la ventana de su casa, encorvado sobre su trabajo. El Cisne Negro, una gran posada de entramado de madera, tenía un jardín con árboles frutales y pérgolas de glicinas cubiertas de pálidas flores de lavanda. En el patio de la caballeriza de Stafford se veían varios carros y carruajes bien equipados e incluso un nuevo faetón de cuatro ruedas. Al notar su interés, lord Stanmore le informó de que el hermano del señor Stafford construía carruajes.

Mientras caminaban, algunos habitantes salieron a saludar y a ser presentados. Nadie parecía preocuparse por las formalidades. En la plaza del mercado, un carretero les saludó ruidosamente, y el conde se aseguró de detenerse junto al carro del hombre para presentarle a Rebeca y preguntarle por su familia. Un panadero y su esposa se apresuraron a salir en medio de una nube de polvo de harina, con pasteles de carne en la mano como regalo para el señor.

Más allá de la iglesia de piedra, lord Stanmore la condujo por un estrecho sendero. Al detenerse ante el nuevo establo, entregó las riendas a un joven y alegre mozo de cuadra, y ambos ascendieron por un sendero que pasaba junto a un cuidado jardín de hortalizas y flores hasta la puerta de la rectoría.

"El buen currículo del rector no estaba en su establo, y el reverendo Trimble es conocido por hacer una o dos visitas por la parroquia por las mañanas. Así que es posible que usted tampoco tenga la oportunidad de hablar con él. No obstante, a la señora Trimble, esposa del rector, le gusta bastante la compañía. Estoy seguro de que estará encantada de recibirte".

Mientras esperaban a que se abriera la puerta, Rebeca observó en secreto su apuesto perfil mientras miraba pensativamente hacia el jardín.

"Le ruego que me perdone, Sra. Ford, pero voy a dejarla al cuidado de la Sra. Trimble por un tiempo. Me temo que hay otros asuntos de los que tengo que ocuparme esta mañana."

"No hay razón para disculparse, milord. Puedo encontrar el camino de vuelta a Solgrave. Aprecio mucho lo que ya ha hecho".

"¿Puedo volver a llamar por usted antes del mediodía?"

Se sintió cautivada por sus ojos oscuros e inquisitivos. "Bueno, no lo sé. Ya te he preocupado

más de lo que debería. De verdad, yo..."

"Si no le importa, entonces, volveré a por usted justo antes del mediodía". Al abrirse la puerta, Stanmore sonrió ampliamente a la cara de una sorprendida sirvienta, que se apresuró a hacer una reverencia y abrió la puerta de par en par. Cuando la muchacha se dio la vuelta para conducirlos al salón, las palabras del conde fueron un susurro en sus oídos. "Me haces un gran honor al permitirme el placer de tu compañía dos veces en un día".

Tomándola del brazo, lord Stanmore la condujo a una habitación soleada y agradable, donde una mujer muy alta y de aspecto amable se levantó para recibirlos.

Sin embargo, mientras los presentaban, lo único que Rebecca pudo hacer fue rezar para que su propia mejilla sonrojada se atribuyera al paseo y no a las atenciones de su acompañante.

La señora Trimble caminaba con una pronunciada cojera, pero el vivo ingenio y la cálida hospitalidad de la anciana parecían indicar que la esposa del rector poseía un espíritu impávido ante cualquier aflicción personal.

Después de presentar a las dos mujeres, lord Stanmore se disculpó y Rebecca y la señora Trimble se sentaron juntas, con una conversación interrumpida por el agradable canto de los pájaros en un cerezo que había junto a las ventanas abiertas.

Les trajeron el té al salón y, tras algunas bromas sobre el tiempo y el pueblo, Rebecca se encontró completamente a gusto con la mujer. No hubo preguntas indiscretas. Nada sobre la vida de Rebecca en Filadelfia. Ni preguntas entrometidas sobre su pasado o sobre la educación de Jamey. Mientras tomaba el té, se dio cuenta de que nadie que hubiera conocido desde su llegada a Solgrave la había interrogado sobre esos temas. Y con muy poca insistencia, la señora Trimble charló sin problemas sobre su vida con el irlandés educado en Oxford y sobre los ocho años que habían pasado en la vieja iglesia del pueblo. En un momento dado, sin embargo, hizo una pausa con el ceño ligeramente fruncido.

"Ahora bien, cuando hace tantos años le ofrecieron a mi marido vivir en Knebworth Village, no dudó en aceptar el puesto. Había conocido a su señoría, es decir, al actual conde, cuando el anterior Lord Stanmore estaba en sus últimos años de vida. El reverendo Trimble siempre se ha sentido realmente impresionado por la postura de su señoría ante la política de nuestro tiempo." La señora Trimble se inclinó hacia Rebecca y bajó la voz confidencialmente. "Así que puede imaginarse la angustia que experimentó mi marido cuando la mansión vecina pasó a manos del terrateniente Wentworth durante nuestro tercer año en Knebworth. Los cambios en Melbury Hall fueron inmediatos y no para mejor, déjame decirte, a pesar de los esfuerzos de mi marido y del señor Cunningham, el maestro de escuela."

Rebecca escuchó atentamente.

"Creciendo en esa problemática tierra de Irlanda como lo hizo, mi marido nunca ha sido un hombre que pudiera hacer la vista gorda ante tales condiciones. Y nunca ha sido uno, Dios lo bendiga, que busque el favor de otros caballeros a expensas de los oprimidos... en Melbury Hall o en cualquier otro lugar".

"¿Se maltrata abiertamente a la gente allí?"

La señora Trimble se levantó y colocó su taza de té sobre un aparador. Rebecca pudo ver por sus movimientos que la rodilla de la mujer estaba bastante rígida.

"Las condiciones fueron espantosas desde el principio. He oído al reverendo Trimble y al señor Cunningham culpar de gran parte de ello a la sucesión de hombres duros que el

terrateniente Wentworth ha empleado para supervisar la gestión de la mansión y las granjas. Pero el problema es más profundo. El terrateniente mantiene africanos como esclavos, ya sabes".

"No lo sabía."

"Muchos de nosotros sabemos que es una práctica bárbara, pero Squire Wentworth cree que tiene la finca modelo para el caballero granjero moderno".

"¿Y Lord Stanmore está contigo en el asunto?"

"¡Bueno, por supuesto! Es un firme defensor de la abolición en el Parlamento. Y aquí en Hertfordshire, ha sido muy persuasivo con sus compañeros terratenientes. Samuel Wakefield es una fuerza a tener en cuenta cuando se trata de tal injusticia".

"¿Lo es?"

"Me han dicho que él y el escudero han tenido varias discusiones acaloradas sobre la tenencia de esclavos. Por supuesto, el escudero no es hombre que desafíe abiertamente a lord Stanmore... al menos, no con tantas palabras. Creo que envidia demasiado la influencia de su señoría en la sociedad como para enemistarse con él. Pero nadie cree que haya amor perdido entre los dos hombres".

"¿Siguen siendo tan malas las condiciones?"

"Creo que Lady Wentworth ha intentado hacer lo que ha podido. Al menos, me gustaría pensar que sí, pero... bueno, esa pobre gente sigue siendo mantenida como ganado". La señora Trimble volvió a sentarse junto a Rebecca. "Aunque tiene buen corazón y es muy diferente a su marido, Lady Wentworth es algo tímida. Por desgracia, también prefiere pasar la mayor parte del tiempo en Londres. El reverendo Trimble y el señor Cunningham han asumido la difícil situación de esa pobre gente como su misión personal, pero no pueden hacer mucho."

Por muy mejoradas que fueran sus vidas y por muy amable que fuera la esposa del terrateniente, Rebeca estaba de acuerdo en que la esclavitud era abominable y cruel por su propia naturaleza.

"¿Puedo preguntar si hay alguna manera de que pueda ayudar al reverendo Trimble en sus esfuerzos en Melbury Hall?"

La señora Trimble tomó la mano libre de Rebecca entre las suyas. "¡Por supuesto, Sra. Ford! Tanto a mi marido como al señor Cunningham les vendría bien su ayuda en una docena de formas".

"El Sr. Cunningham parece ser de gran ayuda para su marido".

"Ciertamente lo es. El mejor joven escocés que puedas conocer". La mujer señaló hacia su propia rodilla. "Pero más ayuda siempre es bienvenida. Desde mi accidente de carruaje, mi ayuda se ha limitado a lo que puedo hacer alrededor de la rectoría. Ir tan lejos como Melbury Hall está un poco más allá de mí, me temo".

"Está claro que hacéis mucho. Hay un aura de belleza y felicidad que rodea tu hogar. Tu casa, los jardines... todo te honra". Rebecca miró con admiración alrededor de la habitación. Volvió su atención a su anfitrión y fue recibida con una sonrisa de agradecimiento. "Pero, ¿se le ocurre alguna forma concreta en la que pueda serle útil? Verá, honestamente no sé cuánto tiempo estaré en Solgrave".

La mujer asintió con comprensión. "Hasta ahora, el terrateniente no se ha atrevido a intentar desautorizar las visitas del reverendo Trimble a Melbury Hall. Usted podría acompañarle y comprobar la salud de los que viven allí. El Sr. Cunningham ha estado intentando enseñar un poco de lectura y escritura, pero la presencia del maestro allí ha sido... bueno, sólo permitida a regañadientes por el terrateniente. Si tienes alguna aptitud para la enseñanza, sé que agradecerían cualquier ayuda que pudieras darles en..."

"Estaría muy dispuesta". Dijo Rebecca, sintiendo que se le levantaba el ánimo. "Tal vez usted podría designar un tiempo que debo volver a reunirse con su marido. "

"Mejor aún, señora Ford, me aseguraré de que el reverendo Trimble pase a visitarla a Solgrave mañana por la mañana". Su anfitriona frunció los labios pensativamente. "Pero quizás deberíamos concertar primero una reunión con Lady Wentworth. El Sr. Cunningham nos comentó anoche que ha llegado de Londres antes de lo esperado. Al parecer, un conocido suyo... o su marido... estará de visita en Melbury Hall. Esperaba llegar anoche, de hecho."

"Lo que le parezca mejor, señora Trimble", murmuró Rebecca, echando un vistazo al ornamentado reloj que había sobre la chimenea. Aún faltaba media hora para el mediodía y su corazón ya había empezado a tamborilear agradablemente ante la perspectiva del regreso de lord Stanmore.

"Ahora bien, faltan menos de quince días para el cumpleaños del Rey", continuó la señora Trimble. "y supongo que Lady Wentworth permanecerá en Melbury Hall al menos hasta entonces. Me ocuparé de que mi marido haga los preparativos para que se encuentren".

Encantada con la idea de volver a ser útil, Rebecca empezaba a preguntar a la esposa del rector por la escuela del pueblo cuando el sonido de voces que subían por el sendero del jardín y entraban por las ventanas abiertas hizo que su anfitriona se pusiera en pie.

"Bueno, qué maravilla. Ya están aquí".

Rebecca también se levantó y se unió a la señora Trimble junto a la ventana.

"Te presentaré cuando entren, pero aquí está el reverendo Trimble acompañado de lady Wentworth. La otra dama debe ser la invitada que esperaban de Londres.

El reverendo Trimble era más bajo que su esposa, pero tenía la misma complexión delgada. La mirada de Rebecca se dirigió a la mujer elegantemente vestida que estaba junto al rector y hacía algunos comentarios sobre los jardines. Su porte demostraba que era una mujer acostumbrada a mandar. El ala ancha de su sombrero alto y emplumado ocultaba la parte superior de su rostro, pero los rizos dorados que enmarcaban el mentón firme, la nariz perfecta y los labios rojos y carnosos denotaban la más fina de las gentilezas inglesas.

"Lady Wentworth es una gran belleza", dijo Rebecca en voz baja a su anfitriona.

¿"Lady Wentw...? ¡Oh, no! Esa sería su invitada". La señora Trimble señaló con la cabeza a una mujer agachada sobre una flor un poco más abajo en el sendero, medio oculta tras las faldas llenas de la invitada. "Ahí está, detrás de las otras".

Rebecca intentó mirar más allá del rector, pero aparte de la punta de una sombrilla y el amarillo pálido de sus faldas, no había mucho más de Lady Wentworth que pudiera ver. En ese momento, sin embargo, el rector se volvió para acompañar a las damas por el camino y se percató de la presencia de su esposa en la ventana.

Al oír su alegre saludo, lady Wentworth y su invitada levantaron la vista, y a Rebeca se le heló la sangre en las venas.

Capítulo Diecisiete

SINTIENDO que las rodillas se le doblaban, Rebecca cogió el aparador y dio un paso atrás. El horror se apoderó de ella al ver a los recién llegados subir por el camino que conducía a la casa. Miró desesperada hacia la puerta, pensando que aún podría escapar.

Era demasiado tarde. Aunque huyera, seguro que la darían caza. Se quedó quieta y esperó su destino. A través de la ventana, pudo ver a Lady Wentworth, la antigua señorita Millicent Gregory -amiga y compañera de clase en la Academia para Señoritas de la señora Stockdale, en Oxford-, subir el escalón hasta la puerta principal.

Demasiado tarde, juró Rebecca en silencio, cuando la profunda voz del rector sonó en el vestíbulo, guiando a sus invitados hacia el salón. Siguió retrocediendo hasta que sus piernas entraron en contacto con la tumbona acolchada. Se obligó a contener la bilis que le subía por la garganta y miró fijamente a su anfitriona mientras se dirigía hacia la puerta.

"Estoy encantada de que esté aquí. Bienvenida, Lady Wentworth."

Las dos mujeres entraron primero en la habitación y Rebecca escuchó a medias cómo el reverendo Trimble presentaba al visitante a su esposa. De repente, él estaba de pie frente a ella, sin embargo, presentándose ante ella.

Su voz era amable y su apretón de manos cálido y amistoso, pero durante todo el intercambio, Rebecca apenas lo miró, apenas levantó la vista del suelo. Sin embargo, cuando el clérigo se alejó, echó un rápido vistazo a lady Wentworth, que estaba de pie con la señora Trimble y la hermosa visitante.

A pesar de su propia angustia por encontrarse en la misma habitación con una vieja amiga, lo que le resultaba extrañamente molesto era la visión pálida y abatida que presentaba Millicent. Aunque nunca había sido una belleza, en los años que Rebecca la había conocido, la alegría y la personalidad vivaz de la joven siempre habían conseguido distinguirla de tantas otras. Ahora, sin embargo, no parecía ser más que un pálido e insípido caparazón de lo que había sido.

La visitante, por su parte, mantenía una conversación con la señora Trimble, completamente cómoda en su posición de centro de atención. Al cabo de un momento, la anfitriona se volvió e hizo un gesto hacia Rebecca.

"Lady Wentworth, permítame presentarle a la Sra. Ford. La Sra. Ford está en Solgrave, la casa de Lord Stanmore. Sra. Ford, esta es Lady Wentworth de Melbury Hall de la que hablábamos antes".

"Sólo cosas amables, espero, querida", bromeó el reverendo Trimble, con su profunda risa llenando la habitación.

Rebecca se quedó helada cuando la mirada indiferente de Millicent se dirigió hacia su rostro. Podía sentir cómo el nudo en la garganta la ahogaba mientras aceptaba la mano enguantada de la

otra mujer.

"Señora Ford". El recuerdo inmediato hizo saltar una chispa en las pálidas profundidades de sus ojos grises, y Rebecca aferró desesperadamente la mano de la otra mujer, ejerciendo una ligera presión. Una débil sonrisa apareció en el rostro de Lady Wentworth. "Rebecca. Debo decir que estoy realmente encantada de volver a verte... ¿La señora Ford, dijiste?"

"¿Otra vez? ¡Qué encantador! No tenía ni idea de que ya os conocíais".

La exclamación de la señora Trimble atrajo las miradas curiosas de los demás ocupantes de la sala, lo que hizo que Rebecca se sonrojara profundamente mientras seguía agarrada de la mano de Millicent.

"Seguramente, debe confundirme con otra persona, Lady Wentworth", dijo desesperada, enviando una mirada suplicante en dirección a su vieja amiga. "Cierto, mi nombre de pila es Rebecca, pero este es mi primer viaje a Inglaterra... así que a menos que usted estuviera en las colonias... no sé dónde podríamos habernos conocido las dos".

Hubo un momento de confusión en el rostro de la otra mujer, pero de algún modo la consternación de Rebecca debió de quedar registrada, porque Millicent asintió comprensiva y retiró la mano enguantada.

"Debo disculparme por una respuesta tan impetuosa. Me recuerdas a alguien que conocí una vez. Pero eso fue hace muchos años, y mi recuerdo es cada vez más vago, me temo".

"Qué curioso que su nombre de pila también sea Rebecca, Sra. Ford".

La mirada de Rebecca se fijó en la otra mujer de la sala. Iba vestida de forma bastante ostentosa con un vestido de paseo de terciopelo azul oscuro, una chaqueta azul a juego y un sombrero azul con plumas azules. Su rostro y su figura eran realmente hermosos, pero sus ojos eran fríos como el hielo.

La señora Trimble evitó que Rebecca contestara haciendo primero la presentación. "Lady Nisdale es una invitada en Melbury Hall. Vino ayer de Londres, según tengo entendido. Lady Nisdale, permítame presentarle a la señora Ford".

Rebecca aceptó otra mano enguantada.

"¿Pero tú también eres una Rebeca?"

La frialdad de su voz, sus modales de superioridad, convirtieron los temores anteriores de Rebecca en fastidio. Sonrió fríamente a la otra mujer antes de retirar la mano.

"Una coincidencia, lo admito, pero mi nombre es bastante común".

"Bastante común", dijo la altiva mujer con una mirada irónica. "¿Y su estancia en Solgrave? ¿Has tomado una posición allí?"

La señora Trimble dejó escapar un grito de sorpresa, y un destello de mal genio surgió en los ojos de Millicent mientras miraba reprobatoriamente a lady Nisdale. El rector estaba demasiado dispuesto a ofrecer una explicación y aliviar la tensión de la sala.

"La Sra. Ford es la invitada de Lord Stanmore, milady. Ha estado a cargo de maese James, el hijo del conde, durante los últimos diez años".

"Ah, ya veo. Una institutriz".

"No, milady", respondió Rebecca en voz baja. "Soy una invitada".

Aunque no dijo nada más, Lady Nisdale no hizo ningún esfuerzo por ocultar la mirada burlona que dirigía ahora a Rebecca.

"¿Quieren sentarse, señoras?" ofreció alegremente la señora Trimble, pidiendo que trajeran una bandeja con té recién hecho.

Mientras lady Nisdale se acomodaba en una silla junto a la puerta, Rebecca tomó asiento en el borde de la tumbona y miró discretamente en dirección a su vieja amiga. Tenía que encontrar

un momento, de alguna manera, para reunirse en privado con Millicent. Habían sido amigas una vez, pero no podía confiar en ello. Sólo esperaba que la compasión de Lady Wentworth fuera la misma que la de la joven Millicent Gregory hacía tanto tiempo. Sin embargo, al mirarla ahora, Rebecca sintió que un malestar se le agolpaba en la boca del estómago, pues la mirada lánguida que había observado a través de la ventana había vuelto a apoderarse del comportamiento de su antigua amiga.

"La señora Ford ha venido hoy no sólo a hacernos una visita, reverendo Trimble, sino también a ofrecer su tiempo". La señora Trimble se dirigió alegremente a su marido y dirigió una brillante sonrisa a Rebecca. "Estábamos tratando de resolver algunos detalles cuando usted llegó".

"Bueno, gracias, Sra. Ford. Muchas gracias". El rector se inclinó agradecido. "Entre los planes de Lady Wentworth de honrar nuestro vecindario con su presencia más tiempo del que normalmente disfrutamos en esta época del año, y su ofrecimiento de ayuda, hay tanto que podemos planear realizar este verano. No veo la hora de contarle todo esto al Sr. Cunningham".

"*Debe* informar a lord Stanmore de nuestro encuentro de hoy aquí, señora Ford", ordenó lady Nisdale, cortando el animado discurso del rector. "Pues ahora que he venido a este encantador rincón de Hertfordshire, su señoría seguramente deseará prolongar su propia estancia en el país... para mostrármelo personalmente".

Unos celos ardientes se encendieron inesperadamente en el pecho de Rebecca al ver a este elegante miembro de la *tonelada* de Londres sacudir los rizos rubios tan artísticamente dispuestos alrededor de su cara.

"¿Conoces a su señoría, entonces?"

Una ceja arqueada sobre los ojos altivos de lady Nisdale respondió a la inocente pregunta de la señora Trimble.

"Conocido es un eufemismo, mi querida señora. Stanmore y yo somos amigos íntimos... muy íntimos desde hace mucho, mucho tiempo. De hecho," -hizo un mohín en dirección a Lady Wentworth- "antes incluso de pensar en cualquier obra de caridad, Millicent, me prometiste un baile. Se ve a simple vista que aquí todo está demasiado tranquilo. Necesitaremos crear una ocasión en la que pueda lucir al menos uno de los vestidos que traje".

Sin esperar respuesta, dirigió su atención a Rebecca.

"Estando a cargo del hijo de su señoría, es muy triste que no pueda asistir a un baile, Sra. Ford. Pero, por otra parte, es probable que se sienta aliviada por ello. Vestirse apropiadamente para tan buena ocasión sería aterrador, ¿no cree?"

Sin permitir que nadie dijera nada, Lady Nisdale se volvió de nuevo hacia Lady Wentworth. "Ahora, Millicent, sabes que te ayudaría con los preparativos si Stanmore me concediera un momento, pero sabiendo lo exigente que será su señoría en cuanto sepa que estoy aquí..."

Las palabras quedaron suspendidas en el aire cuando un criado entró en la habitación.

"Su señoría, el conde de Stanmore."

Los ojos de Rebecca se fijaron en la figura alta y oscura que llenaba la puerta. Su porte era ilegible y su mirada estaba fija en la señora Trimble. Se preguntó, sin embargo, cuánto había oído decir a lady Nisdale.

El reverendo Trimble se puso inmediatamente en pie de un salto en señal de saludo cuando él par cruzó la sala hacia el rector y su esposa. Y mientras ambos alborotaban su llegada, lady Nisdale se sentó en su silla, con una sonrisa insolente en el rostro. Asqueada, Rebecca se levantó y se dirigió despreocupadamente hacia la ventana.

Lady Wentworth se unió inmediatamente a Rebecca junto a la ventana abierta. Ambas se

quedaron mirando los parterres que se extendían en el patio. "Mi marido y su invitado practican el horario de ciudad, señora Ford. Yo, sin embargo, soy muy aficionada a los paseos matutinos. ¿Le gustaría cabalgar conmigo... digamos, mañana por la mañana?"

Rebecca recordó que le había dicho a lord Stanmore que no montaría a caballo, pero la situación exigía que aceptara la oferta de Millicent. Dudaba mucho que los mozos de cuadra del conde le negaran un caballo si ella lo solicitaba.

Se encontró con la mirada de su vieja amiga. "Me gustaría mucho dar un paseo con usted, milady. Sin embargo, si no es demasiado inconveniente para usted, ¿podríamos hacerlo muy temprano?"

"Estoy encantado. Cuanto antes mejor. Cabalgaré hasta los establos de Solgrave poco después del amanecer. Mi marido insiste en que me acompañe mi mozo de cuadra, pero tendremos amplia oportunidad de hablar y... conocernos un poco... mientras cabalgamos".

"Estaré listo".

Con una pequeña inclinación de cabeza, Lady Wentworth se volvió hacia la sala y la compañía.

Una extraña sensación de alivio recorrió a Rebecca al pensar que no todo lo que recordaba de sus años de juventud había sido falso. Millicent al menos le estaba dando una oportunidad. Rebecca miró a través de la habitación a tiempo de ver a lord Stanmore excusarse bruscamente de la compañía de los Trimble. Mientras cruzaba la habitación, su mirada se clavó en la de ella.

"Sra. Ford. Espero que me perdone por llegar tarde."

Los ojos intensamente oscuros buscaban y acariciaban cada centímetro de su rostro, y a Rebecca le costaba mantener la calma.

"No llega tarde en absoluto, milord", consiguió susurrar finalmente.

"Lady Wentworth." Stanmore se inclinó cortésmente ante Millicent.

Más por curiosidad que por celos, Rebecca lanzó una fugaz mirada a lady Nisdale y descubrió que el bello rostro de la mujer mostraba signos de mal genio. Sin embargo, la sonrisa artificial que lograba mantener a pesar de no haber sido reconocida aún por el conde parecía estar empezando a resbalar.

Quería reprenderse a sí misma por su vanidad al haber sido abordada primero por lord Stanmore, pero la emoción que sentía en ese momento era demasiado satisfactoria para permitírselo. Más tarde, pensó. Ya me reprenderé más tarde.

Sus ojos se clavaron en el rostro de ella. "Acabo de explicarle a la señora Trimble que no podemos quedarnos al almuerzo que tan amablemente nos ha ofrecido... ya que tenemos un compromiso previo. Espero que no me haya convertido ya en un mentiroso". Le tendió un brazo. "Así que si estás lista, nos pondremos en camino."

Estaba más que preparada, aunque todavía un poco incómoda por el hecho de que una mujer como Lady Nisdale pudiera despertar en ella una aversión tan inmediata. Cuando Rebecca aceptó el brazo que le ofrecía, notó la expresión de sorpresa en el rostro de su anfitriona. La señora Trimble, con una rápida mirada a la aristocrática dama, comprendió claramente que el conde pretendía marcharse sin siquiera reconocer a lady Nisdale. Su marido, sin embargo, se adelantó.

"Supongo que no hay necesidad de hacer una presentación, milord. Lady Nisdale nos ha informado de su... amistad".

Rebecca habría jurado detectar una nota de diversión -quizá incluso de satisfacción- en el tono del rector. Al parecer, no era la única que se había dado cuenta de que, a pesar de todas sus orgullosas afirmaciones, lady Nisdale no recibía más que indiferencia por parte de lord Stanmore.

"Londres puede parecer el centro del mundo, reverendo", anunció Stanmore con frialdad, "pero también puede ser un lugar muy pequeño. Lady Nisdale conoce, sin duda, a casi *todos los ton*".

Sin mediar palabra, el conde se inclinó ante sus anfitriones y acompañó tranquilamente a Rebeca fuera de la casa.

El sol parecía más brillante, el aire primaveral más fresco y las flores mucho más hermosas de lo que recordaba cuando entró en la rectoría. Al llegar al final del sendero del jardín, Rebecca se sorprendió al ver que les esperaba un hermoso faetón nuevo con un mozo de cuadra que lucía la librea de Stanmore a la cabeza de un par de bayos de buen aspecto.

"Pero su caballo, milord".

"De vuelta a Solgrave". Le cogió la mano para ayudarla a subir al alto asiento del carruaje. Mientras se sentaba, Rebecca miró atentamente a los caballos, intentando no pensar en la facilidad con que él la había subido. Subió al carruaje y tomó las riendas en sus manos. "Espero que no te importe la imposición, pero llevo conmigo una cesta de almuerzo que sencillamente no puedo terminar yo sola. Esperaba que no te importara ayudarme con ello".

¿Mente? Por todos los cielos, a pesar del pánico ardiente que se encendía en ella con el mero contacto de su mano, se sentía más que deseosa de su atención... de su presencia. Pero una respuesta así nunca serviría, y Rebecca se esforzó por encontrar una respuesta.

"Pero... ¿pero qué hay del compromiso anterior que le mencionaste a la Sra. Trimble?".

"Eso fue con usted", dijo simplemente, dedicándole una media sonrisa diabólica y agitando las riendas. "¿Me hará el honor de almorzar conmigo, Sra. Ford?".

"El honor es mío, milord", respondió ella en voz baja cuando el novio se acercó por detrás de ellos.

Cuando el carruaje se alejó de la rectoría, Rebeca levantó la vista más allá de los jardines y vio a lady Nisdale mirando el carruaje a través de una de las grandes ventanas abiertas del salón.

Era hermosa... y elegante... y lo bastante enfadada como para escupir fuego.

Las paredes estaban forradas de seda color crema moteada por el tiempo y el moho. Los asientos de las ventanas estaban repletos de cojines de terciopelo desteñido de un color que tal vez fuera rosa. El relleno de lana asomaba por más de un borde. La alfombra, también desgastada y descolorida, se asentaba torcida sobre unas tablas del suelo combadas que no habían visto otra cosa que abandono durante muchos años.

El visitante permaneció rígido en el salón, olfateando el olor a flores rancias, polvo y hollín húmedo. Vestido con un fino traje recién llegado de Oxford Street, no se atrevía a sentarse en ningún sitio de la habitación. Miró una vez las pesadas cortinas que impedían la entrada de cualquier rayo de sol y se preguntó ociosamente quién se habría sentado en el trono de Inglaterra cuando fueron comprados y ahorcados. El fuego de avaro que luchaba por mantenerse encendido en la anticuada chimenea parpadeaba, pero arrojaba poca luz y ningún calor. Para qué molestarse, pensó moviendo los labios con hosquedad.

Se volvió hacia la puerta cuando el sonido de palabras murmuradas se coló en la habitación. Siguió un silencio embarazoso, como el que precede a la subida del telón, y entonces apareció la figura algo inestable de la otrora célebre Jenny Greene.

Habían pasado casi diez años desde la última vez que se vieron cara a cara, pero el paso del tiempo había grabado el triple de años en el rostro de la mujer, evidente a pesar de la pintura y el

colorete. Frunció el ceño ante las consecuencias de las excesivas cantidades de ginebra y juerga que tanto formaban parte de la vida de la envejecida actriz.

Una mirada fría que rozaba el gruñido fue todo lo que el hombre recibió a cambio. Pero no esperaba un saludo diferente.

"Estaba seguro de que mi criado había leído mal la tarjeta de visita".

No dio explicaciones y permaneció en silencio hasta que Jenny se dio la vuelta y se hundió pesadamente en una de las sillas del salón. Los ojos que antaño habían hechizado a todos los hombres estaban ahora hinchados y delineados. Incluso el azul parecía haber perdido su brillo. Sin embargo, la desconfianza en ellos era evidente.

"Supongo que no se trata de una visita social", espetó.

Decidió conscientemente ignorar su brusquedad y su vulgar negativa a dirigirse a él con el respeto que exigían su título y su posición. No permitió que se enfadara, e incluso consiguió que sus labios esbozaran una sonrisa.

"O tal vez... *se trate* de una llamada social", dijo ella, malinterpretando su respuesta. Los dedos de su mano temblorosa trazaron un camino sobre las curvas de sus pechos de marfil por encima del escote del vestido.

Era difícil no dejarse distraer por el gesto. A pesar de su decadencia, Jenny Greene seguía poseyendo gran parte del atractivo sexual que la había convertido en una de las actrices más apasionadas de los escenarios londinenses. Cuando deseaba utilizarlo, seguía teniendo ese poder. Sabía que era una mujer capaz de hacer que su cuerpo bullera de sensualidad... cuando quería. Su cuerpo voluptuoso, sus ojos tormentosos, su cabello pelirrojo -ahora empolvado, recogido y envuelto en un turbante- habían atraído la atención de todos los hombres de Londres y la admiración de todas las mujeres.

"Vaya, ahora que lo pienso, esto tiene todos los signos de una cita secreta. Llegar en un carruaje alquilado... sin lacayos ni novios... un aire de secretismo. Me hace vibrar el corazón".

"Estoy aquí por Rebecca". Observó con satisfacción cómo su afirmación lograba quitarle el color a la cara de la mujer. "Deseo saber si ella ha estado en contacto con usted."

La mano pálida se movió de su pecho a un vaso que había en una mesita junto a la silla. El vaso, sin embargo, estaba vacío. Lo sostuvo un momento y volvió a dejarlo en el suelo. Su rostro estaba fuertemente controlado en un intento de no mostrar nada de sus pensamientos. Era una verdadera actriz, pensó.

"El niño lleva años muerto. ¿Cómo podría estar en contacto conmigo?"

"A menos que sepa algo que no haya compartido con nosotros, señora, nunca la hemos dado por muerta... simplemente desaparecida".

Desde su silla, buscó el tirador del timbre, pero no lo encontró inmediatamente. "Necesito un trago".

Vio que Jenny intentaba levantarse y girar en la silla, pero una mano resbaló y se hundió débilmente. Una mano temblorosa le cubrió los ojos. Apenas era mediodía y ya estaba borracha. O todavía borracha, pensó con disgusto.

"Sra. Greene, ¿el nombre Ford significa algo para usted?"

Ella le miró sin contestar y volvió a intentar alcanzar el tirador de la campana, consiguiéndolo esta vez. Volvió a sentarse en la postura de una reina en su trono, con el ceño fruncido y las manos enroscadas en los extremos de los reposabrazos.

"¿Por qué? ¿Qué significan todas estas preguntas? ¿Qué te hace pensar que está viva? Y... ¿qué me importa si lo está?"

El visitante se quedó mirándola un momento. Había sido inútil venir aquí. Jenny Greene

seguía tan insensiblemente indiferente como siempre y tan ensimismada.

"Tengo vigilada su casa. Si viene a verla, señora, nos lo dirá".

Una criada apareció en la puerta y Jenny ordenó a la mujer que trajera una bebida.

Se dio la vuelta para marcharse.

"Ella no es nada para mí. Nunca lo ha sido". Sus palabras le hicieron detenerse y girarse.

"Pero dime lo que sabes. Te he ayudado antes. Te ayudaré ahora".

"Muy bien. Alguien ha estado haciendo preguntas sobre una tal Rebecca Ford. Mi gente tiene fuertes sospechas de que el objeto de esta búsqueda no es nadie más que su hija perdida hace mucho tiempo, Rebecca Neville. No dejaremos que vuelva a desaparecer". Hizo una pausa y miró fijamente a la anciana actriz. "Esta vez, tengo la intención de encontrarla".

Capítulo Dieciocho

EL FAETÓN RODABA por senderos bordeados a ambos lados por hayas de troncos grises, robles nudosos y castaños. Avanzaron cómodamente entre el sol y la sombra, y Stanmore mostró a Rebeca las granjas que había más allá del pueblo. Mientras se las señalaba, ella le preguntó por las cosechas y los trabajadores, y él le explicó con orgullo los progresos que habían hecho a lo largo de los años. Le contó lo que Solgrave significaba para su pueblo.

Hasta cierto punto le sorprendió su inteligencia e interés, pero también le impresionó su capacidad para mantener una conversación neutral. No hubo preguntas personales. Ninguna mención del nombre de Louisa Nisdale. Ninguna muestra manifiesta de interés por averiguar la verdad de lo que Louisa había estado diciendo sobre su relación.

A diferencia de cualquier otra mujer con la que Stanmore hubiera pasado tiempo en su vida, Rebecca Ford parecía tener una naturaleza centrada en asuntos ajenos a sus propios deseos. De hecho, parecía hacer todo lo posible por desviar la atención -sobre todo la de él- de sí misma.

Pero esta actitud honesta y refrescante sólo hizo que la respetara más, pensó, lanzando una rápida mirada a su perfil brillante y vivaz.

Se apartó del carril y detuvo a sus caballos en un lugar protegido junto a un arroyo corriente, donde un trozo de luz solar bañaba el suelo y las viejas hojas de haya yacían cálidas y secas sobre la hierba. Bajó de un salto mientras su mozo corría a la cabeza del equipo, Stanmore ayudó a Rebecca a salir del carruaje antes de bajar la cesta.

"Por cierto, cuando volví a Solgrave, fui a ver al Sr. Clarke. Así que no tienes que preocuparte por volver deprisa".

"Lord Stanmore, sabe que he prometido no preocuparme por James."

"¿Pensé que tu promesa era no *mostrarme* que te preocupas por James?"

"Como usted diga, milord". Su sonrisa era más bonita que el sol mientras cogía una manta de debajo del asiento del carruaje y la extendía sobre la hierba.

Después de indicar al mozo de cuadra que subiera el carruaje por el carril y se adentrara en un campo en el siguiente recodo del río, se volvió hacia su acompañante.

"El señor Clarke planea pasar un poco más de tiempo con James esta tarde", dijo. "Y cuando el muchacho termine sus clases, Daniel hará que uno de los mozos lo lleve a los establos para que pueda elegir un poni. Incluso puede que hoy reciba su primera lección, si así lo desea".

La mirada que le dirigía estaba llena de ternura, y Stanmore se sintió conmovido una vez más por lo mucho que las emociones de Rebecca dependían del bienestar de James. Otra muestra inconsciente del desinterés que tan a menudo faltaba en la gente de su grupo. De una nobleza que nace de la pureza del corazón, más que de la posición social.

"Jamey... James estará encantado con eso, milord. Siempre le han gustado los caballos, pero

viviendo en Filadelfia nunca ha tenido la oportunidad de aprender a montar."

Mientras él colocaba la cesta de picnic sobre la manta, ella se sentó a su lado y levantó la tela que la cubría.

"¿Siempre has vivido en Filadelfia?" Se sentó también en la manta.

"En su mayor parte", murmuró mientras sus ojos buscaban el contenido de la cesta.

"¿Dónde más has vivido?"

"Me quedé un tiempo en Nueva York".

Stanmore sabía que no estaba ofreciendo a Rebecca la misma cortesía que ella había tenido con él al no preguntarle nada sobre su pasado, pero su evasiva sólo sirvió para estimular más su curiosidad.

"¿Su marido era de Filadelfia?"

"No. Su respuesta, casi demasiado rápida, le sorprendió. Observó el rubor que subía a sus mejillas. Ella inclinó la cabeza sobre la cesta hasta que el ala de su sombrero le privó del placer de ver la rosa florecer en el marfil de su piel. Sólo pudo ver sus labios carnosos y su barbilla perfectamente perfilada.

"¿De dónde era?"

Sacó la vajilla, los cubiertos y los platos, dejándolos a un lado. "John Ford era de Inglaterra."

Con un movimiento impaciente, se desabrochó las cintas bajo la barbilla y depositó el sombrero a su lado, sobre la manta.

"¿De Inglaterra, dijiste?"

"Nunca podría haberlo conocido, milord. Era un plebeyo. Sin posición, sin parentesco, nada". Sus ojos tenían ese tono tormentoso de azul oscuro cuando se encontraron con los de él. "Es lo que suele ocurrir con la gente de mi posición, ¿sabe? Muchos se han visto obligados a huir de su tierra natal y marcharse lejos para hacer algo por sí mismos en el mundo, para encontrar lo que llevan dentro".

Volvió un poco la cara, pero la tristeza en la expresión de Rebecca golpeó a Stanmore en lo más profundo del pecho. Su mano se extendió sin control y le cogió la barbilla.

"Algunas personas son preciosas donde las haya". Stanmore se inclinó sobre la cesta y rozó sus labios con los de ella. En aquel momento, la fuerza del afecto que sentía hacia ella le sobresaltó.

Se sentó y la soltó.

Rebecca apartó los ojos, pero permaneció sentada un largo rato como aturdida, y luego alargó los dedos vacilantes y le tocó los labios. Se preguntó cuánto tiempo hacía que ningún otro hombre había besado aquellos labios.

"Será mejor que pensemos en comer esta comida, o no seré responsable de mis actos". Stanmore trató de aligerar el momento.

Se recompuso rápidamente, sonrió y metió la mano en la cesta. Sacó trozos de pollo asado, frutas, pasteles y tartas envueltos cuidadosamente en paños y los depositó sobre la manta.

"Puedo ver la influencia de Harry", dijo. "Hay suficiente comida aquí para alimentarnos durante una semana".

"Y qué semana tan agradable sería: los dos solos junto a este arroyo".

Desenvolvió un trozo de pollo y le dio un bocado. "Basándome en lo que he oído decir a la Sra. Trent y a Daniel sobre el horario de su señoría, me cuesta imaginar que pueda estar satisfecho durante tanto tiempo con tan poco que hacer".

"Se me conoce por robarme un poco de tiempo para mí, aquí y allá, como esta quincena que pienso pasar aquí en Solgrave". Se quedó pensativo un momento, y añadió como ocurrencia

tardía: "Es cierto que aquí hay menos cosas que hacer que en Londres, pero no hablo de compromisos sociales, ya que nunca me han gustado."

"Pero tu estancia aquí también podría considerarse trabajo. Un trabajo valioso". Utilizó una servilleta para limpiarse la comisura de los labios. "Estás aquí para pasar tiempo con tu hijo".

Ella podía creer lo que quisiera, pensó, observando el juego de la brisa en su pelo. Se quitó la chaqueta y la dejó a un lado. "No soy tan despreocupado con mis responsabilidades como muchos otros en mi posición, pero hay momentos en los que anhelo alejarme, dejarlo todo total y completamente atrás. Lejos de los que me conocen, lejos donde no haya formalidades ni ninguna de las responsabilidades que me persiguen cada hora del día."

Apartó la comida y se apoyó en su mano, observándole. "¿Y existe tal lugar de escape?"

"Lo hay". Le sonrió. "Voy allí un mes cada otoño. ¿Has estado alguna vez en Escocia, Rebecca?"

Ella negó con la cabeza, y él observó cómo los zarcillos de oro y fuego bailaban alrededor de su rostro. Ella se frotó suavemente una mejilla en el hombro del vestido mientras seguía apoyándose en una mano. "He oído que es una tierra hermosa".

Apartó la cesta y se estiró sobre la manta, apoyando la cabeza en la mano. "Es una tierra salvaje. Un lugar de antiguos dioses indómitos donde, bajo un cielo azul azotado por el viento, los arroyos de montaña se abren paso a través de peñascos negros hacia cañadas de robles y pinos. En las estribaciones rocosas que parecen no haber sido pisadas por el hombre, el helecho y el brezo luchan por un lugar. Sobre lagos sin fondo, las cumbres cubiertas de hielo brillan al sol en un momento, para desaparecer al siguiente entre nubes de tormenta".

El encanto se reveló en su cálida sonrisa. "Te encanta Escocia".

"No creo en el amor". Atrapó su mano bajo la suya en la cálida manta. Ella no intentó retirarse. "Pero creo mucho en la pasión".

Permaneció en silencio, con una expresión pensativa nublándole el rostro.

"¿En qué crees, Rebecca?"

Se tomó su tiempo para responder. "Creo en el amor. Lo he visto en los ojos de un niño que descansaba en mis brazos. Me ha reconfortado. Me ha dado paz". Unos ojos azules lo miraron escrutadoramente. "Pero el otro me aterroriza".

"¿Por qué?"

"Porque está prohibido".

"¿Por quién?"

"Por mí", dijo en voz baja. "No puedo permitirme sentir algo que no se puede controlar, algo indomable y... y violento".

Sus dedos acariciaron la parte superior de su mano, y vio un escalofrío recorrer su piel y un rubor colorear sus mejillas. "¿Nunca sentiste pasión por tu marido, Rebecca?"

Volvió la cara.

"¿Nunca has experimentado el éxtasis del lecho conyugal? ¿Las sensaciones elevadas, la separación que trae la pasión?" Él podía sentir el latido salvaje del pulso en su muñeca. Pero ella se negó a responder. "Hay un placer intenso que viene con la pérdida de control. Hay una paz indescriptible que sigue a la violencia de la pasión desenfrenada".

Los dedos de Stanmore abandonaron los cálidos dedos y subieron por su brazo, tocando la suave tela del vestido, acariciando.

"¿Tu marido no sabía dónde tocarte?". Sus dedos alcanzaron la piel expuesta de su cuello por encima del chal de lino que rodeaba sus hombros, y la vio cerrar los ojos mientras él trazaba la hermosa columna de su cuello. "¿Nunca te hizo arder con ese fuego interior que sólo el amante

apasionado puede conocer?"

Su rostro se volvió hacia él. Le sostuvo la mirada mientras su mano bajaba y acariciaba suavemente uno de sus pechos a través del vestido. A ella se le escapó un grito de sorpresa, y la mano de él bajó aún más, rozando la tela contra su vientre plano.

"¿Nunca te dio placer? ¿Te acarició? ¿Tocarte aquí?"

Su mano bajó. Sus mejillas estaban sonrojadas. Sus ojos azules estaban abiertos y atentos. No apartó la mano.

"¿Nunca aprendió tus secretos y dominó tus fantasías?" Su mano volvió a colocarse sobre la de ella.

"¿Dime qué sientes ahora, Rebecca?"

Ella tragó saliva y él la atrajo suavemente hacia sí.

"Pero todo esto está mal".

"¿Lo es?", susurró tranquilizador.

"Pero no deberíamos. Eres..."

Él cortó su queja con un roce de sus labios, y ella respondió al beso. Cuando él retrocedió un poco, la boca de ella lo siguió, besándolo y despertando su deseo. Él giró un poco, presionando su pierna contra el muslo de ella. Sus manos se deslizaron a su alrededor, apretándola suavemente contra él, animándola. Siguió besándolo, y él creía que ni siquiera se había dado cuenta cuando él los hizo rodar sobre la manta hasta que ella estuvo encima de él.

Unos dedos finos se clavaron en su pelo cuando Rebecca levantó la cara. Sus labios rozaron los de él antes de continuar un viaje de descubrimiento por su mejilla, su oreja, su cuello. Unos dedos inseguros bajaron por su pecho, palpando las curvas de los músculos bajo la camisa. Ella cambió de peso y, de repente, Stanmore sintió que empezaba a perder el control. Le dio la vuelta y la atrapó bajo su cuerpo, rodeándola con los brazos.

Sintió que cada músculo de su cuerpo se tensaba y desplazó su peso hacia un lado, apoyándose en un codo. Su rostro estaba enrojecido, sus ojos tormentosos, pero también había miedo.

"¿Lo sientes?", dijo roncamente. "¿Sientes la necesidad de tu cuerpo? ¿La necesidad del mío? Esto es pasión".

Una lágrima que brotaba de sus ojos azules le produjo una gran opresión en el pecho. Le cogió la cara con una gran mano y le impidió volver el rostro.

"¿Qué te pasa? ¿De qué tienes miedo?"

Chispeantes gotas de humedad se escaparon por las comisuras de sus ojos, desapareciendo en el dorado nacimiento de su cabello en las sienes. Besó una lágrima y luego otra. Se apartó y volvió a mirarla a los ojos.

"Háblame, Rebecca."

Ella cerró los ojos, pero las lágrimas siguieron brotando. Él se puso de lado y la abrazó con fuerza, acariciándole la espalda, besándole suavemente la frente, la mejilla... La calmó como nunca había calmado a otra mujer en su vida. Se dio cuenta de que la quería como nunca había querido a nadie en su vida. Pasó algún tiempo antes de que ella volviera a hablar.

"No soy... no soy quien crees que soy".

"Tu insípida esposa está siendo increíblemente hermética sobre esta mujer Ford".

Squire Wentworth la ignoró mientras sus dedos se apresuraban a desatar los cordones de la

parte trasera de las elegantes medias francesas de Louisa.

"Cuidado", le reprendió mientras su fuerte tirón presionaba el rígido bastón contra su delicada carne. "Llama a una de las criadas".

"No". Sus labios ya estaban sobre la piel desnuda de sus hombros. "No podía soportar alejarme ni un minuto más. ¿Por qué no me dejaste entrar anoche, libertina?"

"Estaba demasiado cansada". Louisa dijo perezosamente, apoyando la cabeza contra él. "Y tampoco te atrevas a quejarte de esta mañana. Sólo porque tu mujer elija dejar tu cama antes de que cante la alondra, no veo por qué debo acogerte".

"¿Comparte mi cama? Ya te he dicho que la muy tonta no comparte mi cama". Mientras Wentworth la ayudaba a quitarse el corsé, Louisa disfrutaba del cosquilleo en sus pechos cuando sus dedos los levantaban y acariciaban los pezones a través de la fina camisa. La ropa del escudero estaba amontonada en la alcoba, y él frotó su sexo expuesto contra las nalgas de ella a través de la tela de seda. "Tu sitio está en mi alcoba... no aquí".

"Eres un tonto, Wentworth", dijo ella riendo. "¿Y qué pensarían tu esposa y tus criados de que tu invitado se instalara en la alcoba del señor? ¡Oh, el escándalo!"

Le apretó los pechos y le mordió un lado del cuello. "¿Escándalo? No te importó lo que pensarán durante todo el tiempo que viniste a verme a mi casa de Londres".

"Pero eso fue diferente. Cuando me atrajiste allí..."

"¿Atraído?"

"...me atrajo de la cama de mi pobre difunto esposo, debo añadir, no estabas casado con esta tonta. Y después... bueno, después tu esposa nunca estuvo allí."

"Esa absurda timidez no es apropiada, Louisa, en una mujer de mundo."

Una de sus manos se deslizó hacia abajo, sobre su vientre, y le acarició el monte con rudeza a través de la fina capa de seda blanca floreada del chemise, haciéndola jadear.

"La discreción fue sin duda una preocupación secundaria durante los tres años que estuviste casada con esa vieja cabra de Nisdale. Si no recuerdo mal, él no te daba lo que yo te daba". Apretó con fuerza, y ella alargó una mano hacia atrás para agarrarle el pelo empolvado. "Disfrutabas abiertamente de lo que yo te daba: el dinero, la ropa... sí, incluso el revolcón áspero y sucio, de vez en cuando, ¿eh?"

"No me interesa hablar de eso ahora, simio repugnante".

Él sonrió mientras levantaba la cabeza de su hombro, tirando de su pelo fuera de su agarre. "Sí, asqueroso. Y por eso viniste a Hertfordshire, ¿no? Estás aquí para estar conmigo".

Louisa decidió que la pregunta no merecía respuesta, pero sonrió socarronamente por encima del hombro. Apartó el corsé de un puntapié, se liberó del agarre del escudero y se acercó al espejo que había junto a la ventana. Observando su propio reflejo, se quitó lentamente la fina camisa de seda.

"Te doy crédito, Wentworth. Últimamente, parece que te has ganado una reputación entre las damas de la *tonelada* por tus... bueno, inusuales preferencias sexuales. La mayoría de ellas no saben si deben temerte o lanzarse sobre ti. Toda una sensación, diría yo". Sus pechos eran perfectos, pensó Louisa mientras miraba las puntas rosadas ya extendidas por la manipulación de Wentworth. "Vaya, incluso se habla de su control absoluto sobre su esposa".

"¿Es así? ¿Hablar de mí entre las damas?" Ella pudo oír la nota de satisfacción en su voz.

"En efecto. Dicen que la muy tonta te teme... actúa obedeciendo completamente tus deseos". Louisa dejó que su mirada recorriera su propio reflejo en el espejo y se detuviera a admirar el triángulo de suave vello en la unión de sus piernas.

"El lugar de un hombre es mandar".

"Ora, me pregunto si todo este mando varonil podría usarse para arrancarle algunas respuestas a esa esposa tuya".

"¿Respuestas sobre qué?", respondió con suspicacia.

Empujó suavemente el pelo rubio que le caía sobre la cabeza. "Sobre quién es esta mujer, por supuesto -esta señora Ford- y qué es para Stanmore".

Soltó un grito ahogado cuando una mano la agarró por el pelo y la sacudió bruscamente hacia un lado. No le había visto moverse, no se había dado cuenta de que se acercaba. Su altivez desapareció al instante, al sentirse arrojada con fuerza contra la pared más cercana. Aturdida, aún intentaba recuperar el aliento cuando sintió que él le rodeaba la garganta con la mano.

Ella podía oír la ira en su susurro. "¿Estás aquí para estar conmigo o con Stanmore?"

Más que nada en el mundo, Louisa quería corregir al bruto sobre lo ridículo de la pregunta. Sin embargo, al mirar a los ojos asesinos y sentir los dedos presionando su garganta, recordó rápidamente sus intenciones.

"¿No estoy aquí en Melbury Hall?" Ella le dedicó su sonrisa más seductora y le acarició la cadera con el interior de la rodilla. "Por supuesto, estoy aquí para estar contigo. ¿Deseas que bese también la vara, bestia?"

Su fingimiento sirvió de algo cuando él bajó la mano de su garganta a su pierna. Seguía siendo barro en sus manos, pensó ella, rodeándole la cintura con ambas piernas. Y un momento después, cuando el escudero la penetró profundamente, Louisa conjuró su grito de éxtasis más convincente.

Como arcilla, pensó.

Capítulo Diecinueve

"TAL VEZ, entonces, deberías decirme quién eres".

Rebeca lo miró fijamente, avergonzada. En un momento se comportaba como una ramera, y al siguiente era tan fría como una dueña. Intentando reunir lo que le quedaba de dignidad, se zafó de los brazos de Stanmore y se sentó a un brazo de distancia. Él también se sentó y le secó las lágrimas de la cara.

"No soy la mujer que crees que soy".

"¿Y qué mujer es esa?"

Podía sentir el peso de su mirada en su cabeza inclinada. La vanidad nunca había desempeñado un papel importante en la vida de Rebecca, pero ahora era increíblemente consciente de lo terrible que debía parecerle. Podía imaginarse el aspecto de su nariz roja y sus ojos hinchados, el pelo alborotado que se había soltado y que sin duda transmitía una imagen de Medusa. Se quedó mirando el tejido de la manta mientras intentaba ordenar sus pensamientos.

"Yo no... yo no... yo nunca he participado en este tipo de actividad antes". Cerró los ojos y dejó escapar una respiración temblorosa. "Esto... esta intimidad me asusta... me aterroriza".

"¿Estás diciendo que, aparte de tu marido, nunca has estado con ningún otro hombre?"

Primero sacudió la cabeza, antes de asentir furiosamente.

Se acercó más y Rebecca sintió el calor de su aliento en la oreja. "¿Y cuántos años llevas viuda?"

"Ocho... Nueve años", consiguió graznar.

"Pensar que una mujer de tu belleza... tu..." Su cálida mano se movió acariciando su espalda, y ella se estremeció. "Pero qué tonto soy al quejarme de la estupidez y la ceguera de otros hombres".

"Esto es justo lo que quiero decir". Se volvió hacia él y se arrepintió en el momento en que lo hizo, porque la mirada de ternura en sus ojos era algo totalmente nuevo, algo para lo que ella no estaba preparada. "Yo... nunca he buscado la atención de los hombres. Yo... yo no deseaba que esto... esto que está pasando entre nosotros ahora".

"Yo tampoco lo deseaba". Enroscó un mechón suelto de su pelo alrededor de su dedo. "Pero es innegable que está aquí, como tú dices, entre nosotros. Y no podemos ignorarlo".

"Pero debemos hacerlo".

"Dime por qué".

"Ya lo he dicho antes. Está mal. Es..."

"¿Tienes a alguien que te está esperando en América?"

"Yo no. Pero no se trata de que otro hombre me reclame. Se trata de cómo me criaron".

"La forma en que te educan es muy importante, Rebeca, pero ¿sigues siendo una niña?"

Supongamos que digo que a veces intentamos escondernos detrás de las tradiciones que nos han enseñado porque pensamos que ahí podemos estar seguros", desafió. "¿Sigues siendo una niña inocente, Rebeca?"

"Tengo veintiocho años", respondió ella con seriedad. "Y no tiene necesidad de insistir en este punto, milord. Sé que estoy lejos de ser inocente".

"Por supuesto. Para cualquiera que viva en este mundo, la edad de la inocencia ha pasado". Un rastro de diversión brilló en sus ojos oscuros. "Pero, ¿piensas ingresar en un convento tras tu regreso a las colonias?"

Un destello de mal genio subió de color en su rostro. "Difícilmente encuentro divertido que te entretengas a mi costa".

"No estoy haciendo tal cosa. Mi interés, sin embargo, es puramente pragmático. No importa cuál sea mi atracción por ti, dejaré de perseguirte si tu intención es dedicarte a alguna vida religiosa."

"Te estás burlando de mí". Rebecca se puso en pie y se alejó unos pasos antes de arremeter contra él. "Conservaré la razón, no sólo por mi propio bien, sino también por el tuyo".

"¿Es así? ¿Y cómo es eso?", preguntó perezosamente.

Tenía el aspecto de un saltador de caminos bien vestido, tendido en la manta junto al agua. Podía ser un capitán MacHeath o un Willmore hecho realidad. Mirándolo fijamente, le resultaba cada vez más difícil concentrarse en su argumento cuando él la observaba con tanto calor en sus ojos oscuros.

"Si fuéramos..." Movié las manos desesperadamente en el aire.

"Involucrarse". Terminó la frase por ella.

Ella asintió. "Entonces sé... bueno, que no seré la misma".

"¿Y crees que eso sería tan terrible?"

Asintió tímidamente. "Pero piensa también en cómo podría cambiar tu vida. ¿Qué pasaría entonces? Quiero decir que pareces bastante feliz con tu vida tal y como es ahora... y creo que estaría muy mal enturbiar lo que es... perfecto".

"¿Crees que soy perfecta?"

"Difícilmente". Su rápida respuesta le hizo estallar en carcajadas. Rebecca no pudo contener su propia sonrisa. "No pretendía faltarle al respeto, milord".

"Por supuesto que sí".

"Muy bien, tal vez lo hice". Puso las manos en las caderas. "Pero, para ser honesto, ¿de qué otra manera voy a tratar contigo? Eres... bueno, razonablemente guapo. Tienes un porte y un encanto que muchas mujeres podrían encontrar atractivos. Y eres increíblemente arrogante al ignorar mi petición de que dirijas tus atenciones a otra parte. Usted, milord... debería estar cenando con gente... con mujeres de su mismo rango. No entiendo por qué se fija en mí".

Se sentó en la manta. Su voz era grave. "¿Encuentras mis atenciones tan odiosas, Rebecca?"

Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro frustrado. "Aquí estás, empezando de nuevo."

"Contéstame".

"Por supuesto, no son odiosos". Rebecca se sobresaltó cuando abrió los ojos y lo encontró de pie ante ella.

"Te gustan mis atenciones. Admítelo, las disfrutas. Disfrutas estando conmigo".

Ella quería negar la verdad que él decía, pero no podía.

"Yo digo que te gusto, Rebecca. Y creo que me deseas tanto como yo a ti. Ahora, si dejaras tus interminables argucias durante algún tiempo y pensaras honestamente en esto, creo que verías que no hay ninguna razón sólida para negarte obstinadamente a rendirte a tus deseos". Cuando

ella intentó girar la cara, él le agarró la barbilla y la mantuvo en su sitio. "¿Para qué te estás reservando? Y lo que es más importante, ¿por qué te estás privando de algo que te ofrece la promesa de una verdadera realización?".

Rebecca sintió que el interior de su cuerpo vibraba de expectación.

"No tengas miedo de lo que pueda pasar después. No soy de los que eluden sus responsabilidades. Cuidaré de ti". Su rostro descendió, pero no la besó. "Sin embargo, no te presionaré más allá de tus propios deseos. Por otro lado, tampoco me iré. Esperaré hasta que vengas a mí".

Siguiendo a una joven de piel negra que llevaba un pequeño fardo de pan en el delantal, Jamey había encontrado fácilmente el camino hacia el semicírculo de viviendas destartadas donde vivían la mayoría de los esclavos en un arroyo junto al borde de un bosquecillo más allá de Melbury Hall.

Sin embargo, al llegar al perímetro de la agrupación, el muchacho se ocultó tras el gran tronco de un árbol y contempló durante algún tiempo el lamentable espectáculo que tenía ante sí. En el centro de una abertura en la orilla fangosa del arroyo, dos hombres negros estaban sentados uno junto al otro en el cepo. Al menos, uno de ellos estaba sentado. El otro, el mayor y más viejo de los dos, estaba tumbado sobre el suelo mojado, con un brazo sobre la cara.

El hombre más joven no llevaba camisa y Jamey pudo ver por qué estaba sentado. Su espalda brillaba con la sangre de un azote que debió recibir no hacía mucho. El chico sintió que se le revolvía el estómago al ver las heridas abiertas. El otro hombre tenía una camisa puesta, pero mientras Jamey miraba fijamente, el hombre movió el brazo. Tenía la cara deformada, sin duda por los innumerables golpes, pero lo que era peor, el chico pudo ver que no tenía orejas. Le pareció que se las habían cortado hacía mucho tiempo, pues las cicatrices estaban curadas desde hacía tiempo. El muchacho miró fijamente el rostro, tan desdichado, viejo y perdido.

Al verlos, sintió que la ira bullía en su interior.

Las gallinas picoteaban en el patio, agitadas de vez en cuando por dos niños pequeños que las perseguían con palos, mientras los cerdos y las cabras hozaban fuera de los pequeños huertos cercados. Jamey pudo ver a un joven con un pie torcido en una cabaña abierta de curtidor, raspando la piel de una oveja. Se veían hileras de ropa en una pequeña loma más allá de la última cabaña y, mientras el chico observaba, una mujer salió de la cabaña y llevó un cubo hasta el arroyo.

A su regreso, miró a su alrededor y se dirigió rápidamente al cepo. Sacando media hogaza de pan de su blusa, la dejó caer en el regazo del hombre sentado. Sacando una taza de madera del mismo lugar, la mojó en el cubo y se la entregó, apresurándose a seguir su camino sin decir palabra.

El muchacho envió una plegaria al cielo y luego siguió buscando a su amigo. Apartado de los demás, junto a la cabaña más cercana a un camino que Jamey supuso que debía llevar hacia Melbury Hall, pudo ver montones de leña apilada. Moviéndose a lo largo de una zanja, se dirigió lentamente hacia la cabaña. Cuando estuvo bastante cerca, se asomó por encima del terraplén.

Israel estaba ocupado en su trabajo, cortando leña que había sido aserrada en trozos para la chimenea. Sentado en un tronco ancho, un hombre blanco de edad avanzada fumaba en pipa y hablaba continuamente con el muchacho. Jamey permaneció donde estaba hasta que el hombre se levantó, se estiró y -con una última indicación a Israel- subió por el sendero hacia la Sala.

En cuanto se hubo ido, Jamey recogió un trozo de corteza del suelo y lo arrojó hacia donde Israel apilaba leña. La cabeza del otro chico se levantó al instante. La carne que rodeaba los ojos color avellana de Israel seguía hinchada por la paliza que le habían dado dos días antes. Miró nervioso a su alrededor mientras trotaba hacia la pila de leña.

"¿Qué haces aquí?"

"Fui a la cabaña del bosque ayer... y hoy otra vez, pero nunca apareciste". Jamey se dejó arrastrar hacia atrás detrás de un árbol, lejos de las cabañas. "Estaba preocupado".

Israel miró hacia el sendero. "No deberías haber venido aquí. Si me pillan hablando contigo..."

"Yo asumiré la culpa", dijo Jamey. "No me harán nada. Y espere a que le cuente al señor Clarke lo de los dos hombres que vi en el cepo. La gente de Solgrave no sabe nada de lo que está pasando aquí... estoy seguro".

"Quédate", suplicó Israel, poniendo la mano en el brazo de Jamey. "No debes decir nada. Cuanto más digas, más duras serán las cosas para nosotros".

Jamey abrió la boca para discutir, pero el ceño fruncido de Israel y su rápido gesto hacia el sendero le hicieron callar. Los dos se agacharon detrás de un montón de maleza.

Un momento después, una mujer delgada y bien vestida se deslizó silenciosamente por la abertura y se detuvo junto a la pila de leña en la que Israel había estado trabajando antes. Puso una mano enguantada sobre una pila de leña y echó un vistazo escrutador.

"¿Quién es?" Jamey susurró.

"Lady Wentworth", dijo Israel. "Es la esposa del terrateniente".

Mientras los dos la observaban, ella se hundió de repente en el tocón sobre el que había estado sentado el anciano y se cubrió la cara con las manos.

Jamey pudo ver que estaba llorando. "¿Qué le pasa?"

Israel no contestó y se limitó a encogerse de hombros, mirando con el ceño fruncido a la llorosa mujer. En un momento dado, Jamey pensó que su amigo iba a abandonar su escondite e ir a verla. Pero cuando Israel empezó a levantarse, Jamey le tocó el brazo y lo detuvo.

Sin embargo, Lady Wentworth no permaneció allí demasiado tiempo. Justo cuando Jamey empezaba a sentir esa sensación de hormigueo en las piernas, la mujer se limpió la cara con un pañuelo de encaje. Levantándose, se dio la vuelta y desapareció de nuevo en el bosque.

Israel se puso en pie en cuanto la mujer se fue.

"No parece una amante cruel".

Israel negó con la cabeza. "No lo es".

"¿Qué le pasa?" volvió a preguntar Jamey, su curiosidad lo carcomía.

"¿Qué nos pasa a ninguno de nosotros?". respondió Israel, llevándose inconscientemente la mano a la mejilla magullada. "¿Qué le pasa a Jonás? ¿Por qué tiene que ser azotado y puesto en el cepo sin motivo? ¿Y qué hay del viejo Moisés? Ya ha perdido el juicio de tantas palizas... ¿por qué ponerlo en el cepo una y otra vez?".

Era la primera vez que Jamey veía el temperamento de Israel y sintió que el dolor y la ira de su amigo se fundían con los suyos.

"Squire Wentworth es la causa de todo, ¿no?"

Sin responder, Israel se alejó de su escondite y volvió a su trabajo de apilar leña. Jamey lo siguió. "Le contaré a Lord Stanmore todo esto, lo de las palizas. Él hará algo al respecto".

"Ningún hombre blanco hará nada por nosotros. Ninguna mujer blanca tampoco". Señaló en la dirección en que Lady Wentworth había desaparecido. "Ella quiere ayudar. Pero no puede. ¿Y qué hace? Lloro. Viene aquí y atiende nuestras heridas y luego se marcha de nuevo a Londres tan

pronto como puede".

"Stanmore será diferente", defendió Jamey su declaración anterior. "Mi tutor me dijo lo que está tratando de hacer en el Parlamento. Está tratando de poner fin al robo de personas de sus propios hogares. Es un buen hombre, Israel. Él..."

"Si es tan buen hombre, ¿por qué no lo quieres como padre?". Los ojos color avellana de Israel brillaron con desafío mientras se enfrentaba a Jamey. "Si crees que es tan noble, ¿por qué intentas huir de él?".

De repente, Jamey se quedó sin palabras. Había cosas que podía decir. Argumentos que había usado antes. Pero nada de eso parecía importante a la luz de las diferencias en las vidas que él e Israel llevaban. Sus quejas parecían insignificantes comparadas con el sufrimiento de su nuevo amigo.

"Te lo pedí antes... te lo ruego ahora", la voz de Israel volvió a ser suave al hablar. "No menciones nada de esto a nadie. Ni a tu tutor. Ni a tu madre. *Ni* a lord Stanmore".

Squire Wentworth apartó la correspondencia de su escritorio y miró a su alguacil.

"Me prometen treinta y cinco esclavos antes de la cosecha. ¿Has pensado dónde los pondrás?"

"Sí, señor. Cuando sepamos que los tendremos, seguro, podemos desalojar a Shaw y los suyos del valle este. Eso albergará a una docena. El resto puede poner chozas en el extremo sur de la Arboleda, o acomodarse en las chozas existentes. Después de los barcos de esclavos, parecerán palacios, apostaré".

Wentworth frunció el ceño. "¿No se inunda el extremo sur en primavera?"

"Sí, eso me han dicho". Mickleby cambió su peso de un pie al otro. "¿Pero realmente importa, escudero?"

"Sólo en que no deseo gastar el tiempo ni el dinero en reconstruir las malditas casas cada primavera".

"Haré que los sucios bichos los pongan en terreno suficientemente alto, escudero".

"Muy bien, entonces". Wentworth cerró los libros ante él y se puso en pie. "Y tendrás suficiente trabajo para ellos".

"Sí. Se ganarán el sustento". El alguacil sonrió, dando un paso atrás y observando a su patrón dar la vuelta al escritorio. "Es una maravilla verle de tan buen humor, escudero, si no le importa que se lo diga, señor".

"No te preocupes en absoluto, Mickleby. Es bueno cambiar de aires de vez en cuando". El rostro del terrateniente se ensombreció bruscamente. "Ahora salid a los graneros del sur. Esos negros bastardos seguro que me están robando ahora mismo".

El sol de la tarde aún brillaba cuando Millicent Wentworth entró silenciosamente en el salón. El terrateniente, que jugaba al whist con lady Nisdale, no levantó la vista de las cartas, pero Louisa arqueó una ceja fina al ver el aspecto de la esposa. Millicent sabía que sus zapatos estaban mojados, al igual que el dobladillo de su vestido. Aunque tuviera los ojos enrojecidos de llorar, no le importaba. ¿Qué sentido tenía ocultar tales cosas a *aquella* invitada?

"Eres una visión prohibitiva, querida". Louisa sacudió la cabeza. "La señora de la mansión con menos compostura que una criada de despensa... escandaloso, estoy segura."

Millicent se agarró al respaldo de la silla más cercana e ignoró el insulto de la mujer. En cambio, mantuvo la mirada fija en su marido.

"Wentworth, me sorprendes", se burló Louisa, acercándose y palmeando cariñosamente la mano libre del hombre sobre la mesa. "En Londres, todo el mundo alaba tu influencia sobre tu sencilla esposa en cuestiones de estilo, pero aquí...".

"Señor, necesito hablar con usted". Millicent interrumpió el discurso condescendiente del otro. "A solas".

"Más tarde". dijo Wentworth desdeñosamente sin levantar la vista de sus cartas. Una sonrisa de complicidad apareció en los labios de Louisa. "Es tu juego, mi mascota."

"¡Ah!" Louisa retiró la mano e hizo un mohín a las cartas. "Pero esta distracción me ha hecho olvidar lo que se ha jugado".

Era mejor que no existiera, pensó Millicent con amargura, sintiendo que la ira y el miedo se agolpaban simultáneamente en su corazón. Aquella misma tarde había visto como su marido desaparecía en la habitación de los invitados, sin tener en cuenta su presencia en el pasillo ni la de dos criados que pasaban por allí.

No es que a ella le importaran sus repugnantes aventuras sexuales, pensó Millicent, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas incontrolables. Ciertamente que tratarla con brutalidad y desdén y con total falta de discreción era asqueroso y villano. Pero tratar así a sus trabajadores. Aun sabiendo lo que vendría después, se obligó a persistir en su deseo de tener una audiencia con él.

"Wentworth, necesito hablar contigo. Esto es importante."

Tal vez fue el cambio de tono -uno que nunca se había atrevido a utilizar con su marido- lo que llamó su atención. Tembló incontrolablemente cuando la mano del hombre se crispó visiblemente y su mirada se dirigió amenazadora hacia ella.

Su tono frío contradecía la furia que ella podía ver en sus ojos. "No estoy acostumbrado a que ignoren mis órdenes".

Louisa miró de uno a otro antes de dejar las cartas despreocupadamente sobre la mesa y levantarse lentamente. "Creo que daré un paseo por los jardines antes de prepararme para esta noche".

"Quédate un rato, querida", ordenó Wentworth, agarrando a Louisa por la muñeca y tirando suavemente de ella alrededor de la mesa hasta que estuvo de pie junto a su silla.

Era imposible no ver la mano de su marido deslizarse posesivamente alrededor de las generosas caderas de la mujer mientras miraba con altanería a Millicent.

"Tienes un minuto."

Millicent casi se sintió aliviada al darse cuenta de que su ira no aumentaba ante aquella insolencia, sino que seguía centrada en la injusticia que había presenciado en la Arboleda.

"Durante mi paseo de esta tarde, encontré a Jonás y Moisés en el cepo. Jonás estaba..."

"Louisa", interrumpió Wentworth, volviéndose de lado en su silla y tirando de su invitada hacia su regazo. "¿Te he hablado alguna vez del acuerdo entre mi esposa y yo?"

"Jonah había sido azotado." Millicent alzó la voz. "Quiero saber por qué."

"A diferencia de ti, mi mascota, mi mujer aborrece que la toque". Pasó un dedo por el borde del escote del vestido y tiró hacia abajo. Una punta rosa asomó.

"Ahora no, Wentworth". La cara de Louisa se puso roja de vergüenza. Puso las manos sobre sus hombros para zafarse de su agarre. Pero su fuerte agarre de la cintura la mantuvo donde estaba. Apretó los labios contra la carne de marfil de su pecho. Ella le apartó la cara.

"No hay razón para preocuparse, Louisa", dijo con una breve carcajada. "Se irá pronto".

"Basta, Wentworth." Louisa gritó, empujando más fuerte esta vez y liberándose. Se subió el vestido mientras daba un paso atrás.

"En realidad, no me sorprende que te opongas a que nos mire, considerando..." Aún mantenía la mirada fija en Louisa mientras ella se pasaba las manos por los brazos como si quisiera protegerse de un escalofrío. "...considerando el sórdido gusto de mi esposa por los hombres. Pero nunca soñaría con traerla a nuestra cama como trajimos a esa... ¿cómo se llamaba?"

"*Nunca ha habido otro hombre*", gritó Millicent con incredulidad. Se quedó mirando un momento. "¿Fue ésta la razón de la paliza de esos pobres hombres?"

"Ella favorece a los esclavos, ya sabes. Todo el mundo lo sabe. Va al parque y permite que los africanos hagan de las suyas con ella. El año pasado, de hecho, intentó dar a luz a un bastardo..."

"Eso es mentira". Las lágrimas volvieron a correr por el rostro de Millicent. "Ese niño era tuyo... un niño que me obligaste a tener. Si me hubieras creído... si no me hubieras golpeado... perdiéndolo..."

"...Pero este año, Lady Wentworth ha elevado sus estándares." La malicia era evidente en cada pulgada de la cara del hombre. "Ella ha estado tratando de atraer a ese maestro de escuela... pero yo he estado vigilando lo que es mío. Ella cree que esos esclavos no divulgarán las fechorías de su propia puta, pero mi esposa es bastante ilusa en ese sentido."

"No es cierto". Millicent continuó sacudiendo la cabeza mientras su marido se levantaba lentamente. "Las visitas del Sr. Cunningham aquí no tienen nada que ver conmigo. Viene aquí porque tiene compasión... por la gente que lo necesita".

"¿Lo oyes en su voz, Louisa? ¿Lo ves en su cara? Le adora".

Louisa se volvió con desagrado y miró por la ventana mientras Wentworth avanzaba hacia su esposa que se retiraba.

"¿Y ya te has acostado con él, Millicent? ¿Estás embarazada de *él* también?"

"¡Detente!" Ella jadeó de dolor cuando Wentworth le agarró la parte superior del brazo. "Soy inocente. No hay nada entre..."

"Inocente como una puta de Covent Garden. Y tu querido señor Cunningham puede disfrutar de la protección de nuestro mojigato lord Stanmore", susurró el escudero, sacudiéndola con tanta fuerza que ella cayó contra él. "Pero tú eres mía. Para tocarte como quiera. Para castigarte como crea conveniente... y de la misma manera que trataré a esos asquerosos brutos que creen que pueden mantenerte como su puta".

"Sólo hay un bruto..."

Las palabras de Millicent se convirtieron en gritos de dolor cuando los golpes del escudero llovieron sobre su cara y su cuerpo.

Y junto a la ventana, Louisa Nisdale contemplaba con rostro de piedra las colinas sobre Solgrave.

Capítulo Veinte

APENAS HABÍA AMANECIDO cuando Rebeca salió de su dormitorio. Bajó las escaleras del servicio, salió por una puerta lateral y se dirigió a los establos.

Esta mañana se había puesto, al principio a regañadientes, el nuevo hábito de montar que le habían entregado en su habitación la noche anterior. Había llegado con la otra docena de vestidos y accesorios que la Sra. Trent había encargado a principios de semana. La tela de terciopelo ciruela, ribeteada con una sedosa cinta violeta -con su sombrero a juego- era uno de los mejores trajes que había llevado nunca. Sin duda, era un vestido que nunca habría elegido para sí misma, aunque sólo fuera por su evidente extravagancia. Pero ante las burlas de Lady Nisdale el día anterior, Rebecca se sintió agradecida por la elección de la señora Trent.

Las botas de cuero oscuro que le habían entregado con el vestido hacían un suave ruido en el camino cuando se acercaba a los establos. Había ensayado su petición varias veces. Ya había conocido a algunos de los mozos. No había motivo para que le denegaran la petición, se recordó Rebecca, tratando de calmar el nerviosismo que sentía, nerviosismo que en realidad tenía muy poco que ver con pedir prestado un caballo.

Lo que más le preocupaba era cómo reaccionaría Millicent ante lo que estaba a punto de contarle. Ayer, Rebecca había rezado para que su antigua amiga comprendiera su pasado, el crimen que se había visto obligada a cometer y todo lo que había hecho desde entonces. Pero al caminar hacia los establos en el aire fresco de la mañana, Rebecca se recordó a sí misma que la gente cambia. La alegre y amistosa Millicent Gregory de la Academia para Niñas de la Sra. Stockdale era ahora una Lady Wentworth de Melbury Hall muy diferente. ¿Qué le hacía pensar a Rebecca que podía confiar en ella?

El humo de la hoguera del herrero se extendía por las copas de los árboles y se veía a media docena de mozos de cuadra trajinando por los establos. Cuando Rebecca se acercó, vio que cepillaban o sacaban a hacer ejercicio a varios caballos en los prados, pero su amiga aún no había llegado. Rebecca respiró hondo, casi aliviada por disponer de unos minutos más para calmar su agitado interior. Pero la visión del conde de Stanmore de pie junto a un apuesto cazador negro y enfrascado en una reflexiva discusión con un mozo de cuadra cogió a Rebecca totalmente por sorpresa. Su mirada parpadeó hacia ella y luego volvió con evidente placer.

"Rebec... er, Sra. Ford", la saludó, dejando atrás al novio. "Qué agradable sorpresa".

"Buenos días, milord". Sus entrañas se encendieron, y forzó las palabras mientras él miraba su nuevo atuendo con evidente aprobación. "Yo estaba... conocí a Lady Wentworth ayer... y ella me invitó a cabalgar con ella esta mañana. Así que esperaba que a su señoría no le importara que me prestara un caballo".

"¡Claro que no!" Al instante se volvió hacia el mozo de cuadra y le dio una serie de

instrucciones. Mientras el hombre se apresuraba a hacer lo que se le había ordenado, la atención de Stanmore volvió a centrarse en Rebecca. "Suponía que no habías montado".

"No monto, en general. Hace años que no lo hago". Sintió que la vergüenza enrojecía sus mejillas por la media verdad que le había dicho antes. "Sin embargo, solía montar, así que la invitación de Lady Wentworth despertó mi interés por probarlo de nuevo".

Rebecca notó el ceño fruncido que cesaba en su frente. Cogió las riendas de su propio corcel y condujo al caballo a través de una verja hacia un prado. Rebecca caminó con él, cerrando la verja después de que Stanmore hubiera pasado.

"¿Va... va Lady *Nisdale* también a acompañarle en su paseo de esta mañana?"

"No, milord. Creo que sólo seremos Lady Wentworth y yo".

Él asintió una vez y ella sintió su alivio. Estudió por un momento las sombras que se acortaban en los bordes del prado y luego volvió a mirarla.

"Me alegro de que haya aceptado la invitación de Lady Wentworth", dijo amablemente. "En los años que lleva como vecina aquí en Solgrave, aún no he visto ni oído que busque la compañía de nadie... hasta ahora, claro".

Rebecca recordó la reserva de su amiga el día anterior. "Parece bastante infeliz... aunque me cuesta creer que la visita de Lady *Nisdale* vaya a aliviar el problema. Las dos parecen ser tan diferentes".

El conde frunció el ceño. "Tienes toda la razón en tus observaciones".

Rebecca miró hacia el sendero y siguió sin ver rastro de su amiga. Deseaba que Millicent llegara, pero al mismo tiempo apreciaba esos momentos de intimidad en su compañía. Pensó en sacar otro tema que la había estado atormentando: su preocupación por la falta de relación entre el conde y Jamey.

Anoche, después de reunirse con el padre y el hijo en el comedor, se había sentido realmente turbada por la muestra de indiferencia que seguía siendo tan pronunciada entre ellos. Por lo que ella sabía, Jamey aún no había pronunciado palabra alguna en presencia de lord Stanmore. Incluso cuando Rebecca le hacía una pregunta, el muchacho se limitaba a asentir o a negar con la cabeza. Rebecca sabía que le había enseñado a comportarse mejor de lo que lo había hecho en la mesa y, tras acompañarlo a su habitación, le había hablado largo y tendido sobre lo inaceptable de su conducta hacia su padre.

Pero Jamey no tenía ni diez años, y el frío silencio de lord Stanmore no había sido ciertamente mejor que el de su hijo.

¿Qué otra cosa podía esperar, sin embargo, ya que ambos habían pasado tan poco tiempo en compañía del otro desde su llegada a Solgrave?

"Hoy vuelvo a Londres".

Su decepción debió de manifestarse de inmediato, porque una sonrisa se dibujó en su rostro. Se acercó y le cogió la mano. Aunque no se atrevía a deshacerse de aquel contacto, Rebecca deseó que empleara parte de aquel encanto para ganarse el afecto de su hijo.

"Un mensaje urgente llegó anoche tarde. Parece que se requiere mi presencia en Londres. Pero no estaré fuera más de dos días como máximo".

Rebecca se tragó sus sentimientos personales respecto a su ausencia y en su lugar trató de centrarse en los asuntos más importantes. "Cuando regrese, milord, ¿podrá disponer de un día quizás?"

Su mirada oscura era profunda, sin fondo, atrayéndola. Se estremeció de emoción cuando él le levantó lentamente los dedos y le besó el dorso de la mano. "Puedo prescindir de mucho más que un día".

"¿Me atrevo a preguntar... dos horas al día... durante toda su estancia en Solgrave, entonces?"

"¿Por qué tengo la sensación de que estás planeando algo?"

Retiró la mano y la escondió entre los pliegues de la falda. "No parece muy confiado, milord".

El sonido de su risa reverberando en el patio le arrancó una sonrisa. "¿Qué buscas, Rebecca?"

"No mucho. Sólo dos horas al día del tiempo de su señoría".

"¿Para qué?"

"Instrucción".

"¿Qué tipo de instrucción?" Bajó la voz. "Mejor aún, ¿quién de nosotros va a hacer esta 'instrucción'?"

"Me está tomando el pelo, milord". Ella bajó la vista hacia sus botas de caña alta, hacia los pantalones oscuros de piel de ante que se amoldaban a sus musculosas piernas. Su mirada se apresuró a pasar de su estrecha cintura a la corta chaqueta negra que abrazaba sus impresionantes hombros anchos. Había pensado seducirlo y engañarlo para que aceptara sin conocer los detalles, pero a medida que la calidez se extendía por su interior, descubrió que era ella *misma* quien estaba seducida.

"Si sigues así, cancelaré mi viaje a Londres". Se inclinó hacia ella hasta que su voz fue un ronco susurro en su oído. "Y me encargaré de que tú y yo estemos encerrados en mis aposentos durante quince días... por lo menos. ¿Y qué piensas de *esa* proposición, Rebecca?"

Si el carruaje del correo de Londres se hubiera abalanzado sobre ella, Rebecca no se habría movido ni un milímetro. Aturdida, incapaz de respirar siquiera, sintió el calor fundido fluir a través de ella, abrasándola por dentro.

"YO... YO..."

Los dedos de Stanmore acariciaron su mejilla. Tuvo que controlarse para no dejarse tocar.

"Sin presiones", susurró. "Ya me lo dirás cuando estés preparada".

La llegada de su mozo de cuerdas le hizo retirar la mano. Miró a la hermosa yegua castaña, ensillada y preparada.

Stanmore se puso los guantes. "¿Dónde planea reunirse con Lady Wentworth?"

"Aquí. Teníamos que encontrarnos aquí, junto a los establos. Pero milord, no ha respondido a mi pregunta anterior. ¿Sobre vuestro tiempo? ¿Esas dos horas al día?"

"Una hora".

Le vio pasar las riendas por encima de la cabeza de su caballo. "Hace un momento, me amenazabas con un largo confinamiento. Ahora estás siendo extremadamente frugal con tu tiempo".

Subió a su caballo. "Tengo fama de ser un hombre generoso... siempre que los términos de las negociaciones se expongan abierta y honestamente".

Frunció el ceño y le miró a la cara. "He sido franco sobre mi petición desde el primer día. Pero tu falta de interés en el tema me ha obligado a seguir un enfoque diferente".

"He proporcionado todo para el muchacho que ha solicitado."

"No todo, milord", replicó Rebecca con tenacidad mientras un temperamento cada vez más sombrío nublaba su frente. "James te necesita. Necesita *tu* atención... *tu* interés... mucho más de lo que necesita cualquiera de las comodidades que le proporciona Solgrave".

El corcel pateó impaciente el duro suelo, pero la mano firme de Stanmore lo mantuvo a raya.

"¿Son sus palabras, Sra. Ford, o las tuyas?"

"No importa de quién sean las palabras. Lo conozco mejor que nadie en el mundo. Olvidas que lo he criado como si fuera mío".

"Yo no olvido nada, y en este caso te equivocas. Independientemente del buen ejemplo de trabajo duro y abnegación que has dado todos estos años, James nació para Elizabeth. Todas las buenas intenciones de tu parte no prevalecerán sobre su crianza. Es la sangre de ella la que corre por sus venas. Con ella ha heredado su debilidad, egoísmo y arrogancia".

"No estoy de acuerdo". Rebecca se asombró de la cruda emoción que vio en el rostro del conde, pero siguió adelante de todos modos. "Elizabeth... su esposa... ella no era..."

Se sorprendió a sí misma. ¿Cómo podía defender a una mujer a la que supuestamente nunca había conocido?

"Quiero decir... James tiene su propio carácter."

"Me he dado cuenta".

"Pero debes darle una oportunidad. ¿Qué daño haría pasar una o dos horas al día en su compañía?"

Temía cuál podría ser su respuesta. Su fría mirada ya estaba fija en el camino que salía de Solgrave. El mozo de cuadra, que había estado sujetando su caballo, estaba ahora de pie a poca distancia de ellos, comprobando discretamente los cascos de la yegua.

Una batalla se libraba dentro de la cabeza de Rebecca. Le gustaba Lord Stanmore. Lo admiraba. Lo deseaba. En realidad, estaba atrapada en una red invisible y se estaba volviendo demasiado ciega para preocuparse por las consecuencias. Y, sin embargo, sabía que nunca podría entregarse a un hombre que albergaba tanta amargura hacia su propio hijo.

"Una hora", dijo secamente. "Dile al chico que tendrá que levantarse temprano. Nuestra hora designada será por la mañana, antes de sus lecciones con el señor Clarke".

"Gracias, milord".

Su suave susurro atrajo su mirada para una última despedida. Lo que vio en esa mirada hizo que su corazón saltara en su pecho.

"Buen viaje. Te estaremos esperando".

Mientras él espoleaba su caballo hacia St. Albans y Londres, Rebecca rezó para que este viaje suyo fuera sólo un poco menos peligroso.

La joven criada deslizó cuidadosamente la carta sellada en el bolsillo de su delantal antes de salir de la alcoba de lady Wentworth.

Melbury Hall seguía bastante tranquilo. El señor, que había bebido hasta tarde y jugado a las cartas con el invitado, seguía en cama. Apresurándose por el pasillo hasta llegar a los aposentos del señor, la muchacha contuvo la respiración y pasó sin hacer ruido, sin apartar los ojos de la puerta que conducía a la escalera de servicio, al fondo del pasillo alfombrado. Violet no quería pensar en qué más había pasado, aparte del juego de cartas. Se limitaría a concentrarse en su tarea.

Señor, cómo odiaba los momentos en que se requería la presencia de su señora en el campo.

Se apresuró a seguir. Jonás estaría sacando cenizas de los hornos de la cocina, como hacía todas las mañanas a esta hora. La joven tenía que entregarle la carta de su ama al esclavo antes de que se marchara. Ella misma no sabía mucho de aquel hombre callado, pero sabía que Lady Wentworth confiaba plenamente en él. Jonah entregaría la carta de su ama a su destinatario esta misma mañana... sin falta.

Violet no vio a la invitada hasta que la mujer apareció de repente de entre las sombras, bloqueándole el paso. La sirvienta soltó un grito ahogado e inmediatamente se encogió contra la pared.

"¿Por qué tanta prisa? Tan sin aliento!"

"Disculpe, señora. Me ha pillado desprevenida". La sirvienta hizo una reverencia y mantuvo la mirada clavada en el suelo. "Espero que haya dormido bien, milady."

"Acaba de salir de la habitación de Lady Wentworth. ¿Cómo se encuentra su señora esta mañana?"

A Vi le pareció un poco extraña la preocupación de la mujer, viniendo de alguien que acababa de abandonar la cama del escudero. La sirvienta echó un rápido vistazo a la mujer. Su cabello, recogido en un pañuelo alto, se inclinaba precariamente hacia un lado. Llevaba una túnica de seda fina atada a la cintura. Apenas ocultaba el cuerpo desnudo que llevaba debajo.

"Se siente un poco mejor, milady."

"¿Le has traído el desayuno?"

"No, milady. Su señoría tenía..." Violet retrocedió nerviosa cuando el invitado dio un paso hacia ella. Su espalda chocó contra la pared. "Su... su señoría no tenía apetito".

"¿Entonces por qué te llamó?"

La joven pensó en la carta metida en el bolsillo del delantal y escondió intencionadamente las manos a la espalda. "Ella... ella quería que yo... le dijera a la cocinera que no subiera una bandeja".

"Por supuesto". Una sonrisa sardónica floreció en los labios carnosos de Lady Nisdale. La invitada alargó la mano y tocó un rizo rubio suelto que se había escapado de la gorra de la sirvienta. "¿Cómo te llamas, muchacha?"

"Vi, señora."

"Muy bien, Violet. ¿Y cuántos años tienes?"

"Dieciséis", graznó nerviosa.

"Tienes una piel preciosa". Lady Nisdale dejó que su dedo recorriera acariciando la mejilla de la criada. Violet intentó apartar la cara, pero la mujer la sujetó rápidamente por la barbilla y la mantuvo contra la pared. "Eres una chica muy guapa, Vi. ¿Cuánto tiempo llevas al servicio de Lady Wentworth?"

"Yo... empecé... hace sólo unos meses, milady".

"No el tiempo suficiente para conocer las reglas de esta casa, por lo que veo", arrulló lady Nisdale, sin dejar de agarrar el rostro de Violet. La invitada se acercó y la joven sirvienta se encogió al sentir la presión de los pechos de la otra mujer contra los suyos. "Muchos en esta casa me consideran una nueva invitada, pero compartiré un pequeño secreto contigo".

Vi tragó con fuerza y apretó la espalda contra la pared.

"Conozco a tu amo desde hace más tiempo del que crees. Más que a su esposa. Más que a su actual mayordomo. Más que a casi todo el mundo". La mano de Lady Nisdale soltó la barbilla de Vi y volvió a pasar las yemas de sus dedos por la piel de su mejilla, de su cuello. "Y es por mi larga... amistad con el escudero que puedo advertirte de algo. Todos y todo cae en dos grupos a su vista".

El invitado siguió acariciando suavemente el cuello de la chica, y Violet contuvo la bilis que le subía a la garganta.

"El primer grupo está formado por los que le son leales, los que son dignos de confianza y le mantienen informado de todo lo que ocurre. Y el otro grupo..."

Bajó la mano y agarró uno de los firmes pechos de la criada. La sirvienta jadeó de asombro e

intentó apartarla, pero Louisa apretó su peso contra el cuerpo de la muchacha, apretando con más fuerza. Vi dejó de luchar, sintiendo que el mundo la aplastaba.

"El otro grupo..." Lady Nisdale continuó con voz de raso. "...está formado por aquellos que le desobedecen. Y esos son los que el buen escudero castiga. Es un buen amo, ¿verdad, Vi?"

"Sí, milady", gimoteó la chica, sin levantar la vista.

"¿No tiene razón al castigar a los desobedientes... a los desleales?"

"Sí, señora", susurró, empezando a llorar en silencio.

"Oíste de los latigazos de los dos esclavos ayer, estoy seguro. Y seguramente viste la cara de tu ama esta mañana". El invitado apartó las lágrimas que corrían por el rostro de la sirvienta y se inclinó hacia ella para susurrarle al oído. "Y lo que viste no es nada comparado con los moratones que la señora tiene aquí". Apretó con fuerza el pecho de la muchacha. "Y en otros lugares. ¿Alguna vez te han tocado... en esos otros lugares, Vi?"

Las lágrimas de la sirvienta se convirtieron en un suave sollozo mientras negaba con la cabeza. "Por favor, milady. Soy una buena chica. Por favor, déjeme ir".

"Está muy bien que seas una buena chica, Vi. Tu amo estará encantado de saber que eres virgen. Tal vez te lleve con él ahora mismo, de hecho. Él y yo podríamos empezar el día muy placenteramente disfrutando de tu cuerpecito regordete".

"Por favor, milady", suplicó Violet, sin dejar de sacudir la cabeza. "¡Por favor!"

"Déjame preguntarte de nuevo, Vi. ¿Para qué te quería tu ama tan temprano esta bonita mañana?"

Los ojos azules de la chica se redondearon de miedo. Miró hacia el pasillo cuando un movimiento llamó su atención.

"Vi, Squire Wentworth es conocido por ser bastante... hmm, bastante varonil por las mañanas. Grande y varonil". Louisa presionó su mano contra la unión de las piernas de la chica. "Podría partirte por la mitad con su grueso pene. Y todo lo que tengo que hacer es arrastrarte a su cama".

"Una carta", sollozó la chica. "Era una carta. Puedes quedártela".

Lady Nisdale retrocedió un poco y dejó que la muchacha metiera la mano en el delantal y sacara una carta sellada.

"Ni una palabra", amenazó Louisa, cogiendo la barbilla de la chica con una mano y la carta con la otra. "A nadie".

Con lágrimas en los ojos, la criada se deslizó alrededor de Louisa y corrió aterrorizada por el pasillo. En un momento había desaparecido por las escaleras del servicio.

Sin esperar un instante más, Louisa rompió el sello y escudriñó el contenido de la carta. Un cortés saludo a la señora Ford, seguido de excusas ficticias por las que Millicent no podía asistir a un encuentro previamente planeado con la otra mujer. Una vaga promesa de volver a escribirle y reprogramar su paseo matutino, posiblemente la semana próxima. Nada importante, pensó Louisa con enfado mientras echaba un vistazo al final de la correspondencia. Nada más de lo que ya sabía o podía haber adivinado.

Pero tenía que haber algo más, pensó Louisa, con los nervios a flor de piel. Algo había pasado entre las dos mujeres. Estaban seguras de que compartían un secreto. Algo lo suficientemente importante como para que organizaran este paseo privado esta mañana. Justo cuando Louisa estaba a punto de arrugar la carta con frustración, su mirada se posó en la última línea antes de la firma.

Nuestra querida Sra. Stockdale habría reprobado este apresurado aplazamiento...

Louisa volvió a mirar fijamente. *Nuestra querida Sra. Stockdale. La Sra. Stockdale. Nuestra*

Sra. Stockdale.

Al hojear de nuevo la carta, una sonrisa se dibujó en el rostro de Louisa.

Él estaba de pie en la puerta abierta de su alcoba cuando ella levantó la vista, y no hizo ningún esfuerzo por ocultar el papel.

"¿Qué tienes?"

"Una carta. ¿Cuánto tiempo has estado allí?"

"El tiempo suficiente para ver tu manera bastante tentadora de tratar a los sirvientes. Sin embargo, me decepciona que no me la hayas traído. La idea de nosotros tres es realmente excitante, mi mascota".

"Siempre hay un mañana", murmuró, desabrochándose el cinturón de la bata y deslizándose hacia él. "Pero esta mañana necesitarás todo tu vigor para mí, porque tendré que despedirme de ti por hoy. Quieres volver a disfrutar de esto antes de que me vaya, ¿verdad?"

La mirada de Wentworth pasó de los pechos expuestos al triángulo de rizos rubios a la carta que ella sostenía con demasiada despreocupación en una mano.

"Dámelo".

"No contiene nada". Ella le entregó la carta sin protestar. Mientras él la ojeaba, ella lo rodeó con un brazo y lo palpó a través de la camisa de dormir. Su virilidad ya era gruesa y se estaba endureciendo.

"Esta mujer... esta Sra. Ford," preguntó. "¿Es la que conocieron ayer en casa del rector?"

"Lo es", arrulló Louisa, empujándole dentro de la alcoba y cerrando la puerta tras ellos.

"¿Sabías algo de la cabalgata a la que iban esta mañana?"

"Nada de nada". Ella intentó guiarle hacia la cama, pero él plantó los pies en medio de la habitación y volvió a mirar la carta.

"Es un ratón... no mucho mejor que tu esposa". Louisa susurró contra su cuello. "Tírala. Tenemos mejores cosas que hacer".

Agarró la camisa y se la abrió, sonriendo ante su sorpresa. Con una mirada tímida, empezó a deslizar los labios por su pecho desnudo hasta arrodillarse.

Súbitamente impaciente, Wentworth agarró el pelo de Louisa, con pañuelo y todo, y arrastró su boca bruscamente hacia su pene. Al sentir la húmeda boca de Louisa cerrándose a su alrededor, dejó caer la carta al suelo y soltó un gemido de satisfacción.

"¿Quién es la señora Stockdale?", preguntó ella, echándose un poco hacia atrás y mirándole como si estuviera a punto de devorarlo.

"¿Quién? Bajó la mirada hacia sus labios húmedos, hacia la lengua que ya acariciaba la punta de su virilidad. "Stockdale... una vieja bruja de Oxford. Dirige una escuela allí. Academia para chicas. Millicent fue allí. Les enseña a ser 'señoritas'. Pero a ti, mi mascota, te habrían expulsado el primer día".

Le miró con expresión de inocencia burlona. "¿Pero no es esto lo que hace una 'dama'?"

"Sí", dijo, agarrando con fuerza su pelo y guiándola de nuevo hacia él.

Capítulo Veintiuno

EL DÍA AVANZABA y Rebecca empezaba a sentirse incómoda esperando en los establos. Ya había vuelto a la casa una vez, preguntando por un posible mensaje de lady Wentworth, pero no había habido ninguno. Decidiendo finalmente que tal vez había entendido mal su lugar de encuentro, pidió indicaciones y montó en su caballo. Con un mozo de cuadra detrás, Rebecca se dirigió hacia Melbury Hall.

Cuando los senderos del bosque se abrieron a onduladas tierras de labranza, se encontró cabalgando a través de fragantes campos de trigo, cebada, avena y heno. Al llegar a la larga y sinuosa carretera que conducía a Melbury Hall desde el pueblo, Rebecca se sorprendió al encontrarse con un hombre vestido de forma conservadora, más o menos de la misma edad que ella, montado en un caballo de aspecto bastante decrepito y en la misma dirección. Él la saludó amistosamente, y ella descubrió que era el señor Cunningham, el maestro de escuela de Knebworth. Ya había oído hablar mucho de ella al rector y a su esposa.

Inmediatamente a gusto con el hombre, Rebecca despidió al novio, y los dos continuaron juntos, charlando cómodamente.

Se había convertido en su rutina de los viernes durante los dos últimos años, se enteró, pasar las mañanas en Melbury Hall dando clases a los hijos de los criados durante una hora y a los niños esclavos durante otra hora. También salía ocasionalmente durante la semana, pero esas visitas eran generalmente por la tarde, con la intención de leer con algunos de los adultos del servicio. Y estaba encantado de oír su oferta de ayudar en el trabajo allí.

"¿Pero qué te trae a Melbury Hall esta mañana?"

"Lady Wentworth y yo habíamos planeado encontrarnos antes en los establos de Solgrave y montar a caballo", respondió Rebecca. "Pero creo que una de nosotras debió entender mal dónde debíamos encontrarnos. Al menos, ella no apareció. Así que pensé en acercarme y asegurarme de que no se encuentra mal".

El Sr. Cunningham consultó su reloj de bolsillo con preocupación. "Es bastante inusual que Lady Wentworth sea descuidada en el cumplimiento de una cita. Sé que cuando ella cabalga, sin embargo, a esta hora generalmente ha regresado a Melbury Hall".

Rebecca miró discretamente al profesor. Era de estatura y complexión medias, con rasgos regulares que resultaban agradables, pero que nunca podrían considerarse guapos. Sin embargo, la chispa de inteligencia que desprendían sus ojos oscuros y la absoluta confianza que resonaba en cada palabra que pronunciaba le conferían un toque distintivo. Sin embargo, a Rebecca le pareció interesante que el maestro conociera el horario de Millicent.

"Probablemente fue un error mío respecto al lugar de encuentro. En cualquier caso, esperaba que me recibiera si me acercaba. Me gustaría presentarle mis disculpas en persona, y tal vez

imponerle otra visita pronto".

El rostro intenso del hombre se iluminó cuando se volvió hacia ella. "Eso es encantador, Sra. Ford. ¡Realmente lo es! A Lady Wentworth le vendría bien la compañía".

"Es la segunda vez hoy que oigo este sentimiento".

"¿Lo has hecho?"

"Los sentimientos de Lord Stanmore eran muy parecidos."

El maestro asintió con comprensión. "Es difícil no sentirse afectado por la melancolía de esa buena mujer. No es una mujer muy feliz".

Tan diferente de la Millicent Gregory que Rebecca había conocido hacía tantos años. Miró el paisaje ondulado de granjas a su derecha. Sabía que tenían que estar cerca de Melbury Hall. En un campo, varios trabajadores de piel negra trabajaban sin descanso.

Cunningham siguió su mirada, frunciendo el ceño. "¿Sabe que hay miles de afrodescendientes -tanto hombres libres como esclavos fugitivos- viviendo en una terrible pobreza a lo largo del Támesis, al este de Londres?"

"No lo sabía, aunque me temo que las condiciones no son mucho mejores en algunas de las ciudades de las colonias". Cabalgaron en silencio durante un momento. "La señora Trimble me informó de la práctica de la esclavitud por parte del terrateniente. También mencionó los desacuerdos pasados entre él y Lord Stanmore sobre el tema."

"Esos desacuerdos apenas pertenecen al pasado. Los esfuerzos de Su Señoría en el Parlamento para abolir esta práctica perversa se dirigen directamente a quienes están aliados con Squire Wentworth. Es triste decirlo, pero el rey mismo aprueba el comercio y el uso de esclavos. Al igual que muchos otros, la implicación del terrateniente no se limita a mantener a los africanos en sus granjas aquí; también está profundamente involucrado en su uso en una serie de plantaciones que posee en Jamaica. También hay rumores de que ha invertido mucho en barcos que se dedican a la trata de esclavos". La fuerte voz del Sr. Cunningham reflejaba su convicción. "Wentworth piensa que está por encima del mundo de los hombres... y de la moralidad que nos guía. Pero en verdad, está parado al borde de un precipicio, y la mano del conde puede ser la que lo empuje".

"Con tanta animosidad entre ellos, ¿por qué entonces permite que usted y el reverendo Trimble... dos hombres que parecen estar abiertamente alineados con su señoría... visiten sus granjas?"

El maestro sonrió con tristeza. "Ha estado viviendo en un mundo diferente, Sra. Ford. Quién es Squire Wentworth y lo que dice son dos cosas completamente distintas. Aunque soy escocés, puedo decir sin prejuicios, que esa es la forma de ser del inglés. Es obvio para todos los que le conocen bien que odia a Lord Stanmore, pero nunca lo demostraría públicamente. Tiene demasiado que perder". La mano de Cunningham señaló las granjas que tenían a su derecha. "Ya dirigía la escuela de Knebworth hace cinco años, cuando Wentworth compró todas estas tierras y Melbury Hall. Quienes conocían los antecedentes de este hombre y sabían de las plantaciones que dirigía en Jamaica no dudaban de que compró esta propiedad con el propósito de ascender en la sociedad."

"¿Era Lady Wentworth... Millicent ya su esposa en el momento de su adquisición de Melbury Hall?"

"No, pero fue adquirida en pocos meses". El maestro respondió hoscamente. "Melbury Hall le dio estatus. Su nueva esposa, por su dinero y noble linaje, le dio entrada en las clases altas."

La hostilidad que erizaba las palabras del señor Cunningham era inconfundible, pero Rebeca descubrió que no podía culpar al hombre. Lo poco que había visto y oído sólo servía para

confirmar las palabras del maestro de escuela.

"Entonces, ¿ha habido alguna mejora como resultado de sus esfuerzos?"

"Debo parecer muy desagradecido", dijo Cunningham, y añadió: "Sí, el terrateniente acordó algunos arreglos después de que lord Stanmore insistiera. Pequeñas mejoras, como permitir que los niños africanos se tomen una hora de su jornada laboral los viernes para sentarse conmigo. O llamar al reverendo Trimble cuando alguien está en su lecho de muerte. O permitir que traigan a un médico cuando alguien se ha roto un hueso. Pero sigue siendo tan... tan descorazonador en muchos sentidos. Por cada paso que hemos dado en favor de estas personas, parece que hay que pagar un precio despiadado."

Delante de ellos, un joven de piel oscura intentaba arrastrar por el camino un trineo sobrecargado y repleto de leña.

"¿Qué precio, Sr. Cunningham?"

"Palizas. Familias destrozadas y dispersadas a su antojo. A veces, le digo, incluso ha habido pérdida de vidas".

Sintiéndose repentinamente enferma, Rebecca se volvió bruscamente hacia el maestro. "¿Aquí? ¿En Melbury Hall? ¿Qué se ha hecho al respecto?"

"La ley protege al escudero. Y todas las muertes se han calificado de accidentes. Si nadie grita, si no hay quejas, no hay necesidad de que intervenga un magistrado".

"Pero seguramente la gente acabará clamando contra tales condiciones. Está ocurriendo en las colonias. No se puede soportar la opresión durante mucho tiempo".

La intensa mirada del hombre se volvió de repente cautelosa, mientras miraba fijamente al chico que tenía delante y que seguía luchando con el peso de la carga.

"No creo que deba decir nada más, Sra. Ford. Usted es un visitante en Solgrave. No está aquí para quedarse. Fue un error por mi parte quejarme tan imprudentemente".

"Sr. Cunningham..." Ella se detuvo, viendo al chico resbalar y caer con fuerza al suelo.

Ambos dieron rienda suelta a sus caballos. Pero antes de que ella pudiera apearse, el muchacho se puso en pie e intentó apartar el trineo de su camino.

"Esa es una carga demasiado pesada, muchacho Israel. Mira, te has hundido en la rutina".

El Sr. Cunningham desmontó y se acercó al joven trabajador. Agarrando la parte trasera del trineo, lo empujó para sacarlo del bache mientras Israel tiraba. Más allá del camino lleno de baches, un sendero descendía suavemente hacia un río serpenteante.

"Hoy es viernes, muchacho. Pensé que estarías esperando en el Grove para tus lecciones".

La mirada del muchacho no pasó de las polvorientas botas del maestro. "Hoy no puedo ir a clase, maestro".

Rebecca estudió el largo pelo negro del muchacho atado a la nuca. Los viejos calzones estaban deshilachados en las rodillas, sus pies estaban descalzos. No parecía mucho mayor que su Jamey. A Rebecca le daba asco pensar que, por muy joven e inocente que fuera, un ser humano no podía escapar del mal de la esclavitud. Pensó en las palabras del francés Rousseau que había leído en el periódico del doctor Franklin. *El hombre nace libre; y en todas partes está encadenado.*

En ese momento, el muchacho levantó ligeramente la cabeza para responder a una pregunta del señor Cunningham. Rebecca y el maestro vieron al mismo tiempo los moratones de su cara.

"¿Qué te ha pasado, Israel?"

No contestó. Rebecca desmontó inmediatamente y se acercó, mientras el Sr. Cunningham levantaba la cara del muchacho para verlo mejor. Se estremeció al ver los moratones oscuros bajo el ojo izquierdo y en la mejilla, y los cortes y la hinchazón que le marcaban un lado de la boca. Su caída parecía haber abierto una herida anterior, y tenía sangre fresca en la boca. Sin

embargo, sus hermosos ojos color avellana la observaban con curiosidad.

"¿Alguien te golpeó? ¿Esto es obra de Mickleby? Le advertí a ese alguacil. Le dije que la próxima vez que levantara la mano..." El profesor continuó pero el muchacho actuó como si no estuviera oyendo nada. Siguió mirando fijamente a Rebecca.

"¿Israel?", dijo cuando el maestro hizo una pausa. "Me llamo Sra. Ford. Me quedo en Solgrave por un tiempo este verano. Somos vecinos".

Su mirada estudió cada aspecto de su rostro. Se fijaron en el sombrero, el pelo, los ojos.

"Sí, señora", dijo finalmente en voz baja.

"Te sangra el labio. ¿Puedo limpiártelo?"

Su mirada bajó de nuevo. "No es nada, señora."

Sacó su pañuelo y se lo ofreció. "Siento haber preguntado. Claro que ya eres mayorcito para ocuparte de esto tú solo".

Se quedó mirando el pañuelo de encaje que tenía en la mano.

"Tómalo. Quiero que lo uses".

Aun así, siguió mirando fijamente.

"Puedes quedártelo".

"¿Se lo queda, señora?"

"Quiero que lo hagas".

Con manos vacilantes, alargó la mano y cogió el pañuelo. Pero en lugar de llevárselo al labio sangrante, cerró los ojos momentáneamente e inhaló la ligera fragancia a lavanda del paño. Cuando sus ojos color avellana volvieron a abrirse, Rebecca se sorprendió aún más por las lágrimas que brotaban de ellos.

"Bendita sea, señora", susurró en voz baja antes de guardarse el pañuelo en la camisa y volverse hacia la carga de leña apilada en su trineo.

El Sr. Cunningham y Rebecca le vieron tirar del trineo colina abajo, pero el recuerdo de su respuesta al simple olor de un pañuelo perduró.

"¿Hay muchos como él aquí en Melbury Hall?"

"Hay al menos una docena de niños afrodescendientes que viven en el Grove. Algunos de los más pequeños nacieron aquí, otros fueron traídos con sus madres de las plantaciones del terrateniente en Jamaica". El maestro condujo a Rebecca de vuelta hacia los caballos. "Pero Israel es el único de ellos que no tiene a nadie. Y puede que por eso lo traten peor que a los demás".

Rebecca comprendía la melancolía de Millicent el día anterior. Podía ver perfectamente la razón de su mal humor. Ella misma ni siquiera había llegado a Melbury Hall, y ya su humor se estaba agriando.

"¿Quién es ese Mickleby que ha mencionado?" Aceptó la ayuda del Sr. Cunningham para subir a la yegua.

"Es el último de una línea de alguaciles de mano dura que el terrateniente ha empleado. Un hombre bruto con un temperamento desagradable y un puño rápido".

"¿Qué quieres decir con lo último?"

El rostro del maestro de escuela se ensombreció con repugnancia. "Es un ciclo continuo, tan seguro como que el hielo del invierno sigue a las lluvias del otoño. Alguien resulta herido en Melbury Hall. Cuando la noticia llega al reverendo Trimble o a mí, Wentworth culpa a su alguacil, lo despide y trae a otro... peor que el anterior".

"¿Y sigue contratando 'brutos' para vigilar a los esclavos que tiene?"

"Creo que por fin he descubierto cómo hace todo esto". Las chimeneas de la casa se

divisaban a lo lejos. "Squire Wentworth dice que los despide aquí, pero creo que simplemente los traslada a sus plantaciones en Jamaica. Y luego simplemente trae a los nuevos alguaciles de Jamaica".

Mientras cabalgaban en silencio, Rebecca pensó en los problemas a los que se había enfrentado durante los últimos nueve años en Filadelfia. De repente, todos parecían tan intrascendentes en comparación con lo que tenían que afrontar aquellos trabajadores. Los prejuicios contra un niño por su sordera o su mano deforme podían combatirse de uno en uno, pero ¿cómo se podía luchar contra una práctica empresarial agrícola establecida? Tal vez de la misma manera, pensó, de persona en persona.

"Aquí es donde debemos separarnos". Dijo el Sr. Cunningham cuando llegaron al camino circular que conducía a la casa principal. Hizo un gesto hacia la entrada del patio. "Uno de los mozos se ocupará de su caballo, y el mayordomo avisará a Lady Wentworth de su presencia".

"¿Y dónde da sus clases, Sr. Cunningham?"

"Me detendré primero en las cocinas, señora. Esta hora está prometida a sus jóvenes primero. Desde allí, pasaré por delante de la casa y bajaré por esa loma de ahí, justo después de esa cañada que llaman la Arboleda. Allí es donde todos los esclavos tienen sus chozas".

"La Sra. Trimble mencionó que podrías necesitar ayuda con la enseñanza. Estoy disponible después de mi visita con Lady Wentworth. ¿Puedo unirme a usted en el Grove?"

"No está obligada, Sra. Ford."

"Ya sé que no", respondió Rebecca amistosamente. "Pero quiero hacerlo".

"Pero debo advertirle que las condiciones... es decir, sus expectativas de un aula pueden ser un poco diferentes". Las palabras del maestro de escuela se interrumpieron y miró hacia la Arboleda y recogió sus pensamientos. "La forma en que se aloja y se trata a esta gente y el lugar donde imparto las clases puede no ser el más adecuado para alguien de tu... calidad, si me permites decirlo".

"No malgaste su energía con esas preocupaciones, Sr. Cunningham". Espoleó su caballo hacia el Salón. "Me reuniré con usted en la Arboleda más tarde."

"Se llama Rebecca Neville". anunció Oliver Birch con tranquila confianza. Largas y duras millas y demasiadas horas peinando los barrios más duros de Bristol, Dartmouth y la ribera del Támesis habían adquirido esa confianza. "Al menos, ése era el nombre que llevaba hace diez años, cuando salió de Inglaterra".

"¿Qué más?" preguntó Stanmore en seguida, recordando la mentira que ella le había dicho de que siempre había vivido en las colonias. Pensó detenidamente en sus palabras. No, no había mentido, sólo insinuado. De forma evasiva e incómoda.

"Subieron juntos al barco. Era evidente que Elizabeth ya se encontraba mal. Más tarde, fue evidente para los que estaban en el barco que un acuerdo con respecto a James se había hecho entre las dos mujeres antes de que comenzaran el viaje. Todas las entrevistas que he realizado confirman que Rebecca Neville era una conocida de su difunta esposa."

Stanmore recordó su discusión de aquella misma mañana. Como siempre, su principal preocupación había sido James y, como resultado, había estado a punto de resbalar y defender abiertamente a Elizabeth de sus acusaciones.

"Lo inquietante es que en todas las averiguaciones que he dirigido a la familia y amigos de su difunta esposa, nadie ha insinuado siquiera tal conocimiento".

"¿Y definitivamente no era una de las que el médico de mi padre contrató para atenderla durante su reclusión?"

"Definitivamente no. Cada una de esas personas ha sido contabilizada". Birch miró una lista de nombres en un papel que tenía en la mano. "Pero si su señoría pudiera sugerirme más personas a las que aún pudiera interrogar..."

"Lástima que el cochero muriera en ese accidente".

"Estoy seguro de que estaría de acuerdo, milord".

Stanmore lanzó una mirada fulminante al abogado. "¿Qué hay de su pasado, antes de ir a las colonias. ¿Ha descubierto algo?"

"Muy poco, milord", respondió Birch, ocultando su vergüenza. "Pero estoy lejos de llegar al final en esta búsqueda. No esperaba que su señoría estuviera en Londres tan pronto, así que mi gente aún no ha informado. Aun así, hemos averiguado algunas cosas bastante desconcertantes".

"¿Como qué?"

"Bueno, poco después de la partida de Rebecca con Elizabeth, hubo algunos rumores de una investigación generalizada sobre el paradero de la señorita Neville. Hasta ahora, sólo he podido confirmar que es cierto. Incluso he podido averiguar los nombres de los abogados que estaban llevando a cabo la búsqueda de ella. Pero en cuanto a quién estaba detrás de la búsqueda... o por qué razón... eso todavía tengo que averiguarlo. No hay ninguna posibilidad, milord, de que su difunto padre..."

"Definitivamente no. No contrató a ningún abogado ni a nadie en ese momento". Stanmore se puso en pie en el estudio del abogado. El buen olor a tinta y cuero viejo de los libros de derecho de Oliver impregnaba el aire. "Neville... Neville. Es un apellido antiguo, pero no creo conocer a nadie de esa familia".

"Es un apellido inglés muy antiguo. Desde la época del Conquistador, han sido los condes de Westmoreland, Salisbury y Northumberland. Pero la línea noble de la familia se extinguió hace más de un siglo. Tengo la intención de investigar más a fondo. Debe de haber algunos descendientes aún por aquí. Quizá pueda localizar a los padres o a la familia de la señora Ford".

"El esnobismo de Elizabeth no le habría permitido entablar amistad con nadie por debajo de su propio rango". Stanmore se volvió impaciente hacia su abogado. "Pero si Rebecca era de buena familia y no... bueno, no tenía problemas ella misma, ¿por qué iba a aceptar ir a las colonias con tanta prisa? Además, ¿qué pudo convencerla de asumir la responsabilidad de criar a James en las condiciones que usted ha descrito?"

"Como usted diga, milord... si ella misma no estuviera en apuros". Birch sacudió la cabeza con gravedad. "Aún nos queda mucho por descubrir sobre ella. Le mantendré informado a medida que sepamos más. ¿Cuánto tiempo piensa su señoría quedarse en Londres?"

"Me reuniré con Lord North mañana al mediodía. A menos que ocurra algo imprevisto antes, pienso regresar a Solgrave mañana por la tarde".

"No espero grandes avances en nuestras investigaciones en los próximos días. Pero si hubiera alguna novedad..."

"Solgrave está a menos de medio día de cabalgata". Stanmore ordenó entonces al abogado: "Cualquier noticia de importancia sobre el pasado de la señora Ford, y me avisarás inmediatamente".

Había mucho que aclarar, pensó. Aunque Stanmore estaba seguro de que ella había ayudado a Elizabeth, no se atrevía a dudar de su integridad. La devoción de Rebecca por James durante todos aquellos años... su devoción ahora... era tan pura.

Llevaba demasiados años viendo fachadas en la sociedad y en la política. Como resultado,

había desarrollado una gran habilidad para reconocer las mentiras e identificar los motivos ocultos. Pero en el caso de Rebecca, desde el primer día, había sido capaz de ver su alma. Era buena y pura, tan bella por dentro como por fuera.

Había exigido esta investigación. Quería la verdad, pero ahora se daba cuenta de que con cada capa de verdad revelada por Birch, él mismo había estado preparando inconscientemente una defensa. Era liberador admitir que, después de tantos años, Rebecca había conseguido abrir su propio corazón cerrado.

Tenía que volver con Rebecca. Había demasiadas cosas entre ellos que tenían que decirse.

Capítulo Veintidós

"LO SIENTO, señora, pero Lady Wentworth no acepta visitas hoy."

Rebecca se negó a marchitarse bajo la férrea mirada del lacayo con peluca y librea que bloqueaba la entrada principal de Melbury Hall. Sin embargo, la tajante negativa del hombre sólo sirvió para aumentar su creciente preocupación de que algo iba mal.

Las palabras del señor Cunningham sobre el escudero de Melbury Hall, combinadas con los signos evidentes que había visto ayer en el comportamiento de su amiga, le habían hecho pensar en una mujer a la que había conocido ligeramente en el Callejón de la Fresa de Filadelfia. La había visto a menudo, moviéndose furtivamente por el callejón, rehuyendo el contacto con cualquiera. La mujer había sido la esposa del fabricante de velas, y los magistrados lo habían ahorcado después de encontrarla enterrada en el sótano de su pulcra casa de ladrillo.

Ahora, Rebecca empezaba a preocuparse por la verdadera naturaleza de la situación de Millicent.

"¿Se ha puesto enferma?"

"Que tenga un buen día, señora."

Extendió una mano para impedir que el criado le cerrara la puerta en las narices. La señora Stockdale había enseñado bien a sus hijas a ser altivas con los que estaban a su servicio, y la brusquedad del hombre hizo aflorar al instante el adiestramiento de Rebecca.

"Estoy aquí por una invitación. ¡Cómo te atreves a cerrarme la puerta! Informa al escudero de que estoy aquí... inmediatamente".

El rostro rubicundo del hombre adquirió un tono más brillante bajo su peluca empolvada. "Mis más profundas disculpas, señora," dijo con una profunda reverencia. "Tenía la impresión de que llamaba a Lady Wentworth, señora". Dio un paso atrás, abriendo más la puerta. "Si es tan amable de esperar en el salón, anunciaré su llegada al escudero".

Rebecca se quedó mirando la puerta abierta. De algún modo, su plan de explicar su retorcido pasado se había quedado en el camino. En su lugar, Rebecca encontró ahora el deseo de ayudar a su amiga en lo que fuera que estuviera atormentando su vida. Tal vez el encuentro con el escudero le diera alguna respuesta. Tal vez.

Sin embargo, necesitaba encontrar la forma de ver a Millicent.

"Muy bien."

"Es una casa preciosa", anunció en voz alta, ralentizando el paso mientras el criado intentaba hacerla pasar por una amplia escalera. Su voz resonó bajo el techo abovedado. Sólo esperaba que su voz subiera por las escaleras hasta donde suponía que estaría Millicent. "Dígame... ¿hace mucho tiempo que el terrateniente y su esposa ocupan esta casa?".

No hubo respuesta, y Rebecca decidió que el lacayo había agotado su ración de urbanidad del

día.

Pasaron junto a varios criados de camino al salón, y Rebecca se dio cuenta al instante de que el hosco humor de la señora de la mansión no se limitaba sólo a Millicent.

"¿Está segura de que el escudero la espera, señora?", le preguntó el lacayo mientras la conducía a la habitación designada.

"¿Me estás interrogando?", respondió en su tono más alto y alborotado.

Al oír cerrarse la puerta, Rebecca exhaló un suspiro ansioso. Tenía las palmas de las manos húmedas y el corazón le latía irregularmente en el pecho. Decidió no sentarse en uno de los sillones acolchados y, para calmar los nervios, empezó a pasear por la habitación.

¿Qué estaba haciendo? Con cada nuevo inglés que conocía, pensó de repente, se exponía a un peligro mayor. Exponiendo a Jamey al peligro. Y ahora, se dio cuenta, estaba exponiendo a Lord Stanmore a la censura pública. Y todo era obra suya.

Era cierto... desde que llegó a Inglaterra, Rebecca se había alejado cada día que pasaba de su propósito original. Asentar a Jamey con su padre había sido la única razón de su regreso. Pero ahora, no había pasado ni un mes desde que pisó suelo inglés, y ya se había enredado en demasiados asuntos como para contarlos.

Pero, de nuevo, ¿alguna vez la vida le había permitido otra cosa?

De repente, una puerta lateral que daba a una habitación contigua se abrió un resquicio, llamando su atención. Rebecca se quedó quieta, esperando insegura mientras la puerta retrocedía lentamente.

El rostro que asomó por la abertura hizo que Rebecca soltara un grito de consternación.

"¡Millicent!"

"¡Silencio!", gritó nerviosa la otra mujer, haciendo un gesto a Rebecca para que se acercara. "Por favor, no digas ni hagas nada que haga sospechar a mi marido que me has visto. Sería peligroso... para los dos".

Un hematoma morado, amarillo y verde se extendía en una fea media luna bajo uno de sus ojos. También tenía el labio superior hinchado y descolorido. No parecía capaz de mantenerse erguida.

"¿Qué te ha pasado?"

"Por favor, no preguntes. Si alguien lo supiera, yo... no podría soportar la vergüenza". La maltratada mujer se aferró a los brazos de Rebecca, sus ojos se desviaban constantemente hacia la puerta. "Pero por tu propio bien... por el mío... no le digas que nos conocemos... que somos amigas".

"Pero tu cara". Rebecca levantó una mano para tocarse el moratón que tenía sobre la boca. Millicent atrapó su mano y la apretó frenéticamente entre las suyas.

"Ponle algunas excusas, pero no te vayas. Necesito hablar contigo..." Miró nerviosa hacia la puerta. "Pero él no puede saberlo".

"He quedado con el Sr. Cunningham en el Grove dentro de una hora. ¿Podrías venir?"

"No lo sé". Las lágrimas brotaron de los ojos desesperados. "Lo intentaré. Pero no puedo dejar que el director me vea así. Por favor, tampoco le digas nada. Por favor, Rebecca... necesito tu ayuda. No puedo seguir viviendo así".

Su angustiada súplica quedó flotando en el aire mientras salía de la habitación y cerraba la puerta. Sin embargo, Rebecca no tuvo tiempo de ordenar sus pensamientos ni de serenarse cuando se abrió la puerta principal de la habitación. Se giró apresuradamente y se encaró con Squire Wentworth.

"¡Vaya! Sra. Ford, lo entiendo."

Rebecca hizo una pequeña reverencia. A diferencia del monstruoso gigante que había supuesto que era, el escudero era un hombre de mediana estatura. Aún no se había vestido del todo para el día, pero iba cómoda aunque descuidadamente ataviado con calzones, zapatillas y una bata de brocado satinado. Llevaba el pelo, ralo y rizado a la moda, recogido hacia atrás. Sus rasgos eran regulares, gallardos, tal vez incluso apuestos, y -aunque un fuerte olor a alcohol recorría el salón- el rostro del terrateniente no era ciertamente el de un bruto.

Pero Rebecca no se dejó engañar ni por un momento. Sir Charles Hartington también había sido considerado guapo por muchos. Y mientras pensaba esto, la mirada del terrateniente bajó de su rostro, observando su atuendo de un modo que le recordó claramente a su difunto patrón.

"Quiero que sepa que no tengo intención de quejarme. Pero a menos que me falle la memoria, no puedo recordar..." Sus labios se curvaron en una sonrisa. "Y ciertamente recordaría haber extendido una invitación a tan encantadora visitante".

"Permítame disculparme, señor", dijo Rebecca en voz baja. "Pero he cabalgado hasta Melbury Hall esta mañana con la intención de ayudar al señor Cunningham con sus lecciones a los que están a su servicio".

"Ya veo. La mirada de suave sofisticación se le escapó por un instante, pero el escudero se recuperó rápidamente.

"Me pareció apropiado anunciar mi presencia a Lady Wentworth o a usted misma". Intentó no mostrar su incomodidad ante la mirada errante del hombre, que estudiaba detenidamente cada centímetro de su rostro... seguido de cada curva de su cuerpo.

"Tengo entendido que te quedas en Solgrave."

"Así es, señor".

Caminó hacia ella y Rebecca luchó contra el impulso de dar un paso atrás. Estaba claro que ya había bebido mucho, por muy temprano que fuera.

"¿Y usted es... amiga de nuestro ilustre vecino, el conde de Stanmore, Sra. Ford?"

El tono de su pregunta transmitía una impertinencia, un matiz de falta de respeto. Su actitud y su condición desordenada la desanimaron, aumentaron su incomodidad... la hicieron sentirse vulnerable. Teniendo en cuenta esos sentimientos, agradeció que invocara el nombre de Stanmore. Había protección en ello.

"Soy el invitado de Lord Stanmore, señor."

Su mirada descuidada se convirtió en una sonrisa lasciva. "¡Maldito Stanmore! Su gusto en mujeres es condenadamente fino".

Rebecca abrió la boca para replicar, pero la cerró inmediatamente. Se negaba a dejarse provocar, pensara lo que pensara aquel hombre. Le hizo un gesto hacia una silla, pero ella declinó la oferta y miró en dirección a la puerta.

"Creo que me despediré, Squire Wentworth, ahora que hemos sido presentados. Así que si no le importa, iré a reunirme con el Sr. Cunningham. Fue un placer conocerlo".

"Pero me importa", respondió seriamente el escudero. Cruzó la habitación hasta un aparador, cogió una jarra de cristal de una bandeja de plata y se sirvió una generosa ración de líquido de color ámbar. "Debe acompañarme, señora Ford".

Ella se negó con un movimiento de cabeza. "No me gusta beber tan temprano".

"¿Tan temprano, dijiste?" Levantó su copa hacia ella con un guiño insolente. "Entonces debo beber solo... por la belleza embriagadora".

Antes de que pudiera moverse, el escudero había vaciado el vaso y lo había golpeado contra el aparador. Mientras él derramaba más en el vaso, ella se dirigió hacia la puerta, pero él se movió rápidamente para cortarle el paso, llevando consigo el vaso.

"Dígame, señora. ¿Cuál es la atracción de Cunningham?"

Se detuvo. "¿Perdón?"

"Cunningham... el maldito maestro de escuela. El perro es escocés. Es pobre. No tiene lugar en la sociedad. Incluso su maldita apariencia no es una ventaja. Así que respóndeme." Su cara se estaba sonrojando por la bebida. "¿Por qué todas las mujeres os lanzáis sobre él?"

El temperamento calentó la sangre que latía en sus venas. "Apenas le entiendo. Su acusación, señor... y creo que no me equivoco si me acusa a mí... es totalmente infundada. Conozco al maestro de escuela sólo desde esta mañana, y mi oferta de ayudarle en la enseñanza de algunos de sus trabajadores proviene de la caridad y no de algún... algún enamoramiento, si eso es lo que quiere decir."

Se rió sin una pizca de alegría. "Mis más profundas y humildes disculpas. Es evidente que me he equivocado", dijo con una reverencia burlona. "Entonces debo suponer que sigues siendo el ligue *de turno* de Stanmore. En efecto, debo de estar en lo cierto. Veo que mi buen vecino aún te tiene cegada con su encanto. Bueno, llegará el momento, querida -y mucho antes de lo que crees-, en que te sustituirá por la siguiente cara bonita que se cruce en su camino."

Cerró la boca, negándose a responder a semejante insolencia.

"Pero hay mucho que ganar para una mujer de tu tipo en ser mi amiga también. Una mujer no puede tener demasiados protectores en estos días, ya sabes".

"Le agradezco la oferta, señor", respondió ella, impregnando su tono de sarcasmo. "Pero actualmente no estoy buscando tales 'amigos'. Y usted está completamente equivocado en Lord Sta..."

"Pero deberías estarlo, mi querida mujer. Deberías estarlo". Se tiró descuidadamente en una silla junto a la puerta y la señaló con su vaso. "Me han dicho que ayer conociste a Lady Nisdale... en ese pueblo olvidado de la mano de Dios".

Rebecca miró hacia la puerta, preguntándose si el escudero le impediría físicamente salir.

"Ahora bien, ella -muy parecida a usted- era una mujer sin título y aún con menos medios cuando nos conocimos hace años". Dio otro largo trago a su bebida. "Por supuesto, mostraría un poco de mal genio si alguna vez se enterara de lo que te estoy contando ahora mismo, pero las conquistas de Louisa se le han subido a la cabeza. Ahora que lo pienso, puede que sólo necesite un buen ajuste".

"Si me perdona, señor. El Sr. Cunningham es..."

"Deja que el bastardo espere. Tengo cosas importantes que compartir contigo, ahora que vamos a ser vecinos". Agitó una mano en el aire. "¿Sabías que fui yo quien irrumpió en Louisa? No, claro que no podías saberlo. Bueno, fui yo quien le enseñó todo lo que sabe sobre complacer a un hombre. Es un arte, sabes, reducir a un hombre a mera arcilla en tu mano". Sus ojos se centraron en sus pechos. "Después de eso, por supuesto, no tuvo problemas para encontrar marido. Viejo y rico, eso es lo que buscaba. Y título. Y riqueza. Sí, Nisdale se lo dio todo durante los tres años que el viejo tonto y cariñoso sobrevivió en sus garras".

El fuego de sus venas se convirtió rápidamente en hielo. La mirada del hombre parecía haberse fijado permanentemente en su cuerpo.

"Por supuesto, Louisa ha cometido un error fatal al pensar que simplemente atrayendo a Stanmore a su cama lo convertiría en su próximo marido. Si hubiera hablado conmigo primero, le habría ahorrado la angustia por la que está pasando mientras hablamos. Verá, es sólo como buen vecino que comparto estas cosas con usted". Sus ojos se entrecerraron con picardía cuando por fin la miró a la cara. "Conozco un secreto sobre el pasado de Stanmore que explicará por qué el conde nunca... escúchame, mi dulce... *nunca* confiará en una mujer lo suficiente como para

tomarla por esposa".

No era por su propio interés personal por lo que debía escuchar, se aseguró Rebecca, pero por primera vez sintió curiosidad por oír lo que aquel hombre tenía que decir. Sin embargo, él debió de notar su cambio de actitud, porque una sonrisa se dibujó en sus labios.

"¿Eres consciente de que el chico -ese lisiado que criaste en las colonias- no es hijo de Stanmore?"

Rebecca dio un paso atrás, aturdida por las palabras del hombre.

"¿Sabe usted también que Stanmore sabe *exactamente* a quién le abrió las piernas su mujer, mientras él estaba fuera haciéndose el héroe contra los franceses en Quebec?" Se inclinó hacia delante y la miró a la cara con malicioso deleite. "¿Sabías que mi ilustre vecino sabe que su propio padre le puso los cuernos?"

La habitación giraba a su alrededor.

"Sí, el lisiado es el bastardo del viejo conde."

Rebecca sintió que la bilis le subía por la garganta.

"Así que ya ves, Stanmore no es del tipo casadero, mi mascota. Ha jurado sobre la tumba de su padre no volver a confiar en una mujer". Se sentó de nuevo en la silla. "¿Y quién puede culparle?"

Las paredes de la habitación empezaban a palpar y Rebecca sacudió la cabeza para despejarse. Parecía tener los pies clavados en el suelo.

"Así que, mi dulce, es por eso que lo mejor para ti es cortar tus lazos con el desalmado de Solgrave... antes de que te eche. Me gusta lo que veo en ti, y estoy dispuesto a ser tu amigo".

Pareció pasar una eternidad antes de que pudiera encontrar su voz.

"Recordaré tu oferta", susurró Rebecca, forzando las piernas para moverse hacia la puerta.

Casi cegada por las lágrimas, salió de la habitación y sorteó una maraña de escaleras, arcos y lacayos. De repente, se encontró en el patio que precedía a la casa, rodeada de muros de ladrillo y una alta verja de hierro... y más allá se veían campos con trabajadores negros.

Dejando a la media docena de niños sirvientes con la admonición de que leyeran un poco cada día y rezaran sus oraciones, William Cunningham salió por las cocinas, la única vía que le estaba permitida para entrar y salir de la casa.

Mientras avanzaba, echó un vistazo a los descuidados jardines formales de estilo antiguo, con sus rosales enrejados y sus pérgolas, y miró hacia la vista "natural", más a la moda, que se extendía desde la casa. La vista se había estado construyendo desde hacía varios años, aunque Cunningham se preguntó si Capability Brown -a quien sin duda le habían robado el diseño- no pensaría que era algo manido, vulgar y exagerado.

Al pasar por la entrada del jardín formal, se sorprendió al oír dos voces que se acercaban por encima del muro de cerramiento. Reconoció una de las voces y se detuvo consternado al oír sus palabras. Volviéndose hacia la puerta, miró dentro y vio a las dos mujeres acurrucadas en un banco de piedra. Ninguna de las dos se percató de su presencia hasta que estuvo sobre ellas.

"Por favor, perdóneme, milady", decía la sirvienta. "Lo he intentado. Lo juro por la tumba de mi madre. ¡Pero ella es el diablo! Sé que quiso decir todas esas horribles..."

"Silencio, Vi. No hay daño hecho. Fue culpa mía agobiarte".

Lady Wentworth se detuvo bruscamente, cuando Cunningham se detuvo ante ellos, tratando de pensar en alguna disculpa por importunarlos.

"Sr. Cunningham."

"Lady Wentworth." Hizo una reverencia. La joven sirvienta rápidamente hizo una reverencia antes de correr hacia la casa. La vio limpiarse la cara manchada de lágrimas mientras corría. "Siento... haberla molestado".

Se detuvo. El velo de un sombrero alto de ala le cubría el rostro hasta la delicada barbilla. Llevaba un vestido de manga larga y escote alto, a pesar del agradable calor que hacía. Llevaba guantes blancos que ocultaban toda la piel. Sin embargo, Cunningham no tuvo que verle los ojos para saber que algo iba terriblemente mal. La forma en que había vuelto la cara le decía mucho. Se acercó.

"Lady Wentworth, sobre mi conducta la otra noche..."

Le tendió una mano enguantada y miró hacia la casa. Sin mediar palabra, se levantó y salió rápidamente del jardín, dirigiéndose hacia el sendero que atravesaba el bosque y que finalmente desembocaba en la arboleda. Sorprendido por lo repentino de su acción, Cunningham se apresuró a seguirla. La vio tropezar una vez en su carrera, pero antes de que pudiera alcanzarla, se había recuperado y desaparecido entre los árboles. Apresuró sus pasos,

"Lady Wentworth... Millicent."

Sin atender a su llamada, siguió corriendo por el sendero. Él la atrapó bajo las ramas protectoras de un gran roble.

"Millicent", gritó Cunningham, cogiéndola del brazo. Por primera vez se dio cuenta de que estaba llorando. "Detente y hálame. Por favor, Millicent."

Ella forcejeó débilmente mientras él la giraba en sus brazos. Sin embargo, cuando la atrajo contra él, sus manos subieron para empujarle el pecho.

"Te lo ruego", dijo en voz baja. "No puedo concentrarme en mi trabajo, sabiendo que sigues enfadada conmigo".

Millicent volvió la cara, pero él vio el temblor de su barbilla y sintió el suave sollozo que sacudió su cuerpo. Le cogió las manos entre las suyas e inclinó la cabeza sobre ellas. "Lo siento. Siento muchísimo mi transgresión. Me equivoqué al intentar besarte. He estado tan frustrado con todo en Melbury Hall, con la falta de progreso aquí mientras estabas fuera. Y entonces... entonces estabas aquí conmigo. Y todo lo que sentía por ti, lo que siento por ti... ¡se desbordó!"

"No lo hagas", susurró. "Por favor, William."

Cunningham levantó la cabeza y encontró su rostro velado ante él.

"Por favor, abstente de hablar así", susurró de nuevo. Le soltó las manos con suavidad y dio un paso atrás. "No debes decir lo que hay en tu corazón. Estoy comprometida con el voto que hice... con mi matrimonio".

"Usted es la única que lo es", dijo amargamente. "Sus sirvientes esta mañana estaban más ansiosos por hablar de su marido y Lady Nisdale que..."

"No me interesan". Sacudió la cabeza y dio otro paso atrás. "Le respeto, Sr. Cunningham. Le tengo... mucho... cariño. Por favor, no me prive de su amistad. Permítame *una* cosa buena y verdadera en mi vida".

Abrió la boca para protestar. Sabía que Millicent sentía mucho más por él de lo que estaba admitiendo en ese momento. Pero su actitud suplicante, el susurro de que *necesitaba su amistad, le hizo* reflexionar. Más que ninguna otra cosa, sabía que era cierto. Inclinó la cabeza, rindiéndose a sus deseos. Por el momento.

"Como desee, milady. Soy, como siempre, su devoto amigo y servidor".

"Gracias, William". Su mano enguantada se metió bajo el velo y se secó las lágrimas. "Iba... a encontrarme con la Sra. Ford en el Grove."

"Yo también voy allí. ¿Puedo acompañarte?"

Miró hacia la casa, nerviosa. "Yo... prefiero que no. ¿Sería tan amable de permitirme caminar delante de usted?"

Volvió a inclinarse, sintiéndose repentinamente herido por su falta de interés. Cuando Millicent se marchó, el maestro apoyó un hombro en el tronco del gran roble, esperando impaciente su momento y rumiando el dolor de su pecho.

Sin embargo, lo que William Cunningham no vio, de pie entre las sombras del bosque, fue a un espectador muy interesado que rondaba cerca. Mickleby, el alguacil, que había oído todas las palabras, sonrió sombríamente ante su buena suerte.

El terrateniente, sin duda, le recompensaría generosamente por oír siquiera una parte de lo que había oído. Sí, la honesta y correcta Lady Wentworth podría resultar ser un pequeño paquete rentable para él, pensó Mickleby.

Bastante rentable, por cierto.

Capítulo Veintitrés

AUNQUE LA INCERTIDUMBRE la invadía hasta hacerla estallar, Rebecca sabía que no podía irse de Melbury Hall sin ver a Millicent.

No era tan tonta como para creer todo lo que Wentworth le había dicho, pero algo en la alegre seguridad con que había hablado la llenaba de temor. Y Rebecca no estaba lo bastante segura de todo lo que había visto en el conde de Stanmore y en su relación con su hijo como para desacreditar totalmente las palabras del squire. Pero las respuestas a sus preguntas estaban en Solgrave, y ahora estaba dolorosamente impaciente por regresar allí.

Primero, sin embargo, una mujer... una amiga... la necesitaba.

Rebecca dirigió su caballo por el camino que uno de los mozos le había dicho que llevaría a la Arboleda. Vio el grupo de cabañas decrepitas junto al río al mismo tiempo que un hombre corpulento y entrado en años aparecía de la nada y se tambaleaba por el camino. Rebecca necesitó toda su presencia de ánimo para dar un tirón de la cabeza al caballo. El hombre negro se detuvo, mirando sin comprender al animal que le impedía el paso. Rebecca se bajó del lomo del caballo y, sujetando las riendas, miró al distraído hombre por encima del lomo de la yegua.

Más alto que Stanmore y de complexión fuerte, el hombre miraba sin moverse. Rebecca se sorprendió al ver que, bajo el pelo negro y gris recortado, le habían cortado las dos orejas y tenía la cara marcada con innumerables cicatrices. Sin embargo, a pesar de su tamaño y del aspecto feroz que desprendían sus rasgos mutilados, parecía débil y desfallecido.

Sin pensarlo, Rebecca se encontró rodeando al animal y situándose a su lado.

"Yo... iba en busca de la Arboleda, pero creo que la he encontrado". Levantó una mano y acarició el cuello del caballo. La mirada del hombre se desvió hacia los movimientos de sus dedos mientras peinaba la larga crin.

"Es simpático, tan amable que incluso un novato como yo no tiene problemas para manejarlo".

"Disculpe, señora". Rebecca se giró sobresaltada al oír la voz grave de un hombre que subía desde el río. Le vio soltar una gran cesta junto al camino y caminar hacia ella. "Moses no pretendía hacer daño. En absoluto. Me lo llevaré, por favor".

"No ha hecho ningún daño", dijo en voz baja al recién llegado.

Este hombre -más joven, bajo y delgado que Moisés- parecía débil y enfermo, pero aun así mostraba una actitud protectora hacia el esclavo mayor que impresionó a Rebeca.

"Esperaba encontrarme con Lady Wentworth... o con el Sr. Cunningham aquí."

"No sé si Lady Wentworth vendrá por aquí hoy, señora". Su expresión sombría le dijo a Rebecca que debía saber del estado de Millicent. Todos en Melbury Hall parecían tener la misma mirada. La misma tristeza. El mismo espíritu abatido. Incluso ella misma sentía el mismo estado

de ánimo opresivo.

El recién llegado tocó a Moisés en el brazo, y el gran hombre se volvió inmediatamente hacia el otro.

"Jonás..." El alivio fue instantáneo: todo rastro de miedo se evaporó de la expresión del anciano. "Jonás..."

El hombre más joven negó con la cabeza a su amigo, y el otro guardó silencio. "Si no le importa esperar aquí, señora, buscaré al señor Cunningham por usted".

"Gracias". susurró Rebecca, viendo a los dos alejarse. Las espaldas de las deshilachadas camisas de ambos hombres estaban manchadas de sangre. A través de un desgarrón en la manga de Jonás, pudo ver un corte supurante que se parecía demasiado al resultado de un nuevo azote. A Rebecca se le revolvió el estómago y se agarró a la brida del caballo para apoyarse cuando la impotencia de la situación de aquellos hombres la golpeó con la fuerza de un garrote.

La aparición de Millicent poco después no contribuyó a aliviar la consternación de Rebecca. Aunque iba vestida y llevaba un sombrero y un velo que ocultaban sus magulladuras, se deslizaba entre los árboles como un fantasma que habitara en el bosque.

"Gracias por reunirme conmigo aquí".

Rebecca le tendió la mano y las dos mujeres se abrazaron brevemente antes de que Millicent se apartara para secarse las lágrimas bajo el velo.

"Soy yo quien debe darte las gracias... por guardar mi secreto ayer".

"Acompáñame un poco", pidió Millicent, mirando hacia atrás por donde había venido.

Rebecca asintió y ató las riendas del caballo a la rama de un árbol.

"No me des las gracias todavía. Puede que te haya hecho un gran mal", dijo Millicent en cuanto pisaron un sendero que bordeaba el río. "Te envié una nota esta mañana, disculpándome y tratando de reprogramar nuestro paseo".

"Pero nunca lo recibí".

"Lo sé. Lady Nisdale lo interceptó antes de que saliera de casa". Las manos enguantadas de Millicent aferraron las de Rebecca. "Has encontrado una enemiga acérrima en esa mujer".

No tuvo que preguntar por qué. Aunque la atención de Lord Stanmore había exaltado a Rebecca, sabía que había enfurecido a Lady Nisdale.

"Ella me hizo muchas preguntas sobre ti ayer en nuestro camino de regreso a Melbury Hall. No respondí a ninguna, y seguí fingiendo que no te conocía. Pero creo que por el tono de mi carta de esta mañana -aunque no revelé tu verdadero nombre- ella podría adivinar nuestro engaño. Tal vez incluso nuestra conexión".

Era sólo cuestión de tiempo. Ella iba a ser expuesta. Rebecca lo sabía. Y ya no era el miedo a ser procesada y a la muerte lo que la horrorizaba, sino la posibilidad de deshonorar a Jamey y al nombre del conde de Stanmore. Las palabras de Wentworth se agolparon en su mente. ¿Y si decía la verdad sobre la aventura ilícita entre Elizabeth y el difunto lord Stanmore?

La aversión de Stanmore a establecer cualquier tipo de relación con Jamey respaldaba tal afirmación. Había sido una tonta al insistir en algo entre los dos que nunca podría existir. ¿Y quién, si no un hombre honorable, un hombre dedicado a su familia a pesar de las mentiras del pasado, buscaría y traería de vuelta a este niño... y lo reclamaría como suyo? Era hora de que ella los dejara en paz. Jamey ya tenía mucho más de lo que ella podría haberle dado en la vida. Era lo suficientemente fuerte como para valerse por sí mismo. Era hora de que ella se fuera.

"¿Por qué niegas tu pasado, Rebecca? ¿Tu educación en Inglaterra?"

La pregunta de Millicent la sacó de su ensueño.

"Hace diez años, maté a un hombre."

Un árbol caído estaba tumbado junto al río y las dos mujeres se sentaron una al lado de la otra. Una vez decidida a ir, Rebecca descubrió que no tenía miedo de decir la verdad. Toda la verdad. Desde su primer encuentro con Mary Hartington, pasando por el asesinato de Sir Charles, hasta el paseo en carruaje y el viaje por el océano con Elizabeth Wakefield... y Jamey. Incluso le contó a su amiga sus años en Filadelfia.

"Dios mío, te admiro", dijo Millicent cuando terminó. "Todo lo que has hecho".

Permanecieron sentados unos instantes sin hablar, mientras el gorgoteo del río llenaba el ambiente.

Millicent se quedó mirando las ondulantes corrientes. "Ojalá tuviera el valor de matar a *mi* marido".

"Hay mejores formas de afrontar las dificultades que el asesinato". Rebecca cogió la mano de su amiga. "No me arrepiento de lo que hice aquella noche hace tantos años. La brutalidad de algunos hombres recae justificadamente sobre ellos. Pero si alguna vez hubiera tenido una opción -una familia a la que escapar, que me protegiera, cualquier cosa o lugar fuera de esa casa condenada aquella noche a la que podría haber ido- se habrían salvado vidas. La mía y *la de* ese hombre malvado".

"Pero el destino también te trajo la vida. Si no hubieras actuado cuando y como lo hiciste, nunca habrías encontrado a Jamey".

Rebecca no quería pensar en lo que habría sido su vida sin él. Ciertamente que había tenido una bendición inesperada. Sin embargo, mientras observaba cómo Millicent levantaba ligeramente el velo de su rostro para secarse los ojos llorosos, no podía desearle su propio camino a su amiga. Millicent nunca había hecho nada para prepararse para una vida así.

"Tienes familia, riqueza propia. ¿Por qué no dejar al escudero?"

Millicent sacudió la cabeza y se quedó mirando el camino que llevaba de vuelta a la Arboleda. "No puedo. No me dejará ir".

Rebecca la observó. Los moratones, ahora visibles con el velo levantado sobre el ala del sombrero, eran feas marcas de su saña.

"No es la primera vez que te trata así, ¿verdad?"

El silencio de Millicent fue su respuesta.

"¿Sabe tu familia de su crueldad?"

Lágrimas frescas rodaron por sus mejillas magulladas. "Ahora casi nunca me dejan ver a ninguno de ellos. Y cuando lo hago, él siempre está allí. Pero aunque lo supieran, no creo que pudieran hacer nada. Mis dos hermanas mayores son las únicas que quedan. Cada una tiene su marido y sus hijos para mantenerse ocupadas. Y mi tío... se alegró mucho de deshacerse de mí cuando me entregó a Wentworth. Seguramente no desea tenerme de vuelta. No toleraría que semejante desgracia llegara a su puerta".

Millicent era mucho más vulnerable de lo que Rebecca había pensado. "Debe haber otras maneras. ¿Qué hay de tus propios ingresos... de tu familia? Con eso en la mano, tal vez puedas alejarte... huir si es necesario".

"Me mataría". Su voz era fría, sin pasión, derrotada. "Eso es lo que le hizo a su primera esposa. Ahora lo sé. Wentworth mismo me lo dijo después del primer año de nuestro matrimonio... después de que le amenazara con dejarle si volvía a pegarme".

Una brisa agitó las hojas de los árboles. Millicent se estremeció.

"Para él no soy más que una propiedad, como todo lo que hay aquí: la tierra, estos pobres trabajadores, sus caballos, sus perros, sus ovejas y su ganado. Considera que tiene derecho a abusar de nosotros y cortarnos cuando ya no le somos útiles". La familia de su primera esposa

poseía varias plantaciones en Jamaica. Allí hizo una pequeña fortuna, pero justo antes de que decidiera volver a Inglaterra, ella murió misteriosamente". Los ojos grises de Millicent estaban vacíos de emoción, como si fuera ella la muerta. "Wentworth me dijo, en su jactancia de borracho, que ella había agotado su valor".

Rebecca rodeó los hombros de su amiga con el brazo. Estaba temblando.

"Mi tío estaba más que ansioso por deshacerse de mí. Tenía veintitrés años... y ningún pretendiente ansioso. Así que me entregó a él. Wentworth se casó conmigo como muchos hombres de fortuna se casan - por nombre, por linaje, por conexiones en la sociedad. Y ahora, después de cinco años, ha ganado todo lo que yo podía aportarle. Yo también he agotado mi utilidad, Rebecca. Va a matarme. Sé que está buscando la manera: un paso en falso y moriré. Es sólo cuestión de tiempo".

"Oh, Millicent." Rebecca abrazó con fuerza a la temblorosa mujer. "No puedes quedarte aquí. Ven conmigo a Solgrave".

"No puedo. Sacudí la cabeza con tristeza antes de zafarse del abrazo y secarse la cara. "Si no puedo agobiar a mi propia familia, desde luego no puedo arrastrar a extraños a ella. Tú eres la única a la que le he contado todo esto. Eres el único en quien confío".

"Entonces... entonces vuelve conmigo a las colonias".

La idea se desplegó en la mente de Rebecca tan rápido como se le ocurrió. De repente, todo cobraba sentido. Esto era lo que tenía que ser. Ella perdía a Jamey, pero ganaba a alguien más para ayudar y cuidar hasta que Millicent fuera lo suficientemente fuerte como para valerse por sí misma. Era una amiga que necesitaba desesperadamente su ayuda. Era su oportunidad de darle a alguien lo que Elizabeth Wakefield le había dado a ella: una segunda oportunidad en la vida.

"Te lo dije. Nadie me encontró allí en diez años. Es un gran mundo nuevo. Podemos desaparecer en él juntos. Él no puede encontrarte allí, Millicent".

"No tendré acceso a mis ingresos".

"¿Lo echarás de menos?"

Millicent se quedó pensativa un momento y luego sacudió la cabeza, su rostro se iluminó y una pizca de miedo desapareció. "Me alegraría no volver a dormir en una cama de verdad. Sería feliz sin vestir nada más fino que un trapo, con tal de que ningún hombre pudiera volver a levantar una mano para golpearme... o violar mi cuerpo contra mis deseos".

"Entonces serás feliz allí. Entre los dos trabajaremos y nos ganaremos la vida honradamente. Ya lo he hecho antes. Podemos hacerlo de nuevo".

Millicent agarró con fuerza las manos de Rebecca entre las suyas. "¿Lo dices en serio? ¿Me llevarás de vuelta contigo?"

"Lo haré. Te lo prometo. Lo haremos juntos".

El mensaje del Primer Ministro tenía un tono urgente, y Stanmore se dirigió a la residencia de Downing Street con la certeza de que lord North le preguntaría por su posible implicación en los recientes ataques a la trata de esclavos británica. En los quince días anteriores se había producido otro alboroto en un astillero -esta vez en Liverpool- que había sido contratado para construir dos nuevos barcos negreros. Y hacía sólo dos días, un negrero había ardidido en el Támesis, hundiéndose en las turbias aguas de Deptford.

Dentro y fuera del Parlamento, no era ningún secreto que Stanmore apoyaba indirectamente a las facciones dedicadas a sembrar el caos entre los traficantes de esclavos. Sin embargo, el

Primer Ministro había hecho una serie de comentarios esta primavera, dando a entender que el apoyo del conde era quizá más activo de lo que comúnmente se creía. Y no cabía duda, pensó Stanmore mientras esperaba a lord North, de que la destrucción por tiro al blanco de los cinco barcos por parte de la Marina Real había causado cierta vergüenza al gobierno.

El saludo de Lord North, sin embargo, no pudo ser más cordial. Tras acompañar al Primer Ministro a su despacho privado, Stanmore se sorprendió al saber que su reunión iba a ser de carácter no oficial... incluso personal.

"Otro caso de reacción exagerada de mi celosa secretaria, me temo. Simplemente quería verte la próxima vez que estuvieras en Londres, Stanmore. Durante esos últimos agitados días del Parlamento, nunca tuve la oportunidad de felicitarte por el regreso de tu hijo."

Stanmore arqueó una ceja sorprendido, pero trató de relajar sus defensas mientras se sentaba frente al Primer Ministro en una de las sillas grandes y cómodamente tapizadas. "Gracias, milord".

El sonido de voces infantiles y pequeños pies corriendo por el pasillo atrajo la mirada de Lord North hacia la puerta. Con una mirada de complacida diversión, el hombre más poderoso de Inglaterra esperó hasta que los pasos se retiraron hacia otras zonas de la residencia.

"Los niños son criaturas realmente maravillosas. Pero necesitan espacio para correr, aire fresco para respirar. Creo que todos estamos preparados para el campo".

Lord North era bien conocido por el cariño que profesaba a sus hijos, y el afecto se manifestaba cuando sus prominentes ojos seguían fijos en la puerta.

"Así que partiremos mañana hacia Banbury y la Abadía de Wroxton". Un suspiro resignado escapó de su pecho. "Desgraciadamente, tendré que regresar a Londres en breve. Me esperan en la Casa Blanca de Kew, ya sabes, para asistir al Rey en su cumpleaños".

La amistad personal de Su Majestad con el Primer Ministro no era ningún secreto en la Corte. Y Stanmore compartía el sentimiento. La absoluta falta de altanería de Lord North, junto con su integridad personal y su intachable sentido del honor, lo convertían en un cambio refrescante con respecto a muchos líderes recientes del gobierno británico.

"Y he oído que también ha elegido el refrescante aire del campo para su hijo. ¿Planea que se quede en Solgrave durante el verano?"

"Parece más feliz allí".

"Su nombre es James. ¿No es así?"

"James Samuel. Por mi padre".

"¿Y asumo que has hecho arreglos para que asista a Eton?"

"Por supuesto. Empezará en otoño, milord". Miró atentamente al Primer Ministro. Tal vez se tratara simplemente de su propia naturaleza suspicaz, pero Stanmore no podía evitar preguntarse por el propósito de aquellas preguntas. Ciertamente, pensó, podría tratarse simplemente de una oportunidad para que el hombre ampliara su conocimiento a nivel personal. Aunque ambos habían asistido a Eton y Oxford, no habían sido compañeros de clase ni amigos especialmente íntimos.

"Mi hijo mayor está allí, ahora, ya sabes." Lord North apoyó las piernas en la mesa que tenía delante. "Ah, pero usted es un hombre muy afortunado, Stanmore. Debo decirle que, aun viviendo como vivimos aquí, en el centro de la cultura y la educación -la "capital del mundo", como dijo Horace Walpole-, a mi esposa le ha costado muchísimo encontrar institutrices y tutores adecuados para atender las necesidades de nuestros pequeños". Se metió los pulgares en los bolsillos del chaleco y reflexionó un momento. "Se rumorea, sin embargo, que su hijo James ha tenido una muy buena educación hasta ahora, y bajo el cuidado de una total desconocida, nada

menos... *a pesar de* haber sido criado en esas colonias infernales".

"Se le ha proporcionado un excelente comienzo", respondió Stanmore con sinceridad. Los rumores que habían llegado hasta el Primer Ministro habían sido iniciados intencionadamente por el propio conde. Era mucho más fácil controlar la forma en que se construían los rumores si uno mismo ponía los cimientos. En cuanto a la forma y las condiciones de la educación de James, sin embargo, no había ni una sola cosa que reprochara a Rebecca. Ella había logrado mucho más de lo que cualquier otra persona con sus limitados recursos económicos podría haber hecho.

"En efecto", dijo Lord North, interrumpiendo sus pensamientos. "Y esta misteriosa mujer de las colonias -la que ha hecho un trabajo tan excelente criando a su hijo- tengo entendido que se queda con usted por un tiempo".

"Lo es, milord".

"¿Y es un ángel de la misericordia o... algo más mercenario, diría usted?".

"Sin duda, la señora Ford es un ángel. Todo lo que ha hecho ha sido sin duda motivado por su compasión por James y mi difunta esposa. La mujer lo crió sin esperar absolutamente ninguna recompensa económica".

Una curiosa sonrisa se dibujó en el rostro del Primer Ministro, y Stanmore se dio cuenta de que era el resultado de su rápida defensa de Rebecca. "Desde luego, parece una mujer encantadora. Dígame una cosa, Stanmore, ¿cuánto tiempo piensa quedarse en Inglaterra?".

No quería pensar en la partida de Rebecca. "Supongo que se quedará un tiempo todavía. Cree que James debe estar completamente asentado antes de que ella se despidiera y regrese a las colonias".

"Una mujer inteligente y benevolente". Lord North frunció sus gruesos labios mientras reflexionaba un momento. "Para ser la única proveedora de un niño -como lo ha hecho durante tantos años- debo suponer que esta señora Ford está bastante apegada a su hijo. Y, sin embargo, está dispuesta a romper los tiernos lazos que unen a una madre con su hijo -incluso adoptivo, creo yo- y abandonarlo cuando su presencia ya no sea necesaria. Sin duda es una mujer extraordinaria".

Notable era una palabra demasiado débil para describirla. Stanmore apartó la mirada mientras la confusión en torno a la verdadera identidad de Rebecca le carcomía. Ella no le había contado la verdad sobre su pasado. Pero, por otra parte, él tampoco había compartido nada de su propia vida.

"Me gustaría mucho conocerlos".

La atención de Stanmore volvió a centrarse en su anfitrión, que lo estudiaba con gran interés. "¿Cómo dice, milord?"

"Le dije que me gustaría mucho conocer tanto a su hijo como a su fascinante Sra. Ford". El Primer Ministro puso los pies en el suelo. "No puede culparme por estar impresionado con ella. Tal vez ella consideraría aceptar un puesto en mi casa en lugar de regresar a ese refugio de alborotadores en Filadelfia."

"No está buscando un puesto, en absoluto". Su objeción a la oferta fue inmediata y su tono sonó brusco, incluso para sus propios oídos. Pero algo había hecho clic dentro de su cabeza. De repente, el mundo le parecía diferente. No quería que Rebeca se comprometiera con otra persona. No quería que dependiera de nadie. Por el diablo, él era capaz de mantenerla y mantenerla, y así seguiría siendo.

Sin embargo, la posesividad que sentía por el futuro de ella le inquietaba. Por primera vez, una sensación de permanencia había aparecido en su perspectiva. En su mente, incluso ahora,

podía ver su hermoso rostro, sus ojos, su pelo. Que el diablo se lo lleve... ¡la echaba de menos!

"Bueno, aún así me gustaría conocerla antes de que se vaya", insistió North. "De hecho, ¿se opondría a que le hiciera una visita en el campo?"

"Creí que había mencionado que su señoría planeaba viajar a la abadía de Wroxton, y luego con el rey a Kew".

"En efecto. Pero regresaré a Londres por el camino de Hertfordshire antes del cumpleaños del Rey. Vamos, Stanmore, seguramente extenderás tu hospitalidad a un viajero cansado."

"Siempre será bienvenido en Solgrave, milord", dijo Stanmore, aunque dudaba que lord North notara mucho entusiasmo en su rostro.

Capítulo Veinticuatro

LA DECISIÓN de Rebecca estaba tomada, pero sabía que no podía irse hasta que tuviera algunas respuestas.

Por delicado que fuera el asunto, hasta el momento había evitado levantar sospechas de aquellos a quienes había interrogado. Por desgracia, ni la señora Trent ni Daniel habían podido arrojar ayer luz alguna sobre la difunta lady Stanmore. Para ambos, Elizabeth Wakefield había sido una joven mimada que había abandonado los mimos de su propia familia y esperaba recibir el mismo trato de la familia de su marido. El hecho de que hubiera optado por alejarse de Solgrave durante la corta duración de su matrimonio no hizo sino aumentar sus sospechas y su hostilidad. Rebecca no había tardado en convertir sus conversaciones con ellos en temas más mundanos.

Descartando toda esperanza de obtener alguna información de Daniel y la señora Trent, había decidido centrar sus esfuerzos en sacar el tema con Philip. A pesar de la reputación del mayordomo de la casa londinense de tener un humor adusto y de ser muy breve, Rebecca había encontrado al hombre mayor encantador desde el primer día que se conocieron.

La mañana del sábado amaneció gris y húmeda e inusualmente fría para un día tan cercano a finales de mayo. Jamey, libre del señor Clarke y de las tareas escolares, estaba en la puerta de Rebecca poco después del amanecer, inquieto y buscando su compañía. Era un tiempo juntos que ambos necesitaban. Habían compartido muchos momentos así en Filadelfia y ella los apreciaba. Al mismo tiempo, sabía que tal vez sería una de las últimas mañanas como aquella.

Acurrucada, se dijo a sí misma que era capaz de dejarlo. Ya no estaba tan preocupada por él como cuando llegaron. Una vez más había conseguido ponerse en pie, como antes había hecho en las calles y en los muelles. Pero con esta renovada sensación de independencia, notó la pérdida de la ingenuidad propia de un niño. De algún modo, parecía estar madurando muy deprisa. Sus preguntas ya no se centraban en sus propias necesidades, ahora se centraban -con curiosidad- en temas más mundanos. Jamey parecía realmente interesado en el funcionamiento de una finca como Solgrave. De hecho, preguntó por su padre, por su participación en política, por su influencia, preguntas que habían sorprendido a Rebecca por completo.

Sin una pizca de orgullo, Jamey parecía estar aceptando quién era y dónde estaba destinado a estar. Y esto alivió la propia culpabilidad de Rebecca con respecto a su decisión de esperar y revelar la verdad de su partida hasta el último momento posible. Para desviar la atención de su propia desdicha con respecto a su futura separación, le contó a Jamey la promesa de Stanmore de llevarlo a pasear por la finca todas las mañanas. Aunque él trató de disimularlo, ella pensó que en realidad parecía complacido.

Poco después del desayuno, mientras Jamey corría a través de la bruma hacia los establos para pasar un rato acicalando el poni que había elegido la semana pasada, Rebeca buscó a Philip. Lo encontró supervisando el trabajo del ayuda de cámara de lord Stanmore.

"Philip, ¿serías tan amable de darme una vuelta por las galerías?". Escondió una sonrisa ante la expresión de gratitud del ayuda de cámara, y notó que incluso Philip se animaba. A diferencia de Daniel, que estaba ocupado con su rutina normal de dirigir Solgrave, el hombre mayor estaba aparentemente aburrido sin medida con la ausencia del conde.

Habían comenzado su recorrido en la galería inferior, pasando ante los retratos centenarios de algunos de los antepasados del conde. Philip les dio una letanía de nombres y títulos, y de la huella que cada personaje había dejado en la historia, y se detuvieron ante cada retrato. Sin embargo, no fue hasta que se detuvieron ante un cuadro más reciente de una hermosa joven morena con Solgrave al fondo que Rebecca se quedó embelesada. La mujer llevaba un niño en brazos.

"Lady Margaret. Hija del difunto James Graham, 4th Marqués y 1st Duque de Montrose. La madre del actual conde de Stanmore".

"El parecido es asombroso", murmuró Rebecca. Los mismos pómulos altos, los labios carnosos, incluso los ojos -con la excepción de sus expresiones- eran iguales. Lady Margaret era una mujer increíblemente llamativa, y también lo era su hijo. "¿Qué le ha pasado?"

"¿Ha pasado algo? Pues nada", dijo Philip, sorprendido. "Lady Margaret Buchanan -como prefiere que se dirijan a ella ahora- está bastante bien, viviendo en su finca familiar en Escocia".

Rebecca ya había aprendido que la forma de motivar a Felipe para que revelara más cosas no era haciéndole preguntas. Lo que más le animaba era la paciencia y el simple interés. No se sintió decepcionada cuando él bajó un poco la voz, hablándole en un tono que ella entendió como confidencial.

"Lady Margaret y el difunto conde de Stanmore tuvieron lo que vulgarmente se llama un matrimonio concertado. Lamento decir que nunca existió afecto alguno entre el marido y la mujer; jamás surgió camaradería alguna entre ellos. Sin embargo, la buena señora acató los deseos de su familia y permaneció con su señoría hasta que su hijo alcanzó la edad de cinco años. Entonces se despidió y se retiró a Buchanan House, en Escocia... cerca de un lugar llamado Loch Lomond".

No me extraña que Stanmore tuviera una visión tan negativa del amor, pensó Rebecca. Aunque ella misma no había crecido en una familia, lo había visto por sí misma... había formado parte de ella... en la casa del callejón Strawberry de Molly y John Butler.

"Si se me permite hablar con franqueza, señora, nadie la culpó nunca por marcharse. A pesar de todas sus buenas cualidades, James Wakefield era, en el mejor de los casos, un hombre muy difícil. Y... entre nosotros... con el paso de los años, su señoría se volvió... bueno, casi imposible". El mayordomo se quedó pensativo mirando el retrato. "Debería saber que, a pesar de los kilómetros que los separan, nuestro actual lord Stanmore se lleva mucho mejor con la madre de lo que nunca se llevó bien con su padre".

"Su señoría me mencionó que pasa un mes en Escocia cada otoño".

"Así es", confirmó Philip. "Comenzó como una tradición cuando era un muchacho... para apaciguar a la familia de Lady Margaret. Pero a decir verdad, siempre disfrutó de la fiesta. Aún lo hace".

Rebecca se apartó de mala gana del retrato, mirando a los demás. Mientras ella y Philip

seguían avanzando por la galería, se dio cuenta de que, incluso aquí, no había ningún recuerdo de Elizabeth.

"Creo que James disfrutará viendo esta galería".

"Ya lo ha hecho". Philip asintió con aprobación. "Lo encontré aquí ayer por la tarde absorto en los cuadros, así que me ofrecí a ser su guía y lo aceptó, buen muchacho que es. Espero que acepte mis felicitaciones, Sra. Ford, por la forma en que ha educado al joven maestro".

"Todo el mérito es suyo", dijo en voz baja. "Es un chico muy inteligente y de buen corazón. ¿Había algo que James estuviera buscando aquí en particular?"

"Efectivamente, señora. Un retrato de su madre", respondió, mirando vacilante en su dirección.

"Todo como debe ser", respondió ella. "Para que James acepte su linaje, necesita ver que alguien mucho mejor que yo lo trajo a este mundo".

"No *mejor*, si me permite decirlo, Sra. Ford. El señorito James sólo fue traído al mundo por alguien que no era usted".

Se miró las manos y resistió el impulso de hablar en defensa de Elizabeth. Su batalla no era contra ese hombre, se recordó a sí misma.

"Gracias", dijo un momento después. "De todos modos, ¿hay un retrato de la madre de James en algún lugar para que él lo vea?"

Philip negó con la cabeza. "No en Solgrave, señora. No hay tiempo para hacer un retrato. Verá, se casaron en el mes de julio de 1759. Menos de un mes después de su matrimonio, su señoría tomó su puesto como Mayor en el Regimiento de a Pie 45th de Su Majestad y zarpó hacia las colonias para unirse a la toma de Quebec. Estuvo fuera dos años. Sin Samuel Wakefield, Lady Stanmore se quedó casi siempre en Londres". Philip se quedó mirando un cuadro holandés de una ciudad al borde de un mar azotado por la tormenta. "Muy pronto pudimos ver que no era ella misma. Le resultaba muy difícil cargar con el señorito James, y pasaba la mayor parte del tiempo recluida y postrada en cama. Nunca hubo tiempo para hacer un retrato de ella después del matrimonio. Pero estoy seguro de que su propia familia...". La voz de Philip se entrecortó.

El corazón de Rebeca se hundió como una piedra. Stanmore se había marchado en agosto. James no había dado a luz hasta el mes de julio siguiente... el día en que Rebecca y Elizabeth se habían conocido.

"¿Dice que estuvo enferma durante el encierro?"

"Efectivamente, señora. Cuando nació el niño en mayo, el médico exigió que permaneciera recluida indefinidamente. Se cerró la casa a toda distracción y compañía, ya que tanto la madre como el niño estaban demasiado frágiles después de la terrible experiencia."

"¿Se hizo un anuncio en mayo?"

"Uno bastante sombrío, si se me permite decirlo. Por lo que sabíamos en la casa, no había muchas esperanzas de que el joven amo sobreviviera".

"Pero el padre de Lord Stanmore anunció que había nacido un niño... y anunció también su nombre".

"Efectivamente, señora. James Samuel Wakefield". Philip la miraba con curiosidad.

Rebecca miró detenidamente el cuadro holandés. Por encima de las torres de las iglesias, el cielo estaba lleno de nubes blancas, grises y rosas.

"¿Asististe tú mismo a la madre y al niño, Philip?"

El mayordomo se puso rígido al recordarlo. "Nadie, a excepción del viejo conde y varios asistentes que trajo el médico, pudo atender sus necesidades".

Nació esta misma mañana. Las palabras de Isabel, como si hubieran sido pronunciadas este

mismo día, volvieron a ella con claridad.

"Permaneció a su cuidado, aislada del mundo durante dos meses, señora. Y entonces, una mañana, la casa casi explotó de actividad. Se había levantado y cogido a la niña durante la noche. Se habían ido, señora."

En la cabeza de Rebecca resonaban las mentiras que habían rodeado el nacimiento de Jamey. No le cabía duda de que sólo tenía un día cuando lo vio por primera vez. Si había pasado un año y Stanmore había regresado de Quebec, habría sido imposible que el padre supiera la verdadera edad del niño.

Pero Rebeca estaba segura de lo que había ocurrido. El padre de Stanmore había anunciado el nacimiento antes de que se produjera realmente, ocultando a la madre hasta que el niño hubiera nacido de verdad. Era casi demasiado horrible para considerarlo, pero se preguntó qué habría ocurrido si de Elizabeth hubiera nacido una niña.

Pero con el marido en Quebec, se preguntó, ¿qué fue exactamente lo que impulsó a la joven a coger a su hijo y huir? Rebecca se alisó las arrugas de la frente y miró el retrato ante el que se encontraban.

"Este es el retrato del último conde de Stanmore. El gran Sir Joshua Reynolds lo pintó el verano anterior a todo esto".

El melancólico hombre de pie ante la estatua de Zeus era lo bastante llamativo como para captar la atención de cualquiera. El pelo canoso era el único indicio de su edad. De complexión fuerte, con un porte que destilaba confianza y poder. Rebecca se preguntó por un momento si su presencia no sería reconfortante para Elizabeth.

Cerró los ojos un instante. ¿Cómo podía culpar a Elizabeth? ¿Quién era ella para decir que la joven era la culpable? Podía muy bien haber sido el difunto conde el perseguidor. Tal vez ella no había sido más que una víctima. Esto, por supuesto, suponiendo que ningún otro hombre hubiera estado involucrado. Todo el secreto en torno al nacimiento de James había sido para preservar la respetabilidad del apellido Stanmore.

Volvió a mirar detenidamente el cuadro. Sí, vio el parecido: el pintor había captado la peculiar cualidad penetrante de los ojos que Jamey compartía con los dos hombres de Stanmore. Y había otros pequeños parecidos que el chico sólo compartía con el hombre del cuadro: la línea de la barbilla, la forma de las orejas.

"Dos años después de terminar este retrato, Lord Stanmore sufrió una caída de su caballo y perdió el uso de sus piernas".

Rebecca se volvió hacia el mayordomo. "Y... y el actual conde estaba fuera para todo esto".

Philip asintió con gravedad. "Fue difícil para él cuando volvió a casa: su mujer y su hijo muertos, su padre lisiado. Y lamento decir que perder la capacidad de caminar no fue lo único que atormentó al viejo conde. Se puso cada vez más enfermo y, con cada año que pasaba, más y más enfadado, beligerante... casi loco a veces".

"¿Cuándo falleció su señoría?"

"Ha pasado algo más de un año".

Un año. La muerte del padre había provocado la búsqueda del hijo menor. Rebecca siguió al mayordomo mientras se alejaba del retrato. De algún modo, Wentworth había descubierto la verdad sobre el pasado de la familia, pero el hecho de saberlo no disminuía en nada su respeto por lord Stanmore. Ahora sabía que había sido él quien se había encargado de corregir tantos errores.

Rebecca se volvió y miró por las ventanas de cristal de diamante hacia el lago y la carretera que salía de Solgrave. A fin de cuentas, eso sólo dificultaba más las cosas. Había perdido el

corazón por Samuel Wakefield, pero también estaba a punto de dejarlo atrás.

Jóvenes vestidas con elegancia. Serenidad. Orden. Etiqueta. Puntualidad. Feminidad. Cortesía. Mientras Louisa Nisdale observaba a una joven deslizarse fuera de la sala de recepción, sintió que se le erizaba la piel. El exclusivo colegio femenino de la señora Stockdale en Oxford era el epítome de todo lo que Louisa Nisdale aborrecía en la sociedad. De niña, sus padres nunca habían tenido los medios para enviarla a un lugar así, pero aunque hubiera sido bendecida con una fortuna, un colegio como aquel la habría matado desde el primer día.

Ocultando su desprecio tras una sonrisa melosa, Louisa escuchó y trató de no atragantarse con el discurso de la señora Stockdale sobre las aparentemente interminables virtudes de la academia. El día anterior había querido reunirse con la vieja pedante, pero la agenda de la maestra no se lo había permitido. Al parecer, el compromiso de una cena con el reverendo no se *podía* romper.

A pesar de lo molesto que resultaba tener que quedarse a dormir en la vieja y polvorienta ciudad universitaria, la espera le había venido muy bien a Louisa, ya que había podido interrogar a la mujer del posadero donde se había visto obligada a pasar la noche. Por lo visto, la señora Stockdale no era especialmente susceptible a la intimidación, pero tampoco un acercamiento directo conseguiría que Louisa obtuviera la información que deseaba de la vieja hacha de guerra. el fingimiento era el nombre del juego, un juego en el que Louisa Nisdale resultaba ser una maestra.

"¿Qué edad dijo que tiene su hija ahora, Lady Nisdale?"

Louisa sonrió con la mezcla justa de altivez y sociabilidad. "La pequeña sólo tiene cinco años. Demasiado pequeña para enviársela, por supuesto, pero oyendo hablar tanto de su excelencia en la enseñanza a mis queridos amigos, yo..."

"Cinco años *no es* demasiado poco", afirma la mujer canosa. "Aunque, por regla general, no aceptamos niños tan pequeños, a lo largo de los años nos han enviado varias niñas. Por supuesto, han venido con institutrices privadas y similares. No obstante, como la vida nos presenta tantas dificultades, intentamos permanecer abiertos a las necesidades de nuestras familias. Ya sabes... casos de madres que fallecen al nacer, padres viudos que están al servicio del rey y no pueden ver después...".

"En efecto. Le aseguro que mi situación no requiere excepciones. Como le decía, simplemente estaba intrigado por su escuela, tras haber oído tan generosos elogios de varios de sus antiguos alumnos."

"Mis chicas son mi mejor referencia, Lady Nisdale."

"Bien dicho". Louisa empujó un rizo rizado en su lugar. "Hace un par de días, estaba visitando Melbury Hall y Lady Wentworth..." Al percibir una expresión inexpresiva de la maestra, Louisa añadió: "Era la señorita Millicent Gregory como alumna aquí".

"¡Por supuesto! Claro que sí. Naturalmente, recuerdo muy bien a la Srta. Gregory".

"Bueno, Lady Wentworth me habló mucho de sus días aquí en su querida academia. No paraba de hablar de la excelente educación que había recibido aquí y de los amigos que había hecho. De hecho, el nombre de una joven fue mencionado una y otra vez. ¿Cuál era? Rebecca algo. Una buena amiga de la Srta. Gregory... quiero decir, de Lady Wentworth. Rebecca... hmmm". Louisa se apoyó una mano en la frente y miró angustiada hacia el alto techo. "Me estoy volviendo loca. El nombre era Rebecca..."

"¿Neville?"

"Eso es". Louisa sonrió alegremente. "Rebecca Neville. Lady Wentworth habló mucho de su vieja y querida amiga la señorita Neville y lo triste que fue que después de dejar su buena escuela perdiera el contacto con su querida amiga."

Una expresión reflexiva nubló el rostro arrugado de la mujer, que miró fijamente hacia la ventana abierta de la habitación.

"Pero así es la vida, ¿verdad, Sra. Stockdale? Nuestros días más despreocupados son los de juventud. El matrimonio, las responsabilidades sociales, los hijos... todo diseñado, al parecer, para separarnos de aquellos a los que una vez tuvimos tanto aprecio." Louisa se creyó muy lista para inventar semejante tontería. "Mi querida amiga Lady Wentworth -después de enterarse de que venía aquí- insistió en que preguntara por la señorita Neville. Tenía mucha curiosidad por saber dónde podría estar su antigua compañera de clase".

Louisa puso las manos recatadamente sobre su regazo y esperó, pero la señora Stockdale seguía con el ceño fruncido por la ventana.

"Lady Wentworth está tan ansiosa por organizar una reunión", me pidió. "Si pudiera arrojar algo de luz sobre dónde ha venido a residir la señorita Neville desde que dejó sus finos cuidados. O cualquier cosa..."

"Lo siento mucho, Lady Nisdale." Los agudos ojos de la mujer se volvieron hacia el rostro de Louisa. "Pero me doy cuenta de que no debería haber divulgado ni siquiera el nombre de la señorita Neville. Verá, soy muy sensible a la privacidad de mis antiguas alumnas. Pero una vez dicho esto, tal vez podríamos dirigir nuestra entrevista lejos de la curiosidad de Lady Wentworth, y en su lugar discutir cualquier pregunta que pueda tener acerca de los arreglos para su propia hija. Esta es la razón de su visita, Lady Nisdale... ¿no es así?"

Cuando los dos hombres salieron de la oscuridad, enroscando sus corceles ante las murallas de Solgrave, gritos y sirvientes con antorchas y mozos de cuadra corriendo desde todas direcciones marcaron su llegada.

"¿Cree usted que los humores horribles son hereditarios?" Sir Nicholas Spencer bajó de su caballo y lanzó las riendas al mozo de cuadra que le esperaba. Miró la expresión melancólica de su amigo y lo siguió hacia la puerta. "Veo que ha decidido no contestar. Pues muy bien. ¿Crees que el mal humor es contagioso?"

Las largas zancadas del baronet coincidían con las del conde. "Por 'sblood, Stanmore, debes responder a esta. Después de pasar hoy tantas horas en tu insufrible compañía, debo saber si mi envidiable encanto se ve seriamente amenazado."

"Como siempre, Nicholas, tu sincronización es espantosa."

Nicholas miró hacia la puerta abierta. Dos mayordomos y el ama de llaves estaban de pie en los escalones de mármol, listos para recibir a su señor. "Podrías haberme dicho que era un mal momento para una visita social".

"Te dije que era un mal momento para una visita, varias veces."

"Bueno, supongo que sí, ahora que lo mencionas. Pero como tu más devoto amigo, Stanmore, sé que es mi responsabilidad ignorar incluso tus amenazas... y recuerdo una o dos amenazas. No obstante, es mi deber juramentado acosarte hasta que hayas dejado atrás tu deplorable melancolía pasada de moda".

"Ahórrame tu caridad".

Nicholas hizo caso omiso de la réplica e intercambió cumplidos con el ama de llaves mientras el conde hablaba con sus mayordomos. En Londres se hablaba mucho del enjambre de visitantes en Hertfordshire. Lady Nisdale, Squire Wentworth, Lady Wentworth, Lord Stanmore, su hijo recién recuperado... incluso se decía que Lord North se dirigía al país. Pero luego, por supuesto, estaba la misteriosa Sra. Ford, de la que todo el mundo hablaba tanto. Y, sin embargo, nadie en la sociedad la había conocido. Todo parecía un lío delicioso, un lío que Nicholas normalmente habría mantenido a distancia. Y lo habría hecho... si no se hubiera encontrado ayer con Stanmore y se hubiera dado cuenta de que algo había cambiado mucho en él desde la última vez que habían hablado.

Así que Nicholas Spencer había insistido en ir al campo con su amigo. Su sentido del deber se lo exigía. Bueno, el deber y la curiosidad.

"El señorito James y la señora Ford ya han cenado, milord". ofreció la señora Trent en respuesta a la pregunta de Stanmore sobre ambos. "El muchacho ya duerme en su habitación, pero la última vez que me fijé, la señora Ford estaba leyendo en la biblioteca".

Daniel habló justo cuando Felipe se disponía a susurrar algo al oído del conde. "¿Le apetece cenar, milord? Puedo tener a Harry..."

"No hace falta. Sir Nicholas y yo paramos en esa nueva posada al otro lado de St. Albans".

"Un lugar espantoso", dijo Nicholas. "Creo que uno de los hermanos de Harry es el cocinero allí".

El mayordomo mayor se inclinó de nuevo hacia el conde. "Creo que la Sra. Ford ha estado esperando su regreso, milord".

Nicholas oyó las palabras en voz baja y enarcó una ceja ante la mirada de abierta expectación que Stanmore envió en dirección a la biblioteca.

"Daniel, si fueras tan amable de acompañar a Sir Nicholas a su habitación."

"Todavía no". Nicholas entregó su capa y su sombrero al mayordomo y se encaminó hacia la biblioteca. "¿Vienes, Stanmore? Ha sido un largo viaje, y necesito desesperadamente una copa de tu mejor oporto antes de retirarme a dormir".

"¡Y una mierda! Entonces haré que te envíen una botella a tu habitación". Stanmore le fulminó con la mirada.

"Ni hablar". Nicholas miró hacia atrás y vio que el ama de llaves y los dos mayordomos no se habían movido. Bajó la voz. "No puedes esconderla para siempre, amigo mío. Acéptalo. Una simple presentación y seguiré mi camino".

"Ocupado como una gallina madre, lo estás, Nicholas. Bueno, mañana será lo suficientemente pronto para las presentaciones".

Nicholas se detuvo junto a la puerta de la biblioteca con una mano en el pestillo. Estaba realmente sorprendido por la expresión que vio. Tan distinta de la amiga siempre controlada que siempre había conocido.

"¡Por el diablo! Te tiene hecho jirones".

"Tonterías".

"¡Por 'sblood! Ahora lo he visto todo. El implacable Lord Stanmore *descompuesto* por una mujer."

"Nicholas."

Ignorando el tono amenazador, empujó la puerta. La habitación era tan espaciosa y cómoda como la recordaba. Aunque no era un hombre particularmente aficionado a los libros, a Nicholas le encantaba la sensación de una biblioteca bien equipada. Las pesadas cortinas se habían cerrado para evitar la humedad, y la luz de docenas de velas infundía a la habitación un suave resplandor.

La mirada de Nicholas recorrió el lugar y, cuando Stanmore pasó a su lado, el esbelto cuerpo de una mujer se levantó de un diván como la bruma matinal de un lago tranquilo.

"Milord". Su encantado saludo iba dirigido a Stanmore. Nicholas pudo ver que sus mágicos ojos azules no percibían nada más que al hombre que estaba a su lado.

No obstante, Nicholas Spencer se deleitó con su belleza. Suaves ondas de pelo del color del fuego y el oro caían sobre sus delgados hombros, enmarcando un rostro que resplandecía de calidez. Labios carnosos, mejillas elevadas, pechos de formas exquisitas que insinuaban la perfección oculta bajo el escote de su vestido.

Volvió a mirarla a la cara. Había algo en ella. Algo familiar. Algo en la sensualidad, en el matiz de pasión que colgaba acariciando los ojos, en cada curva de su mejilla.

¡Eso es! pensó. La había visto antes. Bueno, a alguien muy parecida a ella. En el retrato de la mujer más hermosa que había visto nunca, en la villa del gran actor David Garrick en Hampton.

Nicholas Spencer contempló el rostro que había iluminado el escenario londinense durante décadas... hasta hacía unos años. Era la viva imagen de la actriz que antaño había sido el brindis de los reyes: la magnífica y hermosa Jenny Greene.

Capítulo Veinticinco

PASÓ algún tiempo antes de que la oscura mirada de Stanmore la soltara y fuera consciente de la presencia del otro hombre en la biblioteca. Sin embargo, las agitadas entrañas de Rebecca no le permitían respirar del todo mientras observaba al conde entrar un poco en la habitación. Algo se calentó en su interior. Sus ojos brillantes habían transmitido algo más que su felicidad por verla. Mucho más.

"Sra. Ford, permítame presentarle al más villano de los amigos, Sir Nicholas Spencer".

Rebecca hizo una pequeña reverencia cuando el hombre se llevó la mano a los labios.

Retiró la mano cortésmente un momento después, pero el recién llegado siguió estudiándola de la manera más inquietante. Su mirada no era lasciva, sino más bien la de alguien que intenta tomar una decisión sobre algo. Sin embargo, ya empezaba a incomodar a Rebecca.

Sir Nicholas era aproximadamente de la misma estatura que el conde, pero nunca se le confundiría con el otro. Su nariz quebrada y su pelo largo, ondulado y rubio, recogido con una cinta negra, daban al gigante de ojos azules un aspecto desaliñado que distaba mucho de la apariencia de su amigo. Era bastante guapo, supuso ella, pero un atisbo de lo indómito parecía acechar justo debajo de sus refinados modales.

"Nicholas sólo se detuvo para una presentación", dijo Stanmore, llamando su atención. "Me asegura que está bastante cansado por el largo viaje y que está *de camino...*".

"Su increíble belleza...", interrumpió su amigo con una pequeña reverencia. "Su impecable belleza me sobrecoge, señora Ford. Usted es verdaderamente refrescante para los ojos del viajero cansado del camino. Pero lo que es verdaderamente asombroso es que este canalla haya estado escondiendo semejante tesoro aquí, privando a sus pocos amigos -que cada vez son menos- del placer de semejante compañía estas últimas semanas."

Rebecca sintió que el calor le subía a la cara y apretó con fuerza en una mano el libro que había estado leyendo. Miró rápidamente a Stanmore, que estaba mirando a Sir Nicholas. Fijó los ojos en el dibujo de la alfombra.

Oh Dios, pensó. ¿En qué estaba pensando? Estaba claro que se había equivocado al vestirse como lo había hecho esta noche. Desde luego, nunca había esperado esa respuesta de nadie. Peor aún, había sido perverso por su parte querer lucirse en Stanmore después de haber decidido que se marchaba. ¿Qué derecho tenía a planear y esperar algo cuando marcharse lo hacía tan mal? Estaba claro que ése era su castigo: llamar la atención del hombre equivocado.

"Y una modestia sonrojante, también. Una hechicera. Los encantos de esta dama no tienen fin".

"Basta, Nicholas", advirtió Stanmore. "Tu lengua pícara ha hecho que pases de ser simplemente una molestia a ser el rastrillo que realmente eres".

Rebeca no había necesitado un protector durante muchos años y ahora no necesitaba a nadie que hablara en su defensa.

"No puedo hablar de su acusación sobre el carácter de Sir Nicholas, milord, pero su invitado no está siendo una molestia". Se encontró con la mirada del conde antes de volverse hacia su sonriente amigo. "Si me estoy sonrojando, señor, es sólo que no estoy acostumbrado a los cumplidos floridos. Y como resultado, no estoy fácilmente armado con ninguna réplica digna de los elogios tan imaginativos de este buen caballero, aunque sin duda sean el resultado de su reconocido cansancio. El problema no es de Sir Nicholas, sino mío y de mi inexperiencia".

Nicholas puso una mano sobre su corazón. "Le juro, señora, que no hay nada imaginario en mis elogios hacia usted. Cada palabra que pronuncié salió del profundo pozo de mi estima".

"Debe estar cansado, mi buen señor, para bajar la guardia hasta el punto de que incluso un aficionado como yo pueda infligirle una herida".

"¿Una herida, Sra. Ford?"

"Bueno, conjurar tales elogios desde el *profundo pozo* de tu estima..." Sacudió la cabeza. "Pues a mí me parece, señor, que sólo un pozo superficial y vacío podría producir tan ruidosos elogios para un total desconocido".

El pícaro se rió. "Me ha herido, Sra. Ford".

Stanmore se puso a su lado y le rodeó la cintura con un brazo. "Mejor ella que yo, Nicholas. Y ya has abusado de tu hospitalidad".

Sir Nicholas se inclinó de nuevo y se dirigió a Rebecca. "Sólo porque puedo estar seguro de que volveremos a conocernos por la mañana, permitiré que este tirano de corazón negro disponga de mí esta noche. ¿Y mañana, señora Ford? ¿Puedo rogarle el placer de su compañía... tal vez para un paseo a caballo o una caminata casual por el parque de ciervos de su señoría?". Levantó una mano cuando ella empezó a hablar. "Pero antes de que decline mi invitación, le doy mi palabra de honor de que dejaré atrás mi *lengua pícara* y hablaré sólo con la verdad absoluta".

"Excelente", gruñó Stanmore. "¿Lo clavo en la puerta del establo donde puedas encontrarlo?"

Rebecca se dio cuenta de que Sir Nicholas le caía bien. Sin duda era un mujeriego, pero también un encantador que no ofendía.

"Tendré que responder a su invitación por la mañana, señor, después de haber tenido la oportunidad de evaluar sus referencias con nuestro anfitrión".

Fue un movimiento leve, pero sintió la presión de su mano grande y reconfortante en la cintura. No se atrevió a mirar a Stanmore por miedo a verlo sonriendo a su amigo.

Sir Nicholas miraba con fingida fiereza al conde. "Cuida tu lengua, amigo mío, porque el daño *que* puedo causar no tiene fin".

"Sigue tu camino, Pozo Vacío".

Con un guiño, Sir Nicholas se inclinó ante Rebecca antes de darse la vuelta para marcharse. En la puerta, sin embargo, se detuvo, repentinamente serio.

"Tendría veinte años más que tú... quizá treinta".

"¿Quién es, Nicholas?"

"La actriz. Jenny Greene. ¿La conoce, Sra. Ford?"

Al instante se le formó un nudo en el estómago y Rebecca sintió que todo su cuerpo se tensaba ante la pregunta.

"Sólo el nombre, señor".

Stanmore sintió que Rebecca se estremecía cuando Nicholas salió y miró su rostro. Una repentina palidez le había quitado todo el color de las mejillas. Al ver el cambio en ella, la estrechó entre sus brazos.

"Tienes frío". Ella se acercó de buena gana, sus brazos envolviéndolo, su cabeza metida debajo de su barbilla.

Su movimiento confiado le hizo un nudo en la garganta. Ella no buscaba pasión, sólo consuelo. Sólo quería que la abrazaran. Todo en ella reflejaba su inocencia, y eso sólo hizo que su corazón se abriera un poco más, atrayéndola hacia regiones protegidas durante mucho tiempo. Era tan extraño. No habían pronunciado ninguna palabra de compromiso. Aún tenían que satisfacer el anhelo de sus cuerpos. Pero ella ya formaba parte de él... más de lo que jamás había creído posible.

"¿He estado fuera demasiado tiempo?"

La cabeza de ella se movía arriba y abajo sobre su pecho, y él sonreía.

"¿Puedo atreverme a suponer que me estabas esperando aquí esta noche?"

Se apartó un poco y le miró a la cara. "No tiene por qué suponerlo, milord. Lo admito de buen grado. Pero vestida tan descaradamente como estoy, creo que todos los que me han visto esta noche deben haber adivinado mis intenciones".

A Stanmore le encantó la intensidad que volvió a dar color a sus mejillas. Miró el escote del vestido y, con dificultad, apartó la mirada de las gráciles curvas de sus pechos de marfil. Su mano acarició la delicada línea de su espalda.

"Vas vestida a la última moda. Creo que cualquiera se sentiría bendecido con sólo seguirte hasta aquí y deleitarse con tu belleza".

Ella sonrió, y sus manos se movieron de su espalda para descansar contra su pecho. "Y creo que hoy has pasado demasiado tiempo en compañía de Sir Nicholas. Empiezas a sonar como él".

"Hay una clara diferencia. Nicolás alaba a todas las mujeres que son excepcionalmente bellas. Yo alabo sólo a la que he deseado durante una eternidad de días. La única mujer que remueve mis entrañas y enciende mi sangre de necesidad. La única mujer que ha logrado introducirse bajo mi piel y llegar a mi corazón. La única a la que no he podido apartar de mi mente desde el momento en que la vi por primera vez". Su mano bajó por la espalda de ella y la apretó más hasta que su excitación quedó apretada contra su vientre. Un destello de conciencia oscureció sus ojos azules. "No me confundas con él, Rebecca".

Ella le miraba fijamente con unos ojos tan grandes que en ellos él podía ver su corazón entregado, su alma asediada. En ellos, él también podía ver su propio reflejo... la imagen de un hombre enamorado por primera vez.

"Nunca podría confundirte con nadie", susurró finalmente, antes de ponerse de puntillas y presionar suavemente sus labios contra los de él.

No lo sabía antes de esta noche, pero Stanmore se dio cuenta de que había estado tan enfermo durante tanto tiempo y Rebeca era la cura.

A Stanmore le latía la sangre. Desesperado por despojarla de sus miedos y verla regocijarse en la pasión que estaba a punto de estallar entre ellos, se contuvo, controlando sus deseos, decidido a no asustarla de nuevo.

Las manos de Rebecca se deslizaron alrededor de su cuello y sus dedos se enredaron en su pelo. Su boca se inclinó bajo la de él y sus labios presionaron con más fuerza. Con su inocencia, sintió que ella le incitaba a tomar las riendas. Con cuidado de no perder ni un ápice de su control, dejó que su afecto y su pasión fluyeran en el beso. En el toma y daca de sus bocas, en la delicada imitación del acto sexual, sintió que se elevaba.

Su gemido de placer fue el sonido más dulce que jamás había oído. Su cuerpo se amoldaba al suyo, se ablandaba, se amoldaba a él de un modo que sólo se había atrevido a soñar. Dejó escapar otro hilo de su atadura y permitió que su mano recorriera la espalda de ella, apretándola más, acariciando su trasero, saboreando el perfecto ajuste de sus cuerpos.

Stanmore apartó los labios de la boca de ella y la besó en la cara, a lo largo de la columna del cuello. La levantó en brazos y sus labios entraron en contacto con la redonda carne de sus pechos. Se sintió hambriento de necesidad mientras los delgados dedos de ella guiaban sus movimientos, presionándole para que continuara.

"¿Es esto, Rebecca?" Stanmore consiguió preguntar mientras la llevaba hasta el diván y la bajaba sobre él. "¿Estás lista?"

Su respuesta fue un susurro. "Lo estoy. Por primera vez en mi vida, estoy lista".

Y él también estaba preparado. Sabía lo que quería para hoy, para mañana, para la eternidad.

"No quiero que nuestra primera vez sea aquí". Las capas de faldas se deslizaron por sus brazos mientras la levantaba de nuevo y se dirigía a la puerta. "Pero ahora no podemos parar. No podemos cambiar de opinión".

Ella negó con la cabeza y le besó en los labios. "Sin detenerse. Sin arrepentimientos. Todo lo contrario". Le sonrió tímidamente. "Pero no estoy acostumbrada a que me lleven a la alcoba de nadie mientras toda una casa mira".

Dudó junto a la puerta y luego la puso suavemente en pie. La discreción rara vez había sido un problema con ninguna de las mujeres que había conocido.

"Por supuesto. Haremos esto de la forma que te complazca". Su cálida sonrisa y el afecto que brillaba en sus ojos azules le recompensaron por sus palabras. "Sin embargo, si ahora te permito retirarte a tu habitación antes que yo, ¿me das tu palabra de dejarme entrar más tarde?"

Ella asintió y le rozó los labios con un beso.

"¿Y prometes permanecer impaciente junto a tu puerta, vestida como estás?"

Volvió a asentir y sonrió tímidamente.

"Una cosa más, Rebecca", le preguntó mientras ella se daba la vuelta para irse. "¿Cuál era tu nombre... antes de casarte?"

Stanmore vio cómo el color subía del cuello a la cara. Su mirada, sin embargo, no vaciló.

"Neville", dijo en voz baja. "Mi nombre era Rebecca Neville."

La anciana arrebató la moneda de la palma de la mano de la dama y la miró en la oscuridad del carruaje cerrado. Miró rápidamente hacia la persiana. Había encontrado el carruaje en el lugar acordado, un callejón junto a la iglesia de Cristo, pero ya no oía el ruido de High Street.

"¿Qué es lo que quieres saber?", preguntó nerviosa.

"Rebecca Neville. Dime todo lo que sabes".

"Hacía mucho tiempo que no oía ese nombre, señora."

Louisa Nisdale rebuscó impaciente en su bolso. "Háblame y hay otro chelín para ti".

La mujer miró el bolso. "La Srta. Neville tenía una buena posición económica, creo, pero era muy reservada. Educada con nosotros los sirvientes, a diferencia del resto de los estirados... perdóneme, mamá. Las chicas vivían arriba. Estábamos en las habitaciones del ático, pero yo trabajaba en las cocinas, y no sé mucho más sobre ella, a decir verdad".

"¿Qué le ha pasado?" Louisa sacó esta vez dos monedas y las acercó a la cara de la mujer. "¿Adónde fue? ¿Cuáles eran sus *secretos*?"

"No puedo decir que sepa nada de esto, mamá". Sus ojos se entrecerraron. "Pero aunque supiera algo, son muchas preguntas para lo poco que ofrecéis".

Louisa volvió a meter la mano en el bolso y sacó una moneda de oro. "Dime algo que valga la pena saber y te ganarás esto".

"Eso es más amistoso, mamá". La sirvienta cogió la moneda, sujetándola con fuerza en el puño. "Estamos hablando de hace años, claro".

"¡Por supuesto!" Louisa siseó impaciente. "Vamos."

"Bueno, poco después de que la señorita Rebecca se fuera, hubo confusión en la casa, mamá. Verás, la Sra. Stockdale le había encontrado a la señorita un trabajo remunerado en la ciudad de Londres, pero quienesquiera que fuesen sus parientes, no se lo tomaron muy bien. En condiciones de ser atada, por lo que pudimos ver... especialmente después de que nadie pudiera encontrarla".

"¿Qué quieres decir con que nadie pudo encontrarla?"

"Bueno, eso es todo, mamá. Simplemente desapareció. Fue a ese trabajo remunerado y desapareció más rápido que un perro con un hueso".

"¿Quiénes eran esas personas para las que fue a trabajar? Dame un nombre".

La sirvienta negó con la cabeza. "Que no puedo, mamá. Quiero decir que no lo sé. De dónde vienen o van las chicas no nos llega mucho a las cocinas".

Louisa se inclinó hacia delante y agarró la muñeca de la mujer. "Pues entérate. ¿Me oyes? Pregunta por ahí y averigua a quién la enviaron en Londres".

"Te costará otra de oro". La mujer le arrancó la muñeca. "Para ese tipo de trabajo."

"Mañana", dijo Louisa con fiereza. "Mañana me traes ese nombre".

Rebecca se paseaba por la habitación con un nerviosismo que tenía todo que ver con las mentiras... y nada que ver con la pasión.

Ella no podía seguir adelante con eso. No podía volver a hacer daño a Stanmore. No lo trataría como lo habían tratado las otras mujeres que él había cuidado: su madre y su esposa. No podía dejarle sin una palabra.

Lo que lo hacía todo tan escandalosamente injusto era la idea de hacer el amor con él y luego simplemente desaparecer. En todo momento, él le había dado a ella la opción de seguir adelante con su aventura o echarse atrás. Ahora, era justo que ella *le* ofreciera lo mismo. La decisión tenía que ser suya.

El suave golpe en la puerta hizo que el corazón de Rebecca latiera aún más rápido que antes. Se acercó rápidamente a la puerta y respiró hondo antes de abrirla. Se había quitado la chaqueta y el chaleco. Casi involuntariamente, estudió cada centímetro de él como si tratara de grabar en su memoria aquel momento, aquel hombre. Era un recuerdo que tendría que durar más años de los que le importaba contar.

"¿Puedo pasar?"

El calor de su mirada la abrasó. Extendió la mano en señal de invitación, sus dedos se entrelazaron y él entró. En cuanto la puerta se cerró tras ellos, él la abrazó, estrechándola, apretando cada curva de su cuerpo contra el suyo hasta que ella casi pudo sentir los latidos de su corazón en su propio pecho, sentir su necesidad extendiéndose por cada centímetro de su cuerpo, sentir su deseo convertido en el suyo propio.

"No recuerdo haber deseado nada en la vida como te he deseado a ti".

A Rebeca se le hizo un nudo en la garganta y tragó saliva. "Antes de que hagamos esto, hay cosas que necesito contarte. Cosas sobre mí, sobre mi vida".

Sus poderosos brazos la estrecharon contra sí y ella hizo una pausa para armarse de valor. Tenía que decir la verdad ahora, mientras tuviera valor.

"Antes de empezar, sin embargo, deberías saber que... que todo lo que te he ocultado... la verdad que no revelé... que no podía revelar... la razón por la que me contuve... no tenía nada que ver con engañarte... nada que ver con querer hacer daño de ninguna manera a James... o al nombre de tu familia. Tuve que engañarte por la persona que una vez fui... por la vida que una vez tuve y de la que necesitaba escapar".

Balbuceaba. Lloraba. Era un desastre. Y sus brazos seguían sin soltarla. Al darse cuenta de ello, las lágrimas brotaron más deprisa y el nudo en su garganta se hizo más grande. Sacudió la cabeza.

"Lo siento. Yo sólo..."

"Calla". Una mano fuerte le acarició la espalda. El roce de sus labios contra su frente estaba lleno de ternura. Si pudiera esconderse en sus brazos y olvidar su pasado. Si pudiera seguir viviendo su vida en una mentira, entonces tendría el recuerdo de esta noche para el resto de su vida.

Pero no podía. No le haría daño ni por toda la felicidad del mundo.

Pasó algún tiempo antes de que Rebecca pudiera encontrar su voz. "Te he fallado miserablemente en la promesa que te hice abajo".

"Aún no me has fallado, Rebecca".

Sus palabras estaban cargadas de significado, y ella respiró hondo. "I..."

Se detuvo, se zafó de su abrazo y se alejó unos pasos. No podía pensar con claridad tan cerca de él.

"Lo primero que debes saber es... es que nunca hubo un John Ford. Que nunca estuve casada. Como te dije abajo, mi verdadero nombre es Rebecca Neville. Pero hace casi diez años que no uso ese apellido". Se volvió hacia él. La expresión de su rostro estaba oculta por las sombras de la habitación. "Cuando llegué a Filadelfia hace tantos años, era una mujer soltera con un hijo que reclamaba como propio. Buscaba un puesto con el que poder vivir. Decidí entonces que sería mucho más fácil... más seguro... si los demás me veían como una mujer casada. Había otros maridos en la guerra". Ella le lanzó una rápida mirada. "Por lo que todos sabían, él podía volver cualquier día. Con un invento así, podría alejar las atenciones de los hombres, y podría empezar nuestras vidas de nuevo".

Stanmore se acercó a la silla más cercana y se sentó, pero Rebecca no podía mirarle. No quería calibrar su estado de ánimo antes de terminar de decir todo lo que tenía que decir.

"Mi diseño funcionó. Pude encontrar un lugar donde vivir y un empleo que nos mantuviera. Después de eso, simplemente dejé que la mentira siguiera en pie. Unos meses más tarde -cuando ya estaba segura en nuestro refugio- hice saber a los que me rodeaban que había recibido la noticia de la muerte de mi marido... en Quebec".

Se apartó de él y se acercó a la ventana.

"Cuando su abogado, Sir Oliver, nos encontró en Filadelfia esta primavera, tuve que mentirle sobre cómo llegué a tener a James. Quién era yo... la vida que había hecho... todo se basaba en la invención de este marido imaginario, en la vida ficticia que había creado para él y para mí misma. Nadie a mi alrededor sabía que no había nacido y crecido en las colonias".

Rebecca sintió que un frío húmedo y doloroso se filtraba en su interior. Con cada palabra que pronunciaba, sabía que se alejaba más de él.

"La primera vez que conocí a tu mujer, Elizabeth, fue la noche que se iba de Inglaterra".

"El mismo día que nació James". Sus palabras desde el otro lado de la habitación le hicieron llorar de nuevo. Así que él sabía la verdad, pensó.

"Estaba sola y muy enferma por el parto... y yo... yo también necesitaba ayuda". Se quedó mirando el vacío que los separaba. "Ella me ayudó... pagó el pasaje de mi barco. Y prometí quedarme con ella... cuidar de James después si... si algo le ocurría".

Rebecca se apoyó en el alféizar de la ventana y se secó las lágrimas. "Murió menos de una semana después de comenzar el viaje. Yo, en cambio, gané un tesoro con el trato. Tenía a James. Sin embargo, salí de Inglaterra con lo puesto, así que al llegar a Nueva York... vendí las joyas que me dio su esposa. Con lo que recibí de ellas, llevé a James a Filadelfia, y comenzamos nuestra nueva vida".

Rebecca apoyó la cabeza contra la ventana, con la vana esperanza de que el frescor del cristal penetrara en su piel febril. "Sir Oliver me preguntó en Filadelfia por qué en todos estos años nunca se me había ocurrido buscar al padre de James... para devolvérselo a su legítima familia. La respuesta que le di entonces fue diferente a la verdad que he guardado en mi corazón'.

"Si las cosas hubieran sido diferentes... si hubiera tenido los medios económicos y el valor para volver a Inglaterra por mi cuenta, yo... aún no te lo habría devuelto. Puede que Elizabeth me diera los medios iniciales para seguir adelante, pero James fue quien me dio el valor. Criarlo me enseñó sobre la vida. Me enseñó independencia. Me hizo olvidar mis miedos y aprovechar todo lo que la vida podía ofrecerme. Egoísta de mi parte, lo fui... pero no habría vuelto si no hubieras mandado por él. Los dos podríamos haber estado fuera de lugar en algunos aspectos, pero nos teníamos el uno al otro".

Levantó la mano para secarse una lágrima de la cara, pero fueron los dedos de él los que la apartaron de la mejilla. Se había acercado a ella y ella no se había dado cuenta de su avance.

"¿Por qué corrías?"

Estaba atrapada por el tacto de sus dedos, por la mirada oscura que acariciaba su rostro.

"No debes preguntarme eso".

"Rebecca."

Ella negó con la cabeza, y los dedos de él soltaron el agarre de su cara. "Te he contado todo lo que concierne a James... y a ti y a tu familia. Pero en cuanto a mi pasado... debes permitirme guardar silencio. A cambio, le prometo que no pondré en peligro su buen nombre, milord".

Rebecca dejó escapar un suspiro inseguro y se quedó mirando el cuello abierto de su camisa. "De hecho, para cumplir esa promesa, he tomado una decisión. Vuelvo a las colonias. Partiré hacia Bristol el próximo viernes".

"¿Cómo puedes...?"

"Cuando llegamos, hablé con los capitanes de media docena de barcos en Broad Quay. No tendré problemas para conseguir pasaje".

"Todo tan bien ordenado". Su tono se había vuelto frío, comedido.

"No todo", respondió ella, tratando de mantener el valor. "No le he dicho nada a James sobre mi marcha... o su permanencia. Pero sé que está preparado. Sé que será capaz de lidiar con mi ausencia mucho mejor ahora que al principio. Aún así, pensé... que sería mejor si... si esperaba a decírselo... hasta el último momento".

Su rostro era una máscara, pero sus ojos eran puñales que le atravesaban el alma.

"¿Y qué habría pasado si te hubiera llevado -como tú te ofrecías- antes abajo, en la biblioteca? ¿Habrías esperado entonces y me lo habrías dicho en el último momento? ¿O te habrías conformado con irte... y dejar que me enterara por otra persona?"

Se estremeció ante la dureza de su tono, pero su orgullo la obligó a levantar la barbilla y mirarlo a los ojos. "Puede que mi pasado sea una perversa mentira... que mi futuro no mejore mucho... pero la persona que tiene ahora ante usted, milord, se metería con gusto en la boca del lobo antes que hacerle daño a sabiendas. Habría encontrado la forma de decírselo... aunque tuviéramos que... quedarnos en su biblioteca".

"¡Maldita seas, Rebecca!" Sus dedos eran ásperos cuando la agarró por los hombros. "¿Por qué tienes que hacerme esto?"

"Porque tú importas demasiado". Ella se empujó contra su duro cuerpo y apretó los labios contra los suyos. Él se quedó rígido, sin responder. Pero ella no se amilanó. Había visto el dolor en sus ojos.

"Por favor", insistió ella, rozando de nuevo sus labios con los de él, rodeándole con los brazos y amoldando su cuerpo al de él. "Quieres esto..."

Sus fuertes dedos volvieron a tirar de ella y le dirigió una mirada amenazadora. "¿Y esto es otro poco de caridad? ¿Otro acto desinteresado? Ayudar a Elizabeth. Ayudando a James. Por supuesto, ¿por qué no extender las buenas obras a Stanmore? Dales todo lo que necesiten".

"No." Ella negó con la cabeza. "No. *Esto* es para mí."

"No te creo."

"*Debes* creerme". Sus dedos aferraron la camisa de él. "Has despertado en mí una necesidad... una pasión... que no sabía que existía. Has hecho que se enciendan fuegos en mi interior con tus miradas... con tus besos... con el sonido de tu voz. Me arrepiento de pocas cosas de mi pasado, pero sé que mi mayor decepción sería no haber sabido en este momento llevar este recuerdo nuestro al futuro."

"¡Maldito seas!" La besó, atacando su boca. Sus manos se movieron descaradamente sobre su espalda, sus brazos, girándola ligeramente para sentir sus pechos a través del vestido.

Su impaciencia hizo que Rebeca cobrara vida en sus brazos. Ya no temía, sino que buscaba. Su boca se volvió tan voraz como la de él, sus dedos tan penetrantes como ásperos. Le arrancó la camisa de los calzones, hambrienta de sentir su piel.

Sintió que el vestido se le bajaba por delante. Sus pezones se tensaron al sentir el aire y luego una mano áspera ahuecando y moldeando su carne. La dulzura del dolor era insoportable.

Rebecca sabía que si iban más despacio, él tendría tiempo para pensar. Sabía que él se detendría, y este conocimiento aumentó su frenesí por complacerlo, por mantenerlo sin sentido en aquel momento de pasión desenfrenada. No tenía experiencia, pero sus instintos la guiaban mientras chupaba su lengua penetrante y sus manos amasaban el duro músculo de sus nalgas.

En una ráfaga de movimientos, se encontró de repente sobre la cama, y un estremecimiento la recorrió mientras se hundían en la ropa de cama.

Los labios de Stanmore abandonaron su boca y recorrieron con brusquedad su cuello hasta llegar a sus pechos. Se había arrodillado y sus manos, impacientes, empujaban por debajo de la falda. Rebecca jadeó al sentir su cálida boca succionándole el pecho. Sus dedos se clavaron en el pelo de él cuando sintió el roce de su mano subiendo por el interior de sus muslos.

El choque de sus dedos dentro de sus húmedos pliegues la hizo gritar en voz alta. Su palma presionó la superficie húmeda, sus dedos se retiraron y volvieron a entrar. A Rebecca le faltaba el aire. Su cuerpo zumbaba de repente con sensaciones tan nuevas. Su boca se acercó a su cara y volvió a capturar sus labios, sus dedos seguían implacables en su dulce tormento.

Estaba poseída por él. Había cautivado su cuerpo en un mundo eterno y frenético de sensaciones y pasión. El clímax estalló en su interior con la impresionante fuerza de una tormenta de verano. En algún lugar de un mundo más consciente, pudo oír una voz de mujer -no,

era su propia voz- que gritaba exultante. Sus manos lo empujaban al mismo tiempo que ella luchaba ferozmente por mantenerlo más cerca. No podía respirar. Y entonces, simplemente estaba navegando a través de un cielo cristalino, con colores que nunca antes había visto destellando a su alrededor mientras se elevaba.

Stanmore la sostuvo mientras descendía, besándola suavemente hasta que se dio cuenta de que seguía en sus brazos. Un momento después, la giró ligeramente y empezó a tirar con brusquedad de los cordones del vestido.

Las sensaciones en su cuerpo continuaron retrocediendo en oleadas, pero mientras él trabajaba en la ropa, ella sintió que su excitación y deseo crecían una vez más. Oyó un desgarró en el vestido, sintió la dureza de él a través de las capas de ropa y se estremeció anticipando lo que aún estaba por llegar. De repente, la puso en pie y le quitó el vestido y las enaguas sin ceremonias. Arrastrándola entre sus brazos, apartó de un puntapié el charco de ropa. Desnuda y vulnerable a la embestida de su mirada y sus labios, arqueó la espalda, ofreciéndose voluntariamente a él cuando volvió a depositarla sobre la cama.

Incluso en la bruma de frenético placer que siguió, incluso mientras su boca se movía sobre su vientre, sus muslos, amándola de formas que la hacían gritar pidiendo liberación... incluso entonces, él la asombró. Ola tras ola la asaltaban, la levantaban, la destrozaban, y aun así él continuaba.

Incluso entonces -sus huesos disueltos en líquido, su carne hormigueante y gastada- se negó a despojarse de sus propias ropas y quitarle siquiera un poco de la alegría que tan generosamente le estaba dando.

Más tarde, Rebecca lloró suavemente mientras yacía tiernamente abrazada a él. Lloraba porque él le estaba concediendo un deseo, dándole aquel recuerdo, pero eso era todo lo que él estaba dispuesto a darle.

Capítulo Veintiséis

EL ALBA ILUMINABA el cielo más allá de las colinas, lejos hacia el este, pero aun así Stanmore no tenía ningún deseo de abandonar la cama de Rebecca. Por primera vez en su vida, quería quedarse, acariciando el hechizo que ella había lanzado sobre su corazón.

Había tenido muchas horas para pensar durante la noche. Muchas horas para recordar todo lo que se habían dicho y hecho entre ellos. Muchas horas para contemplar su vida.

Stanmore siempre había reconocido el vacío que le definía. Hacía tiempo que había aprendido a aceptarlo como una forma de vida. Pero todo había cambiado en el momento en que ella entró en su vida.

Rebecca emitió un pequeño sonido mientras dormía y él sintió un nudo en la garganta. Ella se agitó un poco y se acercó a él, como había hecho varias veces durante la noche. Le dio un beso en la frente y la rodeó con sus brazos, apretándole la cabeza contra el pecho.

Anoche había sido la primera vez para ella... y la primera vez para él.

Para ella, había sido la primera experiencia de su derecho de nacimiento como mujer. Para él, había sido la primera vez que se dio cuenta de que el dolor de un corazón anhelante era mucho más profundo que el latido de los deseos de un cuerpo. En algún momento entre el momento en que los ojos de ella se cerraron y el primer atisbo gris del día, se dio cuenta de que, fueran cuales fueran los obstáculos que se interpusieran entre ellos, no podía dejarla marchar. En algún lugar, de algún modo, la unión de dos corazones había surgido de una mujer que había temido a la pasión y un hombre que había temido al amor. Anoche, había descubierto que los dos habían formado un vínculo. Por amor... para toda la vida... para siempre.

La necesitaba. Aunque no había dicho las palabras, ahora comprendía el significado del amor. Quería casarse con ella, tener hijos con ella, envejecer con ella. Pero después de oír la determinación en su voz la noche anterior -comprendiendo su devoción y su voluntad de sacrificarse-, sabía que ella no aceptaría quedarse a menos que él pudiera resolver el misterio de su pasado y liberarla de su dominio.

Por todo lo que ella le había contado y todo lo que había aprendido de Oliver Birch, Stanmore no tuvo que estrujarse el cerebro para adivinar que la noche en que ella huyó se debía haber cometido un crimen. Cualquiera que fuese el delito, sabía que iba unido a un escándalo.

Antes de anoche, él sabía que ella albergaba un profundo miedo a los hombres. Recordó su beso junto al viejo molino, su pánico cada vez que se acercaba a él, su picnic junto al arroyo. Las palabras de Rebecca volvieron a él: *"Sería mucho más fácil... más seguro... si los demás me vieran como una mujer casada"*. *Podría alejar las atenciones de los hombres...* Se preguntó si el crimen involucraba a un hombre... tal vez un ataque contra ella.

Tenía la belleza de un ángel y la integridad y la laboriosidad de una santa, y aun así tenía

veintiocho años y seguía siendo virgen. Rozó con los labios su frente dormida e intentó no pensar en el cuerpo terso y desnudo bajo las sábanas de lino. Su virgen, repitió en silencio, ignorando el dolor en sus apretadas entrañas. Después de lo de anoche, él mismo era candidato a la santidad.

¡Seis días! Había amenazado con irse en seis días. Oliver seguía la pista correcta. Lo que había descubierto se correspondía perfectamente con todo lo que Rebeca había revelado la noche anterior. Pero seis días era muy poco tiempo para resolver el resto.

Stanmore sabía que tenía que convencerla, seducirla, hacer que se volviera tan loca por él como él por ella. Tal vez entonces escucharía su petición de más tiempo.

El suave golpe en la puerta despertó a Rebecca con un sobresalto. Se agarró a las sábanas antes de mirar frenéticamente a su cara. Su voz era un susurro de pánico. "Jamey."

"He cerrado la puerta", le susurró antes de que la empujara fuera de la cama.

Stanmore observó con gran interés el intento de pudor de la joven, que se apresuró a ponerse la bata. La sábana, arrastrada desde la cama, le cubría los pechos, pero Stanmore tenía una vista sin obstáculos de su espalda impecable y su trasero perfecto. Se preguntó cómo había podido aguantar toda la noche y en qué podría haber estado pensando, pues ahora estaba impaciente por hacerle el amor.

Se oyó otro suave golpe y Rebecca se volvió hacia él suplicante mientras se envolvía en la bata. "No puede encontrarte aquí. ¿Qué debo hacer?"

Stanmore se levantó del borde de la cama y, antes de que ella pudiera objetar, le plantó un beso en los labios carnosos. "Mándale a los establos. Dile que quiero reunirme con él allí dentro de media hora". Le pasó el dedo por el cuello hasta el escote abierto de la bata. Ella se coloreó y le cogió la mano. "Creo recordar que un duendecillo me engañó para que le diera una hora de cada día a cierto muchacho. Bueno, dile que ésta es la hora designada, y que será mejor que no haga esperar al conde de Stanmore".

Animada, le dio un rápido y cariñoso abrazo y corrió hacia la puerta.

De pie entre las sombras de la habitación, Stanmore los observó. Era un tonto. Lo que vio pasar entre ellos -el contacto, la palabra suave, el abrazo- le hizo comprender por primera vez la naturaleza del vínculo entre Rebecca y James. No era *apego*, como lo había llamado antes. Era *amor*.

El olor a heno y caballos salía por las puertas abiertas de los establos y se mezclaba con la humedad del amanecer. Jamey respiró hondo y saboreó el aroma que ya le era familiar. Desde que le permitieron elegir su propio poni, hacía cuatro días, había vuelto a los establos todos los días, insistiendo en aprender a cuidar de Strawberry él mismo. Porson, el mozo de cuadra que había estado enseñando a Jamey cosas sobre los caballos, se había reído y le había preguntado la razón del nombre. Jamey le explicó que las crines rojizas del gran poni le recordaban a las fresas y que, además, él vivía en el Callejón de la Fresa de Filadelfia. El poni le hacía sentir como en casa.

Porson dejó de reír.

Jamey entró en los establos y se dirigió al establo donde le esperaba su poni. No sabía qué le parecía ir a montar con el conde todas las mañanas. Su madre había insistido en ello, así que sabía que tenía que hacerlo. Pero no podía preguntarse si era cosa del conde o si le estaban obligando, como al propio Jamey, a acompañarle.

El problema era que ya no sabía lo que sentía por el conde de Stanmore. Seguía sin querer caerle bien. Nunca podría reemplazar al padre que ya tenía. Pero al mismo tiempo, había oído a tantos trabajadores elogiarlo en Solgrave que a Jamey le costaba creer que pudiera ser tan mala persona.

El conde de Stanmore es el único que puede cambiar las cosas, había dicho el señor Clarke cuando Jamey preguntó al profesor sobre el uso de esclavos en Melbury Hall.

Jamey recordó su propia conversación con Israel y el desafío de su amigo. *Si es un hombre tan bueno, ¿por qué no lo quieres como padre?*

Con la confusión golpeando su cerebro, empezó a ensillar el poni. No sabía por dónde empezar, cómo dar el primer paso para caerle bien. No sabía cómo un hijo podía hacer que su propio padre le aceptara.

"Bueno, me alegra ver que eres madrugador".

Jamey se giró y miró fijamente la puerta abierta del establo y a lord Stanmore de pie en ella. La costumbre le impidió hablar, pero asintió a modo de saludo. Sin embargo, volvió a mirar al hombre. Stanmore parecía diferente hoy. Era la expresión curiosa de su rostro, como si realmente estuviera mirando a Jamey. El conde miró al poni y luego volvió a mirarlo a él.

"Es un poni bastante brioso. Hay que ser intrépido para manejar uno tan vivo tan pronto después de aprender a montar".

Jamey apartó la mirada, pero sintió que le invadía un extraño sentimiento de orgullo.

"¿Supongo que aún no has desayunado?"

Sacudió la cabeza.

"Yo tampoco. Y también tengo hambre. Pero supongo que una buena mañana de cabalgata ayudará a eliminar algo de esta grasa parlamentaria, ¿eh?"

Jamey se quedó mirando al hombre. Estaba tan en forma como cualquiera que hubiera conocido, alto y musculoso. Apareció un mozo de cuadra, conduciendo al cazador negro del conde más allá del establo.

"No obstante, ten cuidado conmigo esta mañana, ¿quieres?"

Se dio la vuelta para irse, y Jamey se volvió para ocultar la inesperada sonrisa que se dibujaba en sus labios.

Cuando estaban fuera, en el patio del establo, apareció Porson, el mozo de cuadra, y habló un momento con el conde sobre lo que había enseñado y lo que no a Jamey hasta el momento.

"Pensé que esta mañana nos dirigiríamos a la cabaña del guardabosques", dijo lord Stanmore mientras ambos montaban al trote por el camino que pasaba junto al lago. "No suelo cabalgar en esa dirección, pero las últimas dos veces que he venido a buscarte, ese parece ser uno de tus lugares favoritos. Lo estás haciendo bien con ese brioso compañero".

Jamey pensó en mencionar Melbury Hall e Israel, pero se sintió incómodo al decir algo. Cuanto más se abstenía de hablar con el conde, más difícil le resultaba empezar.

"Entrénate para manejar a tu poni con mano ligera", dijo Stanmore un poco más tarde. "Sé firme cuando quieras que responda... no toleres tonterías... pero, por lo demás, manéjalo con mano ligera. Eso es. Tienes un toque natural, James".

Jamey sonrió tímidamente, sintiendo que se le calentaba la cara. Por suerte, el conde no le miraba y en un momento el sendero se internó entre los árboles.

"Me resulta fascinante que encontraras esa cabaña tan poco tiempo después de llegar a Solgrave. Esa cabaña en ruinas también fue *mi* escondite cuando tenía tu edad".

¿También necesitaba esconderse? El chico le lanzó una mirada de reojo. Lord Stanmore parecía diferente hoy. Sus sentimientos se mostraban tan claramente en su rostro. Y Jamey nunca

lo había oído tan hablador.

"Solíamos jugar a 'asaltar el torreón' en la cabaña. Generalmente éramos seis de Solgrave -los dos hijos del leñador y los tres chicos de la señora Trent y yo- contra media docena de mozos de granja, y a veces más, de Melbury Hall."

"¿Los muchachos de Melbury Hall también eran esclavos entonces?". Jamey no se dio cuenta de que había hecho la pregunta en voz alta hasta que la mirada sorprendida de Stanmore se volvió. El conde volvió a centrar su atención en el sendero, pero Jamey movió su peso incómodo sobre el lomo del poni. Eran las primeras palabras que dirigía a su señoría.

"Entonces no había esclavos", respondió. "Melbury Hall era propiedad de otra persona cuando yo era un chaval, y no tenían africanos como esclavos".

Jamey estudió la dureza que había aparecido en el rostro del conde mientras miraba hacia el bosque.

"Me di cuenta de que alguien ha estado haciendo algunos trabajos en la casa de campo."

El chico decidió no hacer ningún comentario. No quería que otra persona se enfadara con Israel por tocar algo que no era suyo.

"Me alegro", continuó Stanmore, como si leyera sus pensamientos. "Si sabes quién es la persona que está haciendo el trabajo -o si por casualidad te encuentras con él o ellos-, transmítele mi agradecimiento, ¿quieres?".

"Sí". James respondió, aliviado.

Mientras cabalgaban en silencio durante un rato, Jamey intentó pensar en la mejor manera de volver a sacar el tema de los esclavos. Le había prometido a Israel no decir nada sobre las palizas, pero tenía otras preguntas. ¿Preguntas sobre cómo era que el terrateniente Wentworth se salía con la suya siendo tan cruel? Y si había algún lugar al que esos trabajadores pudieran escapar para ser libres.

Cuando salieron del bosque y se adentraron en el prado, Jamey pudo ver la cima de la casa a lo lejos. Tal vez, decidió, podría hacer sus preguntas una vez que llegaran allí. Podría mostrarle al conde todo el trabajo que Israel había hecho en el lugar y luego tratar de obtener algunas respuestas.

"Viendo lo bien que manejas a este poni tú sola, creo que la señora Ford no tendrá ningún problema en que vengas aquí cuando...".

El grito agudo atravesó el aire de la mañana, cortando el corazón de Jamey.

"Israel", susurró presa del pánico, clavando los talones en los costados del animal y corriendo hacia la cabaña cuando sonó otro grito.

"¡Israel!" gritó Jamey. El caballo de Stanmore pasó atronando junto a él hacia el viejo edificio.

Cuando Jamey llegó a la cabaña, Stanmore se había apeado de su caballo y había revisado la cabaña.

"No hay nadie dentro", dijo, dando zancadas hacia Jamey. Su mirada feroz estudió los densos árboles. Ambos oyeron el tercer grito, y Stanmore corrió inmediatamente hacia los árboles.

Jamey bajó del lomo del poni y enganchó las riendas en una rama baja. Corrió por un sendero tras el conde y se detuvo al ver a Stanmore clavando un poderoso puño en la cara de un hombre gigantesco.

El muchacho alargó inmediatamente la mano y cogió un gran palo que había en el suelo cuando vio que el gigante empujaba bruscamente hacia atrás al conde y se lanzaba sobre él. Stanmore se movió rápidamente hacia un lado, empujando con fuerza al hombre contra un gran árbol. Al instante, el conde golpeó la cara del gigante contra el suelo.

Jamey había visto muchas peleas en los muelles de Filadelfia y él mismo había participado en algunas. En una ocasión, incluso había visto cómo se interrumpía una pelea con cuchillos frente a The Admiral's Head, junto al muelle. Sin embargo, según su experiencia, las peleas solían consistir en algunos empujones, tal vez algún puñetazo, y terminaban con una dura conversación.

Sin embargo, por primera vez en su vida, esperaba ver cómo Stanmore golpeaba a ese bruto hasta dejarlo hecho papilla.

Levantó el pesado bastón, dispuesto a unirse si Stanmore lo necesitaba. Entonces vio a Israel.

Su amigo yacía acurrucado en la tierra, con la camisa y la espalda convertidas en crudos regueros de carne y sangre. Jamey gritó con fuerza, corrió hacia él y se agachó. Se mordió las lágrimas mientras miraba el rostro recién maltrecho. Israel tenía los ojos cerrados y no parecía respirar.

"¡No!" Su propio grito fue desgarrador, su furia desbordándose, su espíritu exigiendo venganza. Recogió el palo que acababa de dejar caer al suelo y se volvió para ver cómo Stanmore arrojaba al gigante de rodillas.

"Tú lo mataste. *¡Lo mataste!*"

Las lágrimas le nublaban la vista, pero sintió que el bastón conectaba sólidamente con el hombro del hombre. Cuando levantó el bastón para golpear de nuevo, sintió que los fuertes brazos del conde lo agarraban por la cintura y lo levantaban del suelo. Aprovechando el momento, el gigante se puso en pie tambaleándose y echó a correr hacia el bosque.

"¡*Suéltame!*" Jamey luchó contra el agarre de acero por un momento, y luego sintió que le arrancaban el bastón de la mano. "Él lo mató. Mató a Israel".

Las lágrimas le corrían por la cara, pero no le importaba. La rabia y la tristeza se agitaban con tanta fuerza en su pecho que tenía que jadear para respirar.

"No se saldrá con la suya". La voz de Stanmore era decidida y a la vez tranquila. "Tú y yo nos encargaremos de ello".

Sus fuertes brazos estrecharon a Jamey contra su pecho, tranquilizándolo. Pasaron siglos antes de que Jamey pensara que podía respirar.

"Quédate aquí y déjame ver al muchacho", ordenó Stanmore sombríamente mientras ponía a Jamey en pie. El conde frunció el ceño en dirección al pequeño cuerpo.

Jamey sacudió la cabeza y se secó con rabia las lágrimas que tenía en la cara. "No, Israel es mi amigo".

Stanmore le miraba con ojos graves. Tenía un corte en un lado de la barbilla que aún sangraba un poco. Cuando el conde le puso una mano en el hombro, Jamey vio que tenía los nudillos raspados y empezaban a hincharse. Juntos, ambos caminaron hacia el cadáver, y Jamey se agachó a su lado mientras el conde presionaba suavemente un dedo contra el costado del cuello de Israel.

"Todavía está vivo", murmuró, mirando atentamente la cara y la espalda de Israel. "Creo que este golpe en la cabeza le ha dejado inconsciente. Tenemos que buscarle un médico. No puedo asegurarlo, pero puede que también tenga algunos huesos rotos".

"Por favor", suplicó Jamey. "No podemos llevarlo de vuelta a Melbury Hall. Allí no se ocuparán de él. Por favor, milord, no es la primera vez que golpean a Israel. La semana pasada también lo golpearon".

"¿Por qué no me lo dijiste?"

Su dura mirada provocó inmediatamente más lágrimas en los ojos del chico. "Debería haberlo hecho. Siento mucho no haberlo hecho. Pero Israel me hizo prometer que no diría nada.

Pensó que contarlo empeoraría las cosas para los demás. Vi a otros dos hombres que habían sido azotados y puestos en el cepo en el Grove, pero tampoco dije nada al respecto".

"¿Has estado en Melbury Hall?"

"Sí, milord", confesó Jamey. "Entonces yo... simplemente no sabía qué hacer, o cómo podía ayudarles. Y no podía hablar contigo. No sabía cómo".

"Basta de eso, muchacho". La gran mano del conde se cerró tiernamente sobre el brazo de Jamey. "Esto no es culpa tuya. El hombre que acaba de huir... su nombre es Mickleby. Es el alguacil de Melbury Hall. El reverendo Trimble me dice que todos los que trabajan allí le tienen terror. Ahora puedo ver por qué... pero lo veremos muy pronto. Por ahora, llevemos a Israel a Solgrave".

Jamey se secó la cara. "¿Significa esto que no llevarás a Israel con ellos?"

"De ninguna manera, muchacho. Tu amigo volverá con nosotros, donde podrá recibir los cuidados que necesita".

"Vete. Te llamaré cuando terminemos con nuestros asuntos".

La criada de Louisa miró una vez a la anciana de pie en el salón que Lady Nisdale había ocupado en la posada, y salió, cerrando la puerta tras de sí.

Louisa se quedó mirando a la sirvienta de la señora Stockdale, de pie, incómoda, en medio del piso.

"¿Me has conseguido un nombre?", preguntó sin levantarse de la silla.

La mujer miró hacia la puerta antes de enseñarle unos dientes arruinados. "Sí, mamá. Me costó un poco, pero conseguí el nombre. Mistress Rebecca se fue a una casa en Londres, seguro..." bajó la voz a un susurro, "...nunca más se supo de ella".

"¿Cómo se llama?" espetó Louisa irritada, levantándose y cruzando el suelo hacia el criado.

"Os costará dos soberanos de oro."

La mano de Louisa arremetió tan rápido que la anciana ni siquiera la vio. Pero un segundo después, la mujer jadeaba de dolor al sentir las afiladas uñas clavándose en la arrugada piel de su garganta.

"¿Cómo se llama?"

"H-Hartington", balbuceó la mujer, con los ojos muy abiertos. "Sir Charles Hartington, Baronet. Fue a su casa a donde enviaron a la Srta. Neville".

Capítulo Veintisiete

JAMEY GALOPÓ delante de lord Stanmore, llegando a Solgrave con suficiente antelación para alertar a la casa. Minutos más tarde, el conde entregaba a Israel en brazos de Daniel y Philip, y enviaba inmediatamente a un mozo de cuadra a St. Albans a buscar al médico.

A Stanmore le pareció que Israel acababa de instalarse en una habitación -con la señora Trent y Rebecca atendiendo sus heridas- cuando Daniel reapareció, con la cara roja.

"El escudero Wentworth ha llegado, milord", anunció el mayordomo, cruzando la sala hacia donde Stanmore estaba sentado observando los procedimientos.

"No dejaremos que se lleve a Israel", anunció James desde su posición junto al conde. "Dile que puede irse al diablo".

El mayordomo asintió con aprobación al muchacho mientras Rebecca se giraba para mirar a los tres.

"Efectivamente. Sin embargo..." Daniel continuó. "El escudero se ha situado en su biblioteca y exige una audiencia con usted. Sin embargo, si está de acuerdo con maese James, estaría más que encantado de traer a varios de los mozos de cuadra y echar a ese hombre".

"No lo creo, Daniel". Stanmore apoyó una mano en el hombro del chico, animándole a quedarse quieto, y se dirigió él mismo hacia la puerta. "Quiero ese placer para mí".

"Espera". Rebecca le alcanzó cuando empezaba a bajar las escaleras. "¿Me permites ir contigo?"

Stanmore se detuvo y le tocó la mejilla con ternura. "Esto es entre el terrateniente y yo".

"Es un hombre horrible", dijo en voz baja, lanzando una mirada asesina en dirección a la biblioteca. "Lo conocí el viernes pasado cuando fui en busca de Millicent. Su alguacil no es el único que es un bruto. El escudero, creo, es aún peor".

"Lo conozco bastante bien, mi amor". Las palabras de Stanmore desviaron la mirada preocupada de Rebecca de las escaleras y la dirigieron a su rostro. El turbulento mar de emociones que podía ver en sus tormentosos ojos azules era un regalo del cielo. "No temas. Conozco a ese hombre desde hace tiempo. Estoy muy bien preparada para manejarle".

Ella pareció asentir, pero sólo por un momento. Cuando Stanmore volvió a bajar las escaleras, ella se agarró a su brazo.

"Espera. Si el escudero menciona algo sobre robar... sobre que Israel robó un pañuelo... o tal vez una bufanda que podría haberme pertenecido... debes saber que yo mismo le di el pañuelo a Israel el viernes. El Sr. Cunningham estaba conmigo cuando se lo di. Y Jamey me acaba de decir que le dio mi pañuelo a su amigo en la casa de campo el día que fue a nadar junto al viejo molino".

Puso su mano sobre la de ella. "Ya oíste lo que dijo James. No dejaremos que se lleve a

Israel".

Ella asintió agradecida, y Stanmore le cogió la mano, depositando un beso en su palma. "Pero si fueras tan amable de contener a ese cachorro tuyo tan enfadado. No quiero que venga a rescatarme".

"Nunca le he visto tan orgulloso de nada ni de nadie como lo está de ti, en este momento".

"Yo soy el que se siente bastante orgulloso, a decir verdad. Ese cerdo de alguacil seguramente es diez veces más grande que el muchacho, pero James no mostró temor alguno al atacar al bribón en represalia por lo que le había hecho a Israel". Stanmore le soltó la mano de mala gana. "Has criado a un buen muchacho, Rebecca. Creo que deberías quedarte en Solgrave... y en Londres... sólo para asegurarte de que no lo arruine en los próximos años".

La mezcla de confusión y anhelo en sus ojos era exactamente lo que él esperaba.

"No pido una respuesta ahora, pero me gustaría mucho si consideraras quedarte con nosotros. Quedarte conmigo".

De pie en el rellano, Sir Nicholas Spencer estaba más que turbado por el tierno intercambio que acababa de presenciar entre Stanmore y la señora Ford.

Naturalmente, quería que su amigo fuera feliz. Durante la última década, habría hecho cualquier cosa por ver que la actitud de Stanmore hacia las mujeres se suavizaba un poco. Él mismo había intentado que se interesara por el tipo de mujer adecuado, pero sin ningún éxito.

Nicholas había pasado por muchas cosas con Stanmore. Había visto a su amigo plegarse a los deseos de su padre y casarse con una mujer a la que no amaba. Había estado con él en Quebec cuando por fin les llegó la noticia de que Elizabeth había huido con su hijo de dos meses. Y había sido testigo de la feroz lucha de su amigo por superar su frustración e infelicidad cuando regresaron a Inglaterra.

Pero todo eso parecía haber quedado atrás. Las causas filantrópicas de Stanmore, su trabajo en el Parlamento, sus esfuerzos aquí, en Solgrave, parecían haber conseguido empujar el dolor del pasado hacia algún lugar pequeño y manejable dentro de él.

Y si quería una esposa, podía tener a cualquier mujer de Inglaterra. Herederas, bellezas, mujeres cultas o de posición, cualquier mujer que quisiera era suya. Pero elegir a alguien como Rebecca Ford, con su pasado desconocido, su falta de familia y fortuna... Nicholas temía que su amigo estuviera a punto de cometer otro error. Es cierto que era muy agradable a la vista y tremendamente encantadora en la conversación. Pero, ¿por qué no comprometerla en una aventura y dejarlo así? ¿Por qué demonios iba a pedir su mano en matrimonio? Nicholas frunció el ceño en el rellano, considerando detenidamente lo que había oído. Si aquello no era una propuesta de matrimonio, ¿que el diablo se lo llevara!

Volvió sus pensamientos hacia la mujer. Había algo en ella -algo de indecisión, algo de furtividad- que Nicholas no estaba seguro de que le sentara bien. Tal vez si investigara un poco su pasado... sólo por seguridad. Desde luego, su parecido con Jenny Greene era un buen punto de partida. Y aunque la Sra. Ford se había recuperado rápidamente, casi se había sobresaltado cuando él mencionó el nombre.

Se volvió de las escaleras y se topó con Philip que venía por el pasillo. "Bueno, el conde parece estar excepcionalmente ocupado esta mañana".

"Efectivamente, señor".

"¿Sería tan amable de decirle a Lord Stanmore que me había olvidado por completo de un

compromiso para cenar esta noche, y me he visto obligada a ir a Londres esta mañana?".

"Se lo diré, señor".

"Además, Philip, ten la amabilidad de decirle que pienso volver a Solgrave en unos días, así no se librará de mí tan fácilmente".

"Le daré las malas noticias, señor".

Con una discreta reverencia, el mayordomo mayor se dirigió de nuevo al vestíbulo, pero Nicholas permaneció donde estaba, mirando fijamente la espalda del hombre y preguntándose cuándo había desarrollado Philip el sentido del humor.

El rostro de aquel hombre bien podría haber sido esculpido en hielo, pues su expresión no había cambiado en absoluto durante la arenga del escudero.

Dispuesto a agarrar al conde por la parte delantera de su bien confeccionada chaqueta, arrastrarlo de su silla y clavarle uno o dos puños en su helada cara, Wentworth plantó sus grandes puños encima del escritorio del colega. "¿Has estado escuchando algo de lo que te he dicho? ¿No tienes nada que decir en tu propia defensa? ¿Ni siquiera niega haber escondido a mi esclavo -mi *propiedad*- aquí en Solgrave? ¿En serio crees que golpear a mi alguacil -sin motivo- no debe considerarse una grave falta de civismo?"

"No niego nada, Wentworth. Además, no toleraré la crueldad con gente inocente. Tus prácticas bárbaras cesarán". La advertencia de Stanmore fue dicha con tanta frialdad que la ira del terrateniente se encendió aún más. "Pero tenga en cuenta... mis vigilantes han recibido instrucciones de disparar a Mickleby en cuanto lo vean. Es tu decisión si quieres mantener a ese bruto empleado o no. Y con respecto a Israel... permanecerá indefinidamente en Solgrave como mi invitado".

"Ustedes los altos y poderosos. Os creéis por encima de la ley".

"Eres libre de acusarme de conducta criminal, como mejor te parezca, Wentworth". Stanmore se inclinó hacia delante. "Pero si lo haces, te quebraré".

La furia hervía en el interior del escudero. Quería un trago. Sabía que, como miembro de la nobleza, Stanmore sólo era responsable ante la Cámara de los Lores, y ninguno de ellos se pondría del lado de Wentworth contra uno de los suyos.

"Hay que ver las pruebas", bramó el escudero. "Ese asqueroso cabroncete es un ladrón. Yo mismo te he traído las pruebas de lo que te robó".

Stanmore echó un vistazo al chal y al pañuelo sobre los que le había advertido Rebecca, que yacían sobre la silla.

"Ya se lo he dicho. Esos artículos se los dieron a Israel mi hijo y la Sra. Ford".

"¿Su hijo y la Sra. Ford? ¡Ja!" escupió Wentworth. "Un bastardo lisiado y una puta".

El puño de Stanmore conectó con su mandíbula con un crujido que resonó en el cerebro del escudero. Sin embargo, antes de que pudiera sacudir su aturdida cabeza para despejar las luces parpadeantes frente a sus ojos, un segundo golpe en la oreja le hizo caer de rodillas.

"Si vuelvo a oírte usar el nombre de mi familia o de mi huésped de esa manera, Wentworth, te perseguiré y te mataré yo mismo".

A través de la niebla, Wentworth vio a Stanmore abrir la puerta de su biblioteca e indicar a su mayordomo y dos lacayos que entraran.

"Escolta a nuestro visitante hasta su caballo. Y Daniel, vuelve conmigo inmediatamente, pues enviaré una carta a Sir Oliver en Londres". El conde se volvió hacia el escudero, que se

levantaba con dificultad. "Mi abogado será instruido para acordar un precio con usted por la compra de Israel. Pero para que quede claro... el muchacho está aquí para quedarse".

"Lo pagarás caro".

"Espero hacerlo. Merece la pena. Ahora, Daniel, echa a esta criatura".

Stanmore esperó a que la congregación se dispersara tras la misa dominical antes de apartar al reverendo Trimble y a William Cunningham y explicarles los sucesos de la mañana.

"Israel estaba consciente cuando salimos hacia el pueblo hace un par de horas. El médico cree que el chico ha sufrido una conmoción cerebral, así como algunas costillas rotas".

"Le vi el viernes", dijo el maestro, sacudiendo la cabeza. "Entonces ya estaba magullado. Ahora debe estar hecho un desastre".

"Su cara parece un trozo de carne de cordero", dijo Stanmore sombríamente.

"Pobre tipo". El reverendo Trimble sacudió la cabeza.

"No podemos arriesgarnos a enfadar al terrateniente más de lo que ya lo he hecho. William, quiero que te mantengas alejado de Melbury Hall durante unos días". Se volvió hacia el ministro. "Y tú también. Quiero asegurarme de que los ánimos se calman -especialmente el de Wentworth- antes de que nadie que tenga *alguna* relación conmigo se cruce en el camino del escudero."

"Pero la gente espera nuestras visitas", protestó Cunningham.

"Lo comprendo. Pero también entiendo que esa misma gente preferiría tenerte vivo antes que muerto".

El reverendo Trimble miró seriamente a la cara del conde. "¿Cree que es tan grave, milord?"

"Hoy sí". Al ver el ceño fruncido en la cara del maestro, sin embargo, sacudió la cabeza. "Pronto volverás a empezar. Pero cuando lo hagas, irás con uno de mis mozos como acompañante".

"Pero, milord".

"Acepta mis deseos en esto, William. No necesito tu sangre en mis manos".

El joven asintió solemnemente. "Como desee, milord".

Tras unas cuantas preguntas más sobre el pueblo y la escuela, Stanmore se dirigió hacia el faetón, donde Rebecca hablaba en voz baja con la señora Trimble.

Con todo lo que estaba ocurriendo, podría haberse quedado aquí todo el día, sólo para admirar su aspecto y su forma de hablar en compañía de los aldeanos. Pero esta tarde Stanmore quería a Rebecca Neville para él solo. Habiendo oído el informe del médico sobre Israel y sabiendo que el muchacho estaba en buenas manos con la mirada de James, había accedido a regañadientes a ir con él al servicio dominical, y esto animó mucho a Stanmore.

Momentos después, seguían un camino que serpenteaba junto al río.

"Es cierto que esta no es la ruta más directa para volver a Solgrave, pero no quiero oír ninguna objeción de tu parte", gruñó burlonamente. "Daniel y Philip están preparados para defender la casa solariega. El doctor y la señora Trent lo tienen todo bajo control con Israel. James también está junto a la cama del muchacho". La miró. "Puedes tomarte una hora para ti".

Sus ojos azules se calentaron con afecto. "¿De verdad crees que puedes mantener a Israel en Solgrave?"

"Puedo, y lo haré", dijo con seguridad, llevando el faetón con pericia a través de un vado donde el río se ensanchaba. "Wentworth sabe que no puede obligarme a devolver al muchacho, así que propondrá un precio escandaloso por él".

"¿Y lo pagarás?"

"¡Por supuesto! Felizmente".

Una lágrima rodó por su mejilla impecable, y ella apretó cariñosamente la cabeza contra su hombro. "Es usted el hombre más honorable que ha pisado suelo inglés, milord". Su voz era un susurro entrecortado.

"No me considerarías honorable en absoluto", le susurró al oído, "si supieras exactamente lo que pasa por mi cabeza ahora mismo".

Su cara se levantó y un bonito rubor apareció en sus mejillas. "¿Qué es... exactamente?"

Se inclinó hacia ella y la besó. Sus labios se separaron al instante y la lengua de Stanmore se frotó contra los suyos en una danza seductora. Al oír el suave gemido de ella, le cambió las riendas a una mano y dejó que la otra le rozara el pecho y bajara hasta acariciarle el interior del muslo a través de las capas del vestido. Cuando se apartó, sus mejillas ardían de un profundo rubor y sus ojos azules estaban nublados por la pasión.

"¿Ya he caído en tu evaluación?"

Ella negó con la cabeza. "Para nada".

"Entonces no me dejas otra opción que convencerte de lo contrario".

Diez minutos más tarde, el faetón llegó a la cima de una colina y el viejo molino quedó a la vista, con las brillantes aguas del lago visibles más allá. Stanmore ayudó a Rebecca a bajar y retiró una manta del asiento. Tras ordenar a su mozo que devolviera el carruaje a los establos, el conde se volvió hacia ella.

"No te importaría que volviéramos andando desde aquí".

"Por supuesto que no", dijo con una sonrisa.

Mientras el faetón desaparecía en dirección a Solgrave, Stanmore observó cómo Rebeca levantaba la cara hacia el sol y cerraba los ojos, saboreando la sensación.

Hoy vestía un vestido azul y un sombrero del mismo color que sus ojos. El encaje blanco que detallaba el conservador escote, las mangas largas, la caída de las faldas... todo atraía su mirada a su vez. Pero no era más que el adorno de la perfección. La deseaba en cuerpo y alma. Tenía hambre de lo que sabía que se escondía bajo las capas de ropa. Veía en su mente los miembros largos y esbeltos, los pechos llenos y las puntas rosadas que tan fácilmente cobraban vida al contacto con sus labios. La anhelaba, desnuda y sin adornos, radiante en su estado natural, expuesta a su mirada y deseándole a él también.

Stanmore apretó la mandíbula, obligándose a rechazar tales pensamientos. La pasión que ella le provocaba era asombrosa. Y anoche, por mucho que hubiera deseado tenerla, la idea de que ella saliera de su vida lo había frenado. Pero ahora...

La señorita Rebecca Neville lo habría considerado un hombre de lo más deshonesto si hubiera tenido alguna idea de sus pensamientos y planes.

Stanmore extendió la manta en el prado de hierba cercano al muro de piedra del molino antes de caminar lentamente hacia ella. Sus ojos se abrieron de par en par al verlo acercarse.

Puso las manos a la espalda. "¿Cree que pude haber ofendido a su amigo, Sir Nicholas, anoche?"

Se detuvo tan cerca de ella que pudo oler su aroma a lavanda.

"A Nicholas nunca le ofenden las mujeres". Sus manos se alzaron hasta la barbilla de ella y desató las cintas del sombrero, dejándolo caer sobre la hierba. Le quitó las horquillas del pelo y vio cómo los tirabuzones de oro y fuego burlaban el brillo del sol.

"Entonces... ¿por qué se fue tan pronto y tan inesperadamente?"

Sus dedos jugaron con el pelo de ella, enredándose en los sedosos mechones y tirando de él

por encima de un hombro hasta que su cuello de marfil quedó expuesto a su acalorada mirada.

"Ese es Nicholas", dijo vagamente. "No planea nada. Va y viene a su antojo".

Sus dedos subieron hasta la chaqueta de él, abriéndose paso lentamente por debajo de la tela. "¿Eso significa... que puede venir a vernos... aquí... ahora?"

"Me temo que tendría que matar a cualquiera que interfiriera en lo que he conspirado para hacerte esta tarde". Sus labios presionaron su garganta, y sintió los escalofríos recorrer su cuerpo.

"¿Sería tan amable de decirme... qué es exactamente lo que ha planeado?"

"Para hacerte el amor".

Ella pareció dejar de respirar mientras él la acercaba lentamente a la pared de piedra del molino. Sus dedos ya estaban aflojando los cordones del vestido. "¿Recuerdas nuestro primer beso aquí en el molino?"

Ella asintió, se puso de puntillas y le besó. Su cuerpo se apretó contra el de ella y sus caderas se rozaron íntimamente con las suyas. Ella rompió el beso y, apoyando la cabeza contra la pared, lo miró con asombro. Stanmore ya no veía miedo en aquellos ojos, sólo conciencia y expectación.

"He soñado con hacerte el amor contra esta pared, en esta hierba, en ese lago, desde aquel día". Su mano le acarició el pecho a través del vestido y ella cerró los ojos. Al oír el gemido de su garganta, rozó sus labios con los de ella. "¿Qué dices, Rebecca? ¿Es éste un día de ensueño?"

"Soy tuya", susurró ferozmente. "¡Corazón, alma y cuerpo! Tuyo para..."

Stanmore le tapó la boca antes de que pudiera terminar. *Por ahora*. No tenía ningún deseo de oír esas cosas. Lo único que importaba era el ahora... pero el futuro también empezaba ahora.

Y ahora quería que se volviera frenética de necesidad. Sin dejar de besarle la boca, le cogió una mano y la llevó desde el pecho hasta la parte delantera de los calzones. La dureza de su cuerpo debió sobresaltarla al principio, porque retiró la mano inmediatamente. Pero un instante después, lo buscó, tímida y lentamente, palpándolo, explorándolo. Un leve gemido de placer surgió de lo más profundo de él, lo que pareció infundirle el valor que necesitaba.

"Debes decirme si estoy haciendo algo mal".

"No hay nada que puedas hacerme que esté mal". Sus dedos terminaron de desatar los cordones y le quitó el vestido y la camisa de encaje de los hombros. Le acarició los pechos con la palma de la mano. "Pero sólo puedes parar cuando caiga inconsciente a tus pies".

El sonido de su suave risa le calentó, y pensó en todos los años que podrían pasar juntos, disfrutando el uno del otro y compartiendo una vida así.

Él inclinó la cabeza hacia sus pechos y se llevó su dulce carne a la boca, pero ella estaba claramente decidida a no permitir que volviera a llevarla sola a un estado de dicha. Esta vez no. Volviendo a atraer su boca hacia sus labios, sedujo su boca con los labios y la lengua y con suaves gritos murmurados en su garganta. Antes de que él pudiera recuperarse, ella estaba desabrochándole los botones de los calzones con dedos tímidos.

Stanmore se perdió en el momento en que ella metió la mano y lo tocó. De todo el control que había empleado la noche anterior, esta tarde no pudo hacer uso de él. Le temblaban las manos cuando la atrajo hacia la manta y le subió las faldas. "Esto es demasiado rápido", gimió cuando ella se echó hacia atrás, tirando de él encima de ella.

"No, dámela toda". Con un aire de absoluta certeza, guió la punta de su virilidad hasta los pliegues húmedos de ella, y él se sintió perdido. La penetró con un solo movimiento y se detuvo, obligándose a mantener cierta apariencia de control. Ella no gritó, pero las lágrimas que se acumulaban en sus orbes azules demostraban su dolor. Esperó -luchando contra el impulso de retroceder y volver a penetrarla profundamente- y, en lugar de eso, le hizo el amor en la boca y le

acarició los pechos hasta que ella se retorció bajo él y tiró de él. Los hizo rodar sobre la manta hasta que ella estuvo encima de él, y sus ojos se abrieron con sorpresa.

"¿Podemos hacer el amor así?"

"Te sorprenderían todas las formas".

Ella lo miraba asombrada, pero era él quien estaba deslumbrado por el espectáculo que tenía encima. Su vestido estaba abierto, sus pechos expuestos acariciados por la brisa y besados por el sol. Sus faldas ondeaban a su alrededor, ocultando el contacto más íntimo de sus carnes. Su rostro adoptó una expresión interrogante y él sonrió. Stanmore metió la mano por debajo de las faldas y, tocándole las nalgas, la levantó y la volvió a bajar, enviándola al viaje hacia la plenitud. Y mientras su cuerpo se retorció en la danza rítmica del amor, él se deleitaba con sus gritos de éxtasis.

Al hacerla rodar de nuevo bajo él, oyó la declaración susurrada de Rebecca, y un instante después Stanmore irrumpió en un lugar que no sabía que existía a este lado del cielo.

Sintió la humedad de la camisa en su espalda y lo estrechó entre sus brazos. Anoche, y por primera vez, había experimentado una liberación sexual. Pero hasta hacía unos instantes no se había dado cuenta de lo que era que la tierra dejara de girar y el tiempo se detuviera, que la respiración de un amante se detuviera en su pecho mientras volaban hacia la plenitud mutua. En esos preciosos instantes, Stanmore había sido capaz de abrir una puerta maravillosa. La había obligado a vislumbrar la belleza de una vida que estaba más allá, una vida que emanaba de dos personas comprometidas eternamente la una con la otra, una vida que ella nunca se habría atrevido a soñar.

Rebecca luchó contra el doloroso nudo que se le estaba formando en el pecho. Rozó su pelo con los labios mientras él descansaba serenamente sobre ella. Podía sentir cómo el latido de su corazón empezaba a ralentizarse. Apreciaba la sensación de su peso. La fuerza que emanaba de él. Volvió su atención al presente y trató de no lamentar lo que estaba por venir.

Capítulo Veintiocho

"NO ENTIENDO ESTO. ¿He muerto y he ido al cielo?"

"Sólo si yo también estoy". Jamey saltó sobre la cama y subió los pies, sentándose con las piernas cruzadas. "Estás en Solgrave".

"Pero vendrán a por mí, para llevarme de vuelta". Israel miró ansioso hacia la puerta, por donde acababa de salir una joven sirvienta con un cuenco vacío de caldo que le había estado sirviendo alegremente a cucharadas.

Desde que estaba despierto, había gente a su alrededor. Gente blanca. Cuidando de él. El doctor. La Sra. Ford. La amable y anciana ama de llaves, que enviaba y traía criados mientras ella misma se ocupaba de su cara y su espalda. Esta mañana, Israel incluso se había quedado atónito al ver al conde de Stanmore entrar para preguntar por él, antes de llevarse a la señora Ford. De hecho, era la primera vez que él y Jamey se quedaban solos.

"Nadie te llevará, Israel. El escudero Wentworth ya estaba aquí, pero mi padre le envió de camino".

Israel volvió su maltrecho rostro hacia Jamey. A través de sus párpados hinchados, se encontró con la mirada del otro muchacho. "El alguacil debió de seguirme hasta nuestra casa de campo. Me pilló allí con la envoltura de tu madre y... se dispuso a matarme". Le dolían tanto las costillas y el cuerpo que tenía ganas de llorar, pero parpadeó para contener las lágrimas. "Fuera... cuando me estaba pegando con ese viejo palo suyo... y dándome patadas, también, por si acaso... vi venir al conde. Le oí gritar una vez a Mickleby antes de que el alguacil me golpeará de nuevo en la cabeza. Después de eso, no recuerdo nada... hasta que desperté aquí con toda tu gente a mi alrededor".

Sus dedos tocaron vacilantes el suave lino de las sábanas.

"Nunca en mi vida he dormido en una cama de verdad". Su cuerpo estaba demasiado machacado para sentir algo más que un dolor palpitante, pero sabía que esta cama era más suave que cualquier nube del cielo. Y las personas que lo atendían habían sido más amables que cualquier ángel con el que hubiera soñado encontrarse en el cielo. "Su señoría me salvó la vida, Jamey. Tenías razón. Lord Stanmore es diferente".

"Deberías haberlo visto. Le dio una buena paliza a ese perro de alguacil. Creo que mi padre lo habría matado si el cobarde no hubiera huido".

Jamey ya lo había dicho dos veces. *Padre*. Israel quiso sonreír a su amigo y decírselo. Pero decidió que Jamey ya sabía que miraba al conde de otra manera. Además, le dolía demasiado sonreír, y se estaba cansando mucho.

"A partir de ahora, vivirás en Solgrave como yo. He oído a Daniel decirle a la señora Trent que mi padre está ajustando cuentas con el terrateniente, así que nadie en Melbury Hall tendrá

nada contra ti."

La mirada de Israel se desvió hacia el techo, que parecía tan alto como el cielo. Si se fijaba bien, creía que hasta podía imaginarse estrellas sonriéndole. "Sé que su señoría será un buen maestro. Llevo años oyendo al señor Cunningham y al reverendo Trimble cantar sus alabanzas. Haré todo lo posible por ser un esclavo trabajador".

"Un esclavo no, Israel". La voz grave del hombre en el umbral de la puerta dibujó los rostros de los dos muchachos. Lord Stanmore estaba apoyado en la jamba. "Ahora serás libre, muchacho". Caminó hacia la cama. "Tan libre como James, aquí". Revolvió el cabello del otro muchacho y se sentó en una silla. "Y crecerás como un hombre libre."

El conde era mucho más grande que Squire Wentworth. Parecía incluso más fuerte que Mickleby. Pero Israel no tenía miedo. Aunque su rostro era severo y tenía una mirada de gato de ojos negros, no había ni una pizca de mezquindad en su aspecto. De hecho, su señoría le hacía sentirse seguro, por dentro y por fuera.

"No sé dónde nací... ni quiénes fueron mis padres, milord. No sé lo que significa ser libre". Las palabras de Israel eran un susurro silencioso.

El conde bajó la mirada hacia sus manos, e Israel vio que su rostro se endurecía en un ceño fruncido. "Sé que es cierto, Israel, y lo lamento. Pero naciste de la misma manera que James y yo. Dios quiso que todos fuéramos libres". Se sentó y tocó la manta. "Ser libre significa que nadie se arrogará el derecho de maltratarte. Significa que controlarás tu propia vida. Cuando seas mayor, elegirás dónde quieres vivir, cuánto quieres trabajar y cómo gastar el fruto de tu trabajo".

"Pero, milord, no tengo dónde vivir".

"Vivirás en Solgrave", respondió el conde. "Y cuando James se marche a Eton en otoño...", hizo una pausa e Israel vio cómo se cruzaban las miradas de padre e hijo. Ya no había pelea en la expresión de Jamey, sólo respeto y aceptación. El conde volvió a mirar a Israel. "Irás a la escuela en el pueblo. Has trabajado mucho con las manos para ser tan joven. Creo que ahora disfrutarás trabajando un poco tu mente".

"Tendré que ganarme el sustento, milord". Israel prometió.

"Estoy seguro de que lo harás, muchacho. Daniel se asegura de que todos en Solgrave se ganen el sustento. Pero no serás golpeado por ello, y ganarás un salario por el trabajo que hagas". El conde miró a uno y a otro y luego se puso en pie. "Creo que ustedes dos querrán algo de tiempo para ustedes. Conociendo a la señora Trent, estará aquí arriba en cualquier momento, regañándonos a James y a mí por no daros suficiente descanso".

Cuando el conde de Stanmore los dejó, Jamey se volvió hacia Israel. "No me gusta que me manden a la escuela, pero iré porque el conde cree que debo ir".

"Y estaré aquí esperándote cuando vuelvas a casa".

El chico sonrió y puso su mano sobre la de Israel. "Esto está muy bien, ¿no te parece?".

Israel parpadeó para contener las lágrimas e intentó no pensar en los otros esclavos que seguían en la Arboleda. Intentó no pensar en los latigazos y cosas peores que los demás seguirían sufriendo cada día. Intentó no ver en su mente a Moisés, un hombre gigantesco que lloraba todas las noches mientras dormía y que se orinaba al ver un látigo.

"Muy cerca", susurró Israel solemnemente. "Esto está *muy cerca* del cielo".

El suelo del escenario había rodado bajo sus pies esta noche, las caras del público indistintas. Pero Jenny los había oído bien. Por el diablo, ruidosos y lascivos que eran en el foso. Es cierto

que tal vez había bebido demasiado esta tarde y no recordaba algunas... bueno, más que algunas de sus líneas, pero eso no le había importado mucho a aquella chusma. Con las carcajadas y la vulgar hilaridad que reinaba en el foso, nadie habría oído nada de todos modos.

Jenny Greene se dirigió a tientas hacia el pequeño vestuario que todos compartían entre bastidores. ¡Rústicos! Tontos de remate. El hecho de que se hubiera tropezado y caído dos veces al empezar sus primeras líneas no era razón suficiente para seguir así durante toda la obra. Este público del Covent Garden era cada año más lascivo y bajo. No como en los viejos tiempos, cuando había interpretado a Ofelia, Rosamond y Lady Macbeth en Drury Lane.

"Mándamelo cuando termines con él, ¿quieres, Jenny?"

"¿Qué?"

"Nunca he visto este. ¿Y tú?"

"Es un *sueño*, Jenny".

Jenny apoyó una mano en la pared para estabilizarse y miró confusa a las tres actrices que salían a empujones del camerino.

"Ya está, amor. Tienes el sitio para ti sola". La cuarta chica le guiñó un ojo antes de salir por la puerta.

Señor, pensó. Y siguen viniendo.

Sin embargo, después de lidiar con las tablas del suelo rodando toda la noche, a Jenny le daba un poco de reparo levantarse las faldas para otro admirador más. Pero su vanidad no tardó en disiparlo. Ahora que lo pensaba, hacía mucho tiempo que nadie *importante* la esperaba entre bastidores. Tal vez le echara un vistazo. Se metió la mano en el escote del vestido para ajustar el peso de sus pechos y se fijó en el largo desgarrón del costado del corpiño. Aquella primera caída en escena debía de haberlo desgarrado. Jenny pensó que sus compañeros habían sido muy amables al decírselo. Con razón se habían reído en el foso.

Vio la botella de ginebra y las copas mucho antes de fijarse en las flores y en el caballero.

"Sra. Greene, es usted una maravilla, señora".

Le costó apartar la mirada de la botella, pero se obligó a mirar al apuesto hombre que se alzaba sobre el tocador. Era más joven que los que había visto últimamente y estaba mucho mejor vestido. Además, tenía una espada preciosa. Muy hermosa.

"Actuar seca la garganta de un actor como pocas otras cosas". Se acercó lo más despreocupadamente que pudo a la botella. "¿Cómo te llamas?"

"Sir Nicholas Spencer... a su servicio, señora."

Cogió la botella e intentó servir un trago, pero la taza se movió. Últimamente parecía moverse cada vez más.

"Por favor, permítame, Sra. Greene."

Observó los movimientos seguros del hombre mientras cogía la botella de su mano y llenaba dos vasos. Tenía buen aspecto, olía bien y estaba segura de que incluso sabría bien. Hacía mucho tiempo que nadie conseguía abrirle el apetito. Jenny dejó que su mirada bajara apreciativamente hasta la parte delantera de sus calzones. Muy largos, desde luego.

"Esto es demasiado público para que dos personas se conozcan bien", dijo ella, aceptando la taza de su mano. "Permíteme terminar esto y volveremos a mi casa. No está lejos".

"Tal vez me permita terminar mi bebida, también."

Apartó una pila de trajes que había amontonados en dos sillas y colocó una de ellas junto al tocador para ella. Jenny se concentró al máximo y consiguió sentarse a la primera. Bebió otro trago largo y miró los musculosos muslos de él cuando se sentó cerca de ella.

"¿Te gusta el teatro, Nicholas?"

"Efectivamente, señora. Aunque no tengo mucho interés en las cosas intelectuales".

"¿Y asiste a menudo?"

"Tan a menudo como me lo permita mi agenda". Se inclinó hacia él y, cuando Jenny bajó la vista, descubrió que la taza que tenía en la mano ya estaba llena. "Pero la verdad sea dicha, sobre todo asisto a las obras en las que mis actrices favoritas comandan el escenario".

La copa le pesaba en la mano, pero no estaba dispuesta a separarse de ella. Bebió otro trago... para aligerarla. "¿Y tienes muchos favoritos?"

"Si me permite el atrevimiento, señora, no hay nadie a quien aprecie más que a la inimitable Jenny Greene".

Jenny sintió que la excitación la invadía, una emoción olvidada hacía mucho tiempo, una sensación mucho más fuerte y placentera que cualquier cosa que pudiera producir la ginebra. Al contemplar la mirada azul del joven, pudo ver las legiones de hombres que solían esperarla al caer el telón. Los regalos, los bailes, la atención, las miradas celosas de otras mujeres que sabían que nunca podrían competir con Jenny Greene.

"¿Cuándo fue la primera vez que me viste en el escenario? ¿Fue en Drury Lane? ¿En el Haymarket?" El joven hizo una pausa desmesuradamente larga, pensó ella, y una punzada de inseguridad volvió a llevarle la copa a los labios. Sin embargo, a medida que el líquido se deslizaba por su garganta, su sabor ya no era tan agradable. A pesar de todo, se bebió el resto y cogió la botella a la primera.

"Para ser honesto, señora, fue su retrato lo primero que vi... antes de verla en el escenario".

Le vio observando su mano sobre la botella. ¿O le estaba mirando los pechos? pensó satisfecha.

"Nunca había visto nada tan hermoso en mi vida hasta ese momento. Recuerdo que me quedé allí de pie, durante una eternidad al parecer, mirando fijamente a una mujer que seguramente era una recreación de la mismísima Venus."

Sintió el gruñido que tiraba de sus labios, pero apenas le importó. Estaba encantado con la mujer que era. La belleza que una vez había poseído. No se molestó en coger la copa y la boca de la botella chocó contra sus labios, derramando parte de ella por la parte delantera de su traje. Lo rozó sin preocuparse demasiado. De todos modos, la maldita cosa estaba rota. Lo miró y sujetó la botella con fuerza.

"¿Y dónde...?", dijo con aire de majestad, "¿dónde estaba este retrato?"

Se acercó para quitarle el biberón, pero ella lo abrazó contra su pecho.

"¿Dónde estaba?" Debió de gritar la pregunta, porque después sintió un zumbido en los oídos. Sir Nicholas, sin embargo, no mostró ningún signo de que algo anduviera mal, sólo un leve ceño de preocupación cruzó su rostro cuando ella trató de tomar otro trago de la botella. ¡Que se lo lleve el diablo!

Encogió sus anchos hombros y se puso los guantes sobre la rodilla. "Vi el retrato por primera vez cuando era un muchacho. Estaba en la galería de una villa en Hampton. Mi padre me había llevado a visitar a su amigo, el gran actor David Garrick".

"David". Ella se hundió contra la silla, una melancolía punzante apuñalando su corazón. "Mi hermoso, dulce e infiel David."

"Estuvisteis juntos en el escenario durante años, creo".

"Lo fuimos, en efecto", susurró ella, su mente calentándose con reminiscencias del pasado. "Él me descubrió, ya sabes. Estaba enamorado de mí".

"¿Cómo pudo evitarlo?"

"Cierto", murmuró ella. "Todos lo eran".

"¿Cuándo fue pintado ese retrato, Sra. Greene?"

Su agarre de la botella debió de aflojarse, porque le vio cogerla de su regazo y dejarla sobre la mesa. Colocó su taza junto a ella.

"Parecías muy joven e inocente en ese retrato", insistió.

"Joven. Eso es cierto, ¿pero inocente...?" Sonrió y sacudió la cabeza, haciendo que la habitación empezara a dar vueltas. "David me hizo sentar para ese retrato justo después de entregar a mi hijo. Fue una recompensa, ya sabes... por hacer lo correcto... por tomar la decisión correcta".

"¿Regalaste al hijo de Garrick?"

"No. No. No." Agitó la mano en el aire con impaciencia. "Ya estaba embarazada de otra persona cuando vi a David por primera vez. Estaba interpretando Ricardo III en Drury Lane. Me enamoré de él, y él de mí".

"¿Y te pidió que te deshicieras del niño?"

"No fue así". Alcanzó la taza, pero estaba fuera de su alcance. "Deme un trago, señor... señor... ¿cómo se llama?"

"Nicholas", respondió él, tendiéndole la taza. "¿Qué quieres decir con que no fue así?"

"Es decir, David intentaba hacer lo correcto... pero era por ese tonto de Guilford... y por mí". Ella tomó la taza llena de él. "Sí, Guilford era el padre... y estaba enamorado de mí... pero estaba casado. Aun así, era testarudo y prepotente y... bueno, quería hacer lo correcto por mí... ya sabes, mantener a la niña. Y luego, cuando David y yo nos enamoramos, no quise saber nada de él... ni de su familia... ni de su ayuda". Jenny se quedó mirando la taza. "Y, para ser sincera, ya ni siquiera estaba segura de querer tener un hijo suyo. Así que David me convenció de que le diera el bebé al padre y me lavara las manos".

"¿Y lo hiciste? ¿Renunciaste a tu hijo?"

"Con mucho gusto. Y todo el mundo quedó encantado". Levantó su taza y bebió un sorbo, rociando inmediatamente el líquido por toda la habitación. "¿Qué demonios es esto?"

"Agua", dijo con calma antes de sentarse. "¿Sabe qué fue de su hijo?"

Jenny frunció el ceño y tiró la taza al suelo. "No quiero hablar de ella. Pregúntame por David y por mí, por el escenario y el teatro. De todo lo que nos divertíamos juntos hasta que... hasta que me engañó y se casó con esa zorra... esa ramera vienesa... esa... bailarina".

"Todo el mundo conoce esa parte de tu vida, Jenny". Su voz era suave, calmante al oído, y ella se sintió de repente muy cansada. "Pero no creo que mucha gente sepa nada de esta misteriosa hija".

"¡Claro que no!", dijo pesadamente, encontrando la silla repentinamente muy incómoda. "La gente no sabe nada de ella. Y no hay razón para que lo sepan. Excepto ese otro caballero. ¿Heartfelt? ¿Hartingford? ¿Hartington? Ese mismo. Excepto Hartington, usted es el único otro caballero que se ha interesado por esto". Ella le miró con suspicacia. "¿Le conoces?"

"¿Hartington?"

"Sí. ¿Cuándo fue eso? La había contratado... fue hace mucho tiempo. Vino a verme... le gusté, dijo. Tuvimos un pequeño romance... creo. Y luego descubrí que mi Rebecca trabajaba para él". Jenny buscó la botella en la mesa, pero ya no estaba. "Necesito un trago... No, espera. Iremos a mi casa y... nos conoceremos como es debido".

Él se levantó y ella tuvo la sensación, por la expresión de su cara, de que no era impaciencia por irse a casa con ella.

"En otra ocasión, Sra. Greene", dijo alegremente. "Haré que mi carruaje la lleve a casa. No sé si habrá una silla disponible a esta hora".

"¿Tu carruaje?", resopló. "¡Maldita sea tu insolencia! No necesito la simpatía de un cachorro traficante de agua".

"No confundas mi oferta con simpatía. Me sentiría muy honrado si aceptara usar mi carruaje". Le cogió la mano y la ayudó a ponerse en pie. "Sra. Greene, creo que es usted la actriz más bella que ha existido".

Tenía la garganta seca. Estaba cansada. Necesitaba su fuerza incluso para dar un paso. Y él la sostuvo hasta que estuvieron fuera y ella estuvo a salvo en el carruaje.

"¿Te arrepientes de algo, Jenny?", preguntó antes de cerrar la puerta del carruaje. "¿Alguna vez deseaste haberte quedado con tu hija?"

Miró el interior del carruaje, bien equipado pero vacío. Pensó en la fría cama que la esperaba en la casa. Y entonces, en su mente, vio a la multitud en pie ante un escenario. Los gritos repetidos de su nombre. Las filas de admiradores.

"No", dijo ella con altivez. "Sólo un *tonto* cambiaría lo que he tenido por un simple niño".

El cielo más allá del asiento de la ventana era un tono más claro y Rebecca supo que estaba a punto de amanecer. Con cuidado, levantó el brazo de Stanmore que la rodeaba por la cintura y se zafó de su abrazo. Él se agitó ligeramente y ella sintió la tentación de volver a acurrucarse en su calor.

La madera pulida era fresca y suave en las plantas de los pies mientras Rebecca caminaba por el suelo hasta la ventana. Se envolvió en un edredón y miró a través de los cristales. La luna se había ocultado en el cielo nocturno, haciendo que el camino que salía de la finca y volvía a la carretera de St. Albans. Volvió bruscamente la mirada hacia el reflejo plateado y mágico de la luna en el lago.

Rebecca quería que aquella escena quedara grabada en su memoria: la luna, el lago, el puente, la pradera que ascendía desde la orilla del agua. Quería algo que pudiera recordar durante los años vacíos que le aguardaban en Solgrave, algo que no fuera el hombre y el niño a los que amaba más que a la vida misma, pero que tenía que dejar atrás.

"¿Por qué estás fuera de la cama?"

Su voz era un cálido susurro en su oído. A Rebecca se le cortó la respiración al sentir su calor a su alrededor. No se atrevía a decirle la verdad: que ya estaba llorando la hora de irse. "No podía dormir".

Sus manos le quitaron suavemente la colcha de los hombros, y Rebecca sintió cómo el edredón se encharcaba a sus pies mientras el cuerpo desnudo de él se apretaba contra el suyo desde atrás. "Entonces deberías haberme despertado".

Rebecca sintió los dientes de él rozando la sensible piel bajo su oreja, y se estremeció de excitación. "Quería hacerlo... pero me sentía tan atrevida... después de todo lo que compartimos durante la noche".

Una mano le acarició el pecho, la otra se deslizó por su vientre y bajó hasta acariciar sus pliegues ya húmedos. Ella reclinó la cabeza contra él mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

Su voz era un gruñido ronco. "¿No sabes ya que no puedo saciarme de ti?". El juego de sus dedos entrando y saliendo de su carne hacía que el cuerpo de ella tarareara al son de la canción más tentadora. "Llámame egoísta si quieres, pero saber que sufres lo mismo me hace un hombre muy feliz, mi amor".

Se inclinó hacia un lado y le hundió los dedos en el pelo, besándole profundamente.

Aunque ya habían hecho el amor numerosas veces durante la noche, la fuerza de su pasión en aquel momento era incomparable. La giró hacia el espejo que colgaba sobre la cómoda junto a la ventana, lo que permitió a Rebecca contemplar su reflejo mientras él la penetraba. A través de una espesa bruma de pasión, vio cómo una mano experta le acariciaba el pecho mientras la otra seguía provocando en ella los placeres de la feminidad. Él se deslizaba dentro de ella una y otra vez, y Rebecca contemplaba con total incredulidad la imagen de aquellas dos personas elevándose juntas en ondulantes olas de pasión antes de separarse finalmente en una explosión de éxtasis.

Sin aliento ante el poder de lo que había presenciado, Rebecca cerró los ojos y grabó en su mente también este recuerdo.

Capítulo Veintinueve

LA IGLESIA ESTABA DESIERTA, salvo por las dos mujeres que hablaban en voz baja junto a la antigua cripta.

"Todo el mundo tiene miedo. Desde ayer por la mañana, hasta su propia gente se dispersa cuando viene. Y no creo que sea ira. Hay algo más: una locura se ha apoderado de él. Está en sus copas todo el tiempo. Nunca duerme, que yo sepa. Esta mañana, golpeó a una de las sirvientas por no saber cuándo volvía Lady Nisdale. Y luego ordenó que le llevaran a su estudio a una de mis criadas, Vi, una cosa joven e inocente". Millicent se estremeció. "Tuvimos que esconder a la aterrorizada criatura en una de las cabañas de esclavos de la Arboleda y mentir diciendo que la chica había ido a St. Albans a cuidar de su madre enferma. Espero que se olvide de ella".

La mano de Rebecca se apoyó en el brazo de su amiga. "¿Y tú? ¿Estarás a salvo allí hasta el fin de semana?". Con la red levantada, tenía una imagen clara de los horribles moratones de Millicent.

"Por lo que a él respecta, ya estoy derrotada". Su voz era plana y vacía. "Ahora está en un alboroto para aplastar a los que les queda algo de vida. Soy más dócil que nunca".

"¿Y el alguacil? ¿Sigue ahí?"

"Mickleby sigue ahí, pero su bravuconería es sólo un barniz. Los rumores de que lord Stanmore ha ordenado que lo fusilen en cuanto lo vean han asustado claramente al bravucón. He oído a una de las criadas decir que el cobarde nadaría hasta Jamaica si el terrateniente lo liberara y le pagara el sueldo que le debe. Por ahora, sin embargo, sigue allí". La mirada de Millicent se encontró con la de Rebecca. "¿Pero cómo está Israel?"

Rebecca le habló a su amiga de las costillas rotas del muchacho. Pero también mencionó lo mucho mejor que estaba el chico, incluso después de sólo un día, y cómo Jamey estaba velándolo junto a la cama.

"¿Sigues... planeando ir?"

Rebecca se apresuró a dejar de lado todo su dolor y su añoranza y dibujó una sonrisa en su rostro. "Lo haremos. Iremos los dos este viernes. Ya he pedido a uno de los mozos de Solgrave que nos alquile un carruaje. Debes reunirte conmigo al final de los huertos, junto al camino de Melbury Hall, el viernes por la mañana temprano".

"Allí estaré", dijo Millicent emocionada, agarrando la mano de Rebecca. "Sólo tengo un poco de dinero, y algunas joyas... me iré con no mucho más que la ropa que llevo puesta. Pero no importa... nada importa. Seré libre... y feliz por primera vez en mi vida".

Las manos de Rebecca acariciaron la espalda de su amiga mientras Millicent la abrazaba con fuerza. Intentó no pensar en lo que ella misma dejaría atrás: a Jamie, a Stanmore y todo lo que significaban para ella. Rebecca luchó contra su creciente angustia e intentó no pensar en la

felicidad que su pasado le estaba robando. Millicent tenía razón... *no importa... nada importa*.

"Te esperaré junto a los huertos".

El abogado miró incrédulo al visitante. "¿Y sabe su señoría *algo* de lo que se trae entre manos?"

"No me desanimes, Birch", advirtió Nicholas. "Esto es lo más noble que he hecho en mi vida. De hecho, ahora que lo pienso, esto se parece bastante a algo que haría el propio Stanmore". Sacudió la cabeza. "Esto no está bien. Después de todo, él me ha arruinado. No debes decírselo a nadie. Piensa en mi reputación".

Birch empezó a pasearse por la habitación. "No creo que a su señoría le complazca saber que te involucras en sus asuntos".

"Quieres decir, si le dijeras que fui yo quien descubrió esta información tan perjudicial sobre la Sra. Ford".

"Señorita Neville", corrigió Birch. "Ayer recibí una carta de su señoría. Ha confirmado lo que descubrí antes... y por mis *propios* medios". Hizo una pausa, mirando a Nicholas. "Se llama señorita Rebecca Neville. Nunca hubo marido, después de todo, y ella no era conocida de Elizabeth de antemano".

"Así que el misterio está en..."

"Lo que hizo que huyera y cambiara su nombre hace diez años".

"Lo que nos lleva de vuelta a sus primeros años en Inglaterra y... quizás a un posible empleador".

Birch dejó de caminar. "No niego la importancia de lo que ha aprendido, Sir Nicholas. Es sólo que... bueno, debido a la naturaleza sensible de este asunto..."

"¿Hasta qué punto es un tema delicado?"

"Planea casarse con ella". El abogado echó un vistazo a la carta de Stanmore que tenía sobre la mesa. "Pronto, quizá esta semana".

"Eso es exactamente lo que me temía". Nicholas se hundió en una silla.

"Puedo asegurarle que *no hay nada* que temer. La Sra. Ford... quiero decir la Srta. Neville es un ejemplo absoluto de corrección, un dechado... a pesar de la reputación de su madre. Por supuesto, debemos buscar a este Sr. Guilford, quienquiera que sea".

Nicholas dejó escapar un silbido bajo. "Así que también te sientes atraído por ella. Stanmore y tú. Y eso no es todo. Daniel... la Sra. Trent... incluso ese viejo gruñón de Philip. Parece que todos los que conoce caen presa de su encanto".

"No creo que el término 'caer presa' se aplique aquí. De hecho, podría argumentar que tal vez la culpa es suya, Sir Nicholas, ya que parece no estar afectado por una mujer tan rara y maravillosa. Muy superior a cualquiera que pueda encontrar entre la *tonelada*, debo añadir".

"Sin duda. ¿Pero quién dice que no me afecta la mujer?". Nicholas respondió en defensa propia. "Sólo me preocupan las intenciones algo precipitadas de Stanmore. No creo que ni a ti ni a mí nos gustaría volver a verle herido".

Birch se pasó una mano por la cara. "Desde luego que no".

Nicolás se puso en pie de un salto. "Entonces está decidido. Procederemos con mi plan".

"Sigo creyendo que lo mejor sería que me permitieras visitar esta... residencia Hartington por mi cuenta".

"Ni hablar, Birch". advirtió Nicholas, recogiendo su sombrero y sus guantes. "Te guste o no, estoy involucrado y seguiré involucrado hasta que la mujer sea elevada a la santidad o condenada

para siempre".

Contrariado, Birch se movió detrás de su escritorio. "Enviaré mi tarjeta a este Sir Charles Hartington y pediré una reunión con él mañana".

"No te molestes con Sir Charles. Envíe su tarjeta directamente a Lady Hartington".

"¿Y eso por qué?"

"Porque el actual baronet aún no tiene veinte años".

"¿Veinte?"

"Su padre, el anterior Sir Charles, fue asesinado hace años. Si hay alguien que pueda darnos información valiosa sobre nuestra misteriosa señorita Neville, será la madre".

Intentaron ser discretos. Stanmore acudía a su dormitorio a altas horas de la noche, sólo después de que la familia se hubiera retirado. Y por las mañanas, la dejaba a regañadientes antes del amanecer, volviendo a su propia habitación para lavarse y cambiarse y reunirse con James en los establos para su paseo matutino. Pero a pesar de su discreción, cuando Rebecca se dirigió a la habitación de Israel para ver cómo estaba antes de bajar a desayunar, sintió como si todo el mundo pudiera ver a través de ella.

Es cierto que estaba un poco soñadora por todo lo que Stanmore y ella habían compartido el domingo pasado junto al lago y en el transcurso de dos noches de dichoso éxtasis. Estaba deliciosamente tierna por sus repetidos escarceos, pero siempre ansiosa por volver a verle. Él sabía exactamente cómo dar vida a su cuerpo y hacerla enloquecer de deseo. Sabía cómo despojarla de los obstáculos de su corazón y su mente hasta que le susurraba libremente palabras de amor. No es que fuera una sorpresa, porque Samuel Wakefield, el conde de Stanmore, era el único hombre al que había amado. El único hombre al que amaría jamás.

Al acercarse al comedor, Rebecca trató de contener la pena que le brotaba de los ojos y le hacía un nudo en la garganta. Estaba decidida a no llorar su pérdida antes de marcharse. Tenía toda una vida en las colonias para reflexionar sobre el vacío de su existencia, toda una vida para llorar por sus dos hombres.

Philip estaba en el comedor cuando Rebecca entró. Agradable como siempre con ella, el mayordomo estaba positivamente animado por las noticias del distinguido visitante que esperaban en Solgrave antes del fin de semana.

"Lord North, el Primer Ministro, parará *aquí*... el jueves."

Aunque Rebecca intentaba mostrar cierto entusiasmo, sinceramente esperaba que nadie la visitara hasta que ella y Millicent se hubieran marchado. No era el entretenimiento lo que le importaba, por supuesto, sino la pérdida de tiempo precioso que tenía para pasar con sus seres queridos. Aceptó una taza de té y se reprendió a sí misma por su egoísmo.

"De hecho, recuerdo haber leído sobre el nuevo Primer Ministro del rey cuando estaba en las colonias. Tomó posesión a principios de este año, creo".

"Lo hizo, señora". Felipe hizo un gesto a uno de los criados para que sirviera el desayuno a Rebeca. "Su señoría es un gran favorito del rey. Creo que se conocen desde niños. De hecho, si me permite el atrevimiento..."

Hizo una pausa, esperando a que el criado terminara su tarea y se retirara. Bajó la voz, hablando confidencialmente.

"De hecho, señora, hay tal parecido entre el rey y lord North que se rumorea que incluso podrían ser parientes. Lucy Montagu, la madre del actual Lord North, era conocida por ser una

joven atractiva y se rumoreaba ampliamente que era bastante íntima del padre del rey."

Rebecca se detuvo con la copa a medio camino de la boca y enarcó una ceja mirando a Philip. Nunca habría tomado al mayordomo por un cotilla.

"Por supuesto, esto no es más que un rumor repugnante basado en -¿he dicho cercano?- un *ligero* parecido físico entre los dos hombres, y en las habladurías de la corte, a las que me resisto a dar crédito alguno".

Rebecca ocultó una sonrisa, decidiendo que Philip se sentiría decepcionado si ella no continuaba con el tema. "¿Sigue vivo el padre de Lord North?"

"Por supuesto", añadió el mayordomo. "El viejo conde, que fue gobernador del rey durante la minoría de edad de su majestad, ya sabes, es bastante mayor ahora. Creo que pasa la mayor parte de su retiro en la abadía de Wroxton, cerca de Banbury. De hecho, desde allí viajará el Primer Ministro este jueves. A pesar de todo ese escandaloso meneo de barbilla, es bien sabido que Lord North le tiene bastante cariño al viejo".

La aparición de Jamey y Stanmore evitó a Rebecca tener que hacer más preguntas. Estaba eufórica por el aplastante abrazo del muchacho, y observó con una sublime sensación de felicidad cómo éste atacaba su comida. Luchando contra el impulso de enviarle a Stanmore la mirada de anhelo que sentía en el alma, se limitó a sonreírle. Sin embargo, su oscura mirada de respuesta le calentó todo el cuerpo.

"¿Se lo digo yo o se lo dices tú?"

Rebecca miró de Jamey a Stanmore y viceversa.

"Creo que debería", respondió el conde con indiferencia.

Jamey volvió su cara brillante hacia ella. "Nos vamos a Escocia un mes entero, este agosto. Eso es antes de lo que su señoría va todos los años, pero este año ha cambiado sus planes, así que podremos hacer todos el viaje antes de que yo me vaya a Eton."

Rebecca envió una sonrisa de gratitud a Stanmore. Jamey necesitaría justo ese tipo de atención una vez que ella se hubiera ido.

"¿No es ésta la noticia más emocionante?", preguntó el muchacho. "Y además podemos llevarnos a Israel".

"Lo pasaréis muy bien", respondió alentadora.

"Pero tú también lo harás", afirmó Jamey. "Su señoría cree que no deberías tener miedo de Lady Meg... es decir, de mi abuela. Dice que es todo ladrido y no... ¿ningún diente?". Miró al otro lado de la mesa.

"Mucho ladrar y nada morder".

"Esa es la frase. Ella te amará. De la misma forma que *todos* te queremos". Los ojos suplicantes de Jamey se alzaron hacia los de ella. "¿Vendrás con nosotros? Di que lo harás".

Rebecca sintió como si alguien hubiera rodeado su corazón con un puño y lo apretara con fuerza. Un silencio incómodo se apoderó de la sala. Sintió el peso de la mirada de todos sobre ella.

"¿Mamá?"

Ella ya no se lo merecía, pero él siguió llamándola por ese nombre. Rebecca vio que los ojos de Jamey se llenaban de lágrimas y luchó por una respuesta.

"Tendré... tendré que hablar con su señoría sobre ello". Se volvió hacia Stanmore. "Hablares más sobre ello".

La expresión del conde no era menos decepcionante que la de Jamey.

Como no era de los que se metían en situaciones sin estar preparados, Birch había conseguido aprender algunas cosas sobre la familia Hartington antes de que él y Sir Nicholas subieran los escalones de la hermosa casa adosada.

Aunque habían pasado ocho años desde el asesinato de Sir Charles Hartington en Vauxhall Gardens, a manos de un agresor desconocido, Lady Hartington seguía erizándose ante cualquier mención del incidente. El abogado tenía entendido que la aversión de la mujer a hablar del fallecimiento de su marido se debía en gran parte al pícaro estilo de vida de Sir Charles. Sir Charles era un conocido mujeriego cuyas hazañas sexuales iban dirigidas a cualquier mujer que se cruzara en su camino, independientemente de su edad, clase o estado civil. Y para colmo de males, se rumoreaba que había sido un marido descontento -un trabajador portuario o algo por el estilo- quien había clavado el cuchillo entre las costillas de Sir Charles.

No del todo infrecuente, pensó Sir Oliver, pero sin duda razón suficiente para que una mujer respetable como Lady Hartington rehuyera tales discusiones.

Al llegar a la casa, Sir Nicholas y él fueron conducidos a la sala de recepción de la dama, donde ésta los recibió cortésmente, aunque con frialdad. Sir Oliver se sorprendió al ver que era una mujer de aspecto muy agradable y más joven de lo que él esperaba.

"Qué curioso que reciba visitas dos veces en una semana, haciendo la misma pregunta sobre la misma persona".

Birch miró a Sir Nicholas, sólo para descubrir que parecía tan desconcertado como él mismo se sentía. Volvió a centrar su atención en la anfitriona. "¿Dijo usted que alguien más estuvo aquí preguntando por la señorita Rebecca Neville esta semana?"

"En efecto. Lady Hartington apretó las manos sobre el regazo, un movimiento que el abogado encontró sumamente encantador. "Lady Nisdale. Estuvo aquí el lunes, diciendo que era una amiga perdida de la señorita Neville. Esperaba, dijo, encontrar cualquier noticia que pudiera de su amiga desaparecida".

"Ah, en efecto. Lady Nisdale". Birch frunció el ceño ante la idea de que Stanmore asesinara a Louisa. Pero una mirada a la furia en los ojos de Nicholas, y se preguntó quién podría matarla primero. "¿Mencionó Lady Nisdale... cómo había descubierto cualquier conexión que usted pudiera tener con la señorita Neville?"

"Afirmó ser una antigua amiga del colegio de Rebecca... y afirmó que su antigua amante del colegio le había ofrecido la conexión". Un temperamento inesperado coloreó las mejillas de la mujer. "Por supuesto, en cuanto lo dijo, supe que la mujer no decía la verdad. Conozco al director de esa escuela desde hace mucho tiempo. De hecho, sigo manteniendo correspondencia con ella, ya que mi hija Sara, que ahora tiene dieciséis años, es alumna de esa magnífica escuela. Sé que la mujer nunca divulgaría información de ese tipo a nadie. Se ha labrado una reputación gracias a su integridad y discreción. Huelga decir que envié a lady Nisdale sin poder ofrecerle ninguna respuesta".

Birch ahogó un suspiro de alivio. Ya tenía bastantes preocupaciones esta semana, y no necesitaba que los celos de Louisa se sumaran a ellas.

"Si puedo ser tan franca como para plantear la pregunta, ¿cómo se enteró de mis conexiones con la señorita Neville?" Lady Hartington esperó pacientemente una respuesta.

Las respuestas practicadas por Birch no habían abordado esta cuestión específica. La rápida respuesta de Sir Nicholas fue una bendición.

"Su nombre nos fue dado por la madre de la Srta. Neville. Ella es ... era una actriz muy conocida en el escenario de Londres. Su marido... su difunto marido había visitado a la señora en algún momento y le dijo que Rebecca estaba siendo empleada por él."

En efecto, la mención del marido consiguió fruncir el ceño de la mujer.

"Nos disculpamos por la incomodidad que nuestra referencia a su difunto marido le está causando, milady". Birch habló suavemente. "Pero es crucial para nosotros saber la duración y naturaleza del empleo de la señorita Neville mientras estuvo aquí, y también las circunstancias que rodearon su partida".

El abogado noto el blanqueamiento de los nudillos de lady Hartington en su regazo y el rubor que volvió a invadir sus mejillas. Sabía que si su interrogatorio no se hubiera realizado en nombre del conde de Stanmore -un distinguido líder de la Cámara de los Lores-, ella podría haberlos despedido en ese mismo momento. Ella levantó la vista y lo miró fijamente.

"La señorita Neville vino a nosotros desde la Academia para Niñas de la señora Stockdale hace diez veranos. La contraté como tutora de mis tres hijos, que entonces tenían seis, ocho y diez años. La mayor iba a ir a Eton en otoño. Vino aquí muy recomendada por la directora de la escuela.

"Por lo que he oído de esa buena academia", añadió Nicholas, "las jóvenes que asisten a ella no suelen ser las que tienen necesidad de entrar en servicio".

"Tiene usted razón, señor", respondió suavemente Lady Hartington. "Me sentí muy afortunada de tenerla, pero adiviné, incluso desde el principio, que no se quedaría mucho tiempo con nosotros".

La mujer vaciló, haciendo que Birch se removiera incómodo en su silla. No podía presionarla, pero al mismo tiempo la necesidad de aprender todo lo que había que aprender lo estaba volviendo loco. Quería confirmar que Rebecca era tan pura como la había juzgado. Quería demostrar que Stanmore estaba haciendo lo correcto al convertirla en su esposa. Se lo merecía más que cualquier otra mujer que hubiera conocido.

"¿Y?" Sir Nicholas no estaba dispuesto a ser tan paciente.

"Rebecca estuvo aquí un mes", continuó Lady Hartington. "Y tengo que decir que era todo lo que la señora Stockdale había prometido y más. Fue absolutamente la mejor tutora que han tenido mis hijos".

"¿Pero se fue después de un mes?" preguntó Nicholas.

"Ella lo hizo."

"¿Por qué?"

"Yo... no lo sé".

"¿Pidió alguna referencia antes de su partida?"

La mujer se tocó la frente con gesto nervioso. "No lo hizo".

"¿Te dio algún tipo de aviso?" volvió a preguntar Nicholas.

"No lo hizo".

"¿Cobró lo que le debías... su salario antes de su partida?"

Birch, bastante impresionado, se quedó mirando a Sir Nicholas. Sin duda había perdido su vocación al no estudiar en el bar.

"Apenas creo..." Lady Hartington finalmente susurró.

"¿Se llevó sus pertenencias?"

"Rebecca no tenía mucho aquí con ella."

"¿Se lo llevó?"

"No lo hizo". Su respuesta fue débil. El color había desaparecido de su rostro.

"¿Nos estás diciendo que Rebecca Neville no se fue... sino que simplemente desapareció un día?". Ante el silencio de la mujer, Nicholas se levantó, atrayendo su mirada asustada.

"Mire, Sir Nicholas..." Oliver protestó mientras el amigo de Stanmore seguía adelante.

"¿No le preocupaba en absoluto, señora, que pudiera haberle ocurrido algo? ¿No era ella su responsabilidad durante su estancia en su casa?"

Giró la cara para que ninguno de los hombres pudiera verla.

El tono de Birch era mucho más suave, más compasivo. "¿Estaba usted en casa, milady, el día... o la noche... que la señorita Neville se fue?"

Sacudió la cabeza y se puso en pie.

"¿Estaba su marido en casa?" continuó Birch.

Sin volver a mirar a ninguno de los hombres, Lady Hartington se deslizó hacia la puerta. Al alcanzar el pestillo, pronunció sus palabras de despedida. "Les he dicho todo lo que podía, caballeros. Ahora, si me perdonan, me encuentro mal. Mi mayordomo les acompañará".

Las miradas de los dos hombres se encontraron cuando la puerta se cerró tras la mujer. "No conseguimos todo lo que vinimos a buscar", dijo Birch solemnemente.

"Pero al menos sabemos que fue el marido". Nicholas miró furioso a la puerta. "Es obvio que el asqueroso rastrillo se salió con la suya".

"O intentado, Sir Nicholas. No debemos sacar conclusiones precipitadas".

"Cierto. Puede que simplemente corriera para escapar de sus lascivas garras".

"Hay más cosas que Lady Hartington sabe", dijo el abogado con confianza. "Otra reunión con ella y aprenderé mucho más".

Nicholas le sonreía con complicidad.

"¿Qué se supone que transmite esa mirada, si se puede saber?"

"Para ser un viejo solterón, Sir Oliver, cuando se siente atraído por una mujer, es tan sutil como la Puerta del Templo". Se dirigieron hacia la puerta. "Pero no creo que Stanmore tenga diez años que perder mientras usted persigue sus propios intereses amorosos."

"Mi propia amorosa..." Tartamudeando un poco, Birch se mordió su propia réplica cuando un mayordomo entró en la habitación.

Ni siquiera habían salido de la sala de recepción cuando Nicholas puso una mano sobre el brazo del musculoso mayordomo. "Dime, ¿no eres el mismo tipo que vi peleando en Wetherby, la semana pasada?"

"Sí, señor. Ese sería yo".

"Gané un dineral contigo, amigo. Esa fue una buena pelea, debo decir. Tienes una mano derecha devastadora".

Antes de que llegaran a la planta baja, el abogado escuchaba con gran diversión cómo los dos hombres hablaban de los combates de la semana pasada y de las apuestas que probablemente tendrían lugar esta semana en los clubes de boxeo de la zona. A Oliver le resultaba asombroso que alguien de la educación y la familia de Sir Nicholas Spencer -un hombre criado para viajar por los círculos más altos de la sociedad- pudiera desenvolverse con igual comodidad en los más bajos.

Desechando tales pensamientos, se centró en su siguiente movimiento, y en la cuestión de si valdría la pena enviar ya una carta revelando sus hallazgos al conde.

"Y este último mayordomo... el anterior a ti..."

"Robert, señor."

El abogado volvió a centrarse en la discusión. Los tres estaban de pie en la puerta abierta, mirando a la calle residencial.

"Eso es. Robert. Le transmitirás mi mensaje, ¿verdad, George?"

El hombre miró primero a su alrededor antes de asentir discretamente. "Por supuesto, señor".

"Apuesto por ti la semana que viene, George. Vigíame".

"Sí, señor. Eso haré".

Birch tuvo que esperar a que subieran al carruaje para expresar su curiosidad.

Nicholas esbozó inmediatamente una sonrisa mientras se sentaba frente al abogado. "Lo harías mucho mejor si pudieras mantener tu atención fuera de las faldas, Birch".

"Sir Nicholas. ¡Por favor!"

El hombre se rió, pero enseguida se puso serio. "Mi nuevo amigo George me dice que lleva sólo dos años como mayordomo de los Hartington. Pero el hombre que le precedió -un tipo llamado Robert- llevaba trabajando para ellos desde antes de la caída de Troya".

"Y presumiblemente estaba allí en el momento de la corta permanencia de Rebecca en el hogar".

"Precisamente. Por lo que George me dijo, Robert fue despedido por apostar un poco con el dinero de la casa. Pero al parecer, el hombre también alberga un gran resentimiento hacia su antiguo amo, el difunto Sir Charles Hartington."

Oliver se frotó las manos. "Entonces, ¿cuándo podemos ir a reunirnos con él?"

"Robert será instruido para ir a sus habitaciones en el Middle Temple mañana por la tarde. George cree que no hay secreto en la casa Hartington que Robert no esté dispuesto a revelar... por el precio adecuado, por supuesto."

Capítulo Treinta

LA CENA servida por la señora Trimble había sido deliciosa, pero William Cunningham apenas había podido tragar un bocado. El tema de la conversación le había llenado de pavor. Aunque él y el reverendo Trimble habían seguido manteniéndose alejados de Melbury Hall, el rector había estado recibiendo informes de varias fuentes. Todos eran iguales, historias de violencia y abusos sin precedentes.

Mientras se dirigía a su casa, la oscuridad que envolvía el pueblo era total. El cielo estaba negro... no se veía ni una sola estrella.

Sin embargo, el silbido familiar que provenía de la pared este de la escuela llamó su atención, y se movió con cautela hacia el sonido. Jonás estaba esperando.

"¿Cómo están las cosas allí, amigo mío? ¿Cómo está Lady Wentworth?" Condujo al hombre a la parte trasera del edificio, donde podrían hablar sin temor a ser descubiertos.

"Lady Wentworth pide que vengas por el camino de atrás al Grove mañana al amanecer. Pide que traigas un carruaje".

"¿Hay alguien herido? Podemos irnos inmediatamente".

El hombre negó con la cabeza. "El vigilante del terrateniente te matará si vienes ahora. Por la mañana, cree que estarás a salvo".

"¿Traigo a alguien conmigo? ¿Uno de los trabajadores?"

"Sí", dijo Jonah. "La criada de Lady Wentworth, Vi. El escudero se ha encaprichado de la chica, y está lo bastante asustada como para suicidarse. Llevamos dos días escondiéndola en la Arboleda. Debo irme, señor".

"Muy bien, Jonás. Gracias por venir".

"¿Estarás allí al amanecer?"

"Desde luego que lo haré", respondió Cunningham, y luego vio al hombre escabullirse en la oscuridad.

"¿Adónde me llevas?" preguntó Rebecca, siguiendo a Stanmore a un ala de Solgrave que no había visitado antes.

"Sin preguntas, sólo ven conmigo", la animó Stanmore, sosteniendo un candelabro encendido en una mano y guiándola con la otra.

Echó un vistazo a las puertas cerradas. Podía percibir el olor a humedad de las habitaciones que no se habían ventilado en mucho tiempo. Miró las imágenes de los cuadros de las paredes mientras la luz de las velas les daba vida. Se detuvieron ante unas puertas dobles cerradas. Miró

el rostro adusto de Stanmore y sintió su vacilación.

"¿Qué es esto?", preguntó en voz baja.

"Las habitaciones de mi padre", respondió, empujando la puerta y entrando.

Rebecca se detuvo en el umbral, incapaz de apartar la mirada del hombre al que amaba. Colocó el candelabro sobre una mesa a los pies de una cama con pesadas cortinas. Su rostro reflejaba la desesperación que le había legado el pasado. Sus ojos estudiaron cada aspecto de la gran cámara, y las puertas abiertas que conducían a las habitaciones contiguas.

"Esta fue su prisión durante casi ocho años". Su voz resonó en las paredes. "Esa cama le sirvió como lugar de crimen y castigo, todo en uno".

Rebecca quería ir hacia él. Abrazarlo. Hacer desaparecer su dolor de la única forma que conocía: amándolo. Pero no podía ofrecerle un remedio que no prometía la eternidad.

"Durante ocho años mi padre yació en esta cama. Se negaba a salir de esta habitación. Desairó a todos los que querían ayudarlo. Simplemente yacía allí, regodeándose en su propia miseria y culpa". Corrió bruscamente las cortinas y se quedó mirando el vacío. "Durante ocho años, permaneció aquí... y un día me reveló sus pecados".

Rebecca quería decirle que ya lo sabía, pero su necesidad de hablar la mantuvo en silencio.

"James no es mi hijo. Pero creo que mientras has estado aquí -testigando mi comportamiento frío y duro hacia el muchacho- debes haber adivinado la verdad."

Lo único que pudo hacer fue asentir con la cabeza.

"Nació de Elizabeth tras una aventura que mi mujer y mi padre tuvieron poco después de que yo me marchara. Me habló de ello, de las interminables horas que pasaron juntos. De su infelicidad con nuestra alianza, de su encanto con él y de él con ella. Me contó cómo su embarazo prematuro fue un shock para ambos". Se volvió de nuevo hacia la cama vacía. "Pero mi padre era un intrigante. Sabía cómo evitar el escándalo. Planeó hacer pasar al niño por mío. Los dos meses de diferencia entre mi partida y el comienzo de su embarazo no fueron un gran obstáculo... para un hombre como él".

Entró en silencio en la habitación y cerró la puerta tras de sí, apoyándose en ella.

"Dispuso que Elizabeth se recluyera, fingiendo que tenía dificultades con el embarazo. Por supuesto, esto sólo creó más oportunidades para que los dos dieran rienda suelta a su pasión". Se volvió hacia un retrato de su padre en la pared. "En el momento señalado, cuando Elizabeth debería haber tenido al niño -es decir, si el niño iba a ser visto como mío-, incluso hizo un anuncio".

Se pasó una mano por la cara con impaciencia. "Estaba tan seguro de sus mentiras que incluso anunció que el niño sería varón. Me dijo que ya había planeado regalar al niño si nacía una niña. Simplemente diría que la enfermedad le había quitado la vida".

"Y Elizabeth estaba de acuerdo con todo. Fue una cómplice voluntaria... hasta el día en que nació James. Cuando se enteró de que, debido a su mano deforme, mi padre iba a entregarlo de todos modos, ya no pudo seguir con sus planes. Verás, él era un perfeccionista. Cualquier aberración era un reflejo contra su nombre, su estatus a los ojos del mundo". Se alejó de la cama antes de darse la vuelta de nuevo. "Creo que fue la primera vez en toda su vida que Elizabeth mostró algo de valor. Algún instinto maternal debió de despertar en ella el valor para actuar".

Stanmore se encaró con ella. "Se escapó. Se llevó a James en un alarde de independencia tan poco característico de la persona que era. Huyó para poder quedarse con el niño... y mantenerlo a salvo".

Sus ojos brillaron con lágrimas no derramadas cuando se encontraron con los de ella. "Nunca he hablado del pasado con nadie. Me he negado a que nadie me interrogara sobre Elizabeth... o

sobre mi padre. He luchado para que nadie entrara aquí...". Se tocó el pecho con un puño. "...Donde sé que verían mi debilidad, mi fracaso".

Maldita sea la eternidad, pensó Rebecca, caminando hacia él y rodeándolo con los brazos. Sus manos eran feroces cuando la apretaron contra él.

"No hay nada que quiera ocultarte, Rebecca. Quiero que sepas la verdad sobre mí. Tengo defectos, en muchos aspectos soy tan malo como mi padre. Nunca habría buscado a James ni a Elizabeth si mi padre, en su lecho de muerte, no me hubiera suplicado que le perdonara y me hubiera hecho prometer que traería a James de vuelta. Fue esa promesa la que envió a Birch en su búsqueda. Fue una bendición inesperada que la misma promesa te trajera aquí también".

Una lágrima cayó de su ojo y se mezcló con la de ella cuando alzó los labios y le besó.

"Te amo, Rebecca, y lo que sea que atormente tu pasado no importa. No puedo dejarte marchar". Le cogió la cara con las manos y ella intentó calmar sus sollozos.

"Te necesito. James te necesita. Nos has dado a los dos una segunda oportunidad en la vida". Sus labios saborearon las lágrimas de su rostro. "Quiero que te cases conmigo. Quiero que te quedes".

Rebecca enterró la cara en su cuello. Aunque su propia vida dependía de ello, no se le ocurría ninguna manera de poner fin a la pena que desgarraría sus corazones.

Sus palabras fueron amortiguadas contra el pecho de él, pero las forzó a salir. "Maté a un hombre. Aunque le golpeé en defensa propia y para proteger mi virtud, le maté. Y luego huí. Y debo huir de nuevo... porque es sólo cuestión de tiempo que me descubran".

Ella le abrazó con fuerza, sin querer levantar la vista y ver su reacción ante la impactante verdad. "Sé que soy una cobarde por huir. Pero no puedo permitirme que me atrapen mientras esté... relacionada de algún modo contigo o con James. Os quiero demasiado. No puedo permitir que mi vergüenza manche tu buen nombre".

"Que el diablo se lleve mi nombre", dijo bruscamente, tirando de ella hacia atrás y mirándola fijamente a la cara. "Te conozco, Rebecca. No harías daño a una criatura si pudieras evitarlo. Utilizaré todos mis contactos para conseguirte el perdón. Acudiré al rey en persona..."

"No." Sacudió la cabeza. "No puedo arriesgarme... no puedo arriesgar vuestras vidas... vuestros nombres... tengo que irme".

"Entonces iré contigo".

No se merecía un gesto así. Las lágrimas le corrían por el rostro y los sollozos se apoderaban de su cuerpo.

Le cogió suavemente la barbilla. "Nunca había vislumbrado la verdadera felicidad antes de conocerte. James es el próximo conde. El nombre de la familia sobrevivirá como mi padre deseaba desesperadamente. Pero yo no necesito nada de eso. Iremos juntos a las colonias. Empezaremos..."

"Basta". Le puso la mano en los labios y negó con la cabeza. "No puedes dejarle aquí. Te necesita. Tu gente te necesita. El trabajo que estás haciendo... las cosas buenas que estás provocando..."

"Rebecca". La obligó a mirarle a la cara. "Tú y yo estamos destinados a estar juntos. No me quedará aquí discutiendo esto. En lugar de eso, te digo... que de alguna manera... de cualquier forma que necesitemos para que funcione... estaremos juntos... y por el resto de nuestras vidas."

Le miró profundamente a los ojos. Ya no tenía sentido discutir. Sus destinos, sus futuros, estaban tan alejados como la tierra y el cielo. Por ahora, sin embargo, no quería rencor entre ellos. Con tan pocos días por delante, no permitiría que nada ensombreciera los momentos de felicidad que les quedaban.

Sus labios tomaron los de ella en un frenesí de necesidad, y Rebecca respondió. "No te perderé de vista ni un momento". Cogió el candelabro de la mesa. Un brazo permaneció alrededor de ella. "¡Y al diablo el decoro! Beberé a tu vista mientras me lo permitas. Mañana por la mañana, nos acompañarás a James y a mí en nuestro paseo matutino. Por la tarde, puedes venir conmigo al pueblo a reunirme con el reverendo Trimble y el señor Cunningham..."

Stanmore siguió hablando y ella se limitó a escuchar, disfrutando del calor de su afecto.

Y mientras abandonaban las habitaciones mohosas de un pasado sórdido, Rebecca trató de pensar sólo en el presente y en sus amorosos brazos alrededor de ella. Las decisiones que los separarían ya se habían tomado, pero el futuro tenía tiempo suficiente para las lágrimas.

La noche aún cubría Melbury Hall como un manto cuando Millicent salió de la casa y corrió a través de la oscuridad hacia la arboleda. En cuanto la vieron, Jonás y Violeta aparecieron en el claro.

"El Sr. Cunningham no tardará en llegar", dijo Millicent, mirando hacia el oscuro sendero. "Quizá deberíamos salir a su encuentro".

Violet temblaba en el aire frío de antes del amanecer. "¿Tengo tiempo de correr a la casa un minuto, milady?"

"No puedes hablar en serio. ¿Y si te descubren?"

"Entraré y saldré en un abrir y cerrar de ojos", susurró convencida la muchacha. "Tengo el medallón de mi mamá todavía bajo la ropa de cama en el desván. También quiero el chal que me hizo mi abuela cuando era pequeña. Eso es todo, señora. Esas son las dos únicas cosas que quiero llevarme".

Millicent oyó el golpeteo de los cascos del caballo. Un momento después, vio una figura oscura con un farol en la mano que conducía el carruaje hacia el claro. Corrió hacia él con Vi en el codo.

"Sr. Cunningham." Susurró su saludo. "No puedo agradecerle lo suficiente por todo lo que está haciendo."

"Lady Wentworth." El maestro no intentó ocultar su ceño fruncido mientras le acercaba la lámpara a la cara.

Millicent dio un paso atrás involuntario al recordar que no llevaba sombrero ni velo para cubrir los feos moratones de la cara.

"Millicent", dijo más suavemente. "¿Qué ha ocurrido? ¿Quién te ha hecho esto? Como si necesitara preguntar".

"¿Puedo ir, milady? ¿Puedo correr a la casa?"

"Ve, Vi", susurró, volviendo la cara hacia la chica. "Pero date prisa".

Sin detenerse, la joven criada se levantó las faldas y corrió tan rápido como pudo hacia la casa principal. La puerta de la cocina estaba abierta y entró sin hacer ruido. Subiendo con cuidado, se dirigió hacia las habitaciones del desván. Las suelas de sus zapatos no hacían ruido. Vi sabía que las otras chicas no tardarían en despertarse, y necesitaba entrar y salir antes de que las demás hicieran ruido.

El sonido de pasos más pesados detrás de ella cuando se acercaba a la cima la dejó helada de terror. Quienquiera que fuese, llevaba una vela. Se encogió y se abrazó a las sombras de la pared. Si subía al ático, seguro que la encontraría.

Nadie sabía que Lady Wentworth se la iba a llevar esta mañana. Nadie más que la propia

señora y Jonás y las cuatro negras que la habían escondido en su choza.

Los pasos eran tan apresurados como los suyos, pero el hombre se desvió en el rellano que había debajo de ella y bajó por el pasillo hacia los dormitorios del amo y la señora. Vi exhaló un suspiro de alivio y miró las escaleras que subían, pero no hizo ademán de seguir subiendo. Pensó que algo iba terriblemente mal. Con pasos furtivos, se retiró en silencio al rellano inferior y siguió a la persona por el oscuro pasillo.

Oyó el golpeteo impaciente de una puerta y siguió avanzando sigilosamente, manteniéndose en las sombras. Llamaron de nuevo a la puerta y la vio abrirse de par en par. Estaba amaneciendo, pues el dormitorio del terrateniente era más luminoso que el pasillo.

"¿Qué pasa?" El ladrido furioso de Wentworth resonó por toda la casa.

"Cunningham está aquí." La voz complacida del alguacil la heló. Apoyó la espalda contra la pared y esperó. "Está aquí con un carruaje. Debe estar huyendo con él".

Sabían que huía, pensó Vi, dándose la vuelta para retirarse de nuevo.

"No tenía ningún deseo de decírselo, amo. Pero su señoría se ha estado levantando las faldas por él. Los vi en el Grove no hace ni una semana. Y luego, el lunes, bajó al pueblo para encontrarse con él. Y ahora se va a escapar con la serpiente".

"Creo que no. Los mataré a los dos, por el diablo. Coge mi pistola".

El grito de Wentworth hizo que Vi volviera corriendo a las escaleras. Loca de miedo, salió de la casa y corrió más allá de los jardines.

Tenía que avisarles. Corriendo por el sendero, pudo ver a Jonás al borde de los árboles. Incluso si empezaban ahora, no llegarían lejos. Y Lady Wentworth no correría, de todos modos. Vi sabía que necesitaba ayuda.

"Jonás", jadeó Vi, agarrándolo del brazo. "Ve a avisar a su señoría. El terrateniente cree que se ha escapado con el maestro. Ya viene, y tiene su pistola. Corre a avisarla. Corre. Voy a Solgrave por ayuda".

Capítulo Treinta Y Uno

SE DIRIGIERON a la orilla del arroyo. De pie junto a él, Millicent miró a los trabajadores negros que se habían reunido en el claro. Si Vi no se marchaba pronto y los esclavos no salían a los campos, Mickleby seguramente vendría a averiguar qué ocurría.

"Tú también debes venir conmigo". La suave mano de Cunningham ahuecó la mandíbula de Millicent. "No puedo quedarme más tiempo viendo lo que te está haciendo. Te está desmembrando, miembro a miembro, cuerpo a alma".

"No, William. Mi alma es mía". Dejó que las lágrimas rodaran por su rostro. "No puedo ir contigo. Si lo hago, él te encontrará... nos encontrará... y entonces ¿dónde estaremos?"

"Podemos ir a Escocia. Conozco lugares donde nunca podrá encontrarnos. Ven conmigo, Millicent".

Le rodeó la muñeca con su propia mano y le dio un beso en la palma. "Has sido el máspreciado de los amigos. Llévate a Vi hoy. Encárgate de que la niña vuelva con su familia. Si supiera de un lugar donde el resto de esta gente pudiera estar a salvo, te pediría que los llevaras también. Nadie merece ser abandonado aquí, sometido a esta crueldad".

"¿Nadie más que tú?", preguntó enfadado. "Quedarse aquí no se lo pone más fácil a esta gente. No los tortura menos porque acaba de usar su puño en tu cara, o acaba de abusar de tu precioso cuerpo".

"Por favor, William", suplicó ella, poniendo una mano contra sus labios y bajando su propia voz. "Me voy lejos. A algún lugar donde él no pueda encontrarme ni tocarme".

"¿Irse? ¿Adónde?"

"No me preguntes. Pero por favor, confía en mí cuando te digo que me ocuparé de ello. Es sólo esta gente... con la que tengo que hacer algo".

La sujetó por los hombros, acercándola a él. "¿Pero qué pasa conmigo? ¿Qué pasa con nosotros? Por favor, Millicent... ¿nunca lo entenderás? Te quiero".

Rozó su mejilla con la de él. Por primera vez, se echó voluntariamente en sus brazos y dejó que su fuerza fluyera hacia ella. "Significas mucho para mí".

El grito de alarma de Jonah mientras corría colina abajo desde la casa sacudió a Millicent de los brazos de Cunningham. Regresaron rápidamente al carruaje y vieron al hombre correr hacia ellos.

"Ya viene", dijo con voz ronca. "Viene el terrateniente, milady, y trae su pistola. Cree que estás huyendo con el maestro de escuela".

Millicent miró frenéticamente hacia la casa. "¿Dónde está Vi?"

"Ha ido a pedir ayuda a Solgrave. Dice que está listo para matar a alguien, milady. Será mejor que vaya".

Se volvió hacia Cunningham. "¡Vete! Por favor, sólo vete. Te mataré si te encuentra aquí".

"Debes venir conmigo."

Ella negó con la cabeza. "No puedo. Tengo que demostrarle que estaba equivocado". Miró a la multitud de trabajadores. "O no se sabe lo que hará. Por favor, vete... ¡vete ya!"

"No", dijo tercamente, negándose a moverse incluso cuando ella intentó empujarle hacia el carruaje. "El monstruo la tomará contigo. Me quedaré y te lo explicaré. Estuve aquí... vine aquí... porque alguien estaba enfermo. No es la primera vez que vengo".

"No lo entiendes. Por favor". Empezó a sollozar, mirando constantemente hacia el camino y la casa. "Wentworth no escuchará ninguna explicación. Ha estado buscando una razón para matarte... para matarme. No dejes que nos encuentre aquí juntos. ¡Vete!"

Cunningham tenía las manos sobre sus hombros, intentando discutir con ella, cuando el terrateniente Wentworth entró en el claro a grandes zancadas, seguido de Mickleby. Todo lo que Millicent pudo hacer fue jadear de terror y girar del brazo de William, protegiendo su cuerpo con el suyo cuando el cañón del arma se elevó hacia ellos.

Amanecía en el este cuando los tres jinetes abandonaron los establos de Solgrave y emprendieron su paseo matutino.

"No puedo creer que me dijeras una vez que no montabas", dijo Stanmore mientras observaba su grácil manejo del caballo.

Rebecca sonrió ante el cumplido y se encontró con la cálida mirada de Stanmore. "No era mentira. No había montado a caballo desde que estudiaba en la escuela de la señora Stockdale en Oxford".

"Así que ella es la responsable de todos tus defectos. He oído hablar de la escuela".

"¿Fallas?", susurró con fingido enfado. Miró a James, que cabalgaba en su poni a una distancia prudencial por delante de ellos. "Si no recuerdo mal, hace sólo una hora me describías en términos de perfección absoluta".

Bajó aún más la voz y se inclinó hacia ella, con un brillo sugerente en sus ojos oscuros. "¿Y no estabas perfectamente desnuda conmigo enterrado muy dentro de ti en ese momento?"

Ella se sonrojó profundamente y trató de volver la cara, pero el suave roce de él en su rodilla le devolvió la mirada. "Eres la perfección absoluta, mi amor, vestida o no. ¿Y mi referencia a tus defectos? No tienes ninguno... así que debo reconocerle a la señora Stockdale el mérito de haber contribuido a formar a la mujer que amo".

Rebecca puso su mano en la de él, calentada por dentro y por fuera por la forma en que él depositó un beso en sus dedos y luego en su palma.

Cuando Jamey frenó su poni y se volvió hacia ellos, ambos se soltaron de la mano y se removieron culpablemente en sus monturas. El muchacho miró a uno y a otro antes de hablar. "¿Podemos cabalgar hacia la vieja cabaña del leñador? Le prometí a Israel echar un vistazo al lugar esta mañana mientras cabalgábamos".

"Iremos donde nos guíes".

El tono alentador de Stanmore hizo sonreír al muchacho, y Jamey espoleó a su poni por delante de ellos.

"¿Es ése el lugar donde encontraste a Israel?". preguntó Rebeca en voz baja, mirando la espada que el conde había empezado a llevar en sus paseos.

Stanmore asintió. "Pero creo que éste es también el lugar donde los dos muchachos se

conocieron. Está bastante cerca de Melbury Hall..."

Los ojos del conde se entrecerraron y Rebecca levantó la vista a tiempo de ver a Jamey dando riendas a su poni. Al otro lado del prado, una chica corría hacia ellos. Se detuvieron cuando la muchacha se les acercó. Gritaba incoherencias, y el conde desmontó de inmediato y la cogió del brazo.

"Tiene un arma, milord. Va a matar al Sr. Cunningham y a mi señora. Apúrese, milord. Por favor, ¡dese prisa!"

"¿Quién tiene un arma?"

"Squire Wentworth, milord. Cree que mi señora está huyendo con el Sr. Cunningham. Pero no es así... es todo una mentira que Mickleby le ha contado... y... el maestro de escuela vino para llevarme de vuelta con mi familia... el squire iba a hacerme daño..."

"James, cabalga de vuelta a Solgrave tan rápido como puedas, y dile a Porson que traiga algunos hombres a Melbury Hall". Saltó a su propio caballo mientras James tiraba de su poni y galopaba de vuelta por donde habían venido. "Rebecca, llévate a esta chica..."

"Voy contigo", respondió ella, cortándole el paso. "Millicent es mi amiga. Tengo que ir".

Stanmore frunció el ceño con fiereza, pero asintió.

"Muy bien, pero quédate detrás de mí y mantén las distancias", advirtió. "Wentworth es tan tonto como para herir a cualquiera que se interponga en su camino".

"Prometo mantenerme alejada de él", susurró. "Sigue tu camino."

Mientras Stanmore se adelantaba, Rebecca miró a la llorosa muchacha. "Vuelve a Solgrave y espera allí. Pregunta por la señora Trent cuando llegues. Ella se ocupará de ti hasta que volvamos".

"Estoy muy preocupado por mi señora, señora. Ella está..."

"Su señoría se encargará de ello. Hiciste muy bien en venir tras él. Ahora sigue tu camino".

Rebecca espoléó a su caballo tras Stanmore, de repente frenética de preocupación. Y si Wentworth llegara a tocar a Stanmore, pensó, volvería a matar.

Millicent apretó la espalda contra William y se negó a ser apartada. "Déjalo ir, Wentworth. Esto no es lo que piensas".

"La puta y su corte". Se rió crudamente, mirando a los trabajadores negros reunidos a su alrededor. "Así que esto es lo que he estado haciendo mal durante los últimos cinco años. Por eso me alejas. A su señoría le gusta el público. O es que le gusta tener más de uno dentro a la vez".

"Eres abominable. No te atrevas a hablarle así". Cunningham apartó a Millicent y dio un paso adelante. "Eres un vil cerdo, Wentworth. Te deshonoras a ti mismo... deshonoras todo lo que..."

El disparo resonó entre los árboles y las cabañas, aturdiendo a todos con su brusquedad. El caballo enjaezado al carruaje saltó unos pasos al oír el sonido, pero se detuvo junto al agua.

El maestro de escuela, lanzado hacia atrás por el disparo, estaba sentado y miraba incrédulo el agujero de su pecho. Presionándose la herida con las manos mientras la sangre empezaba a manar, miró a Millicent y luego se estiró hacia atrás.

"¡NO!", gritó ella, cayendo de rodillas junto a él. La sangre formaba un delgado río negro bajo él y se extendía por el suelo. Le apretó el pecho con la mano, pero fue en vano.

"Por favor, no mueras, William. ¡Por favor!"

Le tocó la cara, sus dedos marcaron con sangre su frente, su mejilla, sus labios inmóviles. Tenía los ojos abiertos, pero miraba sin ver el cielo del amanecer.

Wentworth entregó la pistola a Mickleby y desenvainó su espada. "¿Y quién será el próximo en morir, Millicent?" Caminó hacia la fila de trabajadores que permanecían en silencio a su alrededor. Al acercarse, nadie se acobardó. Nadie se retiró.

"Mátame", sollozó Millicent, inclinándose sobre el cadáver del maestro de escuela. "Mátame y acaba de una vez".

"Todo a su tiempo, querida". Sus ojos se fijaron en los rostros hostiles de los reunidos, en las miradas que ya no se apartaban de él. "Morirás esta mañana. Pero antes de que te conceda tu deseo, es apropiado que seas testigo de lo que tus acciones costarán a algunas de estas criaturas".

Millicent miró entre lágrimas cómo Wentworth apoyaba el filo de la espada en el pecho de la persona que tenía más cerca. Soltó un grito ahogado cuando él le hizo un tajo en la piel de la camisa lo suficientemente profundo como para extraerle sangre. El hombre apenas se inmutó. Wentworth levantó la punta del arma, apuntando a la cara del hombre antes de avanzar por la fila, estudiando cada rostro a medida que avanzaba.

"Debemos hacer esto en el orden correcto, querida. Mataremos a tus amigos en el orden correcto".

Millicent contuvo la respiración y contempló horrorizada la sed de sangre que se reflejaba en las facciones de su marido. Cuando éste se detuvo ante Jonás y levantó la espada hacia la garganta del hombre, Millicent se puso en pie y corrió hacia ellos.

"Por favor, no lo mates", sollozó. "Por favor, *Wentworth, te lo ruego. Ten piedad*".

Millicent no pudo llegar hasta él lo bastante rápido. Wentworth la miró con desprecio, levantando el codo para empuñar el arma.

Sin embargo, la mueca de desprecio se transformó en una mirada de sorpresa, y la espada cayó al suelo a sus pies. Alargando la mano hacia atrás, el escudero abrió la boca para hablar y luego cayó de rodillas al suelo. Mientras caía, Millicent vio cómo Moses soltaba el mango de su cuchillo, dejando que el escudero se retorciera en su agonía final.

El viejo esclavo se volvió lentamente y miró a su amigo. "Jonás", susurró, con lágrimas en su curtido rostro.

El rugido procedente de detrás de ella la sacudió de su trance.

"Escoria asquerosa. Los mataré a todos".

Millicent se volvió y vio a Mickleby avanzando hacia ellos, espada en mano.

"¡NO! ¡Corre, Moisés! ¡Detente, te digo, Mickleby!" Intentó lanzarse sobre el alguacil, pero unas manos la sujetaron. Se retorció aterrorizada. "¡Jonah... corre!"

Ninguno de los hombres se movió, y Millicent sintió que las manos la apartaban del camino del alguacil. Se oyó gritar, vio a Mickleby avanzar como en un sueño. Entonces, a su alrededor, la fila de trabajadores empezó a retroceder arrastrándola a ella. El sonido de un trueno llenó el aire. El alguacil se detuvo, con la espada en alto, cuando estaba casi encima de los dos hombres. Giró la cabeza y Millicent vio un destello de miedo en sus ojos.

Ese fue todo el tiempo que Lord Stanmore necesitó. Cuando el cazador negro pasó a toda velocidad, la espada del conde se arqueó en el aire, derribando al alguacil de un solo golpe mortal.

Millicent se quedó inmóvil mientras las manos que la sujetaban se aflojaban y luego la soltaban. Vio cómo Stanmore desmontaba y, con una rápida mirada hacia ella, se dirigía directamente al cuerpo de Cunningham. Con el ceño fruncido, un momento después cerró los ojos del joven con manos inseguras. Su examen de Wentworth y Mickleby, sin embargo, fue frío y breve.

Rebecca entró en el claro y desmontó de su caballo, acercándose inmediatamente a ella.

Millicent aceptó el abrazo de su amiga, pero su mirada permaneció fija en Moses, que seguía de pie junto al cadáver del escudero.

"Yo lo maté", le dijo Moses al conde, señalando el cuerpo de Wentworth. "Mató al maestro. Iba a matar a Jonás. Yo lo maté. Lo maté con esto". Se agachó y señaló la empuñadura que aún sobresalía del cuerpo del escudero.

"¡Oh, Moisés!" Millicent gritó.

Stanmore la miró brevemente antes de poner la mano en el hombro de Moses. Millicent contuvo la respiración.

"Los que vieron esto te dirán que estás equivocado, Moses. Tú no mataste a Squire Wentworth. Yo lo maté". Se agachó y sacó el cuchillo, lo limpió y se lo devolvió a Moses, diciendo suavemente: "¿Puedes recordarlo? Tú no mataste a nadie".

Moisés miró confundido a Jonás, quien, a su vez, le hizo un gesto con la cabeza.

"Puede recordarlo, milord". Dijo Jonás en voz baja.

Stanmore asintió, y su mirada recorrió el grupo. Señaló al señor Cunningham. "Este gran hombre, nuestro amigo, está muerto, pero estos otros dos se merecían lo que les ha pasado. Sería mejor para todos nosotros olvidar lo que ha pasado hoy".

Los trabajadores asienten con la cabeza.

"Muy bien, entonces. Jonah, tal vez sea mejor que alguien vaya a la mansión a buscar ayuda. Y necesitaremos traer al Reverendo Trimble desde Knebworth... para arreglar las formalidades."

La disposición del viejo mayordomo a responder a cada una de sus preguntas hablaba a las claras del persistente rencor del hombre hacia su difunto amo y su familia.

"Tenía la moral de un gato y el autocontrol de una cabra. Le daba igual quién fuera... o cuándo... o cuántos". Robert se sentó en una silla frente al abogado. Sir Nicholas estaba cómodamente de pie junto a la ventana. "Sir Charles recogía a una chica en el Strand, la llevaba al teatro Haymarket y se marchaba con ella del brazo y alguna actriz guapa del otro. Iban a la taberna Rose o a Ranelagh Gardens, y al amanecer recogía a alguna puta en St. James's Park de camino a casa". El hombre sacudió la cabeza con disgusto. "Todo el mundo en la casa sabía cuando Sir Charles se había pillado la gonorrea. Las chicas rezaban para que durara... ya que significaba que se mantendría alejado de ellas mientras durara la quemazón".

"¿Y Lady Hartington aguantó todo esto?"

Robert se encogió de hombros ante el abogado. "¿Qué iba a hacer ella? Tuvo tres hijos pequeños con él, y después todos pensamos que estaba contenta de que su lascivia se dirigiera a otras mujeres y no a ella". Sacudió la cabeza. "No, señores. Creo que a ella no le importaba, siempre y cuando él fuera medianamente discreto al respecto... y se mantuviera alejado de su cama".

"Supongo que Sir Charles se encaprichó de Rebecca Neville."

Robert miró al hombre más joven. Jorge había hablado muy bien de Sir Nicholas y el viejo mayordomo entendía por qué. Podía ser de alta alcurnia, pero tenía los pies en la tierra.

"Eso hizo", respondió Robert. "Pero desde el principio ella no quiso saber nada de él. Verás... ella no es como las demás. Ella no era sirvienta en la casa... al menos, eso era lo que teníamos entendido. Y Lady Hartington la trataba como si fuera de calidad o algo así".

El antiguo mayordomo miró atentamente a los dos caballeros que esperaban a que continuara. Durante todos los años que había trabajado para Hartington, Sir Charles nunca le

había tratado con la mitad de civismo que a estos dos. "Como iba diciendo, la presionó primero igual que hizo con toda la ayuda. Pero ella no cedió. Y entonces, una noche, y cuando la esposa estaba fuera, se impacientó, supongo que podría decirse, y me ordenó que se la trajera."

"¿Lo hiciste?", preguntó el abogado, horrorizado.

"Puede que el asqueroso me haya pagado, pero no soy un proxeneta. Y nunca obligué a ninguna mujer a ir a la cama de ese hombre". El hombre sacudió la cabeza en defensa propia. "Lo único que hice fue contarle a la señorita Neville la orden del amo. El resto dependía de ella".

"¿Se fue?"

"Ella me dijo que le dijera que se iba. En mitad de la noche... sin un lugar adonde ir... estaba dispuesta a irse a la calle antes que esperar y ser utilizada así por el amo". Robert sacudió la cabeza al recordarlo. "A Sir Charles casi le da un ataque cuando se lo conté".

"¿Qué ha hecho?"

"La acorraló en las escaleras y la acusó de robar las joyas y la plata de su mujer. Luego la arrastró de vuelta a su estudio, cerrando la puerta tras ellos".

Ninguno de los hombres habló. Ambos le miraban con gravedad. Sabía que pensaban lo peor.

"No conseguí lo que quería. La Srta. Rebecca no se lo dio. En lugar de eso, la valiente muchacha le dio un golpe en la cabeza con un atizador y huyó".

"¿Qué pasó después?", preguntó impaciente el abogado.

"Creo que ella pensó que lo había matado. Todos lo pensamos al ver la sangre derramada sobre la alfombra. Salió corriendo de la casa y bajó a la calle. Alguien nos dijo que la vio subir a un carruaje que pasaba. Pero no volvimos a verla".

Los dos hombres se miraron.

"Elizabeth", dijo Sir Nicholas.

El abogado se volvió hacia el mayordomo. "¿Y Sir Charles?"

Robert se rió sin gracia. "Le siguieron la vergüenza y los problemas. Estuvo inconsciente hasta que su mujer llegó a casa y nos envió a buscar un médico. Ella no estaba muy contenta al verle... ya saben, allí tirado con un corte en la cabeza y los calzones abiertos y... bueno, señores, sus intenciones eran muy claras".

"¿Y eso fue todo?"

"En absoluto, señor". Robert se rió de nuevo. "Sir Charles terminó con una cicatriz en la cabeza que ni siquiera una peluca pudo cubrir. Y a pesar de la objeción de su esposa, quería que la señorita Neville fuera perseguida y ahorcada por lo que había hecho. Por supuesto, ya había cambiado su versión de lo sucedido. Ella era una ladrona y una puta asesina, según su versión. Pero en cuanto empezó a hacer ruido así, el cielo se le cayó encima".

"¿Qué quieres decir?" preguntó Sir Nicholas.

"La familia de la Srta. Neville apareció."

"¿Su familia?"

Robert asintió al abogado. "Primero aparecieron un puñado de abogados acusándole de todo menos de provocar el Gran Incendio. Luego aparecieron los dos lores en un carruaje más fino que cualquiera que Sir Charles hubiera soñado tener. Ninguno de nosotros sabía nada antes, pero entonces supimos con certeza que la chica era de verdadera calidad. De alguna manera había sido distanciada de su familia. Pero en resumidas cuentas, señores, los Hartington estaban metidos en un buen lío por no cuidar de ella, porque nadie pudo encontrarla después de aquello". El hombre sonrió con sombría satisfacción. "Fue bastante feo".

"¿Cómo se llamaba la familia?", preguntó el abogado. "¿Lo recuerda?"

"Por supuesto, señores". El hombre asintió. "El nombre era North. Todos juramos guardar el

secreto, pero no me importa decírselo. Era hija del conde de Guilford. Ya sabes, Lord Guilford de la Abadía de Wroxton. Imagina... *nuestra* Srta. Neville, hermana de Lord North, ¡el Primer Ministro del rey!"

Capítulo Treinta Y Dos

"NO PUEDO IRME, Rebecca. No puedo dejar Melbury Hall esta noche... y no puedo dejarlo el viernes".

Desde que Rebecca había llegado a la Arboleda esta mañana -desde el momento en que había visto a su amiga junto a los obreros sobre el cadáver del escudero- había adivinado esta decisión.

"William no debería haber muerto". Millicent bajó la mirada a su regazo y se quitó una lágrima de la cara. "Pero la inevitable verdad es que se ha ido. Wentworth no dejó heredero, así que yo voy a heredarlo todo..." Hizo un gesto vago con la mano. "Ahora todo es mío: Melbury Hall, las plantaciones de Jamaica, sus posesiones de esclavos. Hay mucho que deshacer, y me corresponde a mí hacerlo. Pero por primera vez en mi vida, no tengo miedo".

Rebeca tocó suavemente la rodilla de su amiga y atrajo su mirada. "Lo harás bien en todo lo que tengas que hacer. No sabes lo orgullosa que estoy de ti".

"¿Entonces no estás enfadado conmigo?"

"¿Por no huir?" Rebecca sonrió y negó con la cabeza. "Ojalá tuviera la mitad de tu valor. No, no estoy enfadada, Millicent... sólo orgullosa de ser tu amiga".

"¿Pero *tienes* que irte?", preguntó en voz baja. "¿Qué posibilidades hay de que alguien te descubra... de que se entere de tu secreto? Puedes quedarte conmigo... podemos..."

Millicent dejó de hablar cuando Stanmore regresó a la habitación.

"¿Ha hecho los arreglos, milord?" preguntó Rebecca.

Los dos escucharon atentamente las explicaciones del conde. Millicent aceptó la oferta del conde de enviar a Philip durante unos días a Melbury Hall para que se encargara de contratar a un nuevo mayordomo, alguacil y sirvientes. Fue una oferta bien recibida, pues lady Wentworth había decidido que todo el personal de la casa que se hubiera aliado con el terrateniente debía marcharse.

Cuando Stanmore y Rebecca se dispusieron a marcharse, Millicent estrechó a su amiga en un largo abrazo. "¿Te volveré a ver?", le susurró al oído.

"Por supuesto", murmuró Rebeca con voz ronca, sabiendo que si decía la verdad ahora, muy probablemente perdería tanto la compostura como el valor.

El conjunto de salones de la casa palaciega de Lady Mornington, con vistas a Grosvenor Square, estaba lleno de la multitud habitual de hombres y mujeres que practicaban su destreza en las diversas mesas de juego.

"Nunca pensé que te vería tan fácilmente derrotada, Louisa". Lady Mornington lanzó una

mirada socarrona a su amiga mientras se sentaban juntas en una tumbona. "Pero este enfurruñamiento no te sienta nada bien."

"Hay que hacer la guerra antes de aceptar la derrota". La mirada de Louisa recorrió a la multitud bien vestida. "En el caso de Stanmore, la guerra no valía el premio".

"¿Así que esta... esta Sra. Ford era una oponente más digna de lo que supuso al principio?"

"¿Quién?" preguntó Louisa con despreocupación.

Lady Mornington inclinó la cabeza hacia su joven amiga. "Fuiste una mujer inteligente al abandonar el campo de batalla mientras aún tienes la cabeza pegada a los hombros. Stanmore no es conocido por tomarse demasiado bien a las mujeres que, tras ser despedidas, llegan sin invitación a su puerta".

Nada era sagrado, pensó Louisa. Esa zorra de sirvienta debía de haberles contado a todos lo de la carta de Stanmore.

"No fui a Hertfordshire a visitar a Solgrave", mintió. "Estaba visitando a un viejo amigo".

"Yo también he oído hablar de eso". La mujer mayor sonrió. "¿Y cómo está Squire Wentworth estos días? ¿Todavía se entretiene maltratando a su desafortunada esposa?"

"No podría decir nada al respecto". Louisa se acomodó un mechón de su cabello empolvado antes de girar su rostro enfurruñado.

"Deberías mezclarte con mejor compañía que Wentworth, querida. Teniendo en cuenta la reputación de ese hombre, incluso alguien tan inteligente como tú no se llevaría muy bien con él durante mucho tiempo". La mirada de la mujer mayor recorrió la multitud antes de volver a Louisa. "Sin embargo, esta noche tengo en mente a alguien que deberías conocer. Ciertamente distinguido caballero que te curará fácilmente de tu pérdida de Stanmore. Te devolverá la salud, querida, tanto en el bolsillo como en la cama".

Louisa no pudo evitar interesarse.

"Ah, ahí está." Lady Mornington saludó a un hombre bien vestido al otro lado de la habitación. El caballero inició su camino. "Augustus Fitzroy, el tercer duque de Grafton. Es asquerosamente rico y recientemente divorciado".

"¡Por supuesto!" Louisa levantó una ceja con admiración cuando el apuesto hombre se acercó. "Lady Mornington, es usted una doctora de primer orden. Creo que acaba de encontrar la cura para la melancolía".

Rebecca se despertó con el ruido de carruajes entrando en la entrada. Miró a su lado y vio que Stanmore ya se había ido. La luz del día entraba a raudales por las ventanas, y un vistazo al reloj de la chimenea le indicó que había dormido mucho más tarde de lo habitual.

Stanmore también había querido que fuera a cabalgar con James y con él esta mañana. Pero con todo lo que había ocurrido ayer en Melbury Hall, se preguntó si ambos habrían decidido no hacerlo.

Apartó las sábanas y se puso una bata de brocado. Se pasó la larga melena por encima del hombro y se acercó a la ventana a tiempo para ver cómo los últimos visitantes desaparecían. Una docena de jinetes, lacayos y mozos de cuadra se arremolinaron un momento en la entrada antes de conducir el carruaje y los caballos hacia los establos.

"Oh, no", gimió. "¡El Primer Ministro... ya!"

Philip le había advertido de la visita de hoy. Bueno, pensó, esta mañana se quedaría en su habitación. Cuanta menos gente conociera, menos preguntas le harían y más fácil le resultaría a

Stanmore explicar su desaparición cuando ella no estuviera.

Sin embargo, tenía que reunirse con Jamey esta tarde. A solas. Su tiempo con él estaba llegando rápidamente a su fin y tenía que despedirse.

Mientras se lavaba la cara, unos golpecitos en la puerta llamaron su atención. Se ciñó más la bata y fue a abrir. La señora Trent y cuatro criadas esperaban fuera.

"Estoy tan contenta de que ya te hayas levantado, querida", dijo el ama de llaves sin aliento. "Tenemos que prepararte".

Sin dar oportunidad a Rebecca de pronunciar palabra, la mujer hizo un gesto a los criados para que la siguieran al interior de la habitación. Su mejor vestido estaba tendido sobre la cama mientras la señora Trent y dos de las chicas la sentaban ante un espejo, con los cepillos y peines en la mano.

"¿De qué va todo esto?", consiguió preguntar, entre las apresuradas instrucciones de la señora Trent a las peluqueras.

"El Primer Ministro está esperando una presentación, por supuesto. Lord Stanmore ya está con él. La casa está en un completo alboroto... Quiero decir, con Sir Nicholas y Sir Oliver llegando antes del amanecer de esta mañana, y su señoría pasando una hora a puerta cerrada con ellos antes de tomar su café, incluso. Y en cuanto ha terminado de hablar con ellos, quién viene por la calle... ¡la fiesta del Primer Ministro!". El ama de llaves seleccionó ella misma la ropa interior. "Ahora, sé que su señoría ni siquiera ha desayunado todavía... y ya sabes cómo es antes de comer..."

Voraz, pensó Rebecca, ocultando una sonrisa.

"Bueno, lo vi... sólo por un momento mientras se movía de una habitación a otra... y ciertamente no tenía el aspecto de un hombre hambriento. De hecho, parecía... bueno, no sé cómo describirlo".

Sin tomarse un respiro, el ama de llaves continuó, regañando a las chicas por su lentitud en preparar a Rebecca. "Ahora, si no me hubieras dado tanto la lata con tu nuevo vestuario, habría elegido un vestido de marfil con lazos dorados para que lo llevaras hoy... pero entonces quizá mande encargar uno de todos modos. Todavía queda todo el verano para disfrutar".

La mente de Rebecca se desvió hacia Stanmore y su casa llena de invitados. Rezaba por que no se estuviera exponiendo al escándalo al tratar de conseguir el indulto para ella. Y qué extraño que sir Oliver y sir Nicholas vinieran en mitad de la noche.

"Más hermosa que una flor de verano". La Sra. Trent asintió con aprobación, haciendo los últimos ajustes en el vestido.

En la mente de Rebecca destellaron pensamientos de rebelión. Si decidía no bajar, entonces Stanmore podría no sentirse obligado a revelar su pasado a un desconocido. Entonces no se estaría abriendo a...

"Está lista". La Sra. Trent cogió a Rebecca del brazo y la condujo hacia la puerta antes de que pudiera siquiera formular un plan viable.

Debería haber ido ayer. No debería haberle dicho la fecha exacta. Debería haber sabido que él haría algo para detenerla. Él mismo lo había dicho.

Curiosamente, no estaba enfadada. Pero estaba asustada. Tal vez esto era lo que sentía al caminar hacia la horca.

Los pies de Rebecca estaban plomizos cuando bajó las escaleras. De algún modo... en algún lugar... después de salir de su habitación, la señora Trent y las criadas se habían quedado atrás. Al pie de la escalera, vio a Sir Nicholas y Sir Oliver de pie en el rellano. Ambos levantaron la vista y la observaron. No entendía por qué sonreían. Todo el mundo parecía haber perdido la

cabeza esta mañana.

El abogado caminó hacia ella y le cogió la mano cuando Rebecca llegaba al último escalón. "Sepa esto, milady. Ha sido un placer servirla".

Rebecca quiso preguntarle de qué hablaba, pero en ese momento se abrió la puerta del estudio del conde y vio salir a Stanmore. Le dio un vuelco el corazón al ver el cambio de expresión de Stanmore al verla. Su mirada estaba llena de amor y esperanza, pero incluso cuando el pensamiento se grabó en su cerebro, sus rasgos volvieron a ponerse serios.

Sus pasos eran decididos cuando caminaba hacia ella. Rebecca le tendió la mano, necesitando su fuerza para avanzar un centímetro más.

"Buenos días, Rebecca. ¿Te he dicho hoy que te quiero?" Le besó la mano y luego, sin tener en cuenta a su público, le besó los labios con tanto anhelo que ella tuvo que agarrarse a su chaqueta para no derretirse contra él.

Cuando se apartó, ella aún se tambaleaba. Le rozó la oreja con un beso.

"Tú no mataste a Hartington, mi amor", le susurró al oído. Ella le apretó la solapa con más fuerza, apenas comprendiendo las palabras que acababa de oír. "El canalla sobrevivió aquella noche y vivió lo suficiente para infligirse a más mujeres inocentes... antes de ser asesinado por un marido furioso hace ocho años".

El estómago de Rebecca era un nudo doloroso. Le miró a la cara con incredulidad. "Por favor, no bromees conmigo".

"Nunca bromearía sobre algo tan serio". Sacudió la cabeza e hizo un gesto a Birch, que estaba cerca.

"Lo que su señoría ha dicho es la verdad, milady. Sir Nicholas y yo entrevistamos a Lady Hartington y a Robert, el mayordomo que sirvió a la familia hace diez años. No hay duda de los hechos".

"¡Dios mío!" Se tapó la boca con una mano mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

"No debes llorar". Stanmore la abrazó de nuevo, depositando besos en su frente.

"¿Soy el único que no está invitado a saludar a la encantadora Srta. Neville?"

Rebecca se apartó rápidamente las lágrimas y trató de serenarse al oír la voz del visitante. Stanmore la soltó, pero siguió cogiéndola de la mano mientras se volvían hacia su invitado.

"Lord North, le presento..."

"No hacen falta presentaciones". El hombre habló suavemente mientras se acercaba. "Habría conocido a esta dama en cualquier lugar y en cualquier momento. Es una pena que el destino nos haya separado durante tanto tiempo".

Rebecca hizo una reverencia a un hombre al que estaba segura de no haber visto nunca.

La primera ministra le quitó la mano al conde y se encaminó hacia la biblioteca. Rebecca lanzó una mirada interrogativa por encima del hombro a Stanmore, que continuaba de pie al pie de la escalinata.

"¿Vienes, Stanmore?" llamó el Primer Ministro. "Como futuro marido de mi hermana, creo que tienes derecho a que te hable de la locura que corre por nuestro lado de la familia. Pero, de nuevo, ella parece estar hecha de una estirpe mucho mejor y más sana".

Rebecca estaba segura de que todo el mundo se había vuelto loco esta mañana.

Epílogo

UN MES. ¡Un mes lo habría cambiado todo!

Un mes de diferencia y el conde de Guilford habría regresado del continente a tiempo para recoger a su hija Rebecca Neville -llamada así por la propia madre del conde- para introducirla adecuadamente en la sociedad londinense. Un mes de diferencia y Rebecca no habría ido a la casa de Hartington como tutora. Un mes de diferencia y no habría huido pensando que había cometido un asesinato. Un mes de diferencia y nunca habría conocido a Elizabeth Wakefield y comenzado una nueva vida en las colonias.

Un mes de diferencia y nunca habría encontrado a Jamey o Stanmore.

De hecho, a pesar de todas las dificultades que le había traído, aquel mes había supuesto toda la diferencia del mundo a la hora de garantizarle una felicidad que trascendía sus sueños más salvajes.

La lista de invitados a la boda había sido, cuando menos, extensa. Y en ella, se dio cuenta Rebecca, Stanmore había añadido personalmente el nombre de la señora Jenny Greene. El gesto le alegró el corazón, a pesar de que la anciana actriz había enviado una nota declinando la invitación. Un "compromiso anterior" que había escrito con letra temblorosa y desigual. Pero ninguna negativa podía estropear la felicidad de Rebecca, que había hecho las paces con el pasado. Lo que importaba era el día de hoy y todos los días venideros.

La noticia de la próxima boda del conde de Stanmore con la señorita Neville -una "pariente" perdida hace mucho tiempo del Primer Ministro- fue bien cubierta por los diversos periódicos y cotilleada sin cesar entre la *tonada* londinense. La boda prometía ser el acontecimiento de la temporada.

El día de la boda comenzó neblinoso y gris. Pero a medida que los carruajes llegaban a Knebworth desde cerca y desde lejos, las nubes se fueron disipando y el rocío brilló como diamantes en el paisaje. Incluso ahora, el sol de finales de verano sonreía a la numerosa concurrencia y a la pareja que acababa de intercambiar sus votos en la escalinata de la vieja iglesia.

Rebecca levantó la vista y se encontró con la cariñosa mirada de Stanmore mientras la multitud la contemplaba con expectación. Con una floritura final, el reverendo Trimble bendijo su unión y el mundo a su alrededor estalló en una cacofonía de vítores. Sin embargo, lo único que Rebecca oía era la declaración de amor eterno de su marido. Lo único que podía ver era la niebla en sus ojos mientras la abrazaba.

"No creo que haya habido un hombre más feliz que yo en este momento". Sus labios se encontraron con los de él y ambos se perdieron en un momento de ternura que sólo les pertenecía a ellos.

Sin embargo, la muchedumbre que los rodeaba no permitió que la pareja permaneciera mucho tiempo sin ser molestada. Al instante siguiente, el conde de Guilford estaba a su lado. El nuevo hermano de Rebecca, lord North, y su esposa e hijos, avanzaban impacientes para alcanzar a la pareja. Lady Meg, la madre de Stanmore, sonreía desde su lugar, justo detrás de ellos. Había hecho el viaje desde Escocia para conocer a Rebecca, y las dos mujeres se habían compenetrado desde el momento en que se conocieron. Y ahora estaba preparada para dar la bienvenida a su nueva hija a la familia.

Sin embargo, a pesar de los jubilosos adultos que se agolpaban entre los recién casados, Jamey fue el primero en recibir la atención de los dos. Cuando el niño se separó de Lady Meg, Rebecca lo alcanzó y Stanmore lo levantó en brazos. Juntos, los tres se giraron para disfrutar por un momento de los cálidos deseos de los invitados reunidos.

"¿Está lista, milady?" preguntó Stanmore algún tiempo después, una vez hechas las felicitaciones, y Jamey había saltado de nuevo al lado de Lady Meg. La multitud se había separado para dejarles paso hasta el carruaje que les esperaba. "¿Lista para ir a recibir a nuestros invitados en Solgrave, mi amor?"

Lo único que Rebecca pudo hacer fue asentir y aceptar su brazo, pues no creía que pudiera hablar en ese momento y mantener sus emociones bajo control. Juntos bajaron los escalones de la iglesia y atravesaron la multitud.

Con los simpatizantes alineados en la calle, se dirigieron hacia el festín que les esperaba en Solgrave.

"¿Eres feliz?"

Las lágrimas rodaron por su rostro cuando Rebecca se volvió y asintió a su marido. "Gracias, querida mía. Gracias por el regalo de tu amor, tu honor... tu promesa de un futuro..."

"No tenía futuro sin ti". La estrechó entre sus brazos y la besó. "Estaba incompleto sin ti, Rebecca. Tú eres quien me ha hecho completo".

Le sonrió. "Si sigues hablando así, puede que me vea obligado a persuadirte para que tomes una ruta indirecta de vuelta a Solgrave".

"Podemos organizar una larga parada en el viejo molino". Sus ojos brillaron con picardía. "O tal vez deberíamos dejar el entretenimiento de los invitados a mi madre y partir hacia Escocia en este instante".

Cuando él miró hacia el cochero, ella le agarró la barbilla y atrajo su rostro hacia ella. "Realmente no podríamos hacerlo. Quiero decir que suena perfectamente perverso... y maravilloso, pero hay tanto..."

Las palabras de Rebecca se interrumpieron cuando sus ojos se centraron en una mujer mayor, elegantemente vestida, sentada en un carruaje abierto junto a la carretera. Cuando su propio carruaje pasó junto a ella, Rebecca se quedó mirando aquel rostro extrañamente familiar. Se le hizo un nudo en la garganta y levantó una mano vacilante en señal de saludo. La mano enguantada de la mujer también se levantó, pero no saludó. Rebecca la observó enjugarse las lágrimas y apartar la mirada.

Rebecca se quedó mirando la orgullosa figura de Jenny Greene durante un largo momento.

"¿Paro el carruaje? Es el momento perfecto para que nos reunamos todos".

Rebecca negó con la cabeza. "No creo que mi madre esté preparada para algo más todavía".

Y mientras pronunciaban estas palabras, los dos vieron que el carruaje de Jenny arrancaba en dirección contraria.

"Lo siento", le susurró Stanmore al oído mientras atraía a Rebecca entre sus brazos. "Siento que este día no haya podido ser perfecto".

"Pero lo es", respondió Rebecca, iluminándose y apretando una mano contra el corazón de su marido mientras se encontraba con su mirada afectuosa. "Tengo todo lo que siempre he deseado. Todo lo que he soñado en mi vida. Esto es simplemente tan perfecto como puede ser la vida".

La nueva vida de Millicent Wentworth continúa en *Sueños prestados*. No te la pierdas.

Gracias por leer *La Promesa*. Si le ha gustado, considere la posibilidad de contárselo a sus amigos o de publicar una breve reseña. El boca a boca es el mejor amigo de un autor y es muy apreciado.

No deje de buscar la premiada novela *Sueños Prestados*, la aventura romántica de Millicent Wentworth... una de las once historias interconectadas que incluyen *La Promesa*.

Nota del autor

Para los lectores que han seguido nuestras historias, esperamos que el salto de un escenario medieval escocés a la Inglaterra de Jorge III les haya resultado tan divertido como a nosotros.

Para nuestros nuevos lectores, queríamos darles las gracias por compartir una historia que nos moríamos por contar desde hace tiempo. Como siempre, hemos intentado describir un lugar y una época de manera que se mezclen lo real y lo imaginario de forma entretenida. Lord North, Lady Mornington, incluso el cochero de Filadelfia John Butler (el marido de Molly, la amiga de Rebecca), eran personajes históricos reales. Strawberry Alley y la Friend's School de Filadelfia, Berkeley Square y el teatro Covent Garden de Londres, y Broad Quay de Bristol eran lugares reales.

El tema de la esclavitud en Estados Unidos es bien conocido por la mayoría de nosotros. Sin embargo, muy pocos de los aquí presentes son conscientes de la lucha que los abolicionistas llevaron a cabo para erradicar este mal en Inglaterra. thGracias a los esfuerzos de algunos pensadores progresistas, a partir de mediados del siglo XVIII, el Parlamento acabó con el comercio de esclavos en 1807. En 1833 aprobarían con éxito un proyecto de ley para abolir la esclavitud en todos los dominios británicos.

A título personal, nos gustaría expresar nuestro más sincero agradecimiento a la Dra. Marjie Bloy, de Rotherham, Inglaterra, por su amable ayuda con tantas preguntas sobre la política del siglo XVIII, la Cámara de los Lores y Lord North y su familia. Su amabilidad, su conocimiento y su calidez no tienen límites. ¡Gracias, Marjie!

Nuestro próximo romance histórico, *El Rebelde*, retoma la historia de Sir Nicholas Spencer en Irlanda. También tendrás la oportunidad de visitar a Stanmore y Rebecca.

Y lo que es aún más importante, *La Promesa* es la precuela de otras ocho novelas y novelas cortas que componen la serie de la Familia Pennington. Comienzan con *Sueños Prestados*, en la que te llevamos de vuelta a este mismo rincón de Inglaterra donde Millicent tendrá una segunda oportunidad de ser feliz con el notorio y herido Lyon Pennington, conde de Aytoun.

Serie de la familia Pennington: 1ª Generación

En la Trilogía del Sueño Escocés, la serie de la Familia Pennington se pone en marcha cuando tres hermanos luchan con el recuerdo de Emma, una enigmática joven cuya trágica y misteriosa muerte en el castillo de Baronsford amenaza con dividir a la familia para siempre:

Sueños Prestados (Premio RT a la mejor novela histórica británica)
Sueños capturados
Sueños del destino

Serie de la familia Pennington: 2ª generación
Hijos de Millicent y Lyon...
y mucho más.

Romance con el Escocés
Sucedió en las Highlands
Dulce Hogar Navidad en las Highlands (Finalista del premio RITA©)
Sin Dormir en Escocia
Querida Millie
Cómo abandonar a un duque (novela)
y
El Príncipe en la Despensa (novela)

Como autores, nos encantan los comentarios. Escribimos nuestras historias para nuestros lectores, y nos encantaría saber de ti. Nos esforzamos constantemente por escribir historias que te gusten y que puedas recomendar a tus amigos. Insíbete [para recibir noticias](#) y [actualizaciones](#) y síguenos en BookBub.

[Visite](#) también nuestra librería en línea. Allí encontrará libros electrónicos a precios de ganga, ediciones impresas autografiadas y versiones en audiolibro de nuestros libros. Muchas gracias.

Por último, si le ha gustado *La Promesa*, deje una reseña en línea.

Le deseo paz y salud.

Otras Obras de May McGoldrick

NOVELS BY MAY McGOLDRICK

16th Century Highlander Novels

[A Midsummer Wedding \(novella\)](#)

[The Thistle and the Rose](#)

Macpherson Brothers Trilogy

[Angel of Skye \(Book 1\)](#)

[Heart of Gold \(Book 2\)](#)

[Beauty of the Mist \(Book 3\)](#)

[Macpherson Trilogy \(Box Set\)](#)

[The Intended](#)

[Flame](#)

[Tess and the Highlander](#)

Highland Treasure Trilogy

[The Dreamer \(Book 1\)](#)

[The Enchantress \(Book 2\)](#)

[The Firebrand \(Book 3\)](#)

[Highland Treasure Trilogy Box Set](#)

Scottish Relic Trilogy

[Much Ado About Highlanders \(Book 1\)](#)

[Taming the Highlander \(Book 2\)](#)

[Tempest in the Highlands \(Book 3\)](#)

[Scottish Relic Trilogy Box Set](#)

[Love and Mayhem](#)

18th Century Novels

Secret Vows

[The Promise \(Pennington Family\)](#)

[The Rebel](#)

[Secret Vows Box Set](#)

Scottish Dream Trilogy (Pennington Family)

[Borrowed Dreams \(Book 1\)](#)

[Captured Dreams \(Book 2\)](#)

[Dreams of Destiny \(Book 3\)](#)

[Scottish Dream Trilogy Box Set](#)

Regency and 19th Century Novels

Pennington Regency-Era Series

[Romancing the Scot](#)

[It Happened in the Highlands](#)

[Sweet Home Highland Christmas](#) *(novella)*

[Sleepless in Scotland](#)

[Dearest Millie](#) *(novella)*

[How to Ditch a Duke](#) *(novella)*

[A Prince in the Pantry](#) *(novella)*

Royal Highlander Series

[Highland Crown](#)

[Highland Jewel](#)

[Highland Sword](#)

[Ghost of the Thames](#)

Contemporary Romance & Fantasy

[Jane Austen CANNOT Marry](#)

[Erase Me](#)

[Tropical Kiss](#)

[Aquarian](#)

[Thanksgiving in Connecticut](#)

[Made in Heaven](#)

NONFICTION

[Marriage of Minds: Collaborative Writing](#)

[Step Write Up: Writing Exercises for 21st Century](#)

NOVELS BY JAN COFFEY

Romantic Suspense & Mystery

[Trust Me Once](#)

[Twice Burned](#)

[Triple Threat](#)

[Fourth Victim](#)

[Five in a Row](#)

[Silent Waters](#)

[Cross Wired](#)

[The Janus Effect](#)

[The Puppet Master](#)

[Blind Eye](#)

[Road Kill](#)

[Mercy](#) (novella)

[When the Mirror Cracks](#)

[Omid's Shadow](#)

[Erase Me](#)

NOVELS BY NIK JAMES

Caleb Marlowe Westerns

[High Country Justice](#)

[Bullets and Silver](#)

[The Winter Road](#)

[Silver Trail Christmas](#)

Sobre el autor

Nikoo y Jim McGoldrick, autores superventas del *USA Today*, han escrito más de cincuenta novelas trepidantes y llenas de conflictos, además de dos obras de no ficción, bajo los seudónimos de May McGoldrick, Jan Coffey y Nik James.



Estas populares y prolíficas autoras escriben novelas románticas históricas, de suspense, misterio, westerns históricos y novelas juveniles. Han sido finalistas del Premio Rita en cuatro ocasiones y han recibido numerosos galardones por sus obras, como el Premio Daphne DuMaurier a la Excelencia, el Medallón Will Rogers, el Premio de la *Revista Romantic Times*, tres Premios Golden Leaf de la NJRW, dos Medallones Holt y el Premio del Club de Prensa de Connecticut a la Mejor Ficción. Su obra forma parte de la colección Popular Culture Library del Museo Nacional de Escocia.